

La
BIBLIA
Popular

Deuteronomio

Josué

Jueces

Rut

1,2 Samuel

1,2 Reyes

1 Crónicas

2 Crónicas

Esdras

Nehemías

Ester

Paul O. Wendland

La Biblia Popular

LYLE E. ALBRECHT

Editor General y Editor del Manuscrito

JOHN C. JESKE

Editor del Antiguo Testamento

1 Crónicas

Paul O. Wendland

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

©Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma, sin permiso previo de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Control Number 20031005338

Northwestern Publishing House

1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284

© 2003 por Northwestern Publishing House

Publicado en 2002

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN 0-8100-1540-4

CONTENIDO

Prefacio del Editorv
Prefacio a la edición en españolvi

Introducción1

I. Visión general del reino de Dios desde el comienzo hasta la restauración (1 Crónicas 1–9).....13

II. Dios establece su reino en Israel bajo el gobierno de David.....118

 A. Dios le quita el reino a Saúl (9:35–10)119

 B. Dios le entrega el reino a David (11–16)124

 C. Dios establece su reino bajo el gobierno de David (17–29).....179

III. Dios exalta su reino bajo el gobierno de Salomón (2 Crónicas 1–9)*

IV. Dios conserva su reino en Judá hasta el retorno del exilio (10–36)*

* *Las partes III y IV se tratarán en 2 Crónicas*

ILUSTRACIONES

Jeremías quiebra la vasija del alfarerocubierta

MAPA

Las doce tribus de Israel53

David obtiene el descanso para la tierra225

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es exactamente lo que el nombre implica, una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras en la versión Reina-Valera, revisión de 1995 (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen: el trasfondo histórico, explicaciones del texto y aplicaciones personales.

Los autores de La Biblia Popular son eruditos a quienes no falta la sabiduría práctica adquirida en años de consagración a los ministerios de la enseñanza y la predicación. Por esto, han procurado evitar términos técnicos, que han hecho de otras series de comentarios material útil solo para especialistas en temas bíblicos.

El aspecto más importante de estos libros es que están centrados en Cristo. Jesús mismo dijo acerca de las escrituras del Antiguo Testamento: “Y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada libro de La Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios están provistos de mapas e ilustraciones, e incluso de información arqueológica cuando es apropiado. Todos los libros incluyen títulos de página para llevar al lector al pasaje que está buscando.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin. Este proyecto también tiene una deuda de gratitud al Rev. Loren A. Schaller. Hasta cuando él acepto un llamado para salir de Northwestern Publishing House y de regreso al ministerio parroquial, el Pastor Schaller sirvió como Editor General.

Es nuestra oración que este esfuerzo pueda continuar de la misma manera como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original, para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, revisión de 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Version*, no concuerde plenamente con el de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

El traductor de este volumen es el Lic. Gonzalo Delgadillo de Bogotá, Colombia. La revisión de este libro fue hecha por la Sra. Albina Teigen, natural de Lima, Perú, esposa del pastor Martin Teigen. El pastor David Haeuser realizó la revisión teológica. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Cuaresma del 2003
Paul Harman, coordinador
Ronald Baerbock, editor de teología
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas, EE UU

DONATIVO ESPECIAL

La Comisión para Coordinar las Publicaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, WELS Kingdom Workers, la Sociedad Misionera de Damas Luteranas (LWMS) y dos compañías de seguros: Lutheran Brotherhood y Aid Association for Lutherans, contribuyeron con donativos especiales a Publicaciones Multilingües para apoyar la publicación de este volumen. Agradecemos su generoso aporte.

El autor y la fecha en que se escribió:

El autor más probable del libro de Crónicas es Esdras, un escriba y maestro de Israel. La antigua tradición judía dice lo mismo, y eso se corrobora aún más por la similitud que hay en el estilo y el contenido entre los libros de Crónicas y de Esdras. El libro de Esdras comienza donde termina el libro de Crónicas: con el edicto de Ciro que les permitió a los judíos exiliados regresar a su tierra. Eso parecería sugerir que un solo autor consideró los dos libros como partes de una sola obra completa.

Como Esdras se mantenía activo alrededor del año 450 a. C., podríamos aceptar ese año como la fecha aproximada en la que se escribió el libro.

La importancia del libro: Crónica del reino de Dios

Cuando las personas escogen un libro de la Biblia para estudiarlo, es posible que Crónicas no aparezca como primero en la mayoría de las listas que se hacen de “los libros que se deben leer”. ¡La desalentadora lista de nombres que hay al comienzo mismo del libro de Crónicas aparece como un matorral espinoso por el que la persona tiene que pasar antes de llegar al comienzo de la historia!

Esta percepción del libro no es algo nuevo, ya en el tiempo en que se hizo la traducción del libro de Crónicas del hebreo al griego, los traductores dieron al libro el lamentable título de *Las Cosas Omitidas*. Con esto, los traductores pueden haber querido decir que los libros de Samuel y Reyes cubrían bastante bien esa porción de la historia de Israel y que el libro de Crónicas sólo servía para llenar los vacíos.

En tiempos más recientes, desde el comienzo del siglo 19, los eruditos contrarios a la Biblia han despreciado y ridiculizado el

libro de Crónicas, diciendo: que irremediablemente parece una colcha inexacta de retazos de mitos y leyendas, escrito por un hombre que no tenía ningún verdadero sentido de la historia. No obstante, desde la Segunda Guerra Mundial, esa visión extremadamente negativa ha cambiado algo; los comentaristas más recientes muestran mayor respeto por el cronista como historiador y como estilista literario.

Entonces, ¿dónde nos deja esto? ¿Es Crónicas simplemente un libro que llena los espacios que dejaron en blanco los libros de Samuel y Reyes? ¿Es que nuestra opinión sobre el libro de Crónicas va a ser controlada por la teoría más reciente de los críticos y de los comentaristas?

¡De ninguna manera! El título del libro en hebreo, *Los Anales de los Días* (literalmente: las cosas o los acontecimientos diarios), nos da una percepción más precisa de la importancia del libro y de la razón santa que tuvo el autor para escribirlo. Aunque no sabemos si el mismo autor le puso este nombre al libro, podemos decir con seguridad que este título capta el verdadero propósito que tuvo para escribirlo. Claramente, el propósito que tuvo el autor al escribir su libro fue recopilar para el pueblo de su tiempo toda la historia de las relaciones de Dios con la humanidad hasta la época en que él vivió.

Todo historiador tiene una inclinación, un sesgo, es decir, un punto de vista desde el que escribe. Este escritor de historia sagrada no es diferente; él también tiene un punto de vista definido, y desarrolla su trabajo desde ese punto de vista. Sin embargo, como el cronista es un hijo de Dios, ve la historia de una manera bastante diferente a como la ve un historiador mundano. Para él, la historia no es una mezcla sin sentido de acontecimientos sin conexión, ni es un asunto de evolución donde se busca algún propósito desconocido para el universo, ni es simplemente una sucesión de grandes hombres y de acontecimientos sobresalientes. Tampoco intenta rastrear todo lo que surge como fuente o causa en: el conflicto de clases, la presión demográfica o a las

condiciones económicas de la época. Todos estos puntos de vista son los que los historiadores del mundo adoptan para tratar de interpretar el pasado. Por otro lado, un hijo de Dios como el cronista sólo puede ver la historia como la historia de la obra de Dios, en la vida de los hombres y de las naciones, para salvar a sus elegidos.

Las Escrituras con frecuencia se refieren a la idea de que Dios obra en los hechos de la historia y en el corazón de la gente, como *el reino de Dios*. En esta frase, la palabra “reino” no se refiere tanto a un lugar, como el cielo, ni a un lugar de la tierra con fronteras, como el reino de la Gran Bretaña. Más bien, el reino de Dios es su reinado, *el gobierno soberano de Dios*, el desarrollo del misericordioso propósito salvador de Dios en nuestra vida y en todo lo que sucede.

El cronista siguió el rastro *del reino de Dios*: desde Adán hasta Abraham, desde Saúl hasta David, desde Salomón hasta Zorobabel, y así mostró la manera en que Dios prometió que su pueblo lo encontraría *en el Templo*. Y como la adoración apropiada es una manera esencial para que un creyente participe en el gobierno de Dios, el cronista describió en detalle la organización y las funciones de los que trabajaban en el Templo: *los sacerdotes y los levitas*. Claramente, Dios no quería que su pueblo se acercara a él para adorarlo de cualquier manera que a ellos les pareciera, sino más bien por medio de los sacerdotes que él había designado. Los levitas, a su vez, ayudaban a los sacerdotes en su trabajo. Los levitas eran mucho más que talladores de madera y encargados de transportar el agua; ellos, con sus cantos y con el toque de instrumentos musicales sagrados, contribuían para que la adoración a Dios fuera bella, y también tenían un papel muy importante en lo relacionado con el funcionamiento, sin contratiempos, de todo el complejo del Templo.

Finalmente, el escritor sagrado mostró la manera en que Dios: gobernó, cuidó, advirtió y preservó a su pueblo por medio de *los reyes y los profetas*. Si un rey no actuaba como un verdadero pastor

del rebaño de Dios, el Señor respondía con el castigo. Por otro lado, cuando los reyes escuchaban la palabra profética y servían a Dios de todo corazón, Dios bendecía a su pueblo.

Una vez que creamos que esta historia es la historia de cómo Dios obró nuestra salvación, entonces el pasado no será sólo una relación aburrida: de nombres, de hechos y de fechas, sino que se convierte en el registro del Dios vivo, que vive y está actuando en este momento. Y si los miembros del pueblo de Dios recuerdan sus obras y sus caminos en los tiempos pasados, entonces sabrán: que él está obrando en su vida en el presente, y el propósito que tiene para ellos en el futuro.

El pueblo para el que inicialmente se escribió el libro

El cronista volvió a relatar lo que ocurrió en el pasado, para que el pueblo de Dios de su época pudiera aplicar la Palabra a su propia situación. Y si entendemos las dificultades espirituales que afrontaron los miembros del pueblo de Dios que recibieron originalmente la Palabra, tenemos una ayuda para aplicarnos las palabras del escritor sagrado a nosotros mismos hoy en día. Los libros bíblicos de: Esdras, Nehemías, Hageo, Zacarías y Malaquías nos dan esos necesarios antecedentes.

Hay dos hechos históricos grandiosos que le dieron forma al pensamiento del pueblo de Dios en el siglo quinto antes de Cristo. El primero había ocurrido mil años antes; el segundo todavía estaba fresco en la memoria de ellos. El primero había confirmado a los hijos de Israel en la verdad de que ellos eran el pueblo escogido de Dios; el segundo los había llevado a preguntarse si esto todavía era verdad. El primero fue el *éxodo de Egipto*. El segundo fue el *exilio en Babilonia*.

A) El éxodo

Fue alrededor del año 1450 a. C. cuando Moisés recibió la comisión de liberar al pueblo de Israel de su esclavitud en Egipto, y de llevarlo a la tierra que Dios les había prometido a Abraham y

a sus descendientes. Mediante obras grandiosas de poder y misericordia, Dios: aplastó la gloria terrenal del faraón, liberó a los integrantes de su pueblo de amos inclementes, y los llevó hacia él en el monte Sinaí, donde les dio el pacto de la ley. Desde ese monte Dios guió a su pueblo, primero bajo la guía de Moisés y después bajo la de Josué, a la tierra de Canaán, la tierra que él les dio como posesión.

Una vez en Canaán, el pueblo creció y floreció, especialmente bajo el gobierno de sus dos grandes reyes, David y Salomón. Canaán llegó a ser Israel, y las naciones paganas, tanto dentro como fuera de las fronteras de Israel, fueron o destruidas o dominadas. El Templo fue construido como el único lugar legítimo sobre la tierra para acercarse al Dios verdadero. La casa de David estaba en pleno florecimiento en el siglo décimo antes de Cristo, y durante ese período el pueblo de Dios vio el mayor poder y la mayor gloria en la tierra. En ese tiempo se escribieron muchas profecías sobre Cristo. Esas profecías, usando como puntos de referencia el poder y la gloria que el pueblo había visto en David y en Salomón, describieron de manera natural el poder y la gloria del Mesías que vendría.

B) El exilio

Sin embargo, el poder terrenal de la casa de David no perduró, y el exilio en Babilonia hizo fracasar cualquier esperanza que los israelitas aún pudieran tener de volver a esos días de gloria. Ya para la época del exilio en el año 586 a. C., muchas cosas habían cambiado.

Por su infidelidad, el pueblo de Dios había visto que su reino se había dividido en el reino de Israel al norte y el reino de Judá al sur. Después, en los años 723/722 a. C., habían visto la destrucción del reino del norte a manos de los ejércitos asirios y la dispersión del pueblo de Israel entre las naciones del Cercano Oriente. No quedó mucho del que una vez había sido el digno imperio de David y de Salomón, excepto los pueblos y villas de la pequeña Judá que estaban amontonados alrededor de Jerusalén.

Desgraciadamente, el pueblo de Judá no aprendió de lo que le había sucedido al reino del norte. Ellos también persistieron en su infidelidad y llegaron a ser cada vez más corruptos. El juicio de Dios cayó sobre ellos, y se encontraron impotentes frente a una nueva amenaza: la gran ciudad estado de Babilonia, que atacó a Judá por menos tres veces en el espacio de 19 años (605-586 a. C.) llevándose a muchos de sus más importantes ciudadanos al exilio. Allí, lejos de Sión, fueron obligados a vivir en la tierra de quienes los habían conquistado entre los ríos Tigris y Éufrates. Una vez establecido en el imperio de Babilonia, el pueblo de Judá tuvo que enfrentarse con el choque cultural de vivir en un reino extranjero con: dioses extraños, costumbres extrañas y leyes extrañas. Y allá tuvieron que enfrentar la tentación de adoptar: las costumbres, las culturas y los dioses falsos de sus conquistadores.

Mientras tanto, la ciudad de Jerusalén había sido destruida y el Templo de Dios estaba en ruinas. Nunca más gobernó un descendiente de David sobre el trono de un reino reconocible. Ningún sacerdote ofreció sacrificios a Dios de la manera que él había establecido. Con los pilares: del gobierno, del comercio y de la religión en el exilio, simplemente el territorio de Judá dejó de existir. Políticamente, el territorio fue incorporado a la provincia de Samaria donde llegó a ser otra unidad administrativa del imperio babilónico.

Pero Dios, en su misericordia, conservó un remanente de su pueblo. Después de setenta años en el exilio, se les permitió regresar a su tierra natal. Eso ocurrió como resultado de un edicto misericordioso que promulgó el rey persa llamado Ciro, en el año 537 a. C.

Los exiliados regresaron con ideales y esperanzas muy elevados. Sin embargo, pronto descubrieron lo difícil que iba a ser comenzar de nuevo. Por ejemplo, cuando se construyeron las bases para un nuevo Templo, muchos de los ancianos rompieron a llorar. Lo que vieron parecía muy poco, comparado con la gloria del Templo que ellos recordaban (vea Esdras 3:12,13).

Esto resume bastante bien la actitud que tenía el pueblo que recibió originalmente el libro de Crónicas. Estaban desanimados y deprimidos, porque lo que veían tenía muy poco parecido con la gloria que una vez habían tenido. En su desesperación, se dedicaron a dudar de todo, incluso de su identidad como el pueblo de Dios. También el Templo estaba perdiendo su significado vital para ellos. La fe en la venida del Mesías prometido por Dios había decaído; muchos sucumbieron a la tentación de doblegarse ante los pueblos paganos que estaban a su alrededor. Después de todo, ¿por qué luchar para conservar o reconstruir lo que parecía que se había perdido y se había ido para siempre? En pocas palabras, el pueblo de Dios corría el riesgo de perder tanto su herencia como su esperanza.

El libro de Crónicas fue escrito para edificar a esos creyentes desanimados. Para restaurar la confianza vacilante en ellos mismos y en sus instituciones, el cronista les narró la gloriosa historia de la nación durante los reinados de David y de Salomón; les recordó la manera en que el amor fiel de Dios había obrado en los acontecimientos del pasado, con el propósito de despertar en ellos, en su situación de ese momento, la confianza en ese mismo amor. También quiso advertirles a los creyentes que no cometieran los mismos errores espirituales que cometieron sus padres. El cronista les dijo que esos pecados eran la razón exacta por la que Dios había permitido que ocurriera el castigo del exilio y la caída de Jerusalén. Así como Nehemías había reconstruido los muros físicos de Jerusalén, el cronista se había comprometido en la reconstrucción de los muros espirituales de Sión.

¿De qué manera tuvo éxito el cronista en la tarea que Dios le había dado? Eso se puede ver mejor en la manera en que el pueblo de Dios soportó en la tierra prometida todas las dificultades que se les presentaron en los siglos que quedaban antes de la venida de Jesús. Continuó la adoración al verdadero Dios en su Templo por medio de los sacerdotes y los levitas. Por el poder de su Palabra, dicha por medio del cronista, Dios conservó a los judíos

como un pueblo distinto de las naciones impías que lo rodeaban, hasta ese día en que el Señor mismo vino “súbitamente a su Templo” y lo llenó con su gloria (Malaquías 3:1).

De una manera similar, nosotros, los que vivimos en estos últimos y difíciles tiempos, nos podemos consolar con este relato del reino de Dios, construido sobre la Palabra perdurable de nuestro fiel Señor. Nos encontramos viviendo más y más en lo que algunos han llamado una “aldea global”, un mundo donde somos bombardeados por todos lados con costumbres y culturas muy diferentes de la nuestra. En este medio, nosotros como los judíos de Babilonia podemos tener la tentación de dudar de nuestra identidad como pueblo de Dios.

En un medio así, la gente de este mundo trata de identificar el hilo común de todas las religiones y busca armonizarlas todas en una sola fe. La gente acusa a los cristianos que todavía se afierran a Jesús como el único camino al cielo, de ser intolerantes y de erigirse en jueces. Ante esas acusaciones, nos podemos sentir confundidos y preguntarnos: “¿Estamos causando divisiones innecesarias? ¿Sigue siendo el evangelio en Palabra y sacramento el único camino verdadero por el que Dios viene a nosotros? ¿Es posible que haya otras maneras diferentes y también válidas de acercarse a Dios?” Si esos pensamientos nos han preocupado en algún momento, entonces la insistencia del cronista en que el hombre debe buscar a Dios donde él ha prometido que se le puede encontrar, también nos ayudará a aclarar la mente.

Finalmente, para los que vivimos en una época en que la iglesia cristiana visible está en un estado de colapso, el gran consuelo que el cronista le dio a su pueblo puede aliviar de la misma manera nuestros temores. En la historia que el cronista registra para nosotros, vemos muchos ejemplos concretos de que la promesa de Dios permanece para siempre, aunque pueda parecer que todo se está desintegrando. La gran promesa divina de enviar al Salvador, alrededor de la que gira toda la historia, es el tema que vamos a considerar a continuación.

El Rey Justo: la esperanza perdurable de Israel

Hasta este punto todavía no hemos tratado un aspecto importante del mensaje que les da el cronista a los creyentes de su generación; él se dispuso a mantener viva en ellos la esperanza de que el Mesías de Dios, un descendiente real de David, todavía estaba por venir a su pueblo. Recuerde que en la época en que se escribió el libro de Crónicas no había ningún hijo de David gobernando sobre el trono; en realidad, no había ningún rey en Israel. Después de que el gobernador Zorobabel salió de la escena, la casa de David dejó de ejercer alguna influencia política. La casa de David se había convertido en un tronco muerto como lo había predicho el profeta Isaías (Isaías 11:1). Y Judá misma era solamente una pequeña provincia atrasada y de poca importancia en el inmenso imperio persa.

En vista de todas estas cosas, la idea de que ciertamente iba a venir el rey Mesías debió haber parecido casi increíble. Para contrarrestar esa clase de pensamiento, el cronista simplemente reafirmó la promesa que le fue hecha a David, de que uno de sus hijos no sólo iba a construir el Templo, sino que también iba a gobernar sobre el reino de Dios para siempre (1 Crónicas 17:14). Entonces, por comparación y contraste, mostró cómo iba a ser el Rey Justo de Dios.

Al tratar sobre el gobierno de David y de Salomón, el cronista es selectivo al escoger su material. Pasa por alto algunos incidentes negativos de la vida de estos dos reyes, como el pecado de David con Betsabé, y las muchas esposas y la idolatría de Salomón. El cronista no pretendía que esas cosas nunca hubieran sucedido, porque sabe que los lectores estaban familiarizados con los relatos de Samuel y de Reyes, pero decidió concentrarse en lo positivo y enfatizarlo, porque quería utilizar las cualidades piadosas de David y de Salomón para darles a sus lectores una descripción de cómo iba a ser el Rey Justo.

David y Salomón organizaron al pueblo de Dios alrededor del Templo. Al hacerlo así, jugaron un papel único en el reino de Dios

del Antiguo Testamento. En ese papel fueron tipos¹ de lo que iba a hacer el Mesías para reunir para sí a sus elegidos de todas las naciones y para edificarlos en un “templo santo... para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:21,22). A manera de contraste, todos los reyes malvados de Judá son caracterizados con expresiones como: “Hizo, pues, lo malo ante los ojos de Jehová” (2 Crónicas 22:4; 28:1; 33:2; 36:5,9,12). Cuando una persona lee sobre lo malo que hicieron estos reyes impíos, su corazón comienza a anhelar al Rey que “juzgará a tu pueblo con justicia” (Salmo 72:2).

De esa manera, el escritor de Crónicas mantuvo viva en el pueblo de Dios la esperanza de que el Mesías iba a venir y que iba a establecer el gobierno justo de Dios de una manera que iría más allá de cualquier cosa que David o Salomón jamás hubieran hecho. En estos últimos días malos, ¡que sus palabras también aumenten nuestra esperanza y nuestro anhelo por el regreso de nuestro Rey!

Tema y Bosquejo

“¡TUYO, JEHOVÁ, ES EL REINO!”
(1 Crónicas 29:11)

I. Visión general del reino de Dios desde el comienzo hasta la restauración (1 Crónicas 1–9)

- A. Desde Adán hasta Abraham (1)
- B. Los doce hijos de Israel (2:1,2)
- C. La tribu real de Judá (2:3–4:23)
- D. El límite exterior de Israel: Simeón y las tribus transjordanas (4:24–5:26)
 - 1. La tribu de Simeón (4:24-43)
 - 2. La tribu de Rubén (5:1-10)
 - 3. La tribu de Gad (5:11-22)
 - 4. La media tribu de Manasés (5:23-26)
- E. La tribu sacerdotal de Leví (6)
- F. Las tribus de: Isacar, Benjamín, Neftalí, Manasés, Efraín y Aser (7–8)

G. El remanente que regresó del exilio (9)

II. Dios establece su reino en Israel bajo el gobierno de David

A. Dios le quita el reino a Saúl (9:35–10)

B. Dios le entrega el reino a David (11–16)

1. Todo Israel unge a David como rey (11:1-3)

2. El recién ungido rey toma Jerusalén (11:4-9)

3. Todo Israel completamente unido bajo el poder de un rey (11:10–12:40)

4. Todo Israel completamente unido bajo Dios, el Señor (13–16)

a. Preparación para regresar el Arca: La confianza de David perdida (13)

b. Preparación para regresar el Arca: David recobra la confianza (14)

c. ¡Éxito! El Arca llega a la ciudad de David (15–16)

C. Dios establece su reino bajo el gobierno de David (17–29)

1. Dios promete construir una “casa” para David (17)

2. David hace los preparativos para la construcción de la casa de Dios, que se llevará a cabo bajo el reinado de Salomón

a. Las victorias de David traen paz a la tierra (18–20)

b. El Señor escoge un sitio para su Casa (21–22:1)

c. David comisiona personalmente a Salomón para la construcción (22:2-19)

d. David organiza a todo Israel en apoyo de la casa de Dios (23–27)

e. David comisiona públicamente a Salomón para la construcción (28)

f. Los preparativos finales, oración y muerte de David (29)

1 Samuel 2:1-22

III. Dios exalta su reino bajo el gobierno de Salomón
(2 Crónicas 1–9)*

IV. Dios conserva su reino en Judá hasta el retorno del exilio
(10–36)*

** Las partes III y IV se tratarán 2 Crónicas*

PARTE I

**VISIÓN GENERAL DEL REINO DE DIOS
DESDE EL COMIENZO HASTA LA RESTAURACIÓN**

1 CRÓNICAS 1:1–9:44

Significado y propósito de las genealogías

Desde el comienzo es fácil perder la paciencia con el cronista. Normalmente, al final del día, la gente no repasa el directorio telefónico como si fuera una lectura relajante. No obstante, es precisamente un directorio telefónico lo que al principio pueden parecer estos nueve capítulos de genealogías. Lista tras lista, nombre tras nombre, ¿no es la mejor manera de mantener la atención del lector moderno!

Si usted comparte este punto de vista, entonces le aconsejo que simplemente lea los pocos párrafos siguientes sobre el propósito de las genealogías, y después pase a la página 118. Sin embargo, sería una vergüenza que unos pocos nombres se interpusieran entre usted y el mensaje que el cronista tiene para usted. Y estoy seguro de que usted encontrará estas genealogías dignas de cualquier esfuerzo.

Aun en nuestra cultura, una lista de nombres puede tener mayor poder para conmover el espíritu de lo que podemos pensar al principio. Por ejemplo, considere la negra y larga pared de piedra que hay en Washington, que tiene esculpidos los nombres de los que murieron en Vietnam; esos nombres llegan al corazón y despiertan la memoria. O considere la costumbre de la víspera del año nuevo que tienen algunas iglesias de leer los nombres de los que murieron en el año anterior. El solo oír mencionar los nombres, uno tras otro, muchas veces hace que broten las lágrimas de los ojos de las personas. Les recuerdan a los miembros de la congregación todo lo que representaron para ellos los santos que

se fueron y la manera en que Dios enriqueció su vida por medio de ellos.

De manera semejante, el cronista escribió estas genealogías para recordarles a los israelitas el pasado y la manera en que Dios entrelazó su plan de salvación en la historia de los hombres y las naciones. Enunciar rápidamente estos nombres conocidos (conocidos por los israelitas, si no por nosotros), le permitió comprimir partes de la historia en unas pocas palabras. Al mismo tiempo, eso le permitió dar una útil visión general de todo lo que había sucedido antes del período principal de la historia que deseaba abarcar. Lejos de querer hacerle perder el tiempo a alguien con su lista de nombres aparentemente sin fin, el escritor sagrado estaba poniendo el escenario para la consideración posterior del reino de Dios en Israel. No podía haber escogido una manera más efectiva de decirle a su pueblo: “El Dios que tiene a su cargo todas las naciones es el mismo Dios salvador que ha estado obrando en nuestra historia.”

Tenga presente la situación de la que habla el cronista: el pueblo de Judá se estaba preguntando si ellos todavía eran el pueblo de Dios. La fe en la validez de sus instituciones estaba vacilando; su Templo, comparado con el que Salomón había construido, no era gran cosa. ¿Moraba todavía Dios en ese Templo? ¿Podían ellos todavía ser el reino de Dios, aunque ningún descendiente de David estuviera gobernando como rey sobre un trono visible?

Por medio de las genealogías, el cronista respondió: “¡Sí, Dios aún está con nosotros, de la misma manera que estuvo con nuestros antepasados! Somos los sucesores legítimos de los antiguos israelitas. Nuestro templo, con sus sacerdotes y levitas, todavía tiene el mandato y la promesa de Dios ligada a él. El plan que tiene Dios de bendecir a todas las naciones por medio de los descendientes de Abraham no ha cambiado. Por lo tanto, podemos aguardar con esperanza que venga el Rey Mesías, el Hijo de David.”

Desde Adán hasta Abraham

La genealogía de Adán

1 Adán, Set, Enós, ² Cainán, Mahalaleel, Jared, ³ Enoc, Matusalén, Lamec, ⁴ Noé, Sem, Cam y Jafet.

El cronista comienza con el principio de la historia del mundo, y bosqueja el desarrollo de la relación de Dios con la raza humana desde Adán hasta Abraham. Comienza con las genealogías que se presentan en Génesis: 5, 10, y 11:10-27. Omite los nombres de Caín y Abel, se limita a la línea piadosa descendiente de Set. Observe la manera tan abrupta en que comienza, y la manera concisa en que continúa. En los primeros cuatro versículos, menciona simplemente los nombres de las generaciones sucesivas hasta Noé sin insertar frases como: “Fulano fue el padre de” o “Mengano fue el hijo de”. Es como si estuviera señalando las huellas de los pasos de Dios de generación en generación.

El cronista muestra la conexión que hay entre Adán, a quien Dios le hizo primero la promesa del Salvador, y Noé, quien después del diluvio le llevó la promesa de Dios al mundo.

Genealogía de Jafet

⁵ Los hijos de Jafet: Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mesec y Tiras. ⁶ Los hijos de Gomer: Askenaz, Rifat y Togarma. ⁷ Los hijos de Javán: Elisa, Tarsis, Quitim y Dodanim.

El cronista ahora traza la división triple de la raza humana después del diluvio a partir de los tres hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet. Los que hayan leído Génesis estarán familiarizados con estos nombres y con la Tabla de las Naciones que se encuentra en el Capítulo 10 de ese libro. Notaremos una y otra vez que el cronista, siguiendo un patrón, comienza con las líneas de descendientes

menos importantes, de tal manera que puede llegar a un punto culminante con los más importantes, en este caso con la línea de Sem. El hecho de que Sem sea el último en ser presentado destaca la posición de su descendiente, Abraham, en el plan de salvación de Dios.

Es difícil identificar y localizar con alguna certeza los nombres y las tribus jafitas. Parece que Gomer es el nombre del fundador ancestral de los Cimerios, que vivieron al norte y al este del mar Negro. La mayoría de los eruditos considera que Javán es la manera hebrea de deletrear “Ionia”, la tierra que estaba en la costa occidental del Asia Menor, habitada por los antiguos griegos. En cuanto a los otros hijos de Javán, Tarsis se ha identificado con Tartesos en España, Quitim con el pueblo de Chipre, y Dodanim con el pueblo de Rodas.

Algo breve antes de que sigamos: es claro que aquí no estamos tratando con genealogías en el sentido estricto del término. Algunos de estos nombres (por ejemplo Quitim) se refieren no a una persona, sino a una tribu de personas. Algunos, como Javán, se pueden referir a lugares o asentamientos. En muchos casos sin duda puede haber sido un antepasado bien conocido que fundó un lugar al que le dio su nombre. Debemos estar conscientes de que el cronista hace conexiones históricas entre: personas, lugares y naciones; no rastrea de manera estricta un árbol genealógico.

Genealogía de Cam

⁸ Los hijos de Cam: Cus, Mizraim, Fut y Canaán. ⁹ Los hijos de Cus: Seba, Havila, Sabta, Raama y Sabteca. Y los hijos de Raama: Seba y Dedán. ¹⁰ Cus engendró a Nimrod; éste llegó a ser poderoso en la tierra. ¹¹ Mizraim engendró a Ludim, Anamim, Lehabim, Naftuhim, ¹² Patrusim y Casluhim; de estos salieron los filisteos y los caftoreos. ¹³ Canaán engendró a Sidón, su primogénito, y a Het, ¹⁴ al jebuseo, al amorreo, al gergeseo, ¹⁵ al heveo, al araceo, al sineo, ¹⁶ al arvadeo, al zemareo y al hamateo.

Como lo indican sus nombres, los descendientes de Cam vivieron en: el norte del África, la península arábiga y la tierra de Canaán. La mayoría de los eruditos localizan el territorio de Cus en la región del alto Nilo y lo identifican como Nubia o Etiopía. “Mizraim” es la palabra hebrea para designar a Egipto. Sin duda, el hijo de Cam se estableció allí.

En esta lista el cronista señala los orígenes de algunos antiguos enemigos de Israel. De Mizraim vinieron los casluhimitas y los caftoreos, habitantes de las islas del Mediterráneo. Esos “pueblos del mar” invadieron la costa de Canaán. Después de que ellos se casaron con los habitantes indígenas de esa área, se organizaron y construyeron ciudades, constituyendo una seria amenaza para Israel. Los conocemos más como filisteos (vea también Amós 9:7 y Jeremías 47:4).

Al observar a los descendientes de Canaán, los lectores de la Biblia pueden identificar nombres conocidos en otros lugares de las Escrituras como la “legión de los malditos”, es decir, los habitantes primitivos de Canaán, respecto a quienes se les había dicho a los israelitas que los echaran fuera antes de tomar posesión de la tierra (vea Génesis 15:21, Éxodo 3:8 y Josué 3:10).

Genealogía de Sem

¹⁷ Los hijos de Sem:

Elam, Asur, Arfaxad, Lud, Aram, Uz, Hul, Géter, Mésec.

¹⁸ Arfaxad engendró a Sela,

y Sela engendró a Heber,

¹⁹ Y a Heber nacieron dos hijos;

el nombre del uno fue Péleg, por cuando en sus días fue dividida la tierra; y el nombre de su hermano fue Joctán.

²⁰ Joctán engendró a Almodad, Sélef, Hazar-mávet y Jera.

²¹ A Adoram también, a Uzal,

Diqlá, ²² Ebal, Abimael, Sebá, ²³ Ofir, Havilá y Jobab; todos hijos de Joctán.

- ²⁴ Sem, Arfaxad, Sela,**
- ²⁵ Heber, Péleg, Reú,**
- ²⁶ Serug, Nacor, Tara,**
- ²⁷ y Abram, el cual es Abraham.**

Ahora el cronista vincula a Noé con Abram por medio de Sem, el hijo de Noé. Su propósito es trazar la línea espiritual de descendencia de los que llevaban la promesa del Salvador venidero. Heber tuvo dos hijos, y solamente uno de ellos fue antepasado directo del Salvador. En concordancia con la característica del estilo que se mencionó antes, el cronista nombra primero la línea menos importante de Joctán, para que se pueda centrar en la línea importante, la línea directa a Abram a través de Péleg.

El nombre Péleg significa “división”, y como nos recuerda el cronista en el versículo 19, su nombre se debe al hecho de que la tierra fue dividida durante el tiempo en que él vivió. Ésta es una referencia a la confusión de las lenguas de los hombres que Dios produjo en Babel, y con lo cual los obligó a dividirse y a separarse en tribus diferentes (vea Génesis 11).

Heber, el nombre del padre de Péleg, también es interesante porque fue este antepasado de Abram quien le dio su nombre a la raza que llamamos los “hebreos” (vea Génesis 14:13).

Se enumeran diez generaciones en total desde Sem hasta Abram en los versículos 24 a 27. En muchos lugares de las Escrituras, diez es un número que significa lo completo. Este simbolismo probablemente se deriva de la idea de que se requieren diez dedos para formar un conjunto completo. Algunos eruditos han pensado que el haber hecho una lista de diez nombres fue una decisión deliberada de estilo del cronista. Ellos han combinado este aspecto con otros del capítulo para presentarnos la siguiente estructura como la básica de los primeros 27 versículos de Crónicas.

a Línea piadosa	Adán hasta Noé	10 generaciones
b Tabla de Naciones	Jafet 14 nombres	70 nombres en total
	Cam 30 nombres	
	Sem 26 nombres	
a Línea piadosa	Sem hasta Abram	10 generaciones

Aunque el patrón *a-b-a* es interesante, no podemos estar absolutamente seguros de que fue una característica deliberada del estilo del cronista, ni que él intentara que los nombres y los números se organizaran precisamente de esta manera. No obstante, podemos decir que si esa fue una decisión deliberada de parte del escritor, refuerza de manera estilística el hecho indiscutible de que los planes de Dios para la salvación son: deliberados, medidos y seguros.

Lo que hoy significan estos versículos para nosotros:

Antes de continuar con los descendientes de Abram, hagamos una pausa y preguntémonos qué significado podemos obtener para nosotros de los versículos iniciales del libro de Crónicas. Entre otras cosas, podemos ver que el plan divino de salvación abarca a *todos* los descendientes de Adán, a todas las naciones, y que lo que Dios planeaba hacer por medio de Israel, lo hacía para *todos*, incluidos nosotros. También vemos que Dios se preocupa por cada una de las personas, y que las personas que para nosotros son desconocidas, para él son bien conocidas. Y aunque nuestro nombre nunca aparezca en la lista mundial de *Quién es Quién*, sí está escrito en el Libro de la Vida.

Finalmente, estos versículos nos recuerdan los puntos cruciales de la historia antigua, que estuvieron bajo el control de nuestro Dios todopoderoso. Noé, por ejemplo, nos recuerda el diluvio, así como Péleg nos recuerda Babel. ¡*Nuestro Dios es aterradorante en sus juicios!* Abram nos recuerda que Dios en su gracia se

complació en apartar a este hombre de la masa de incrédulos para enviar al mundo al Salvador por medio de él. *¡La gracia de nuestro Dios es asombrosa!*

Genealogía de Abraham

La segunda mitad del capítulo presenta a Abraham y a sus descendientes. El cronista comienza con los descendientes que no constituyeron la línea de la que iba a venir el Mesías. En el siguiente capítulo va a volver a los que sí lo fueron, los hijos de Israel. Una vez más nos damos cuenta del patrón que usó el cronista, comenzando por los menos importantes y terminando con los más importantes. Los que provinieron de Abraham mediante Ismael y Cetura se tratan rápidamente antes de mencionar a Isaac y a sus dos hijos, Esaú e Israel. Después, se saca a Israel de la presentación hasta que se haya trazado la línea de descendientes de Esaú, como el hijo de menor importancia. La línea de Esaú completa el capítulo.

El escritor sagrado dirige nuestra atención primero a los descendientes de Abraham mediante sus dos concubinas, Agar y Cetura, y su esposa Sarai:

²⁸ Los hijos de Abraham: Isaac e Ismael. ²⁹ Y éstas son sus descendencias: el primogénito de Ismael, Nebaiot; después Cedar, Adbeel, Mibsam, ³⁰ Mima, Duma, Massa, Hadad, Tema, ³¹ Jetur, Nafis y Cedema; éstos son los hijos de Ismael.

³² Y Cetura, concubina de Abraham, dio a luz a Zimram, Jocsán, Medán, Madián, Isbac y Súa. Los hijos de Jocsán: Seba y Dedán. ³³ Los hijos de Madián: Efa, Efer, Hanoc, Abida y Elda; todos estos fueron hijos de Cetura. ³⁴ Abraham engendró a Isaac, y los hijos de Isaac fueron Esaú e Israel.

Se nombra a doce príncipes tribales como provenientes de Ismael, el hijo de Abraham. El número adquiere un gran significado cuando leemos las palabras de la promesa que el Señor

le hizo a Abraham: “Y en cuanto a Ismael... engendrará *doce* príncipes y haré de él una gran nación” (Génesis 17:20). Dios cumple sus promesas. Nombres como Tema y Duma también se asocian en las Escrituras con asentamientos en el norte de la península arábiga. Es probable que los hijos de Ismael hubieran vivido allá.

Los hijos de Abraham con su segunda esposa, Cetura, por lo visto también se establecieron en Arabia. Su nombre está asociado con lugares dispersos en el sur y en el norte de esa parte del continente. El cronista, en lugar de utilizar la palabra “esposa” que utiliza Moisés en Génesis 25:1, llama concubina a Cetura. De esa manera llama la atención a la verdad de que Sarai y su hijo Isaac tuvieron el lugar de primera importancia en el plan de Dios para salvar a la humanidad.

³⁵ Los hijos de Esaú: Elifaz, Reuel, Jesús, Jaalam y Coré.

³⁶ Los hijos de Elifaz: Temán, Omar, Zefo, Gatam, Cenaz, Timna y Amalec. ³⁷ Los hijos de Reuel: Nahat, Zera, Sama y Miza.

³⁸ Los hijos de Seir: Lotán, Sobal, Zibeón, Aná, Disón, Ezer y Disán. ³⁹ Los hijos de Lotán: Hori y Homam; y Timna fue hermana de Lotán. ⁴⁰ Los hijos de Sobal: Alván, Manahat, Ebal, Sefo y Onam. Los hijos de Zibeón: Aja y Aná. ⁴¹ Disón fue hijo de Aná; y los hijos de Disón: Amram, Esbán, Itrán y Querán. ⁴² Los hijos de Ezer: Bilhán, Zaaván y Jaacán. Los hijos de Disán: Uz y Arán.

⁴³ Éstos son los reyes que reinaron en la tierra de Edom, antes que reinara rey sobre los hijos de Israel: Bela hijo de Beor; y el nombre de su ciudad fue Dinaba. ⁴⁴ Cuando murió Bela, reinó en su lugar Jobab hijo de Zera, de Bosra. ⁴⁵ Cuando murió Jobab, reinó en su lugar Husam, de la tierra de los temanitas. ⁴⁶ Cuando murió Husam, reinó en su lugar Hadad hijo de Bedad, el que derrotó a Madián en el campo de Moab; y el nombre de su ciudad fue Avit. ⁴⁷ Cuando murió Hadad, reinó en su lugar Samla, de Masreca. ⁴⁸ Cuando murió Samla,

reinó en su lugar Saúl, de Rehobot, que está junto al Éufrates. ⁴⁹ Cuando murió Saúl, reinó en su lugar Baal-hanán hijo de Acbor. ⁵⁰ Cuando murió Baal-hanán, reinó en su lugar Hadad, el nombre de cuya ciudad fue Pai; y el nombre de su mujer, Mehetabel, hija de Matred, hija de Mezaab.

⁵¹ Cuando murió Hadad, sucedieron en Edom los jefes Timna, Alva, Jetet, ⁵² Aholibama, Ela, Pinón, ⁵³ Cenaz, Temán, Mibzar, ⁵⁴ Magdiel e Iram. Éstos fueron los jefes de Edom.

La nación de Edom jugó un papel importante en la historia de Israel; a partir del tiempo de David, fue dominada primero por el reino unido de Israel y después por el reino del sur, el reino de Judá. Los edomitas nunca se resignaron a ser un pueblo conquistado; durante el tiempo de los reyes: Salomón, Josafat, Joram y Acáz, se rebelaron contra los que los dominaban. El dominio de la casa de David sobre ellos parece que nunca fue absoluto.

Las relaciones entre Edom y Judá tomaron un rumbo aún más desagradable cuando la casa de David fue sitiada por los babilonios. En ese tiempo los edomitas se regocijaron con saña en la destrucción de Jerusalén. De acuerdo con el Salmo 137, ellos dijeron: “¡Arrasadla, arrasadla hasta los cimientos!” (versículo 7). Como ellos fueron instrumentos en la caída de Jerusalén, estuvieron bajo el juicio de Dios. Como Isaías había predicho en su capítulo 34, los príncipes de Edom iban a ser arrojados de sus fortalezas. Eso sucedió alrededor del siglo quinto antes de Cristo, cuando los árabes nabateos arrasaron las tierras tradicionales de los edomitas situadas al sur y al oriente del mar Muerto. Los edomitas, o idumeos como se les llamó posteriormente, fueron obligados a migrar, y en la época en que los judíos regresaron del exilio, estaban viviendo directamente al sur de Hebrón en los pastizales del Neguev.

Entonces, en la época del cronista, los edomitas habían llegado a ser los vecinos más cercanos que tenía Judá directamente al sur. Por lo tanto, para el escritor sagrado habría sido importante

aclararles a sus lectores de dónde habían venido esos pueblos y cuál era su relación con los judíos. Es por eso que vemos más espacio dedicado a la genealogía de los edomitas que a la de cualquier otra nación en este capítulo.

En los versículos 35-37, tenemos la lista de los hijos de Esaú. Ellos adquirieron su territorio original despojando de él a los hijos de Seír que se mencionan en los versículos 38-42. En esta sección es claro que los hijos de Esaú se casaron con las hijas de Seír (compare 1:36 con 1:39), y los edomitas fueron el resultado de esta mezcla.

En los versículos 43-51, sigue la sucesión de los reyes que tuvieron antes de David. Los últimos dos versículos completan la lista de Edom al nombrar a sus jefes tribales.

Lo que hoy estos versículos significan para nosotros:

¿Qué aplicación podemos obtener de estos versículos? Los pasajes paralelos de Génesis y de Romanos nos dan la clave para entenderlos. Aquí se muestra claramente cómo cumplió Dios la promesa que le hizo a Abraham: “Serás padre de muchedumbre de gentes. No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abraham, porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes. Te multiplicaré en gran manera, y de ti saldrán naciones y reyes” (Génesis 17:4-6).

Esa muchedumbre de gentes, que se bosqueja parcialmente en estos versículos, se cumple perfectamente en nosotros, los que somos “de la fe de Abraham”, como dice Pablo (Romanos 4:16). ¡Cada vez que bautizamos un bebé, cada vez que un adulto llega a la fe, se le agrega otro nombre a la genealogía de Abraham! Escriba su nombre en el margen de su Biblia en este lugar y así cumplirá la intención que tenía el cronista al darnos esta genealogía.

Pablo continúa: “Por eso, la promesa es fe, para que sea por gracia, a fin de que sea firme para toda su descendencia, no solamente para la que es por la Ley, sino también para la que es

de la fe de Abraham. Él es padre de todos nosotros, como está escrito: «Te he puesto por padre de muchas naciones». Y lo es delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fueran” (Romanos 4:16,17). Dios le hizo esta maravillosa promesa a un hombre que no tenía ningún hijo; le dijo que iba a ser padre de muchos, es decir le dijo que ¡naciones enteras iban a tener su origen en él! Le dijo que iba a ser padre de reyes y antepasado del Rey de reyes. El cronista nos recuerda que ni la fe de Abraham ni la nuestra puede estar mal depositada nunca, cuando confiamos en la promesa de Dios.

Los hijos de Israel:

2 Éstos son los hijos de Israel: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, ² Dan, José, Benjamín, Neftalí, Gad y Aser.

Estos nombres son como un puente entre la genealogía de Abraham y las genealogías de las tribus de Israel, comenzando con Judá. Dios cumplió la promesa que le había hecho a Abraham e hizo una gran nación de esos doce hermanos. Es útil recordar que aquí tenemos una lista de los *hijos* de Israel. Cuando lleguemos a las listas de las doce *tribus*, veremos diferencias, y eso depende de la sección que estemos leyendo. Las diferencias provienen del hecho de que no todos los hijos de Israel fueron incluidos en todas las listas como fundadores de una tribu. Además, José, el hijo de Israel, tuvo dos tribus que surgieron de él, las tribus de Efraín y de Manasés.

El cronista les hizo ver una verdad a los israelitas de su propia generación, una verdad que sirvió para fortalecerles el corazón en tiempos difíciles. Dios los había escogido a ellos, de entre todas las naciones del mundo, para que fueran de su exclusiva propiedad. Los había sacado de Egipto, los había establecido en Canaán, y había establecido su morada en medio de ellos. Pero no los escogió

porque fueran dignos o justos, o porque lo merecieran de alguna manera, sino sólo por su gracia (Deuteronomio 7:7-9 y 9:6).

De entre la masa pecadora de la humanidad Dios nos ha escogido en Cristo para que seamos de su exclusiva propiedad. Él nos ha liberado del pecado y de la muerte y ha construido su templo en nuestro cuerpo; pero no nos escogió porque fuéramos justos o porque lo mereciéramos de una manera especial, sino sólo por gracia. En estos tiempos difíciles nosotros también hallamos alivio para el corazón en esta verdad (2 Timoteo 1:9).

La tribu real de Judá:

Ahora ya nos hemos acostumbrado al esquema que sigue el cronista, de tratar primero la genealogía de menor importancia y después avanzar hasta la más importante. Aquí rompe con el patrón y cambia el método: pone a Judá por delante, para darle a la tribu de David una mayor importancia. Es como si ya no pudiera contenerse más. En casi toda la extensión de los tres capítulos siguientes trata sobre Judá, la tribu real de Israel.

Algunos comentaristas acusan al cronista de estar auténticamente confundido en la presentación que hace de Judá. Lo acusan porque no ven las dos estructuras engranadas que hay detrás del texto. La primera estructura une los capítulos dos a cuatro de tal manera que Hezrón, el clan de David, aparece en el centro como una piedra preciosa engastada en plata. La segunda estructura organiza el clan de Hezrón de tal manera que se da la relación de los descendientes de Ram (el subclan del que vino David) tanto al comienzo como al final, como sujetalibros que sostiene todo junto.

Écheles un vistazo a estas dos tablas a modo de ilustración:

A) Estructura de los capítulos 2–4, la tribu de Judá

<u>Nombre del clan</u>	<u>Referencia</u>	<u>Estructura</u>
Sela	2:3	A
Perez	2:4-8	B
HEZRÓN	2:9–3:24	C
Perez	4:1-20	B
Sela	4:21-23	A

B) Estructura de los subclanes bajo la genealogía de Hezrón

<u>Nombre del subclan</u>	<u>Referencia</u>	<u>Estructura</u>
RAM	2:10-17	A
Caleb	2:18-24	B
Jerameel	2:25-33	C
Jerameel	2:34-41	C
Caleb	2:42-55	B
RAM	3:1-24	A

Un ordenamiento como *a-b-c-c-b-a* puede no ser muy atractivo para un comentarista moderno; sin embargo, hubiera sido muy satisfactorio para un hebreo antiguo. Y después de todo, el cronista escribía para ellos, no para los comentaristas. Su propósito con esta distribución doble y articulada fue, una vez más, darle la mayor importancia posible a la casa y al linaje de David. De esa manera les estaba diciendo a sus lectores originales: “Recuerden a David y las muchas promesas que recibió de Dios.” Así, las genealogías sirven para hacer énfasis y anticiparse al material que el cronista va a desarrollar después de una manera más completa.

Los hijos de Judá

³ Los hijos de Judá: Er, Onán y Sela. Estos tres le nacieron de la hija de Súa, la cananea. Y Er, primogénito de Judá, fue malo delante de Jehová, quien lo mató. ⁴ Tamar, nuera de Judá, dio a luz a Fares y a Zera. Todos los hijos de Judá fueron cinco.

De los tres hijos de Judá con su esposa cananea, sólo uno sobrevivió. Sela se menciona aquí y después se saca de la discusión hasta el final de la presentación de la tribu que hace el cronista. Er y Onán fueron destruidos por el Señor porque habían vivido desafiando los mandamientos de Dios (vea Génesis 38:8-10).

Desde el comienzo, como dice Pablo, “no todos los que descienden de Israel son israelitas” (Romanos 9:6). La sola descendencia física de Abraham y de Israel no era garantía de seguridad eterna, de salvación eterna. Si un hijo de Judá rechazaba a su Salvador y lo demostraba con su vida, era cortado. Por otro lado, como vamos a ver después, gente de otras naciones también iba a ser injertada en la tribu.

La referencia a Tamar recuerda un episodio deshonroso en la vida de Judá. Tamar estuvo casada primero con Er y después con Onán, pero no tuvo hijos. Cuando ella se comenzó a desesperar porque Judá no cumplía con la responsabilidad legal que tenía de darle a Sela como esposo, tramó algo para engañar a su suegro. Se vistió completamente como una prostituta y sedujo a Judá para que durmiera con ella. Judá accedió voluntariamente, sin saber quién era ella. Fares y Zera fueron el resultado. Toda esta sórdida aventura se describe en Génesis 38. Esa fue la estirpe de la cual nacieron David, y el gran Hijo de David.

¿Es realmente necesario entrar en todo esto? ¿No es mejor dejar algunas cosas sin mencionar? ¡Pero no hay una manera mejor para hacer énfasis en que a Dios le gusta sacar algo de la nada! La elección de Judá por parte de Dios, como la tribu real, también fue un asunto de pura gracia, y no porque hubiera algo especial en su linaje.

Para nosotros es un gran consuelo saber que Jesús nació en una tribu de pecadores. Eso nos enseña lo mucho que ese hombre inocente quiso identificarse con un vil como yo. Hasta en sus antepasados, se identificó completamente con los perdidos, de tal manera que los perdidos pudieran ser encontrados por medio de él.

Los descendientes de Fares y Zera

⁵ Los hijos de Fares: Hezrón y Hamul. ⁶ Y los hijos de Zera: Zimri, Etán, Hemán, Calcol y Dara; por todos cinco.

⁷ Hijo de Carmi fue Acán, el que perturbó a Israel, porque prevaricó en el anatema.

⁸ Azarías fue hijo de Etán.

⁹ Los hijos que nacieron a Hezrón: Jerameel, Ram y Quelubai.,

Nuestro interés principal es seguir la línea que va desde Judá hasta David a través de Fares y de su hijo Hezrón.

Al seguir esa línea, el cronista también menciona a los descendientes de Zera: cuatro buenos, uno malo y uno *desconocido*: Zimri. No se puede decir mucho de él excepto que fue el padre de Carmi (versículo 7) que a su vez fue el padre de Acar (vea Josué 7:1).

Los cuatro descendientes *buenos* son: Etán, Hemán, Calcol y Dara. Aquí la palabra “hijo” no se debe tomar con mucho rigor, ya que estos hombres fueron contemporáneos de David y de Salomón. Etán y Hemán también aparecen en la lista de los levitas en 6:33-42. Ellos le sirvieron a David en el Templo como músicos destacados (vea los títulos de los Salmos 88 y 89). Puede ser algo confuso saber que a estos hombres se les podía rastrear su origen a dos tribus diferentes. Nos podemos preguntar: ¿cómo es posible que ellos se puedan considerar al mismo tiempo miembros tanto de la tribu de Judá como de la de Leví? Eso se explica, de la mejor manera, al decir que sin duda eran levitas de buen linaje, cuyos antepasados habían vivido por un tiempo entre los zeraítas antes de trasladarse a Zuf en Efraín (compare 1 Crónicas 6:28,33 con 1 Samuel 1:1). Durante el tiempo que estuvieron entre los zeraítas, llegaron a relacionarse con ese clan de tal manera que su relación con el clan de los zeraítas de Judá continuó. (Es útil recordar que estas listas no son “genealogías” en el sentido estricto de la palabra

y que las palabras *hijo* o *padre* muchas veces establecen una conexión más amplia que la de ser estrictamente un descendiente físico). En cualquier caso, Etán y Hemán podían reclamar sus lazos familiares con Judá así como con Leví. El cronista destaca el linaje de ellos debido a que para él cualquier cosa relacionada con el Templo es de gran interés.

Calcol y Dara están incluidos con Hemán y Etán como hombres famosos por su sabiduría en los días del rey Salomón (1 Reyes 4:31). Sin embargo, ellos no opacaron a su maestro, Salomón. Salomón los sobrepasó a todos. Siendo un brote tan pequeño del tronco de Judá, Zera no lo estaba haciendo tan mal hasta ahora.

Todo eso cambia con Acar. Su nombre de nacimiento fue probablemente Acán, como nos dice Josué en el capítulo 7 de su libro. Acar era tan villano que en Israel su nombre se convirtió en sinónimo de problema. Es por eso que el cronista le da el nombre de Acar, “problema” en el idioma hebreo. Y fueron problemas lo que él le causó a Israel; desafió deliberadamente la prohibición que había hecho Dios de tomar cualquier botín de la ciudad de Jericó. En su codicia conservó algunas piezas escogidas de lo robado y las escondió secretamente debajo de su tienda. Sin embargo, para Dios no hay secretos, y después de que Israel había sufrido una derrota inexplicable a manos de los hombres de Hai, el “problema” salió a la luz. Acar confesó y fue ejecutado inmediatamente. Aquí el cronista les recuerda a sus lectores que el pecado premeditado y la infidelidad a Dios serán castigados con seguridad. Nadie se burla de Dios (Gálatas 6:7).

En el versículo nueve, el cronista comienza a investigar el linaje que es de la mayor importancia para él. Toma a Hezrón, y nos va describiendo su clan hasta el final del capítulo 3. El resto del capítulo 2 y de todo el capítulo 3 está compuesto de los tres hijos principales de Hezrón y de sus descendientes: Ram, Jerameel y Caleb.

A. Hezrón, hijo de Fares, y sus descendientes a través de Ram:

¹⁰ Ram engendró a Aminadab, y Aminadab engendró a Naasón, príncipe de los hijos de Judá., ¹¹ Naasón engendró a Salmón, y Salmón engendró a Booz. ¹² Booz engendró a Obed, y Obed engendró a Isaí. ¹³ Isaí engendró a Eliab, su primogénito; a Abinadab, el segundo, el tercero fue Simea, ¹⁴ el cuarto, Natanael, el quinto, Radai, ¹⁵ el sexto, Ozem, el séptimo, David, ¹⁶ de los cuales Sarvia y Abigail fueron hermanas. Los hijos de Sarvia fueron tres: Abisai, Joab y Asael. ¹⁷ Abigail dio a luz a Amasa, cuyo padre fue Jeter, el ismaelita.

Aquí entramos en un terreno algo familiar al encontrar muchos nombres que nos son conocidos por otras partes de la Biblia. Naasón fue un líder de la tribu de Judá durante el éxodo (Números 1:7). A Booz lo conocemos por el libro de Rut. De aquí sólo hay un pequeño salto genealógico de Obed a Isaí y sus hijos. El cronista nos ha estado guiando hacia este punto desde que comenzó con la tribu de Judá. Aquí se nombra a David en la lista como el séptimo hijo de Isaí, para honrarlo: el número siete era el que simbolizaba lo completo y el cumplimiento. En 1 Samuel 16, se encuentra un relato más completo de Isaí y de sus hijos. David tiene el lugar de honor como el más ilustre, no sólo en la familia de Isaí, sino en todo Israel.

También se hace mención de las hermanastras de David: Abigail y Sarvia. Estas mujeres tuvieron hijos guerreros que sirvieron con honor en el ejército de David. Después de esta breve mención de David, el cronista resume su lista de descendientes de Hezrón a través de sus otros dos hijos. Volverá a hablar de David en el capítulo 3.

B. Hezrón, hijo de Fares, y sus descendientes a través de Caleb:

¹⁸ Caleb hijo de Hezrón engendró de Azuba, su mujer, a Jeriot. Y los hijos de ella fueron Jeser, Sobab y Ardón.

¹⁹ Cuando murió Azuba, tomó Caleb por mujer a Efrata, la cual dio a luz a Hur. ²⁰ Hur engendró a Uri, y Uri engendró a Bezaleel.

²¹ Después Hezrón se unió a la hija de Maquir, padre de Galaad, la cual tomó por esposa siendo él de sesenta años; y ella dio a luz a Segub. ²² Y Segub engendró a Jair, el cual tuvo veintitrés ciudades en la tierra de Galaad. ²³ Pero Gesur y Aram tomaron de ellos las ciudades de Jair, con Kenat y sus aldeas, sesenta lugares. Todos estos fueron descendientes de Maquir, padre de Galaad.

²⁴ Después que murió Hezrón en Caleb de Efrata, Abías, mujer de Hezrón, dio a luz a Asur, padre de Tecoa.

Aquí se da una lista breve de los descendientes de Caleb. Posteriormente en este capítulo el cronista hará la lista más completa. En este momento su interés primordial es presentarnos a Bezaleel, el hombre a quien Dios le dio sus buenos dones y su Espíritu para que fuera el artesano jefe del Tabernáculo (vea Éxodo 31:1-5). No es accidental que por el versículo 20 nuestro escritor haya encontrado en la genealogía de Judá una manera de prefigurar temas a los que regresará en su libro. Etán y Hemán que eran zeraítas, pero también *levitas*, como sus lectores lo sabían bien. David el *rey*. Ahora nos encontramos con Bezaleel, el artesano del “Templo del desierto”. El Templo, el rey y los levitas sirven como puntos alrededor de los que giran los libros de Crónicas. Parece como si el mismo autor fuera un artesano bastante bueno.

Es un poco más difícil ver la razón por la que el escritor incluyó el contenido de los versículos 21-23. Maquir y su hijo Galaad son miembros bien conocidos de la tribu de Manasés (vea Números 26:29). Una vez que estuvieron en la tierra prometida, ellos se establecieron al otro lado del Jordán en una región que llegó a ser conocida como Galaad. Es en Galaad donde se encontraron los asentamientos que se conocen en conjunto como Havot-jair (vea Números 32:41).

Tal vez al hacer esta conexión entre las tribus de Judá y de Manasés, el cronista quiso asegurarles a sus lectores que todo Israel todavía estaba presente en la tribu de Judá, aunque los descendientes de Manasés ya habían sido completamente borrados como tribu durante la conquista asiria. Puede ser que el incidente del versículo 23 se haya mencionado para anticipar la gran destrucción por parte de los asirios que sucedió después, y que fue mayor.

El versículo final de la sección nos presenta a Asur, hijo de Hezrón, cuya genealogía se tratará más ampliamente en el capítulo 4, versículos 5-9. Tecoá era una aldea que quedaba al sur de Belén y estaba habitada por judíos que regresaron del exilio.

C. Hezrón, hijo de Fares, y sus descendientes a través de Jerameel:

²⁵ Los hijos de Jerameel, primogénito de Hezrón, fueron Ram, su primogénito, Buna, Orén, Ozem y Ahías. ²⁶ Y tuvo Jerameel otra mujer llamada Atara, la cual fue madre de Onam.

²⁷ Los hijos de Ram, primogénito de Jerameel, fueron Maaz, Jamín y Equer. ²⁸ Los hijos de Onam fueron Samai y Jada. Los hijos de Samai: Nadab y Abisur. ²⁹ El nombre de la mujer de Abisur fue Abihail, la cual dio a luz a Ahbán y a Molid. ³⁰ Los hijos de Nadab: Seled y Apaim. Y Seled murió sin hijos. ³¹ Isi fue hijo de Apaim, Sesán fue hijo de Isi, y el hijo de Sesán fue Ahlai.

³² Los hijos de Jada, hermano de Samai, fueron Jeter y Jonatán. Y murió Jeter sin hijos. ³³ Los hijos de Jonatán: Pelet y Zaza. Éstos fueron los hijos de Jerameel.

³⁴ Sesán no tuvo hijos, sino hijas; pero tenía Sesán un siervo egipcio llamado Jarha. ³⁵ A este Sesán dio su hija por mujer, y ella dio a luz a Atai. ³⁶ Atai engendró a Natán, y Natán engendró a Zabad; ³⁷ Zabad engendró a Eflal, Eflal engendró a Obed; ³⁸ Obed engendró a Jehú, Jehú engendró a Azarías;

³⁹ Azarías engendró a Heles, Heles engendró a Elasa; ⁴⁰ Elasa engendró a Sismai, Sismai engendró a Salum; ⁴¹ Salum engendró a Jecamías, y Jecamías engendró a Elisama.

Tomaremos esta sección como una unidad, aunque los señaladores en el texto indican una división al final del versículo 33. Cuando se escribió el libro de Crónicas: no había puntuación, ni párrafos, ni numeración de versículos, que pudieran indicarle al lector dónde terminaba una sección y dónde comenzaba otra. Sin embargo, había otras maneras de hacer lo mismo. Uno de los métodos más comunes que utilizaban para alertar a los lectores sobre el hecho de que estaban entrando en algo nuevo o terminando algo era insertar fórmulas usuales. Vemos dos ejemplos de esta clase en los versículos 25 y 33. “*Los hijos de*” y “*Estos fueron los hijos de*” son fórmulas para iniciar y para terminar de hablar de una genealogía. Es útil saber esto, no para que nos llenemos de detalles sin importancia, sino para reconocer la evidencia textual de la estructura de la que hablamos antes (página 26). La genealogía de Jerameel se trata en dos secciones seguidas, interpuestas en medio de dos segmentos de la genealogía de Caleb. Toda la sección está enmarcada por dos segmentos de la genealogía de Ram. Es por esta razón que podemos decir con alguna confianza: “Aquí tenemos un patrón *a-b-c-c-b-a*”.

Aparte de esto, no se puede decir mucho con respecto a los descendientes de Jerameel, ya que la mayoría de este material es exclusivo del cronista. No podemos identificar estos nombres: con personas, lugares ni ciudades que se mencionen en alguna otra parte.

Nuestro escritor presenta en el versículo 34 el hecho de que Sesán no tuvo hijos, sino sólo hijas. Sesán adoptó a su siervo egipcio en su familia por medio del matrimonio y así conservó el nombre de la familia y los derechos de herencia por medio de él. (Los lectores de la Biblia que están atentos recordarán que Abram [vea Génesis 15:2] una vez consideró hacer algo semejante. Hay que reconocer que Abram en su tiempo estaba en una posición

mucho peor que la de Sesán, debido a que él no tenía ni hijos ni hijas. Así que le preguntó a Dios si Eleazar, su siervo, iba a ser el heredero de sus bienes.) De todas maneras, Dios bendijo la decisión de Sesán y le dio descendientes por lo menos hasta la generación catorce.

¡Qué felices somos por el hecho de que nuestra herencia: no dependa de la carne ni de la sangre, ni de ser varón ni mujer, sino del poder de Dios! En Cristo, Dios nos da una herencia “incorruptible, incontaminada e inmarcitable, reservada en los cielos” (1 Pedro 1:4).

*D. Hezrón, hijo de Fares, y sus descendientes a través de Caleb:
(continuación de 2:18-24)*

Podemos dividir estas genealogías en dos partes. Los versículos 42-50 nos dan más información sobre Caleb, y los versículos 50-55 hacen destacar a Hur, hijo de Caleb, cuyos descendientes llegaron a ser un clan por derecho propio.

⁴² Los hijos de Caleb, hermano de Jerameel, fueron: Mesa, su primogénito, que fue el padre de Zif, y los hijos de Maresa, padre de Hebrón. ⁴³ Y los hijos de Hebrón: Coré, Tapúa, Requiem y Sema. ⁴⁴ Sema engendró a Raham, padre de Jorcoam, y Requiem engendró a Samai. ⁴⁵ Maón fue hijo de Samai, y Maón fue padre de Bet-sur.

⁴⁶ Efa, concubina de Caleb, dio a luz a Harán, a Mosa y a Gazez. Y Harán engendró a Gazez.

⁴⁷ Los hijos de Jahdai: Regem, Jotam, Gesam, Pelet, Efa y Saaf.

⁴⁸ Maaca, concubina de Caleb, dio a luz a Seber y a Tirhana. ⁴⁹ También dio a luz a Saaf, padre de Madmana, y a Seva, padre de Machbena y de Gibeá. Y Acsa fue hija de Caleb.

⁵⁰ Éstos fueron los hijos de Caleb.

Muchos de los descendientes de Caleb que se mencionan en esta primera sección debieron haberse establecido en el centro y en el sur de Judá, ya que nombres como: Zif, Hebrón, Maón y Madmaná son también ciudades que podemos localizar en esa área. Además, esos nombres nos son familiares por lo que sabemos de la historia de David y de Saúl. Fueron los zifitas, miembros de la misma tribu de David, quienes traicioneramente intentaron entregárselo a Saúl. Cerca de Maón había un desierto en el que David y sus hombres encontraron refugio por un tiempo (vea 1 Samuel 23:15ss). La antigua ciudad de Hebrón fue el lugar donde los hombres de Judá ungieron públicamente a David como rey (2 Samuel 2:4).

De nuevo podemos observar en este pasaje que la frase “padre de” puede tener un significado más amplio que simplemente “el padre biológico de”, porque el Bet-sur y el Quiryat-jearim que se mencionan aquí son lugares. Cuando se dice de un hombre que es “el padre de Bet-sur” (versículo 45) o “el padre de Quiryat-jearim” (versículo 50), se dice que es el fundador o el ciudadano más prominente de ese lugar.

Ahora llegamos a un pasaje difícil de interpretar. En el versículo 49 se dice que Caleb fue el padre de Acsa; en este contexto, el Caleb al que se hace referencia debe ser el *hijo de Hezrón*, el hermano de Jerameel (versículo 42). En el capítulo cuatro de Crónicas, nos vamos a encontrar con otro Caleb que es el *hijo de Jefune* (1 Crónicas 4:15). Claramente se trata de dos personas diferentes, porque Caleb, el *hijo de Jefune*, alcanzó gran importancia en la época del Éxodo, cuando fue escogido como uno de los exploradores que fueron enviados a la tierra de Canaán. Fue él quien, junto con Josué, animó a Israel para que sin demora tomara la tierra (vea Números 13:30). Lo que hace las cosas algo más complejas para nosotros es que Caleb el espía pertenecía (como se puede haber imaginado) al clan de Caleb, *el hijo de Hezrón*. Todo eso se puede inferir de su relación común con la ciudad de Hebrón (vea 1 Crónicas 2:42,43 y Josué 14:13). Pero de nuevo, Caleb el espía y contemporáneo de Josué no puede ser el

mismo Caleb, hijo de Hezrón, porque ese Caleb, hijo de Hezrón, había muerto hacía mucho tiempo cuando nació Caleb el espía.

Entonces, ¿por qué tanto alboroto? Bien, se dice que Caleb el espía tuvo una hija a la que le dio el nombre de Acsa (Josué 15:16). Dos Calebs no son problema; dos Calebs, cada uno con una hija llamada Acsa, sí parece ser demasiada coincidencia. Los eruditos que se oponen a la Biblia se aferran a versículos como éstos y dicen: “¡Una contradicción! ¡La Biblia se contradice a sí misma! ¡Olvídense de una Biblia *inspirada* e infalible!”

Sin embargo, podemos adelantar dos explicaciones posibles de esto y todavía ser fieles a las Escrituras. La primera es que Crónicas no podía decir nada más que a Acsa se le consideraba la “hija” de Caleb el jefe del clan, ya que su padre natural, Caleb el espía, era miembro de esa tribu y ese clan. A todas las hijas del clan se les puede considerar “hijas” del fundador del clan. El cronista simplemente estaba destacando a Acsa para mencionarla aquí de manera especial. Esta explicación tiene la ventaja de dejarnos sólo con una Acsa.

La otra manera de explicarlo sería decir que Caleb el espía le puso a una de sus hijas el nombre de la bien conocida hija de Caleb, el fundador del clan. Esta explicación tiene la ventaja de dejar que tanto Josué 15:16 como 1 Crónicas 2:49 se mantengan en su sentido más natural. Nos quedamos no sólo con dos Calebs, sino también con dos Acsas.

Para un creyente de la Biblia es suficiente tener una explicación posible de la dificultad. El peso de la prueba está en los que insisten en que las Escrituras deben tener contradicciones. Finalmente, nada será satisfactorio para los que no comparten nuestro punto de vista de las Escrituras. Una persona siempre puede encontrar contradicciones si las busca.

Se espera que esta discusión, por lo menos, nos ayude a entender mejor lo que nuestros pastores y maestros quieren decir cuando nos dicen que *la Biblia es un libro claro*. Cuando decimos que la Biblia es clara, hablamos de una claridad objetiva, no de una claridad subjetiva. Esta claridad existe aunque yo

personalmente no la perciba. Por ejemplo, el sol siempre brilla; sin embargo, desde mi punto de vista, algunas veces puede estar escondido por las nubes o por la sombra de la tierra. De una manera semejante, la Biblia es clara en sí misma; no obstante, desde mi punto de vista, puede haber muchas cosas en una porción específica de la Biblia que permanezcan escondidas a mi entendimiento. Esto se puede deber a mi debilidad pecadora o se puede presentar como resultado de mi ignorancia en lo relacionado con algún aspecto del texto que tengo frente a mí. Sin embargo, así como las nubes realmente no hacen que el sol deje de brillar, tampoco mis dificultades personales para entender las Escrituras verdaderamente no hacen que la Biblia no sea clara. El problema está en mí y no en la Biblia.

Además de todo esto, la Biblia me asegura que es especialmente clara en cuanto al camino por el que puedo ser salvado y en hacerme saber cómo puedo llevar una vida que le agrade a Dios. Pablo afirma que las Sagradas Escrituras “te pueden hacer sabio para salvación por la fe que es en Cristo Jesús... enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:15,17). Esto es suficientemente claro para mí. Las Sagradas Escrituras no sólo me llevarán al cielo, sino que también me equipan con todo lo que necesito para llevar la vida de buenas obras aquí en la tierra. Cualesquiera que sean las nubes que yo no pueda quitar mediante el estudio cuidadoso en oración, las dejaré para el día en que las nubes y la oscuridad terminen, y yo vea a Dios cara a cara.

Los hijos de Hur, primogénito de Efrata: Sobal, padre de Quiriat-jearim, ⁵¹ Salma, padre de Belén, y Haref, padre de Bet-gader. ⁵² Y los hijos de Sobal, padre de Quiriat-jearim, fueron Haroe, la mitad de los manahetitas. ⁵³ Y las familias de Quiriat-jearim fueron los itritas, los futitas, los sumatitas y los misraítas, de los cuales salieron los zoratitas y los estaolititas.

⁵⁴ Los hijos de Salma: Belén, los netofatitas, Atrot-bet-joab, la mitad de los manahetitas, los zoraítas, ⁵⁵ y las familias de los escribas que habitaban en los tirateos, los simeateos y los

sucateos. Éstos son los ceneos que vinieron de Hamat, padre de la casa de Recab.

Reanudamos nuestro estudio del texto. Hur, el hijo de Caleb, se presenta en una sección al final del capítulo. Reconocemos a Quiriat-jearim y Belén como ciudades que posteriormente fueron vueltas a ocupar por los exiliados que regresaron. Puede ser de interés para los lectores del cronista ver información como ésta, que los pone en contacto con su pasado.

Los versículos finales contienen dos joyas escondidas. Se nos cuenta en el versículo 55 sobre los clanes de escribas que se establecieron en Jabes. En un período inicial, el pueblo de Israel estuvo lo suficientemente interesado en leer y escribir como para que florecieran *gremios*, es decir, *grupos* completos de personas que se ganaban la vida a través de la transmisión de la palabra escrita. Personas como los escribas de Jabes conservaron las Escrituras del Antiguo Testamento para nosotros.

Finalmente, en el último versículo se nos presentan unas personas llamadas ceneos, de quienes se dice que eran descendientes de Hamat. A Hamat se le identifica un poco más como el padre de la casa de Recab. Los ceneos eran los antiguos habitantes no israelitas de la tierra de Canaán, que datan de la época de Abraham (Génesis 15:19). Posteriormente, Moisés invitó a Hobab, hijo de Ragüel el ceneo, para que acompañara a Israel en su viaje a la tierra prometida. Moisés le prometió a Hobab una parte de las buenas cosas que Dios le iba a dar a Israel (Números 10:29-32). Es claro, por la historia posterior de Israel, que Hobab probablemente aceptó la invitación de Moisés, porque se encontró que los ceneos, descendientes de Ragüel, habían vivido en Israel en el tiempo de los Jueces (vea Jueces 1:16). Lo que aquí es de especial interés es que los ceneos están relacionados con la casa de Recab.

En las Escrituras, se habla varias veces de la casa de Recab, principalmente como un grupo de personas que permanecieron fieles al verdadero Dios en la época de la gran apostasía de Israel

durante el reinado de Acab (2 Reyes 10:15). En Jeremías 35, Dios presenta a los recabitas como ejemplos para Israel de lo que significa la fidelidad. Se abstendían de tomar vino como señal de su lealtad al mandato que uno de sus antecesores le había dado a su familia. Esta adhesión leal al mandato de un antepasado muerto hacía el contraste con lo oscura que había sido la deslealtad de Israel con el pacto del Dios vivo. Aquí es de interés especial para nosotros que veamos que aun aquellos que no eran Israelitas por descendencia física fueron contados por el cronista como parte del pueblo de Dios. El linaje de los recabitas continuó a través de la conquista y del exilio, uno de ellos le ayudó a Nehemías a restaurar los muros de Jerusalén (Nehemías 3:14). Eran fieles y permanecieron fieles.

A veces tenemos la impresión de que los hijos de Israel eran como un club exclusivo. Suponemos que si usted hubiera sido un gentil en el tiempo anterior a Cristo no hubiera tenido ninguna posibilidad de ser salvo. Ciertamente Dios escogió a Israel de entre todas las naciones del mundo: “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). Pero aun así, vemos ejemplos como éstos en los que Dios nunca intentó salvar sólo a los hijos e hijas físicos de Israel, sino que escogió a Israel para salvar a todas las naciones. Esto fue tan cierto en el Antiguo Testamento como lo es hoy en el tiempo del cumplimiento en Jesucristo.

E. Hezrón, hijo de Fares, y sus descendientes a través de Ram (continuación de 2:10-17)

El cronista toma una vez más el hilo del linaje de David. A ninguna otra persona en las Escrituras se le presta tanta atención genealógica como a él. Aquí se le dedica todo un capítulo a sus descendientes. Mateo y Lucas le ponen ramas adicionales a la familia de David en sus Evangelios (Mateo 1 y Lucas 3:23ss). El propósito del cronista es demostrar la verdad de la promesa que le hizo Dios a David: “He dispuesto lugar para mi pueblo Israel, y lo he plantado para que habite en él... levantaré descendencia

después de ti a uno de entre tus hijos...su trono será firme para siempre” (1 Crónicas 17:9,11,14).

La primera sección es la lista de los hijos que le nacieron a David en Hebrón mientras gobernó en esa ciudad (versículos 1-4) y posteriormente en Jerusalén (versículos 4-9):

3 Éstos son los hijos de David que le nacieron en Hebrón: el primogénito Amnón, de Ahinoam, la jezreelita; el segundo, Daniel, de Abigail, la de Carmel; ² el tercero, Absalón hijo de Maaca, hija de Talmai, rey de Gesur; el cuarto, Adonías, hijo de Haguit; ³ el quinto, Sefatías, de Abital; el sexto, Itream, de su mujer Eglá. ⁴ Estos seis le nacieron en Hebrón, donde reinó siete años y seis meses; y en Jerusalén reinó treinta y tres años. ⁵ Estos cuatro le nacieron en Jerusalén: Simea, Sobab, Natán y Salomón hijo de Bet-súa, hija de Amiel. ⁶ Y otros nueve: Ibhar, Elisama, Elifelet, ⁷ Noga, Nefeg, Jafia, ⁸ Elisama, Eliada y Elifelet. ⁹ Todos estos fueron los hijos de David, sin contar los hijos de las concubinas. Tamar fue hermana de ellos.

Para el cronista, la carrera de David en Hebrón no tuvo mucho interés, y ciertamente estaba consciente de esto, como lo indican estos versículos. Él prefirió concentrarse en los acontecimientos que sucedieron durante el reinado de David en Jerusalén y que condujeron a la construcción del Templo. La lista de los hijos que nacieron en Hebrón es idéntica a la de 2 Samuel 3:2-5. La única excepción es “Daniel” a quien se le identifica como “Quileab” en el libro de Samuel. Nos puede parecer extraño que una persona tuviera más de un nombre; sin embargo, eso era perfectamente normal en la antigua cultura del Cercano Oriente. El patriarca Jacob es un ejemplo sobresaliente.

En cuanto a los hijos que nacieron en Jerusalén, esta lista también es sustancialmente la misma que se encuentra en Samuel (2 Samuel 5:13-16). El cronista agrega dos hijos a la lista: Noga y Elifelet, que se encuentran en los versículos 7 y 8. Esta misma lista

aparece en 1 Crónicas 14:4 con algunas variaciones menores de letras, que no nos causan problemas. Salomón, el sucesor de David, se encuentra entre los hijos que nacieron en Jerusalén.

También son de interés las dos mujeres que se mencionan aquí: Bet-súa (también conocida como Betsabé) y Tamar. Betsabé (versículo 5) era la esposa de Urías el hitita. David durmió con ella y después mató a Urías para esconder su crimen de adulterio. La violación de Tamar (versículo 9) fue la chispa que finalmente prendió el fuego de la rebelión de Absalón contra su padre David. (Consulte 2 Samuel 11-19 para conocer el resto de la historia). El solo hecho de mencionarlas a ellas por nombre en la genealogía de David sería suficiente para que un israelita recordara los tristes acontecimientos relacionados con ellas. Ciertamente el buen rey David también necesitaba al Salvador.

La siguiente sección del cronista da la sucesión real:

¹⁰ Hijo de Salomón fue Roboam, cuyo hijo fue Abías, del cual fue hijo Asa, cuyo hijo fue Josafat, ¹¹ de quien fue hijo Joram, cuyo hijo fue Ocozías, hijo del cual fue Joás, ¹² del cual fue hijo Amasías, cuyo hijo fue Azarías, e hijo de éste, Jotam. ¹³ Hijo de éste fue Acáz, del que fue hijo Ezequías, cuyo hijo fue Manasés, ¹⁴ del cual fue hijo Amón, cuyo hijo fue Josías. ¹⁵ Y los hijos de Josías: Johanán, su primogénito; el segundo fue Joacim, el tercero, Sedequías, el cuarto, Salum., ¹⁶ Los descendientes de Joacim fueron Jeconías y Sedequías.

El cronista nos presenta los nombres de todos los reyes que se sentaron en el trono de Judá, hasta el tiempo del exilio en Babilonia (586 a. C.).

Las únicas dificultades se presentan en los últimos dos versículos de esta sección. Después de la muerte de Josías en el año 609 a. C., el reino de Judá comenzó a declinar bruscamente. Judá fue acosada por Egipto al sur y por Babilonia al norte. Una vez que el faraón de Egipto entró en Judá, depuso el rey, y puso a otro en su lugar. En otra ocasión, Nabucodonosor entró, depuso al

rey por causa de su deslealtad, y puso a otro en su lugar. Para indicar que el nuevo hombre era representante *suvo*, el rey conquistador le iba a dar un nombre nuevo al rey de Judá que él había puesto en el trono. Por esta razón, debemos mantener la calma al hacer la relación entre esta lista y las listas de reyes que se encuentran al final de 2 Reyes y de 2 Crónicas. Recuerde nuestras observaciones anteriores respecto a que no era poco común en esta cultura que un hombre tuviera dos nombres.

La siguiente es una lista de los reyes que sucedieron a Josías (en el orden apropiado). Primero, daré el nombre como se encuentra en 1 Crónicas 3; después, daré los otros nombres para la misma persona que se encuentran en otras partes. Lo ofrezco para los estudiantes serios de la Biblia que quieren tener las cosas bien claras.

Aparece un problema adicional por la mención que se hace de dos hombres llamados Sedequías en los versículos 15 y 16. La *Reina-Valera* 1995 suaviza esto un poco al traducir el versículo 16 como “los descendientes de Joacim” en lugar de la forma más literal “los hijos de Joacim”. Si seguimos la interpretación de la *Reina-Valera* 1995, hubo sólo un hombre llamado Sedequías: el hijo de Josías que fue el último en sentarse en el trono de David. Sin embargo, también es posible que existieran dos Sedequías y que el del versículo 16 fuera el hijo de Joacim que nunca ascendió al trono.

El cronista continúa la línea de David a través del exilio y más allá de él. Su interés es poner la línea de David en la tierra de Judá después del regreso de Babilonia. De esta manera demuestra por medio de la historia que la promesa que le hizo Dios a David no iba a quedar trunca, aunque algunos de sus descendientes pudieran haber estado cautivos por enemigos extranjeros y por su propia pecaminosidad. Dios conservó la casa de David y los volvió a llevar a la tierra prometida:

Los últimos reyes de Judá

1. Salum/Joacaz.

Fue puesto por el pueblo después de la muerte de Josías.

Tres meses después fue depuesto por el Faraón Neco (o Neco).

El cuarto hijo de Josías.

Referencias: 2 Crónicas 36:2,

2 Reyes 23:30. También vea

Jeremías 22:11.

2. Joacim/Eliqim

Fue puesto por el Faraón Neco, quien le dio el nombre de Joacim.

Reinó 11 años. Era el segundo hijo

de Josías. Referencias: 2 Reyes

23:34-36 y 2 Crónicas 36:5.

3. Jeconías

Hijo de Joacim, nieto de Josías. Fue

depuesto después de gobernar por

tres meses y puesto en exilio en

Babilonia. La línea de David durante

y después del exilio se traza por

medio de él. Referencias: 2 Crónicas

36:9 y 2 Reyes 24:8.

4. Sedequías/Matanías

Fue puesto por Nabucodonosor, que

le dio el nombre de Sedequías. Un

hijo de Josías y un tío de su

inmediato predecesor Joacim, él fue

el último hijo de David en ser

llamado rey de los judíos hasta el

nacimiento de Jesús. Referencias:

2 Crónicas 36:11 y 2 Reyes 24:17,18.

17 Y los hijos de Jeconías: Asir, Salatiel, 18 Malquiram, Pedaías, Senazar, Jecamías, Hosama y Nedabías.

19 Los hijos de Pedaías: Zorobabel y Simei. Y los hijos de Zorobabel: Mesulam, Hananías, y Selomit, su hermana.

20 También estos cinco: Hasuba, Ohel, Berequías, Hasadías y Jusab-hesed.

21 Los hijos de Hananías: Pelatías y Jesaías; Refaías, su hijo; Arnán, su hijo; Abdías, su hijo; Secanías, su hijo. 22 Hijo de Secanías fue Semaías; y los hijos de Semaías: Hatús, Igal, Barías, Nearías y Safat, seis en total.

23 Los hijos de Nearías fueron estos tres: Elioenai, Ezequías y Azricam.

24 Los hijos de Elioenai fueron estos siete: Hodavías, Eliasib, Pelaías, Acub, Johanán, Dalaías y Anani.

Nos encontramos un poco confundidos en la comprensión justo desde el comienzo de estos versículos. Una lectura rápida de los versículos 17-19 parece decirnos que Zorobabel era el hijo de Pedaías, que era el hijo de Jeconías el cautivo, junto con Salatiel y otros. Esto haría que Salatiel fuera el tío de Zorobabel.

Esto hace que nos devanemos los sesos porque a Zorobabel se le reconoce en otras partes como el *hijo* de Salatiel (Esdras 3:2; Nehemías 12:1; Hageo 1:12). Este hombre es muy importante porque fue el jefe de la primera oleada de los que regresaron del exilio. Para solucionar esta dificultad debemos ver el texto de una manera más cuidadosa para ponerlo en orden. Cuando lo hacemos, notamos que sólo a Salatiel se identifica específicamente como hijo de Jeconías. Los otros que se mencionan en el versículo 18, incluyendo a Pedaías, se encuentran reunidos en un grupo. Ellos pueden ser hijos, o pueden ser descendientes más lejanos del rey cautivo.

Si el versículo 18 continúa la lista de los hijos de Jeconías, entonces podemos resolver la dificultad al decir que Pedaías se casó con la viuda sin hijos de su hermano Salatiel y tuvo hijos con ella. De acuerdo con la ley del levirato (Deuteronomio 25:5,6), el

padre *legal* sería Salatiel aunque Pedaías era el padre *natural*. Esta explicación ciertamente no está fuera de la esfera de las posibilidades. Han sucedido cosas extrañas en los árboles genealógicos de los israelitas, y ahora estamos bien conscientes de esto. Y aún hay una solución mucho más sencilla para el problema padre/tío, simplemente podemos entender que el texto quiere decir que Salatiel fue hijo de Jeconías. A su vez se puede entender que el versículo 18 nos da una lista de los hijos de Salatiel. Entonces Pedaías, hijo de Salatiel, engendró a Zorobabel. Esto parece significar que Zorobabel recibió su patronímico de su abuelo en lugar del de su padre. Aquí el escritor sagrado nos da un poco más de información que la que se da en los otros lugares mencionados. Esta explicación cae bien dentro del uso común del término hebreo “hijo de”.

El segundo problema surge en la genealogía de Jesús que se encuentra en el Evangelio de Lucas. Allá se relaciona a Neri como el padre de Salatiel en lugar de Jeconías (Lucas 3:27). De las varias explicaciones posibles, yo prefiero la que simplemente dice que a Jeconías también se le llamó Neri. Si es así, tenemos la seguridad que no es la primera vez que se encuentra en la Biblia un hombre que tiene dos nombres. La otra posibilidad toma el ejemplo de Jeremías 22:30, que se puede interpretar al decir que Jeconías iba a morir sin tener hijos. Neri, su pariente, se casó con su viuda y crió hijos a los que legalmente se les consideró como hijos de Jeconías por la ley del levirato de la que hablamos antes.

Los descendientes de Zorobabel que aparecen en la lista de los versículos 19 y 20 no se mencionan en ninguna genealogía de Jesús. Aunque tanto Mateo como Lucas dicen que Jesús era descendiente de David a través de Zorobabel, nos dan nombres completamente diferentes para llenar el vacío entre Zorobabel y Cristo. Si alguien desea hacer de esto un problema, simplemente podemos responder que el cronista en ninguna parte dice que él ya ha nombrado a todos los hijos de Zorobabel. Además de esto, hay buena razón para creer que el cronista seleccionó estos nombres porque expresaban bien la esperanza que llenaba el

corazón de los exiliados que regresaron. “Recompensado, Yahveh es Misericordioso, Paz, Estimado (por Dios), Regresa el Amor” son una muestra representativa de lo que significan los nombres.

Antes de pasar al capítulo cuatro, debemos tratar un asunto que ha ocupado la mente de muchos y que conforma el punto del que los eruditos derivan sus teorías sobre la fecha del libro de Crónicas. El asunto es: ¿cuántas generaciones tenemos en la lista a partir de Zorobabel desde el versículo 21 hasta el 24? Algunos dicen que por lo menos cinco; otros van hasta once. Si uno de los estimados es cierto, sería difícil asignarle al libro una fecha anterior al año 400 a. C. Eso también haría muy improbable que Esdras el escriba pudiera ser el autor.

La interpretación del versículo 21 es fundamental. ¿Es todo este versículo una lista de los hijos nacidos de Hananías? Si es así, entonces la línea directa de Zorobabel continúa hasta el final del versículo 24, y podemos contar por lo menos cinco generaciones después de él. Como pensamos que Esdras el escriba es el autor de Crónicas, creemos que la lista de los descendientes de Zorobabel termina en la mitad del versículo 21 con Jesaías. La frase “*su hijo, Refaías...*” en el versículo 21 inicia una nueva lista de familias davídicas que regresaron del exilio junto con Zorobabel. Entonces tendríamos solamente dos generaciones después de Zorobabel: Hananías, su hijo; Pelatías y Jesaías, sus nietos. Esta interpretación es completamente consistente con Esdras como autor, ya que el libro no puede tener una fecha posterior al año 450 a. C.

Mientras que esta explicación parece desbaratar la estructura del versículo en cuestión, se debe recordar que la división de la Biblia en versículos no es parte del texto inspirado. También podemos citar a su favor el hecho de que los redactores del texto en hebreo le pusieron una marca pequeña al nombre de Jesaías para indicar una pausa al leerlo. Además de esto, las palabras del versículo mismo hacen difícil ver la conexión entre los *hijos* (plural) de Refaías y los dos hijos individuales que se mencionaron anteriormente en lo individual. ¿Por qué el cambio repentino en

la fórmula genealógica? Eso parecería indicar que el escritor intentaba hacer una división de algún tipo en la mitad del versículo.

Ya sea que estas consideraciones lo convenzan a usted o no, una persona difícilmente puede rechazar a Esdras como el autor del libro de Crónicas simplemente por la evidencia de estos versículos, porque no llegan a ser una prueba definitiva de ninguna manera. Tendría que existir otra evidencia contra la autoría de Esdras y, hasta el momento, esa evidencia es bastante escasa. En vista de esto, no vemos razón para rechazar la creencia antigua de que Esdras escribió esta porción de nuestras Sagradas Escrituras.

Lo que hoy estos versículos significan para nosotros:

Problemas, dificultades, conflictos aparentes en el texto: ¿vale la pena todo esto? No hay duda de que esta sección ha sido bastante pesada. Sin embargo, ¿en qué otra parte podríamos haber encontrado una ventana mejor al alma de los primeros que regresaron del exilio que mediante la consideración de los hermosos nombres que Zorobabel les dio a sus hijos? “Recompensado, Yahveh es Misericordioso, Paz, Estimado (por Dios), Regresa el Amor” (versículos 19,20). ¿Quién no ha pasado por un tiempo difícil de dudas y problemas y no ha exhalado una oración similar de gratitud a Dios al sentir el brillo del regreso de su gracia?

Al examinar los árboles, no olvidemos el bosque: el cronista demuestra que la promesa que Dios le hizo a David es verdad. Dios dijo que el reino de David iba a perdurar. Al seguir el rastro de la familia de David hasta su propia generación, el cronista les daba a sus lectores la seguridad concreta de que Dios no los había olvidado a ellos, ni había olvidado las promesas que les había hecho. El reino terrenal de David puede haber terminado, pero el trono espiritual del Hijo y Sucesor de David, el Mesías, todavía no ha comenzado.

Desde nuestro ventajoso punto de vista como creyentes del Nuevo Testamento, el linaje de David ha llegado a su fin, solamente para volver a comenzar. Terminó en el sentido de que alcanzó el cumplimiento en nuestro Salvador; comienza de nuevo en que todos los dones y misericordias de Jesús, el hijo de David, nos pertenecen a nosotros ahora por la fe. Reinamos junto con él sobre el trono de David (Apocalipsis 1:6, 2:27).

Los descendientes de Fares (continuación de 2:4-8)

Ahora el cronista regresa a dos hijos de Judá que se mencionaron antes brevemente, al comienzo del capítulo 2: Fares y Zera. Antes de terminar de hablar sobre la tribu real de Judá, quiere darnos una información adicional. Esto también completa el orden estructural que les dio a los capítulos 2-4 (vea la página 26).

En el versículo uno, rastrea la genealogía de Fares hasta una profundidad de cinco generaciones:

4 Los hijos de Judá: Fares, Hezrón, Carmi, Hur y Sobal.

Esta lista es directa excepto por la mención de Carmi, al que en otra parte se le llama descendiente de Zera y padre de Acar (vea 1 Crónicas 2:7). Como todos los otros son descendientes de Fares en línea directa padre a hijo, parece probable que aquí Carmi se use como otro nombre para Caleb, hijo de Hezrón. Las últimas tres generaciones sirven como un bosquejo general del capítulo hasta el versículo 20. El cronista los trata en orden inverso del menor al mayor, comenzando con *Sobal* en el versículo 2, continuando con *Hur* en el versículo 4, y terminando con *Caleb* (versículo 11, una manera un poco diferente de escribir su nombre, pero aun así probablemente es el hijo de Hezrón).

² Reaía hijo de Sobal engendró a Jahat, y Jahat engendró a Ahumai y a Lahad. Éstas son las familias de los zoratitas.

³ Éstas son las del padre de Etam: Jezreel, Isma e Ibdas. Y el nombre de su hermana fue Haze-lelponi.

⁴ Penuel fue padre de Gedor, y Ezer fue padre de Husa. Éstos fueron los hijos de Hur, primogénito de Efrata, padre de Belén.

⁵ Asur, padre de Tecoa, tuvo dos mujeres, Hela y Naara. ⁶ Y Naara dio a luz a Ahuzam, Hefer, Temeni y Ahastari. Éstos fueron los hijos de Naara. ⁷ Los hijos de Hela: Zeret, Jezoar y Etnán.

⁸ Cos engendró a Anub, a Zobeba, y la familia de Aharhel hijo de Harum.

⁹ Jabes fue más ilustre que sus hermanos, al cual su madre llamó Jabes, diciendo: «Por cuanto lo di a luz con dolor.»

¹⁰ Invocó Jabes al Dios de Israel diciendo: «Te ruego que me des tu bendición, que ensanches mi territorio, que tu mano esté conmigo y que me libres del mal, para que no me dañe.» Y le otorgó Dios lo que pidió.

Aquí el propósito principal del cronista es ayudar a la comunidad restaurada a reconocer la manera en que ellos están relacionados con estos antiguos clanes que existían antes del exilio. El cronista había relacionado previamente a Sobal con la ciudad de Quiriat-jearim y con otros varios clanes, incluyendo a los zoraítas (2:50-53). Aquí los zoraítas están divididos en otros subclanes. De Nehemías reconocemos que tanto Quiriat-jearim como Zora eran ciudades habitadas por judíos que habían regresado del exilio (Nehemías 7:29 y 11:29).

Los descendientes de Hur se nombran en los versículos 3 y 4, seguidos por los de Asur en 5-7. A Asur lo recordamos como el hijo que le nació a Hezrón después de su muerte (2:24). Allá no se da más información sobre él, pero aquí su linaje se desarrolla de una manera más completa. Entre estos nombres, reconocemos a Belén y a Tecoa como ciudades que fueron vueltas a ocupar

después del exilio (Nehemías 7:26). Los hombres de Tecoa rindieron un gran servicio bajo el mando de Nehemías en la reconstrucción de los muros de Jerusalén (Nehemías 3:5-27).

La sección termina con la bella historia de un hombre llamado Jabes (posiblemente relacionado con la ciudad de ese nombre que se mencionó en 2:55). La historia está construida con cambio de suerte y juegos de palabras, y tiene una lección directa. El nombre “Jabes” suena como la palabra hebrea para dolor. Su madre le puso ese nombre debido a que él le causó un gran dolor cuando lo dio a luz. En la cultura del Antiguo Testamento, los nombres eran mucho más que sonidos que se utilizaban para identificar a una persona. Los nombres resumían las características de la persona y señalaban su destino. Una vez una mujer sabia le dijo a David: “conforme a su nombre, así es” el hombre (1 Samuel 25:25). El futuro no parecía brillante para un hombre cuyo nombre era Dolor.

Jabes pudo invertir la horrorosa predicción que hizo su madre al invocar al Dios de Israel para pedirle ayuda. Si quisiéramos conservar algo del sabor original de esta sección, podríamos parafrasearla de esta manera: “Jabes resultó ser más distinguido que sus hermanos, aunque su madre le puso el nombre de ‘Dolor’, porque dijo: ‘¡Él me dio mucho dolor en el parto!’ Pero Jabes invocó al Dios de Israel diciendo: ‘¡Oh, si me dieras bendición...!’ Y le otorgó Dios lo que pidió.”

El futuro tampoco parecía claro para las comunidades pequeñas que habían establecido los judíos que regresaron del exilio; sus enemigos los rodeaban. La reconstrucción de lo que había sido antes fue un proceso lento y laborioso; parecía como si todo estuviera en contra de ellos. Pero el Dios de Israel estaba con ellos, y cuando le pidieron su ayuda, pudieron descansar seguros de que él les iba a dar el triunfo. Así que también nosotros podemos estar seguros de que el reino de Dios crecerá y prosperará entre nosotros, no importa cuán pequeños sean sus comienzos, no importa cuán débiles parezcan ser sus posibilidades terrenales. Cualquiera que sienta el peso del mundo incrédulo sobre él puede

tener consuelo en estas palabras. Nuestro Dios: saca vida de la muerte, saca bendición del dolor y éxito del fracaso. ¡Invóquelo!

¹¹ Quelub, hermano de Súa engendró a Mehír, el cual fue padre de Estón. ¹² Estón engendró a Bet-rafa, a Paseah, y a Tehina, padre de la ciudad de Nahas; éstos son los hombres de Rea.

¹³ Los hijos de Cenaz: Otoniel y Seraías. Los hijos de Otoniel: Hatat, ¹⁴ y Meonotai, el cual engendró a Ofra. Y Seraías engendró a Joab, padre de los habitantes del valle de Carisim, pues fueron artesanos.

¹⁵ Los hijos de Caleb hijo de Jefone: Iru, Ela y Naam; e hijo de Ela fue Cenaz.

¹⁶ Los hijos de Jehalelel: Zif, Zifa, Tirías y Asareel.

¹⁷ Los hijos de Esdras: Jeter, Mered, Efer y Jalón; también engendró a María, a Samai y a Isba, padre de Estemoa. ¹⁸ Y su mujer Jehudaía dio a luz a Jered, padre de Gedor, a Heber, padre de Soco, y a Jecutiel, padre de Zanoa. Éstos fueron los hijos de Bitia, hija del faraón, con la cual se casó Mered.

¹⁹ Los hijos de la mujer de Hodías, hermana de Naham, fueron el padre de Keila, el garmita, y Estemoa, el maacateo.

²⁰ Los hijos de Simón: Amnón, Rina, Ben-hanán y Tilón.

Los hijos de Isi: Zohet y Benzohet.

Es probable que el “Quelub” del versículo 11 sea simplemente una variación de la grafía del nombre “Caleb”. Con esa suposición vamos a interpretar estos versículos. Quelub/Caleb es el último del linaje de los Fares cuyos descendientes se presentan para revisión. Lo debemos diferenciar del Caleb/Quelub del versículo 15. Como nos dijimos en la consideración que hicimos de 2:49, estos son dos hombres diferentes de dos generaciones diferentes. El Caleb del versículo 11 era la cabeza del clan, e hijo de Hezrón; el Caleb del versículo 15 fue el contemporáneo de Josué y uno de los doce representantes de las tribus que fueron a explorar la tierra prometida.

La genealogía menciona a Otoniel (versículo 13), el sobrino o hermano menor de Caleb el espía, y a algunos de sus descendientes. Otoniel es familiar, lo conocemos como el primero de los jueces de Israel. Su historia se relata en Jueces 1 y 3:7-11.

Los hijos de Jehalelel se identifican como los fundadores de Zif (versículo 16), mientras que uno de los hijos de Esdras está relacionado con Estemoa (versículo 17). Ninguna de estas dos ciudades existía en Judá después del exilio, por lo que podemos estar bastante seguros de que toda la genealogía nos conserva un cuadro de Judá anterior a ese acontecimiento catastrófico. Se nos cuenta de un hombre llamado Mered, que tuvo descendientes tanto de una esposa egipcia (“hija del faraón” puede no significar más que eso) como de una esposa judía (versículos 17,18). Como Esdras y la comunidad que regresó después del exilio tuvieron tantos problemas con judíos que se habían casado con mujeres extranjeras, una persona podría preguntar ¿por qué el cronista no escribió sobre esto? Sin embargo, podemos aprender algo del hecho de que personas como Mered todavía aparecen en los rollos de la tribu real de Judá, aunque él se había relacionado con Egipto por matrimonio. Nos enseña que la preocupación de Esdras por los matrimonios mixtos con personas de otros pueblos paganos en su tiempo no se debió al prejuicio racial judío, sino a un deseo de guardar los mandamientos de Dios.

Los descendientes de Sela (continuación de 2:3)

²¹ Los hijos de Sela hijo de Judá: Er, padre de Leca, y Laada, padre de Maresa, y las familias de los que trabajan lino en Bet-asbea; ²² Joacim, y los hombres de Cozeba, Joás, y Saraf, los cuales dominaron en Moab y volvieron a Lehem, según registros antiguos. ²³ Estos eran alfareros y habitaban en medio de plantíos y cercados; habitaban allá con el rey, ocupados en su servicio.

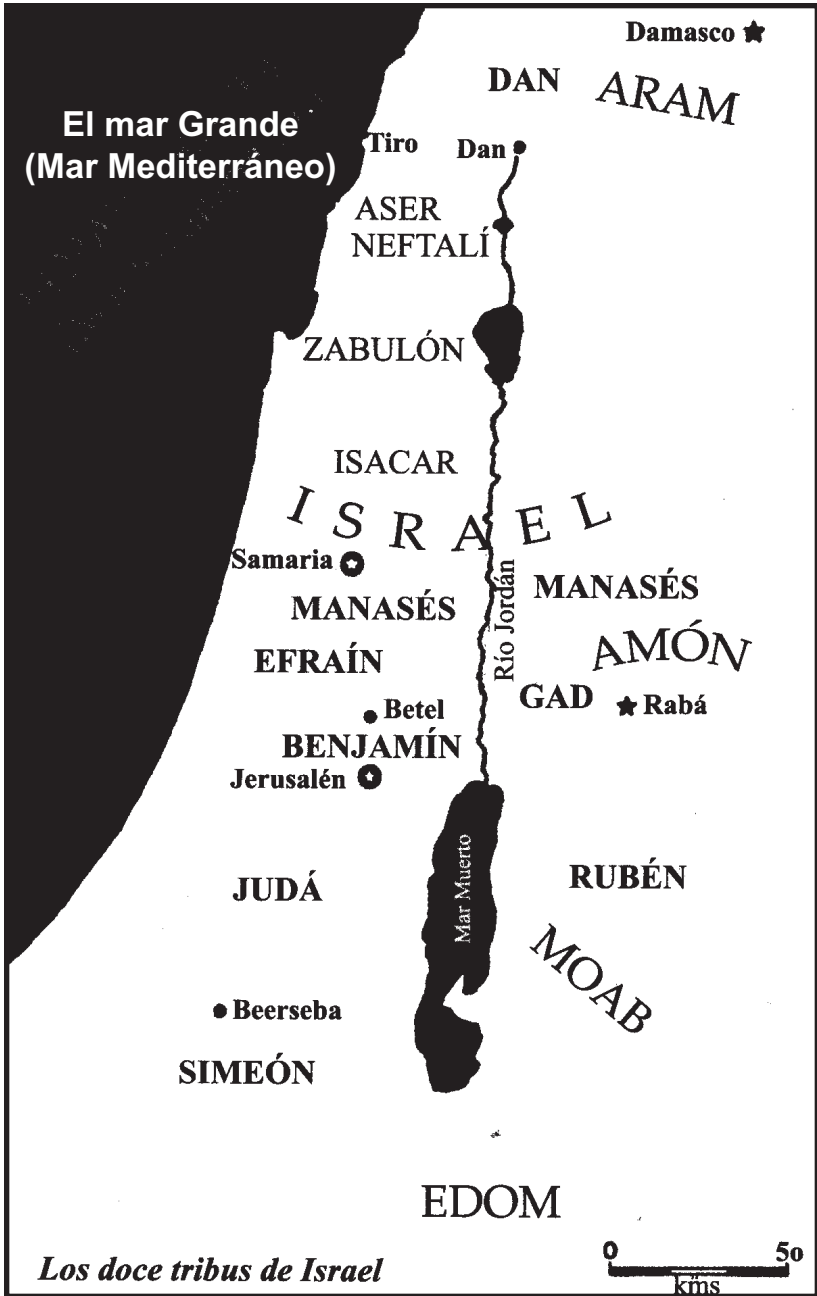
El cronista finaliza las genealogías de la tribu real de Judá con Sela, un hijo de Judá, que se había mencionado brevemente al comienzo del capítulo dos y que se dejó de mencionar hasta ahora. Sela fue el último hijo sobreviviente de Súa, la esposa cananea de Judá. Aquí sus registros son de tiempos “antiguos” (4:22). Sus descendientes llegaron a ser clanes de trabajadores del lino (versículo 21) y de alfareros reales (versículo 23).

Es posible que en el versículo 22 tengamos otra referencia a un matrimonio mixto anterior entre la tribu de Judá y una mujer extranjera. Una interpretación alternativa sería: “Joacim, y los varones de Cozebá, Joás y Saraf, los que se casaron (con mujeres) de Moab y volvieron a Lahem (Belén)”. Si esto es correcto, sería un paralelo interesante con el relato acerca de la familia de Elimelec en Rut 1.

El significado que hoy estos versículos tienen para nosotros:

Hemos hecho pocas aplicaciones personales a lo largo del camino. Al terminar nuestro estudio genealógico de Judá, de nuevo nos podemos acordar del propósito principal que tuvo el cronista al escribirlo. Para él y para sus lectores fue una visión panorámica del reino de Dios bajo el gobierno de la casa de David. Buscando el origen de la casa de David desde sus raíces hasta el exilio y más allá, les comprobó a los judíos que habían regresado, que ellos eran el mismo pueblo que habían vivido en Judá durante los días gloriosos de David. La historia de David era la historia *de ellos*; las promesas de David eran promesas *para ellos*; y el Dios de David era el Dios *de ellos*.

Nuestro Dios es el mismo. Él le da forma a la historia, generación tras generación, para lograr para nosotros sus propósitos salvadores.



Los doce tribus de Israel

El límite externo de Israel: Simeón y las tribus transjordanas

Ahora hacemos un viaje al límite externo del reino de Israel. Nos dirigimos primero al sur de Judá, donde el cronista nos deja ver los asentamientos de Simeón (4:24-43). Desde allí cruzamos el profundo valle de la Gran Falla, donde están localizados el mar Muerto y el río Jordán, y ascendemos a las alturas de Moab, al lado oriental. Precisamente al norte de este pequeñísimo reino no israelita estaba el lugar donde moraban las tribus transjordanas de Israel. El cronista nos lleva del sur hacia el norte. Comenzando con la tribu de Rubén, que estaba localizada al otro lado del río Arnón de Moab, se desplaza hacia el norte a través de Gad hasta que completa el viaje con la media tribu de Manasés (Capítulo 5).

Todas estas tribus se habían establecido en las fronteras de Israel y estuvieron expuestas a la influencia pagana de sus vecinos en mayor grado que el resto de Israel. La alternativa que tenían era que extendenderían su territorio mientras permanecieran fieles al verdadero Dios (4:41-43; 5:19-22), o serían arrasados completamente cuando adoraran dioses paganos (5:25,26). “Pero al que no tiene (espiritualmente), aun lo que tiene (físicamente) se le quitará” (Lucas 19:26).

La lista de Simeón se divide fácilmente en tres secciones: sus clanes (versículos 24-27), sus asentamientos (versículos 28-33) y su historia (versículos 38-43).

La tribu de Simeón

Los clanes de Simeón

²⁴ Los hijos de Simeón: Nemuél, Jamín, Jarib, Zera, Saúl, ²⁵ y su hijo Salum, su hijo Mibsam y su hijo Misma. ²⁶ Los hijos de Misma: su hijo Hamuel, su hijo Zacur y su hijo Simei. ²⁷ Los hijos de Simei fueron dieciséis, y seis hijas; pero sus hermanos no tuvieron muchos hijos, ni multiplicaron toda su familia como los hijos de Judá.

El registro genealógico de los clanes de Simeón que aparece aquí es casi el mismo que se encuentra en otras partes en las Escrituras (Éxodo 6:15, Números 26:12). Algunos nombres se escriben de manera diferente, y nuestro escritor se ha extendido desde el clan de Saúl hasta Simei, el bisnieto de Saúl. De esto podemos deducir que el cronista tuvo fuentes de información disponibles independientes de las que tenemos en otras partes de las Escrituras.

Es de especial interés para nosotros este comentario del cronista: “sus hermanos no tuvieron muchos hijos, ni multiplicaron toda su familia como los hijos de Judá”. Aquí se refiere al hecho de que Simeón, como una tribu, fue casi completamente absorbido por Judá. Precisamente antes de su muerte, el gran patriarca Jacob pronunció ciertas profecías con respecto a sus doce hijos. En la afirmación del cronista, vemos cómo se llegaron a cumplir las palabras de Jacob. Jacob había dicho respecto a los hijos de Simeón y de Leví: “Maldito sea su furor, que fue fiero;...Yo los apartaré en Jacob, los esparciré en Israel” (Génesis 49:7).

Jacob dijo esas graves palabras debido al hecho atroz de venganza que habían cometido estos dos hermanos contra los hombres de Siquem. Puede leer la historia completa en Génesis 34. Cuando veamos la tribu de Leví en el siguiente capítulo, veremos cómo, por lo menos en el caso de él, la maldición se cambió en bendición.

Los asentamientos de Simeón

²⁸ Y habitaron en Beerseba, Molada, Hazar-sual, ²⁹ Bilha, Ezem, Tolad, ³⁰ Betuel, Horma, Siclag, ³¹ Bet-marcabot, Hazar-susim, Bet-birai y Saaraim. Éstas fueron sus ciudades hasta el reinado de David. ³² Y sus aldeas fueron Etam, Aín, Rimón, Toquén y Asán; cinco pueblos, ³³ y todas las aldeas que estaban alrededor de estas ciudades hasta Baal. Ésta fue su habitación, y esta su descendencia.

Este registro de las ciudades y las villas de Simeón se remonta a los días de David y antes (versículo 31). Es similar, aunque claramente independiente, a una lista que se encuentra en Josué 19:2-9. Aparte de una o dos ciudades como Siclag y Beerseba, hoy en día es difícil que ubiquemos estos lugares con alguna precisión. En general podemos decir que Simeón vivió en la tierra seca del sur o Neguev de Israel. (Son interesantes los nombres de las ciudades: Bet-marcabot y Hazar-susim. Significan “casa de carros” y “corral de caballos” respectivamente. ¿Fueron estos hombres simeonitas del “Salvaje Sur” de Judá, personas como los vaqueros del “Salvaje Oeste” de los Estados Unidos? ¿Eran expertos en vagones y caballos? ¡Tal vez!)

En una nota más seria, el cronista quiere asegurarse de informarnos que estos hombres de Simeón mantuvieron registros de “su descendencia” (versículo 33). La tribu de Simeón pudo haber sido absorbida por Judá; sin embargo, ellos todavía tenían algunos rasgos de independencia, suficientes para mantener registros separados. Simeón todavía era una tribu de Israel, de quien es “la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la Ley, el culto y las promesas. A ellos también pertenecen los patriarcas, de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:4,5). ¡Las promesas de Dios nunca han fallado y no fallan!

La historia de Simeón

³⁴ Mesobab, Jamlec, Josías hijo de Amasías, ³⁵ Joel, Jehú hijo de Josibías hijo de Seraías, hijo de Asiel, ³⁶ Elioenai, Jaacoba, Jesohaía, Asaías, Adiel, Jesimiel, Benaía, ³⁷ y Ziza hijo de Sifi hijo de Alón, hijo de Jedaías, hijo de Simri, hijo de Semaías. ³⁸ Estos, por sus nombres, son los principales entre sus familias; y las casas de sus padres fueron multiplicadas en gran manera. ³⁹ Llegaron hasta la entrada de Gedor, hasta el oriente del valle, buscando pastos para sus ganados. ⁴⁰ Y hallaron abundantes y buenos pastos, y tierra ancha y

espaciosa, quieta y reposada, porque los de Cam la habitaban antes. ⁴¹ Pero estos que han sido mencionados por sus nombres, vinieron en días de Ezequías, rey de Judá, y desbarataron las tiendas y cabañas que allí hallaron, hasta el día de hoy, y habitaron allí en lugar de ellos; por cuanto había allí pastos para sus ganados. ⁴² Asimismo quinientos hombres de ellos, de los hijos de Simeón, fueron a los montes de Seir, llevando por capitanes a Pelatías, Nearías, Refaías y Uziel, hijos de Isi, ⁴³ y derrotaron a los que habían quedado de Amalec, y habitaron allí hasta el día de hoy.

Esta sección final nos da los nombres de algunos de los jefes de los clanes de Simeón, y nos cuenta sus proezas cuando dirigieron a los hombres de Simeón en batalla. La información que tenemos aquí es más reciente que la de los versículos anteriores, y nos lleva adelante en el tiempo, alrededor de 300 años. Su fecha va hasta el reinado del rey Ezequías (versículo 41), que floreció alrededor del año 700 a. C. En ese tiempo, el pueblo de Simeón necesitaba algún espacio para vivir, porque su número iba en aumento. En consecuencia, se extendieron al oriente hacia Edom y el monte Seir (versículo 42). Es posible que también hubiera habido avances tribales al oeste hacia la costa. Esta interpretación depende de en dónde una persona localiza el “Gedor” que se menciona en el versículo 39.

A los habitantes a quienes ellos sacaron de su lugar se les llama: camitas (egipcios o cananeos), meunitas (habitantes de la tierra de Edom), y amalecitas. El cronista insinúa la naturaleza repentina (versículo 40) y los efectos devastadores (versículos 41,42) de los ataques de los simeonitas. La expresión “los destruyeron por completo” (*Nueva Versión Internacional*) del versículo 41, señala un motivo, tanto religioso como económico, que hubo detrás de estas guerras. Literalmente se refiere a algo que se había puesto bajo una prohibición religiosa, algo completamente dedicado al Señor, para su uso o para su destrucción.

Todas las naciones paganas que habitaban en Canaán habían sido puestas bajo esa prohibición de manera general (vea Deuteronomio 20:17,18). La razón para hacerlo se menciona en el mismo contexto. Dios sabía que su pueblo iba a ser fácilmente atraído a las viles costumbres paganas de adoración si a estas naciones se les permitía vivir junto a Israel. En cuanto a los amalecitas (versículo 43), había una causa especial para ponerlos bajo esa destrucción, ya que ellos habían lanzado un ataque contra Israel, que no había sido provocado. Al principio, durante el Éxodo, mientras que los israelitas iban de camino al Sinaí agotados por el viaje, los amalecitas les salieron al encuentro y mataron a los que iban en la retaguardia de las caravanas israelitas, en completo desafío al único y verdadero Dios. En respuesta, Dios ordenó su destrucción completa (vea Éxodo 17:14 y Deuteronomio 25:17-19).

Actuando aún bajo esta orden, los hombres de Simeón “derrotaron ” a los camitas y a los meunitas, y “derrotaron a los que habían quedado de Amalec” de los ataques anteriores.

Algunos se sorprenden cuando encuentran estas cosas en las Escrituras del Antiguo Testamento, y por eso dicen que el Dios del Antiguo Testamento es un Dios tribal vengativo, sediento de sangre. Ven un gran contraste entre el Dios del Antiguo Testamento y el Dios de amor que se revela en Jesús. ¿Qué vamos a decir ante estas críticas?

El Dios, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, es el mismo Dios de quien Juan dice que es “Amor” (1 Juan 4:8). En el centro de su ser arde una llama inextinguible de amor; anhela salvar a todos los seres humanos (1 Timoteo 2:4). Conservó a Israel en amor como una nación distinta de las naciones idólatras que la rodeaban, y por ese mismo amor envió al Salvador al mundo por medio de Israel.

Sin embargo, en estos días aun los cristianos que lo deberían saber muy bien, están perdiendo rápidamente la visión de la verdad que se encuentra en los dos testamentos: de Dios nadie se mofa (Gálatas 6:7). Los hombres todavía cosechan lo que siembran.

Cuando las personas desprecian voluntariamente la gracia de Dios y desafían sus mandamientos, de la misma manera pueden contar con que la gran paciencia de Dios tiene un límite. Él destruirá a los que llevan una vida de incredulidad rebelde. Esa es una consecuencia inevitable que se produce por el rechazo al verdadero Dios que quiere –y es el único que puede– salvar a todos. Sólo los que rechazan las claras Escrituras encontrarán esta verdad inconsistente con el amor de Dios.

¿Quién anunciará esta verdad en una época de creciente obstinación e impiedad? ¡Los cristianos lo harán!

El gran pecado de Amalec fue que no tuvo “ningún temor de Dios” (Deuteronomio 25:18). ¡Que Dios nos guarde de una actitud como esa!

La tribu de Rubén:

Las tribus transjordanas fueron Rubén, Gad y la media tribu de Manasés. Nos podemos preguntar ¿por qué menciona el cronista a todas? Ya en esa época esas tribus habían dejado de existir como grupos distintos, cada una se había establecido dentro de su propio territorio. Sus estructuras sociales que eran separadas habían sido destrozadas por las invasiones asirias del siglo octavo a.C.

En lugares como éste podemos ver lo que fue uno de los propósitos del escritor sagrado al escribir su libro; él tenía la intención de mostrar que el verdadero Israel, y todo Israel, todavía existían en el pueblo que había regresado del exilio en Babilonia. La historia de todas las tribus le pertenecía ahora a Judá.

La tribu de Rubén perdió su identidad aun antes que las otras. La inscripción que aparece en la estela de Mesha, conocida como la piedra moabita (850 a. C.), parece implicar que los rubenitas habían sido absorbidos por Gad, ya que menciona a Gad pero no a Rubén. El material de esta sección es muy antiguo y se refiere a Rubén como si hubiera existido en el tiempo de Saúl (vea el versículo 10), alrededor de 200 años antes de la inscripción en la estela de Mesha.

Al oír la historia de su pueblo, un joven o una joven judíos podrían haber preguntado: “¿Por qué fue Rubén tan pequeño entre las tribus de Israel? ¿No fue el primogénito y él que tenía el derecho de suceder a su padre Jacob como jefe de la familia?” El cronista responde:

5 Rubén era el primogénito de Israel, pero como profanó el lecho de su padre, sus derechos de primogenitura fueron dados a los hijos de José hijo de Israel, y no fue contado por primogénito. ² Es verdad que Judá llegó a ser más poderoso que sus hermanos, y el príncipe de ellos, pero el derecho de primogenitura fue de José. ³ Los hijos de Rubén, primogénito de Israel, fueron: Hanoc, Falú, Hezrón y Carmi. ⁴ Los descendientes de Joel fueron: Semaías, Gog, Simei, ⁵ Micaía, Reaía, Baal, ⁶ Beera, principal de los rubenitas, que fue llevado cautivo por Tiglat-pileser, rey de los asirios.

Rubén perdió su condición de primogénito porque cometió incesto durmiendo con Bilha la concubina de su padre (Génesis 35:22 y 49:4). Por esa razón, sus derechos de primogénito pasaron a otros dos hermanos. El *rango* de primogénito como jefe pasó a Judá; los *derechos* de heredad pasaron a José (versículo 2).

Los derechos y privilegios de ser el primogénito eran altamente apreciados. El acto que hizo Esaú al venderle su primogenitura a Jacob nos da el ejemplo asombroso de una persona que fue incapaz de posponer la satisfacción de sus necesidades inmediatas. El menosprecio por su primogenitura fue más que tontería; fue una falla moral (Génesis 25:29-34). En el centro de la primogenitura estaba la costumbre de darle al primogénito dos partes de la herencia del padre; el primogénito recibía no sólo la mejor parte de la propiedad de su padre, sino que también recibía una parte igual de lo que quedaba para dividir entre los otros hermanos (vea Deuteronomio 21:15-17). Eso garantizaba que prácticamente este hijo iba a ser el sucesor de su padre en rango y poder. De esto podemos ver que los derechos del

primogénito también incluían la idea de ser el heredero legítimo de la posición de su padre como cabeza de la familia. El relato de la vida de Eliseo es una ilustración de esto; cuando Eliseo pidió una doble porción del espíritu de Elías, no pedía el doble del poder espiritual que tenía Elías, sino el ser sucesor de Elías en el ministerio profético (2 Reyes 2:9).

En el caso que tenemos ante nosotros de los hijos de Jacob, José recibió doble porción de la herencia por medio de sus dos hijos Efraín y Manasés. Cada uno de ellos recibió una parte del territorio de la tierra prometida. “Es verdad que Judá llegó a ser más poderoso que sus hermanos, y el príncipe de ellos” (versículo 2). El rango de jefe de las tribus pasó a Judá y, junto con esto, pasó también a él la promesa del Salvador, que iba a gobernar a todo Israel. Cuando Rubén perdió sus derechos como primogénito, perdió demasiado.

Los hijos y los fundadores del clan de Rubén están en la lista que aparece en el versículo 3. Después, en el versículo 4 se nombra a otro hijo de Rubén, junto con sus descendientes. Lo que tenemos aquí es original del cronista. Destaca a Joel y a su clan para mostrar la manera en que la tribu de Rubén fue llevada al exilio en la persona de Beera, descendiente de Joel (versículo 5). Eso sucedió en la invasión de la región transjordana que llevó a cabo Tilgat-pilneser alrededor del año 740 a. C.

Hay un mensaje para nosotros en estas historias de Rubén y de la pérdida de su condición de primogénito. No estamos hablando solamente de la condición de jefe ni de los derechos de heredad. El antiguo Israel era el pueblo de Dios; bajo el gobierno de Dios en el Antiguo Testamento, las realidades terrenales tenían un significado espiritual más profundo.

El pecado premeditado de Rubén demostró la incredulidad que había en su corazón. Por esa razón Dios lo castigó, quitándole sus derechos terrenales. Si sus descendientes persistían en la incredulidad de su padre, ellos también iban a perder tanto su herencia terrenal como su herencia espiritual. Junto con el menoscabo de la fortuna terrenal de Rubén, también vemos un

deterioro espiritual. Primero ellos fueron absorbidos por Gad, después fueron destruidos bajo el dominio de Tilgat-pilneser y los asirios. La incredulidad lleva a la muerte.

Por la fe en Cristo, nosotros, que una vez éramos esclavos del pecado, hemos recibido todos los derechos de hijos. “Y si [eres] hijo, también [eres] heredero de Dios por medio de Cristo” (Gálatas 4:7). El amor perdonador de Cristo nos da los derechos y los privilegios de primogénitos delante de Dios. Tenemos la *condición* de hijos hechos y derechos de Dios. Somos *herederos* de todo lo que Cristo ha ganado para nosotros con su muerte y su resurrección. Tenemos la vida eterna y todo lo que va con ella. Que Dios nos ayude por medio de la Palabra a valorar nuestra herencia y a aferrarnos a ella.

¡Quiera Dios que evitemos, como se evita una plaga, cualquier cosa que nos pueda hacer soltar esa herencia! Eso comienza en el corazón con la incredulidad; comenzamos a valorar más nuestros bienes terrenales que nuestros tesoros en el cielo. Buscamos metas mundanas y perdemos de vista el mundo venidero. Termina en vergonzosos pecados e idolatría. Los que hacen esas cosas heredarán la muerte, y no la vida. ¡Protégenos de esto, amado Padre celestial!

Aunque toda la tribu de Rubén llegó a un triste final, hubo algunos de Rubén que fueron conservados en la fe, “un remanente escogido por gracia” (Romanos 11:5). El cronista presenta este tema en los siguientes versículos:

⁷ Sus hermanos, por sus familias, según el registro de sus genealogías, fueron Jeiel, el primero y Zacarías. ⁸ Bela hijo de Azaz hijo de Sema, hijo de Joel, habitó en Aroer hasta Nebo y Baal-meón. ⁹ Habitó también al oriente hasta el borde del desierto que se extiende desde el río Éufrates, porque su ganado se había multiplicado en la tierra de Galaad.

¹⁰ En los días de Saúl hicieron guerra contra los agarenos, los cuales cayeron en sus manos; y ellos habitaron en sus tiendas en toda la región oriental de Galaad.

Los jefes y el territorio de Rubén fueron conservados para nosotros por medio del versículo nueve. Números 32:34-38 efectivamente está de acuerdo con los asentamientos que se nombran aquí para Rubén. Moab conquistó Nebo y Baal-meón en el siglo noveno, como se mencionó anteriormente. Galaad (versículo 9) probablemente es una referencia a toda la región de la ribera oriental del río Jordán, y no al territorio más pequeño ocupado por el clan de Galaad.

Lo que aquí es de importancia primordial es el relato de la guerra de Rubén contra los agarenos y la derrota de ellos (versículo 10). Este fue un acto de fe y una victoria tanto espiritual como terrenal. El cronista nos aclarará esto cuando hable en una forma más completa de la misma campaña bajo el mando de Gad (versículos 18-22). Nosotros también hablaremos más sobre esto cuando llegemos a esos versículos.

La tribu de Gad:

¹¹ Los hijos de Gad habitaron enfrente de ellos en la tierra de Basán hasta Salca. ¹² Joel fue el principal en Basán; el segundo, Safán, luego Jaanai, después Safat.

¹³ Sus hermanos, según las familias de sus padres, fueron Micael, Mesulam, Seba, Jorai, Jacán, Zía y Heber; por todos siete.

¹⁴ Éstos fueron los hijos de Abihail hijo de Huri hijo de Jaroa, hijo de Galaad, hijo de Micael, hijo de Jesisai, hijo de Jahdo, hijo de Buz. ¹⁵ También Ahí hijo de Abdiel hijo de Guni, fue principal en la casa de sus padres. ¹⁶ Ellos habitaron en Galaad, en Basán y en sus aldeas, y en todos los ejidos de Sarón, hasta sus confines. ¹⁷ Todos estos fueron contados por sus generaciones en días de Jotam, rey de Judá, y en días de Jeroboam, rey de Israel.

El territorio de Gad se describe como “enfrente de ellos” (de los rubenitas). Se extendía al norte, y al oriente abarcaba hasta

Basán. No debemos pensar que estos territorios hubieran estado estrictamente demarcados como los límites de una ciudad de hoy. Esto es especialmente cierto en cuanto a las tribus transjordanas, cuya ocupación era la de seguir las manadas de ganado (vea los versículos: 9, 16, y 21). A los pastores de ganado les gusta andar a campo abierto y no les gusta estar cercados. Así que no es una sorpresa ver que las tribus: de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés compartían una gran cantidad de territorio limítrofe.

No se mencionan hijos de Gad; en cambio, el cronista nos da una lista que contiene los nombres del jefe tribal (Joel en el versículo 12) y de varios otros jefes de clanes y jefes de familia (al final del versículo 13). Esta lista es única en el cronista, y él nos informa que la copió de los registros que tenía y que databan de la época de los reyes Jotam y Jeroboam (versículo 17). La podemos fechar aproximadamente en el año 750 a. C. Como la invasión asiria de Tilgat-pilneser vino poco después, bien puede ser que aquí tengamos la última genealogía que se registra antes de que la tribu como tal pasara al olvido.

¹⁸ Los hijos de Rubén y de Gad, y la media tribu de Manasés, hombres valientes, hombres que llevaban escudo y espada, que manejaban el arco, y diestros en la guerra, eran cuarenta y cuatro mil setecientos sesenta que salían a batalla. ¹⁹ Estos guerrearon contra los agarenos, Jetur, Nafis y Nodab. ²⁰ Pero en medio de la guerra clamaron a Dios y él les ayudó, por cuanto confiaron en él, de tal manera que los agarenos y todos los que con ellos estaban cayeron en sus manos. ²¹ Y tomaron sus ganados: cincuenta mil camellos, doscientas cincuenta mil ovejas y dos mil asnos; también cien mil personas. ²² Y cayeron muchos muertos, porque la guerra era de Dios; y habitaron en sus lugares hasta el cautiverio.

Ahora el cronista registra una campaña militar que data de la época de Saúl (compare el versículo 10) y que fue parte de la historia gloriosa de las tres tribus transjordanas. Como tal, formó

parte del legado espiritual que llegó hasta los judíos después del exilio. Ellos eran los herederos legítimos del pasado y de las promesas de todo Israel.

Después de recordar las listas tribales de los que eran aptos y entrenados para la batalla, el cronista describe la guerra que pelearon. Muchos de los detalles terrenales son oscuros o desconocidos, pero el punto espiritual es claro.

Los agarenos, Jetur, Nafis, y Nodab eran probablemente clanes de origen árabe. Ellos pueden haber sido descendientes de Agar, la concubina de Abraham, y probablemente moraban en los desiertos que estaban al oriente de Galaad, pero éstas son sólo conjeturas cultas. Tampoco tenemos planes de guerra ni estrategias de campaña que hubieran sido dadas para la guerra misma. Pero se nos dice que los hombres de Israel fueron ayudados en su lucha y que Dios les entregó a sus enemigos en la batalla. “Pero en medio de la guerra [los hombres de Israel] clamaron a Dios y él les ayudó, por cuanto confiaron en él” (versículo 20). Como dijimos antes, ese fue un acto de fe, y la victoria que estas tribus ganaron fue principalmente espiritual. No confiaron en su potencial humano ni en su armamento, que eran superiores, sino en la Roca de Israel. Él era su Dios, y ellos confiaban en él, orando con fe en lo más reñido de la batalla. Por esta razón Dios hizo que la batalla de ellos fuera *su* batalla (versículo 22) y les dio la victoria.

¡Qué gran consuelo es saber que Dios no sólo pelea *al lado nuestro* en nuestras batallas terrenales y espirituales, sino hace que nuestra causa sea la suya! Cuando nos desconcierten los problemas de la vida, es bueno que recordemos dónde está nuestra verdadera fortaleza y cómo alcanzaremos la victoria.

A manera de contraste, en el relato siguiente de la media tribu de Manasés el cronista también muestra la razón de la caída de estas tribus.

La media tribu de Manasés:

²³ Los hijos de la media tribu de Manasés, multiplicados en

gran manera, habitaron en la tierra desde Basán hasta Baalhermón, Senir y el monte Hermón.²⁴ Éstos fueron los jefes de las casas de sus padres: Efer, Isi, Eliel, Azriel, Jeremías, Hodavías y Jahdiel, hombres valientes y esforzados, hombres famosos y jefes de las casas de sus padres.²⁵ Pero se rebelaron contra el Dios de sus padres, y se prostituyeron siguiendo a los dioses de los pueblos de la tierra, a los cuales Jehová había quitado de delante de ellos;²⁶ por lo cual el Dios de Israel excitó el espíritu de Pul, rey de los asirios, y el espíritu de Tiglatpileser, rey de los asirios, el cual deportó a los rubenitas y gaditas y a la media tribu de Manasés, y los llevó a Halah, a Habor, a Hara y al río Gozán, hasta el día de hoy.

En este punto parece como si nuestro escritor hubiera perdido el interés en dar los detalles extensos respecto a: los hijos, jefes de los clanes y el territorio de Manasés. La información que da sirve simplemente para conducirnos a los acontecimientos terribles que se describen en los dos últimos versículos.

La derrota de Manasés no se le puede atribuir a la debilidad en cantidad: se nos dice que la tribu había sido multiplicada “en gran manera”, y que se había extendido desde el territorio de Gad por todo el camino hacia el norte hasta Basán y el monte Hermón (versículo 23). Tampoco se podía atribuir a ninguna otra debilidad terrenal: ellos eran guerreros valientes, bien conocidos y respetados por sus logros, y tenían un buen linaje (versículo 24).

Su fracaso se debió solamente a una cosa, ellos estaban en bancarrota espiritual. Le habían sido infieles a Dios a quien sus padres habían adorado, se habían prostituido al ir in pos de los dioses de pueblos extraños. El cronista habla francamente al describir las profundidades en las que se habían hundido y la verdadera naturaleza de su pecado. El lenguaje que usa tiene la intención de sacudir los sentidos de un pueblo espiritualmente aletargado. Dios era como un esposo, que le estaba prodigando amor a su pueblo; pero cuando Israel adoró a otros dioses, la nación actuóactuado como una esposa infiel que se había

prostituido con otros hombres.

Manyika, manyika, ijulu ndelimwi. El jefe de una aldea le dijo estas palabras a un misionero mientras estaban sentados juntos afuera de su casa a la sombra de un árbol de mango. Es un proverbio de la gente de Tonga en África Central. Significa: “Muchas naciones, pero el cielo es uno”. Significa que las diferentes naciones pueden adorar a Dios, cada una a su propia manera, pero al final todas llegarán al mismo Dios de los cielos. Ese concepto no es exclusivo de África; hoy constituye la religión, como lo sabemos, en los Estados Unidos y muchas partes del mundo. Se nos dice: “No hay diferencia si usted adora: al Dios Trino, o a Alá, o a Buda o al dios que está dentro de todos nosotros. Lo importante es que usted ponga en acción su espiritualidad.”

El cronista les dice firmemente “¡no!” a todos los que piensan de esa manera, porque sí hay diferencia. Hay sólo un verdadero Dios y Salvador. Los que lo conocen y después lo rechazan, permitiendo que otros dioses ocupen su lugar como salvadores, son culpables de infidelidad religiosa y de prostitución espiritual.

La absoluta necesidad de adorar a otros dioses se demuestra en el hecho de que Dios había arrojado delante de Israel a los pueblos que habían adorado estos otros dioses (versículos 25). Sin embargo, después, Israel se volvió a esos mismos dioses desacreditados. Esa falta de fe parece increíble y sin embargo sucedió.

El veredicto sobre esa apostasía se da en el versículo 26. Como el pueblo de Israel lo había abandonado a él por dioses ajenos, el Dios de Israel “excitó el espíritu” de un extranjero para que viniera contra su pueblo y los llevara al exilio. Rubén, Gad y la mitad de Manasés fueron llevados al lejano norte y oriente, lejos de su tierra, a lugares que tenían nombres con sonido extranjero como: Halah, Habor y Hara. Nunca iban a volver a su patria, y las Escrituras registran esos nombres como advertencia para cualquiera que se burle de la gracia.

La tribu sacerdotal de Leví:

Hemos llegado al segundo punto importante de las genealogías. Después de la tribu real de Judá, a la tribu sacerdotal de Leví se le dedica más espacio que a cualquiera otra tribu, ¡ochenta y un versículos en total! Es útil saber esto, porque nos dice lo importantes que fueron los hijos de Leví para el cronista.

Por el libro de Esdras tenemos la impresión de que los sacerdotes y los levitas no tenían muchos deseos de dejar las ciudades de Babilonia ni de volver a Judá. Tal vez habían perdido el sentido de que habían sido llamados por Dios; o quizás habían llegado a estar muy apegados a su nueva vida en la ciudad secular. Para combatir una situación como esa, el cronista buscó exaltar el ministerio de los sacerdotes y de los levitas, y la naturaleza divina de su llamamiento.

La casa sacerdotal de Aarón

6 Los hijos de Leví: Gersón, Coat y Merari. ² Los hijos de Coat: Amram, Izhar, Hebrón y Uziel. ³ Los hijos de Amram: Aarón, Moisés y María. Los hijos de Aarón: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar. ⁴ Eleazar engendró a Finees, Finees engendró a Abisúa, ⁵ Abisúa engendró a Buqui, Buqui engendró a Uzi, ⁶ Uzi engendró a Zeraías, Zeraías engendró a Meraiot, ⁷ Meraiot engendró a Amarías, Amarías engendró a Ahitob, ⁸ Ahitob engendró a Sadoc, Sadoc engendró a Ahimaas, ⁹ Ahimaas engendró a Azarías, Azarías engendró a Johanán, ¹⁰ y Johanán engendró a Azarías, el que tuvo el sacerdocio en la Casa que Salomón edificó en Jerusalén. ¹¹ Azarías engendró a Amarías, Amarías engendró a Ahitob, ¹² Ahitob engendró a Sadoc, Sadoc engendró a Salum, ¹³ Salum engendró a Hilcías, Hilcías engendró a Azarías, ¹⁴ Azarías engendró a Seraías, y Seraías engendró a Josadac, ¹⁵ y Josadac fue llevado cautivo cuando Jehová deportó a Judá y a Jerusalén por mano de Nabucodonosor.

El primer versículo nos presenta a los hijos verdaderos de Leví: Gersón, Coat y Merari. Ellos le dieron su nombre a los tres clanes principales de Leví. Más adelante el cronista va a pasar más tiempo investigando su desarrollo, pero ahora quiere llevarnos rápidamente a través de Coat a la casa sacerdotal de Aarón. Desde el versículo 4 hasta el 14 tenemos una lista de hombres que sirvieron en el cargo de sumo sacerdote.

Antes de hablar más de la lista, puede ser útil entender la diferencia que existe entre *levita* y *sacerdote*. Todos los sacerdotes eran levitas (de la tribu de Leví), pero no todos los levitas eran sacerdotes. A los levitas en general se les habían asignado varias responsabilidades que debían desempeñar en la casa de Dios. Esas responsabilidades eran importantes, como lo vamos a ver después, y necesarias tanto para el buen orden de la casa de Dios como para la vida religiosa de Israel. Sin embargo, solamente una familia de toda la tribu de Leví tenía el derecho de servir como sacerdotes. “Aarón y sus hijos ofrecían sacrificios sobre el altar del holocausto, y sobre el altar del perfume quemaban incienso, y ministraban en toda la obra del lugar santísimo” (1 Crónicas 6:49). Por medio de Moisés, Dios había ordenado que la única manera de acercarse a él en su santa habitación era por medio del sacerdote legítimo. Y el único sacerdote legítimo era uno que descendiera del linaje de Aarón (vea también Éxodo 28:1 y Levítico 1:5-9).

Podemos ver ¿por qué era tan importante para el creyente israelita saber de dónde había venido su sacerdote? También podemos ver ¿por qué el cronista presenta toda la genealogía de Aarón hasta Josadac y el exilio (versículo 15)? Josadac había sido el padre de Jesúa, quien había sido el sumo sacerdote que había servido en el tiempo del regreso del exilio (Esdras 3:2; 5:2). El linaje sacerdotal había permanecido intacto. Todavía servía en el Templo un verdadero hijo de Aarón, y por eso Israel todavía se podía acercar a Dios.

¿Qué significado tiene esto para los cristianos? No tenemos entre nosotros ninguna casta sacerdotal especial como los israelitas del Antiguo Testamento. Reconocemos a todos los creyentes como

“sacerdotes para Dios y su Padre” (Apocalipsis 1:6). Sin embargo, todavía tenemos un “gran sumo sacerdote” (Hebreos 4:14), Jesucristo, “por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes” (Romanos 5:2). Nadie se puede acercar al Padre sino por medio de él (Juan 14:6). Todavía hoy es de vital importancia para el creyente: conocerlo, saber de dónde ha venido y qué ha hecho por nosotros.

Además de recordarles a los israelitas la legitimidad de su línea sacerdotal, el cronista en estos versículos tiene una o dos palabras que decirles a los sacerdotes dentro de Israel. Lo hace por medio de ciertos nombres que *incluye*, y por otros nombres que *excluye* de su lista.

Al incluir a Nadab y Abiú, le recuerda a cualquier sacerdote que pueda leer esto que es importante adorar a Dios *de la manera correcta*. Nadab y Abiú habían sido los dos hijos de Aarón a los que Dios mató. A primera vista su ofensa puede parecer sin importancia; sin embargo, fue una violación del principio básico de adoración del que haremos bien en estar conscientes. En lugar de quemar el incienso ordenado por Dios sobre el altar del incienso, ellos hicieron incienso con su propia receta y lo quemaron. Al destruirlos, Dios indicó que no le había parecido nada bien que hubieran hecho a un lado sus palabras y las hubieran reemplazado con conceptos humanos. Para el relato completo lea Levítico 10.

Hoy nuestra cultura siente que todos tienen el derecho de adorar a Dios de cualquier manera que la persona decida. Abundan cultos y liturgias exóticas, cada uno ofrece alguna manera nueva de llegar a Dios. A las confesiones luteranas no les parece nada buena la adoración que cada uno escoge, es decir, la adoración que se deriva de las propias opiniones pecaminosas sobre la mejor manera de acercarse a Dios. No está fuera de lugar que recordemos que “agradó a Dios salvar a los creyentes por *la locura de la predicación*” (1 Corintios 1:21). Dios viene a nosotros por medio de la Palabra y los sacramentos. Cualquier “estrategia de adoración” que no se centre en ellos comete un error fatal.

El cronista también *excluye* a propósito la idea de darle un mayor tratamiento al linaje sumo sacerdotal de Itamar. Del linaje de Itamar brotó la casa de Elí y sus malvados hijos, Ofni y Fineés. “Sus hijos han blasfemado contra Dios y él no se lo ha impedido” (1 Samuel 3:13). La santa casa de Dios y su adoración habían sido deshonradas Debido a que Ofni y Fineés pecaban manifiestamente y porque Elí no había tomado medidas efectivas para corregirlos. En respuesta Dios dijo: “Yo honro a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco” (1 Samuel 2:30). Los descendientes de Itamar no se encuentran en esta lista, aunque muchos tuvieron la posición de sumo sacerdote.

Es una cosa terrible cuando la gente que hoy sirve en el ministerio público cae en pecado manifiesto; muchas veces eso sacude la fe del pueblo de Dios, se da a los enemigos de Dios la oportunidad de blasfemar, y da lugar para que los que no pertenecen a una congregación se endurezcan más en su incredulidad. La comunidad de Cristo todavía tiene el derecho de esperar que los pastores y los maestros sean “intachable...que hablen bien de él los que no pertenecen a la iglesia, para que no caiga en descrédito y en la trampa del diablo” (1 Timoteo 3:2,7 Nueva Versión Internacional).

Los tres clanes levitas más importantes:

¹⁶ Los hijos de Leví: Gersón, Coat y Merari. ¹⁷ Éstos son los nombres de los hijos de Gersón: Libni y Simei. ¹⁸ Los hijos de Coat: Amram, Izhar, Hebrón y Uziel. ¹⁹ Los hijos de Merari: Mahli y Musi. Éstas son las familias de Leví, según sus descendencias. ²⁰ Gersón: Libni, Jahat, Zima, ²¹ Joa, Iddo, Zera y Jeatrai.

²² Los descendientes de Coat: Aminadab, Coré, Asir, ²³ Elcana, Ebiasaf, Asir, ²⁴ Tahat, Uriel, Uzías, y Saúl. ²⁵ Los hijos de Elcana: Amasai y Ahimot; ²⁶ los descendientes de Ahimot: Elcana, Zofai, Nahat, ²⁷ Eliab, Jeroham y Elcana. ²⁸ Los hijos de Samuel: el primogénito, Vasni, y Abías.

**²⁹ Los descendientes de Merari: Mahli, Libni, Simeí, Uza,
³⁰ Simea, Haguía y Asaías.**

Gersón, Coa y Merari no sólo eran hijos de Leví, sino que ellos también llegaron a ser los fundadores de los tres grandes clanes de los levitas que se nombran aquí. Como ya se nos dijo, el propósito que tuvo el cronista al nombrar un clan tan extenso es exaltar el llamado de los hijos de Leví para el pueblo de su propia generación.

La mención que se hace de Samuel en el versículo 28 capta nuestro interés. Él es el gran profeta que vio llegar a su fin el período de los Jueces y que estuvo atento al surgimiento de la monarquía hebrea. Aquí se incluye como un *levita*, descendiente del clan de Coat. Sin embargo, en 1 Samuel 1, al padre de Samuel se le da el calificativo de *efrateo*. Los levitas (como veremos más adelante) estaban dispersos en toda la tierra de Israel. La dificultad para que un levita por descendencia también fuera llamado efrainita se explica mejor al decir que después de que el pueblo de Samuel ya se había establecido en Efraín, se les consideró como levitas por tribu y como efrainitas por territorio.

Los trabajadores del templo

³¹ Éstos son los que David puso a cargo del servicio del canto en la casa de Jehová, después que el Arca tuvo reposo, ³² los cuales servían delante de la tienda del Tabernáculo de reunión en el canto, hasta que Salomón edificó la casa de Jehová en Jerusalén; después se mantuvieron en su ministerio según su costumbre.

³³ Estos, pues, con sus hijos, ayudaban: de los hijos de Coat, el cantor Hemán hijo de Joel hijo de Samuel, ³⁴ hijo de Elcana, hijo de Jeroham, hijo de Eliel, hijo de Toa, ³⁵ hijo de Zuf, hijo de Elcana, hijo de Mahat, hijo de Amasai, ³⁶ hijo de Elcana, hijo de Joel, hijo de Azarías, hijo de Sofonías, ³⁷ hijo de Tahat, hijo de Asir, hijo de Ebiasaf, hijo de Coré, ³⁸ hijo de Izhar, hijo

de Coat, hijo de Leví, hijo de Israel.

³⁹ A su mano derecha estaba su hermano Asaf hijo de Berequías hijo de Simea, ⁴⁰ hijo de Micael, hijo de Baasías, hijo de Malquías, ⁴¹ hijo de Etni, hijo de Zera, hijo de Adaía, ⁴² hijo de Etán, hijo de Zima, hijo de Simei, ⁴³ hijo de Jahat, hijo de Gersón, hijo de Leví.

⁴⁴ Pero a la mano izquierda estaban sus hermanos, los hijos de Merari, esto es, Etán hijo de Quisi hijo de Abdi, hijo de Maluc, ⁴⁵ hijo de Hasabías, hijo de Amasías, hijo de Hilcías, ⁴⁶ hijo de Amsi, hijo de Bani, hijo de Semer, ⁴⁷ hijo de Mahli, hijo de Musi, hijo de Merari, hijo de Leví.

⁴⁸ Y sus hermanos, los levitas, fueron puestos sobre todo el ministerio del tabernáculo de la casa de Dios.

⁴⁹ Pero Aarón y sus hijos ofrecían sacrificios sobre el altar del holocausto, y sobre el altar del perfume quemaban incienso, y ministraban en toda la obra del Lugar santísimo, y hacían las expiaciones por Israel conforme a todo lo que Moisés, siervo de Dios, había mandado.

⁵⁰ Los descendientes de Aarón son estos: Eleazar, Finees, Abisúa, ⁵¹ Buqui, Uzi, Zeraías, ⁵² Meraiot, Amarías, Ahitob, ⁵³ Sadoc y Ahimaas.

Hemos llegado a una sección de este capítulo que es muy interesante por varias razones. Por ejemplo, en los versículos 31 y 32 tenemos que el cronista está prefigurando temas sobre los que se va a extender a través del resto de 1 Crónicas. El rey David va a llevar el Arca a su lugar de reposo permanente y adecuado en Jerusalén (versículo 31), y también va a organizar a los sacerdotes y a los levitas para que le sirvan al Señor (versículo 32). Dejará todo listo para que Salomón construya un Templo permanente en lugar del Tabernáculo (versículo 32). Algunos comentaristas critican abiertamente al cronista por el mal bosquejo de su trabajo; sin embargo, versículos como éstos muestran que el cronista sabía exactamente a dónde quería llegar, y les señaló claramente esa dirección a sus lectores.

Por primera vez en nuestro libro vemos a David como el gran organizador de la adoración de Israel en el Templo. Más adelante lo vamos a ver otra vez en esta misma función. También es digna de notar la gran importancia que se le da a la música en la adoración del único verdadero Dios. De todas las responsabilidades de los levitas, el ministerio de la música se nombra como el primero. Hay muchos dones artísticos que Dios da, y hay muchas formas de servicio. Ninguno sirve mejor al mensaje del evangelio que la música.

Vale la pena notar que a los músicos levitas se les consideraba mucho más que simples ejecutores de: cuernos, címbalos e instrumentos de cuerda. A ellos no se les consideraba como animadores para entretener a los demás, ni como intérpretes, sino como siervos del Señor. Bajo el mando de David ellos tenían un llamado a un tipo de ministerio público. Los músicos le llevaban el mensaje de Dios al pueblo mediante palabras que eran acompañadas con música. Cuando le damos una mirada a los títulos de los Salmos: 39, 42, 44 a 49, y 73 a 88, nos damos cuenta de que muchos de los mismos nombres que se mencionan aquí reaparecen allá como autores de esos salmos. ¡Estos músicos eran poetas y compositores inspirados por Dios!

Como rey de Israel, David tenía la autoridad de llevar a cabo la voluntad de Dios que se expresa en Números 3:5-9. En ese texto Dios dijo que él llamaba a los levitas de Israel para que desempeñaran varias responsabilidades en el Tabernáculo, con excepción de los que habían sido reservados para el sacerdocio. David llevó a cabo el mandato al organizar a los levitas en grupos musicales “según su costumbre” (versículo 32).

Hay tres clanes que son representados por tres agrupaciones musicales. Hemán (versículo 33) proviene de *Coat*; Asaf, el hombre que era su brazo derecho (versículo 39), proviene de *Gersón*; y Etán (también conocido como Jedutún) proviene de *Merari* (versículo 44). Después, el cronista agrega los comentarios de los versículos 48 y 49 para asegurarse de que todos entiendan la diferencia entre sacerdote y levita, y concluye dando otra lista

de los sumos sacerdotes que hubo hasta el tiempo del rey David. Aquí su propósito es ponerlos en el lugar que les corresponde, en el centro de la adoración en el Templo.

¿Qué podemos extraer de todo esto para nosotros? Ciertamente no estamos atados a las leyes del Antiguo Testamento; sería una aplicación equivocada de las Escrituras decir que debiéramos haber llamado a los músicos de la manera como los llamó David. Pero eso fue en ese tiempo; ahora es así: el cristiano tiene la libertad de: escoger, de adaptar y de crear.

No obstante, ¿no es una buena idea valorar y desarrollar los talentos musicales entre nosotros? En lugar de tener un bajo concepto de los organistas y otros músicos (“cualquiera lo hará; todo lo que hacen es pulsar teclas”), ¿no deberíamos cultivar una actitud entre nosotros que haga ver que ellos le ofrecen un gran servicio al Señor? ¿Nos apresuramos a criticar a nuestros músicos porque tocaron un par de notas equivocadas o por tocar un himno más rápido de lo que nos gusta? Y, ¿somos lentos en reconocer el espíritu humilde de servicio que ellos muestran domingo a domingo? ¿Qué clase de himnos se componen entre nosotros? ¿Dejamos toda esta clase de cosas a aquellos cuya trayectoria doctrinal es dudosa? ¿Qué lugar ocupa la música en el presupuesto de nuestra iglesia? ¿Están en alguna parte por debajo de los materiales de oficina y el mantenimiento de la casa del pastor? La importancia que se les daba a los músicos en Israel sugiere que nos hagamos preguntas como éstas.

Pocas cosas sirven al evangelio como lo hacen las buenas palabras acompañadas de buena música. Dios lo entendió, David lo entendió. ¡Es bueno que nosotros también lo entendamos!

Los asentamientos de los levitas:

⁵⁴ Éstos son los lugares de residencia y los límites de los territorios de los hijos de Aarón. A las familias de los coatitas, a quienes les tocó primero la suerte, ⁵⁵ les dieron Hebrón, en la tierra de Judá, con sus ejidos alrededor de ella. ⁵⁶ Pero el

territorio de la ciudad y sus aldeas se dieron a Caleb hijo de Jefone. ⁵⁷ De Judá dieron a los hijos de Aarón la ciudad de refugio, esto es, Hebrón; además, Libna con sus ejidos, Jatir, Estemoa con sus ejidos, ⁵⁸ Hilén con sus ejidos, Debir con sus ejidos, ⁵⁹ Asán y Bet-semes, con sus respectivos ejidos. ⁶⁰ De Benjamín les dieron Geba, Alemet y Anatot, con sus ejidos. Trece fue el total de sus ciudades, repartidas según sus familias.

⁶¹ A los hijos de Coat, según sus familias, les dieron por suerte diez ciudades de la media tribu de Manasés. ⁶² A los hijos de Gersón, según sus familias, les dieron de la tribu de Isacar, de la tribu de Aser, de la tribu de Neftalí y de la tribu de Manasés en Basán, trece ciudades. ⁶³ Y a los hijos de Merari, según sus familias, les dieron por suerte doce ciudades de las tribus de Rubén, Gad y Zabulón.

⁶⁴ Los hijos de Israel dieron a los levitas ciudades con sus ejidos. ⁶⁵ Dieron por suerte de la tribu de Judá, de la tribu de Simeón y de la tribu de Benjamín, las ciudades ya nombradas.

⁶⁶ A las familias de los hijos de Coat dieron ciudades con sus ejidos de la tribu de Efraín. ⁶⁷ Les dieron Siquem, la ciudad de refugio, con sus ejidos en los montes de Efraín; además, Gezer, ⁶⁸ Jocmeam, Bet-horón, ⁶⁹ Ajalón y Gat-rimón, con sus respectivos ejidos. ⁷⁰ A las otras familias de los hijos de Coat les dieron Aner y Bileam, las cuales pertenecían a la media tribu de Manasés, con sus respectivos ejidos.

⁷¹ A los hijos de Gersón dieron de la media tribu de Manasés, Golán en Basán y Astarot, con sus respectivos ejidos. ⁷² De la tribu de Isacar, Cedés, Daberat, ⁷³ Ramot y Anem, con sus respectivos ejidos. ⁷⁴ De la tribu de Aser, Masal, Abdón, ⁷⁵ Hucoc y Rehob, con sus respectivos ejidos. ⁷⁶ De la tribu de Neftalí, Cedés en Galilea, Hamón y Quiriataim, con sus respectivos ejidos.

⁷⁷ Al resto de los hijos de Merari dieron, de la tribu de Zabulón, Rimón y Tabor, con sus ejidos. ⁷⁸ Del otro lado del Jordán, frente a Jericó, al oriente del Jordán, dieron de la

tribu de Rubén, Beser en el desierto, Jaza, ⁷⁹ Cademot y Mefaat, con sus respectivos ejidos. ⁸⁰ Y de la tribu de Gad, Ramot de Galaad, Mahanaim, ⁸¹ Hesbón y Jazer, con sus respectivos ejidos.

Todas las otras tribus tenían fronteras bien demarcadas como se ve claramente en sus asignaciones tribales, pero no era así con la tribu de Leví y la casa de Aarón. Ellos estaban dispersos en ciudades y villas por todo el territorio de las doce tribus.

Cuando consideramos a Simeón en el capítulo anterior, nos enteramos de que él y Leví habían merecido la maldición por parte de Jacob por la matanza general de todos los hombres que habitaban en la villa de Siquem (vea 4:24-43 y los comentarios). Como resultado, su padre había dicho que Simeón y Leví iban a quedar dispersos en Israel (Génesis 49:7). Aquí vemos que en lo que respecta a Leví, la maldición fue cambiada por una bendición.

Entendemos lo que sucedió cuando recordamos otro incidente de la historia bíblica. Después de que Moisés descendió del monte Sinaí, vio que los hijos de Israel se movían alborotadamente alrededor de un becerro de oro que habían hecho, y preguntó quiénes se iban a unir a él para reprimir el alboroto impío. Leemos en Éxodo que “se unieron a él todos los hijos de Leví” (Éxodo 32:26). Como resultado de este acto de fidelidad, Moisés dijo que ellos iban a ser apartados para el Señor, y que iban a recibir la bendición del Señor.

Es por esto que, en el caso de Leví, la dispersión en Israel no condujo a su destrucción como tribu. Ellos conservaron su identidad a pesar de la dispersión. Dios obró una bendición no sólo para ellos sino para todo Israel. Como siervos escogidos de Dios, a los sacerdotes y levitas se les dieron ciudades especiales para que vivieran a través de todo el reino. Esas ciudades llegaron a ser centros de aprendizaje bíblico, centros en donde cada tribu iba a tener una oportunidad de aprender sobre el verdadero Dios y la manera apropiada de adorarlo.

La lista, con unas variaciones menores, es la misma que se encuentra en Josué 21. A Aarón y a los sacerdotes se les dieron ciudades entre las tribus de Judá y de Benjamín. El resto de los miembros del clan coatita recibió ciudades transjordanas en Manasés (versículo 61) y Efraín (versículo 66). A Gersón se le dieron ciudades en el norte y en el nororiente, entre las tribus de: Isacar, Aser, Neftalí y la media tribu de Manasés (versículo 62). El clan Merari se estableció en: Rubén, Gad y Zabulón (versículos 77-80).

Lo que hoy estos versículos significan para nosotros:

El cronista destaca a la tribu de Leví para darle especial honra, como hemos dicho, porque muy pocos de los levitas habían respondido al llamado de regresar a Judá. Allí los necesitaban para restablecer la verdadera adoración a Dios. Parece que los levitas no apreciaban el gran valor de su llamamiento sagrado como sacerdotes y trabajadores del Templo. Tal vez tampoco lo apreciaban sus conciudadanos israelitas.

Al acercarnos al límite del tercer milenio después de Cristo, tenemos preocupaciones similares a las que había en el 450 a.C. La cosecha es mucha, los obreros pocos. ¿Dónde encontraremos pastores que ocupen nuestro púlpito y maestros que sirvan en nuestros salones de clase en los años futuros? Cada vez hay menos jóvenes de ambos sexos que responden al llamado. En los Estados Unidos y en muchos otros países, podemos culpar a la demografía y a la “falta de hijos” de los años setenta. Pero ciertamente parte del problema es que el pueblo de Dios ya no le da un valor tan elevado al ministerio público como antes. Mientras que nuestro corazón llega a enredarse más y más con los asuntos de la ciudad secular, le damos menos y menos valor a la ciudad cuyo constructor y arquitecto es Dios.

Mientras que tengamos la confianza de que el Cristo resucitado continuará dando sus dones de predicación y de enseñanza a la

iglesia, nos corresponde a nosotros cultivar y valorar esos dones. Aquí el sentimiento del cronista encuentra eco en estas palabras de Pablo: “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de *doble honor*, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar” (1 Timoteo 5:17).

Las tribus de: Isacar, Benjamín, Neftalí, Manasés, Efraín y Aser:

El cronista se las arregla para hacerles sitio a las genealogías de seis (y posiblemente siete) tribus en la mitad del espacio que le dedicó ya a la tribu de Leví, y sólo dos quintas partes de lo que le dedicó a Judá. Eso demuestra que en la época del cronista se había reducido en gran manera la importancia de esas seis tribus israelitas del norte. También es una expresión de su punto de vista de que la mayoría de los miembros de esas tribus eran apóstatas que se rebelaron contra los verdaderos reyes y sacerdotes de Dios (vea: 2 Crónicas 10:19, 11:14-16, y 13:8-12).

Al mismo tiempo, no trata el asunto de una manera desganada. Gran parte del material que presenta el cronista es único; claramente tuvo a su disposición fuentes independientes de los registros bíblicos que se han conservado para nosotros en: Génesis, Números y Josué. Este hecho hace que a veces sea difícil armonizar la información que tenemos aquí con otras genealogías bíblicas. La dificultad se complica cuando tenemos que luchar con diferencias en la escritura de los nombres y con problemas en la transmisión del texto sagrado.

Cualesquiera que sean los problemas que podamos tener para distinguir los árboles individualmente, el bosque mismo tiene una forma definida. El cronista, en forma de bosquejo, continúa la historia del reino de Dios. Quería asegurarles a los que habían regresado del exilio la conexión que tenían con el pasado y también la fidelidad de Dios al conservar a “todo Israel” para sus propósitos de salvación en el futuro.

Las tribus que se mencionan en este capítulo son las que vivieron en el norte de Judá y al oeste del río Jordán. La única

excepción posible a esto es Manasés, que tenía tierra a ambos lados del Jordán.

La tribu de Isacar:

7 Los hijos de Isacar fueron cuatro: Tola, Fúa, Jasub y Simrón.

² Los hijos de Tola: Uzi, Refaías, Jeriel, Jahmai, Jibsam y Semuel, jefes de las familias de sus padres. El número de los descendientes de Tola, en el tiempo de David, era de veintidós mil seiscientos hombres muy valerosos.

³ Hijo de Uzi fue Israhías; y los hijos de Israhías: Micael, Obadías, Joel e Isías; por todos, cinco príncipes. ⁴Y había con ellos, según sus genealogías, por las familias de sus padres, treinta y seis mil hombres de guerra; pues tuvieron muchas mujeres e hijos.

⁵ Sus hermanos de todas las familias de Isacar, contados todos por sus genealogías, eran ochenta y siete mil hombres valientes en extremo.

Esta genealogía probablemente tuvo su origen en una asamblea militar y nos describe la tribu que existía en el tiempo de David. En la época de David, los descendientes de Tola se habían multiplicado y se habían convertido en el clan dominante de Isacar. La rama principal podía ostentar 22,600 guerreros. Los hijos de Israhías (versículo 3) forman otra rama del árbol familiar de Tola. Por la época de David habían llegado a ser suficientemente numerosos para formar por sí mismos otro clan con 36,000 guerreros a su favor. Todos los demás clanes de Isacar combinados podían llegar solamente a 28,400 hombres, lo que nos da un gran total de 87,000 para toda la tribu (versículo 5).

Hay otro hombre de Isacar con el nombre Tola además del fundador del clan. Jueces 10:1 también habla de un Tola que se desempeñó como líder de Israel. Parece más probable que hubieran sido dos hombres distintos y de diferentes generaciones.

Las tribus de Benjamín (Dan) y Neftalí:

⁶ Los hijos de Benjamín fueron tres: Bela, Bequer y Jediael.

⁷ Los hijos de Bela: Ezbón, Uzi, Uziel, Jerimot e Iri; cinco jefes de casas paternas, hombres de gran valor, y de cuya descendencia fueron contados veintidós mil treinta y cuatro.

⁸ Los hijos de Bequer: Zemira, Joás, Eliezer, Elioenai, Omri, Jerimot, Abías, Anatot y Alamet; todos estos fueron hijos de Bequer. ⁹ Y contados por sus descendencias, según sus genealogías, los que eran jefes de familias resultaron veinte mil doscientos hombres valientes.

¹⁰ Hijo de Jediael fue Bilhán; y los hijos de Bilhán: Jesús, Benjamín, Aod, Quenaana, Zetán, Tarsis y Ahisahar. ¹¹ Todos estos fueron hijos de Jediael, jefes de familias, hombres muy valerosos; en total eran diecisiete mil doscientos hombres que salían a combatir en la guerra.

¹² Supim y Hupim fueron hijos de Hir; y Husim, hijo de Aher.

¹³ Los hijos de Neftalí: Jahzeel, Guni, Jezer y Salum, hijos de Bilha.

El cronista se ocupa de la genealogía de la tribu de Benjamín en tres lugares: aquí, en 1 Crónicas 8, y al final de 1 Crónicas 9. Es evidente que Benjamín era importante para el escritor sagrado. De todas las otras tribus, sólo Benjamín estuvo de parte de sus hermanos de Judá y permaneció leal a la casa de David en el tiempo de la rebelión de Jeroboam. Los pueblos de: Judá, Leví y Benjamín formaron la mayor parte de los que regresaron del exilio después del decreto de Ciro (vea: 1 Crónicas 9:3, 7-9; Esdras 4:1, y Nehemías 11:7-9, 31-34). Esta es la razón por la que al pequeño Benjamín se le dio tanta importancia.

El propósito inmediato del cronista en esta sección parece ser el de poner a Benjamín en el lugar que le corresponde entre las tribus de Israel. En el capítulo 8 toma nuevamente la genealogía de Benjamín, en esa ocasión para dar los antecedentes del linaje

de Saúl. En el capítulo 9, repite la genealogía de Saúl para llegar a la descripción de los tristes días finales de ese infiel primer rey del pueblo de Dios.

Con esta riqueza de material, no es sorprendente que las genealogías de Benjamín presenten dificultades únicas para entenderlas. Uno de los problemas más grandes es armonizar el material del cronista con la información sobre Benjamín que se nos da en: Génesis, Números y 1 Samuel.

Se mencionan tres hijos de Benjamín en el versículo 6. Los clanes que se desarrollaron a partir de ellos se consideran en los versículos: 7, 8, y 10, en listas que parecen haber venido de un censo militar. Los nombres de Bela y Bequer también aparecen en Génesis 46:21. A Jediael se le menciona solamente aquí, a menos que lo consideremos como el mismo hombre con el nombre de Asbel que se menciona en: Génesis 46:21, Números 26:38 y 1 Crónicas 8:1. Si es él, no sería la primera vez que nos encontramos con un hombre que tiene dos nombres diferentes.

En la lista de los hijos de Bequer (versículo 8), notamos que la mayor parte de los nombres se refieren a personas. Sin embargo, el nombre Anatot nos es familiar como el nombre de una ciudad, muy probablemente fundada por un descendiente de Bequer que tenía el mismo nombre. La conocemos como el lugar de nacimiento del profeta Jeremías y como una de las ciudades que Josué les dio a los levitas como parte de su porción dentro del territorio de Benjamín. Los hombres de Benjamín se establecieron allá después del regreso del exilio (vea Nehemías 11:32). Un detalle aparentemente insignificante como éste tendría gran significado para los que habían vuelto y para quienes se escribió el libro de Crónicas. Así se les aseguraría su conexión con el pasado y reforzaría su sentido de ser los legítimos herederos de las promesas que se le hicieron a Israel.

El versículo 12 nos presenta algunas preguntas interesantes de interpretación. El primer grupo de preguntas surge en conexión con “Supim y Hupim”. ¿Son estos los mismos “Mupim” y “Hupim” que se relacionan como hijos de Benjamín en Génesis

46:21? Si es así, el relato que se hace en Génesis usa “hijos de” en el sentido de “descendientes de”. Aquí a ellos se los describe como descendientes de Hir, que fue por lo menos nieto de Benjamín. Además, ¿son los clanes “Sefufam” y “Hufam” de Números 26:39 uno y el mismo que nuestros hombres aquí? Por último, pero no menos importante, ¿son los “Sefufán” e “Hiram” de 1 Crónicas 8:5 un ejemplo más de una manera diferente de escribir los mismos nombres? La respuesta a todas estas preguntas es: ¡Probablemente! Desearíamos que hubiera aparecido algún maestro perfecto de las formas de escribir para llevar todas estas variaciones a una forma correcta que todos pudieran usar. Pero pensándolo bien, si por ejemplo consideráramos la historia y las formas actuales de escribir en español, tal vez no nos apresuraríamos a arrojar la primera piedra.

Otra pregunta tiene que ver con la interpretación de la segunda mitad del versículo. Algunos eruditos han sugerido que la frase: “Husim, hijo de Aher” es una referencia a la genealogía de Dan, que no aparece en ninguna otra parte de las listas del cronista. Aquí está el razonamiento: en Génesis 46 y Números 26, Dan viene después de Benjamín. Permitiendo unas pequeñas variaciones en la ortografía, Husim bien puede ser el mismo “Hupim” que aparece en Génesis, y el “Sefufam” que se menciona en Números puede ser descendiente de Dan. Además la palabra “Aher” normalmente no es un nombre, sino una palabra hebrea para “otro”. Su traducción entonces podría decir: “y los husitas los descendientes de otro (a saber: Dan)”. Una alusión a Dan así a la ligera se puede considerar como una expresión de la antipatía que le profesaba el cronista a esa tribu. Dan fue notoriamente idólatra. (Otros eruditos simplemente dicen que el texto ha sido mutilado por los errores de copia). Un indicio más de que esta es una lista danita se ve al final de la genealogía de Neftalí, cuando se emplea la expresión “hijos (plural) de Bilha” (versículo 13). Tanto Dan como Neftalí eran hijos de Jacob por medio de su concubina Bilha.

Aunque algunos de estos argumentos pueden parecer convincentes, pero no son concluyentes. Zabulón tampoco tiene

lista. ¿Por qué no se debía quitar a Dan? La omisión podría reflejar la consistente falta de énfasis de parte del cronista en las tribus del norte de Israel. Además de esto, el nombre “Husim” aparece en el siguiente capítulo, refiriéndose por completo a otra persona (vea 1 Crónicas 8:8,11). No tenemos manera de saber cuán común era el nombre; por lo tanto, su aparición al final de la genealogía de Benjamín difícilmente se puede considerar como una prueba irrefutable de que aquí tenemos una lista oscura de la tribu de Dan.

La genealogía de Neftalí que aparece en el versículo 13 no presenta grandes problemas. Esencialmente es la misma que se presenta en Génesis 46:24 y Números 26:48.

La tribu de Manasés:

¹⁴ Los hijos de Manasés: Asriel, al cual dio a luz su concubina, la siria, la cual también dio a luz a Maquir, padre de Galaad. ¹⁵Y Maquir tomó mujer de Hupim y Supim, cuya hermana tuvo por nombre Maaca; y el nombre del segundo fue Zelofehad. Y Zelofehad tuvo hijas.

¹⁶Maaca, mujer de Maquir, dio a luz un hijo, y lo llamó Peres; y el nombre de su hermano fue Seres, cuyos hijos fueron Ulam y Requem. ¹⁷Hijo de Ulam fue Bedán. Éstos fueron los hijos de Galaad hijo de Maquir hijo de Manasés.

¹⁸Su hermana Hamolequet dio a luz a Isod, Abiezer y Mahala.

¹⁹ Los hijos de Semida fueron Ahián, Siquem, Likhi y Aniam.

A la tribu de Manasés se le dio tierra a ambos lados del río Jordán. La genealogía de esa parte de la tribu que vivía en la ribera oeste está aquí en primer plano. Asriel es el primer clan que se menciona. Este nombre nos es familiar por Números 26:31, donde aparece como un descendiente de Galaad, el hijo de Maquir. Aquí el cronista nos hace una conexión que de otra manera no hubiéramos podido conocer. Maquir fue el hijo de Manasés y de

su concubina aramea. Por lo tanto, Asriel también puede afirmar que descende de la misma mujer, ya que Asriel era descendiente de Maquir. El libro de Josué nos informa que el clan Asriel recibió una porción de la tierra que se le asignó a Manasés en la ribera oeste del río (vea Josué 17:1-3).

El cronista también afirma que hubo una relación por matrimonio entre los maquiritas y la tribu de Benjamín. Lo hace cuando nos informa que Maquir tomó para sí una esposa de Hupim y Supim (compare 7:15 con 7:12). Anteriormente ya había establecido una conexión entre Maquir de Manasés y Hezrón de Judá (vea 1 Crónicas 2:21-23). Parece probable que la intención al hacer estas asociaciones es hacerles saber a los exiliados que regresaron que ellos tenían lazos de sangre con todo Israel, aunque en su mayor parte podían ser descendientes de Benjamín y de Judá.

Otra característica interesante de la genealogía de Manasés es el número de mujeres que se mencionan. Se nombra a dos “Maacas”, una que era hermana de Maquir y la otra que era la esposa de Maquir. La referencia que hace el cronista a Zelofehad de que solamente “tuvo hijas” (versículo 15) es para recordarles a todos sus lectores el papel que esas mujeres jugaron en el establecimiento de los derechos hereditarios de las mujeres en la ley israelita. A los descendientes de las hijas de Zelofehad se les dio una porción igual de tierra junto con los otros clanes de Manasés que vivían al oeste del Jordán (vea la historia completa en Números 27 y Josué 17:3-6). En el versículo 18 se nos dice que una mujer llamada Hamolequet fue la madre de los fundadores de tres clanes. Es difícil decir si ella fue la hermana de Galaad o de Maquir. En toda esta sección, son difíciles de hacer las conexiones en hebreo.

En el versículo 19 nos encontramos con nombres que reconocemos: Semida y Siquem son nombres que se mencionan en Números 26:31,32 como clanes de Manasés, descendientes de Galaad. Josué nos informa que a ellos se les dio la tierra que estaba al oeste del Jordán (Josué 17:2). Es bastante interesante que también tengamos información proveniente de fuera de las

Escrituras que corrobora su existencia. Sus nombres aparecen en la ostraca de Samaria, que es un título impresionante para una colección de sesenta y cinco fragmentos arqueológicos de cerámica que datan del siglo ocho a. C. En tiempos antiguos, antes de la época presente en que una persona puede ir a su almacén local de suministros de oficina por una resma de papel, los materiales para escribir eran muy costosos. Los comerciantes y los militares utilizaban trozos rotos de alfarería para escribir notas en ellos. En la ostraca de Samaria hemos conservado registros de comerciantes de entregas: de aceite, de vino y de otros elementos.

El hecho de que los nombres de: Siquem, Semida, Abiezer y otros clanes de Manasés aparezcan en estos pequeños trozos de barro no “prueba” que la Biblia sea verdadera, más de lo que se puede decir de cualquier otro descubrimiento arqueológico en cuanto a que prueba o desmiente las Escrituras. Pero sí nos da un alfiler puntiagudo para reventar la burbuja de orgullo de los que tratan la Biblia con desprecio, diciendo que en lo histórico es poco fidedigna.

Manasés fue conocido por su gran valentía en la batalla. Gedeón, el juez, había sido un miembro de la tribu de Manasés, del clan de Abiezer. Nuestros niños de la escuela dominical oyen de las hazañas que hizo para liberar a los israelitas de sus opresores madianitas. Usted puede leer por usted mismo toda la historia en los capítulos 6 a 8 de Jueces. No obstante, esa gran tribu poderosa en la batalla había quedado reducida a nada, porque se había olvidado de la verdad que le garantizaba la victoria al pueblo de Dios en cada batalla: “Estos confían en carros, y aquellos en caballos; mas nosotros del nombre de Jehová, nuestro Dios, haremos memoria. Ellos flaquean y caen, mas nosotros nos levantamos, y resistimos a pie firme” (Salmo 20:7,8).

La tribu de Efraín:

²⁰ Los descendientes de Efraín: Sutela, Bered, Tahat, Elada, Tahat, ²¹ Zabad, Sutela, Ezer y Elad. Pero los hijos de Gat,

naturales de aquella tierra, los mataron, porque vinieron a tomarles sus ganados. ²² Efraín, su padre, hizo duelo por muchos días, y vinieron sus hermanos a consolarlo. ²³ Después él se llegó a su mujer, y ella concibió y dio a luz un hijo, al cual puso por nombre Bería, por cuanto la aflicción había estado en su casa.

²⁴ Seera, hija de Bería, edificó a Bet-horón de abajo y de arriba, y a Uzen-seera.

²⁵ Descendientes de este Bería fueron Refa, Resef, Telah, Tahán, ²⁶ Laadán, Amiud, Elisama, ²⁷ Nun y Josué.

²⁸ La heredad y habitación de ellos fue Bet-el con sus aldeas; y hacia el oriente Naarán, y a la parte del occidente Gezer y sus aldeas; asimismo Siquem con sus aldeas, hasta Gaza y sus aldeas; ²⁹ y junto al territorio de los hijos de Manasés, Bet-seán con sus aldeas, Taanac con sus aldeas, Meguido con sus aldeas, y Dor con sus aldeas. En estos lugares habitaron los hijos de José hijo de Israel.

Aquí tenemos la genealogía más extensa de Efraín que se encuentra en cualquier parte de las Escrituras. Sin embargo, al considerar su gloria anterior como la más importante entre las tribus del norte de Israel, la información que el cronista nos da sobre Efraín es decididamente insuficiente. De los tres clanes que se mencionan en Números 26:35, el cronista amplía sólo uno, el clan de Sutela.

En los versículos 21 a 23 registra un incidente trágico relacionado con dos de los hijos de Efraín. Por lo visto a ellos, los mataron mientras que hacían una incursión para robar ganado en la vecindad de Gat. Después de todo, Efraín le dio el nombre de “mala suerte” a un hijo (Bería) en memoria de la muerte de los dos hijos muertos. De todos los grandes acontecimientos y victorias poderosas que el cronista haya mencionado en conexión con esta tribu, es impactante que haya escogido esta breve historia triste. Este incidente también es interesante para nosotros por otra razón, nos da una imagen instantánea de los primeros días de la

estadía de los israelitas en Egipto. Sabemos que Efraín nació y vivió en Egipto con sus hijos (vea Génesis 41:50,52 y 50:22,23). No obstante, la estadía de los israelitas en Egipto durante esos días iniciales debió haber permitido algún movimiento migratorio desde Palestina y hacia ella. Esta historia es un ejemplo.

También es extraño leer en las Escrituras acerca de una mujer como fundadora de ciudades. Sin embargo, esto es lo que tenemos en el versículo 24, donde la hija de Bería, Seera, tiene tres comunidades que se le acreditan a ella. Dos de ellas, la baja y la alta Bet-horón, nos son bien conocidas por las páginas de las Escrituras, pero esta es la única mención que se hace de Uzen-seera.

El resto del material genealógico se dedica a investigar el linaje de Josué, el gran sucesor de Moisés y conquistador de Palestina. En total, están registradas diez generaciones desde Efraín hasta Josué, y bien puede ser que esta sea una lista completa que cubre los 430 años de la permanencia de Israel en Egipto.

Así, aparte de la más simple mención que se hace de unos pocos de sus asentamientos en los dos versículos finales de esta sección, el cronista concluye su informe de los “ hijos de José”. ¡Es casi como si el cronista considerara que la historia de Efraín hubiera terminado con Josué! Tal vez, de alguna manera, así fue. El siguiente gran líder de Efraín que surgió después de Josué había sido Jeroboam, pero el cronista difícilmente lo menciona, ya que él fue uno de los que guiaron al pueblo en una rebelión contra el rey y sacerdote, ungidos de Dios.

No vemos esto como un prejuicio del cronista, sino más bien como una visión de la historia a través de los ojos de Dios. Jeroboam y sus sucesores pudieron haber construido un reino fuerte y próspero a partir de Efraín y Manasés, un reino que pudo haber representado un gran florecimiento de la cultura antigua, los historiadores seculares pueden haberles dedicado capítulos completos en sus libros, pero solamente ocupan 16 versículos en el libro de Crónicas. El reino de Dios no considera los logros externos, sino el corazón, y pregunta si a un corazón lo gobierna

el verdadero Dios. De otro modo, los logros externos no sirven para nada.

La tribu de Aser:

³⁰ Los hijos de Aser: Imna, Isúa, Isúi, Bería y su hermana Sera.

³¹ Los hijos de Bería: Heber y Malquiel, el cual fue padre de Birzavit. ³²Y Heber engendró a Jaflet, Somer, Hotam y Súa, hermana de ellos.

³³ Los hijos de Jaflet: Pasac, Bimhal y Asvat. Éstos fueron los hijos de Jaflet.

³⁴ Los hijos de Semer: Ahí, Rohga, Jehúba y Aram.

³⁵ Los hijos de Helem, su hermano: Zofa, Imna, Seles y Amal. ³⁶ Los hijos de Zofa: Súa, Harnefer, Sual, Beri, Imra, ³⁷Beser, Hod, Sama, Silsa, Itrán y Beera.

³⁸ Los hijos de Jeter: Jefone, Pispá y Ara.

³⁹ Los hijos de Ula: Ara, Haniel y Rezia.

⁴⁰ Todos estos fueron hijos de Aser, cabezas de familias paternas, escogidos, esforzados, jefes de príncipes. Al ser contados, según los registros de sus genealogías, eran veintiséis mil hombres los que podían tomar las armas.

A esta tribu menor, que estaba ubicada a lo largo de la costa norte, el autor le dedica tantos versículos como a Efraín. Parece que el cronista refuerza aquí el mismo propósito que expresó antes. Aser puede no haber sido mucho a los ojos del mundo, pero como Dios había escogido a *todo* Israel para ser de su propiedad, esta tribu pequeña también es preciosa para él por esa razón.

La genealogía nos presenta algunas dificultades. Los clanes más grandes corresponden a los otros registros bíblicos que aparecen en Génesis 46:17 y en Números 26:44-46. El relato de Números no incluye a Isvá en la lista, pero eso puede ser el resultado de un error de copia producido por la cantidad de nombres similares que se presentan uno tras otro. En el versículo

31, Birzavit es el nombre de una ciudad. A Malquiel se le describe como su fundador con la expresión “el cual fue padre de Birzavit”. Ya hemos visto este fenómeno antes, y por eso nos es familiar.

Heber, el hijo de Beriá, tuvo tres hijos: Jaflet, Somer* y Hotam. Los nombres de los hijos de ellos se conservan para nosotros en los versículos 33 a 35. Es mejor tomar el “Helem” del versículo 35 como el mismo hombre “Hotam” del versículo 32. El árbol genealógico de Helem se salta hasta dos generaciones por medio de su hijo Zofa (versículo 36 a 38). Note que el “Jeter” del versículo 38 es probablemente sólo otra manera de escribir “Itrán” del versículo 37.

El número de guerreros (26,000) es bastante menor que los 41,500 hombres que se mencionan en la época del Éxodo (Números 1:40,41). Como nuestro número viene de una fecha posterior, podemos deducir que, a lo largo de los años, la tribu de Aser había sufrido las consecuencias de las guerras. No obstante, a pesar del hecho de que ellos habían pasado por tiempos difíciles (como lo indican estos números), y a pesar de que habían sido arrancados de su tierra por los asirios, no desaparecieron por completo. Entre los que esperaban al Mesías en los días de María y José está “Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser” (Lucas 2:36). Aunque estas tribus del norte habían sido infieles, Dios permaneció fiel, conservando un remanente escogido por gracia, para que pudiera recibir al Mesías.

La genealogía de Saúl el benjamita:

A algunas personas les puede parecer muy extraño que el cronista haga otra genealogía de Benjamín en el capítulo 8. ¿Es esta una repetición inútil? ¿Es un ejemplo de lo que Pablo quiso decir con “genealogías interminables”? Teniendo en cuenta lo que ya hemos aprendido sobre la habilidad que tenía el cronista como maestro del estilo, más bien podríamos suponer que tiene una

* O Sémer, véase la Nueva Versión Internacional.

razón para todo lo que hace. Parece que el cronista tiene dos razones distintas para poner aquí la genealogía de Benjamín. La primera razón es darle un contexto al rey Saúl, el hijo más importante de Benjamín; la segunda es para llevarnos a su descripción de la comunidad restaurada.

8 Benjamín engendró a Bela, su primogénito; a Asbel, el segundo, Ahara, el tercero, ² Noha, el cuarto, y a Rafa, el quinto. ³ Y los hijos de Bela fueron Adar, Gera, Abiud, ⁴ Abisúa, Naamán, Ahoa, ⁵ Gera, Sefufán e Hiram.

En los dos primeros versículos se menciona a cinco hijos de Benjamín. El “Ahara” del versículo uno es la misma persona que “Ahiram” de Números 26:38. Entonces, los tres primeros que se nombran aquí son idénticos a los tres primeros que se nombran en Números. Después de esto nos metemos en problemas. Los últimos dos nombres de nuestra lista, Noha y Rafa, aparecen sólo en este sitio. No se puede decir nada más sobre ellos, porque a partir de aquí se les pierde el rastro.

En el versículo tres comienza la lista de los descendientes de Bela. Si el texto es correcto, aquí aprendemos que posiblemente se podría decir con más precisión que seis de los diez “hijos” de Benjamín que se nombran en Génesis 46:21 eran hijos de Bela. Esto se aclarará al poner los nombres correspondientes de las dos listas, una al lado de la otra:

GÉNESIS 46:21	1 CRÓNICAS 8:3-5
Gera	Gera
Naamán	Naamán
Ehi	Ahoa
Mupim	Sefufan
Hupim	Hiram
Ard	Adar

Las diferencias parecen mayores en español que en hebreo. Cuando se permiten diferencias menores en la escritura y pequeños errores de copia, aumenta grandemente la probabilidad de que estas dos listas se refieran a las mismas personas.

El hecho de nombrar dos veces a Gerá entre los hijos de Bela nos alerta en cuanto a la probabilidad de que hayan existido errores en la transmisión del texto hebreo que leemos. El hebreo original no incluye “padre de” (nota: 8:3, *New International Version*) después de la primera mención de Gera. Sólo dice: “Gera, Eúd...” No obstante, el poner “padre de” tendría sentido especialmente en vista del hecho de que el cronista sigue hablando de los descendientes de Eúd del versículo seis en adelante.

Sin embargo, antes de que pasemos a esto, probablemente este es el mejor momento para que tratemos el asunto de los errores de copia en el texto de las Escrituras, ya que la posibilidad se ha mencionado varias veces. Que nadie se inquiete con el pensamiento de que hay pequeñas diferencias en el texto de los manuscritos del Antiguo Testamento que han llegado a nosotros desde el mundo antiguo. Esto no afecta en lo más mínimo a la doctrina de la inspiración e infalibilidad, ya que esta doctrina se aplica a los documentos originales que fueron redactados por los escritores sagrados. El hecho de que haya errores de copia nos dice que los que *transmitieron* el texto se podían equivocar. No dice que los que *redactaron* el texto bajo la inspiración de Dios cometieron errores.

En la mayoría de los casos en que tenemos variantes del mismo pasaje, no es difícil determinar lo que decía el texto original. El texto equivocado es muy evidente. En el pequeño porcentaje de casos donde no tenemos la seguridad de lo que decía el texto original, esto no afecta ni una sola doctrina. El ejemplo que se indicó antes es un caso típico; el texto puede ser: “Gera, padre de Eúd” o “Gera, Eúd”. De cualquier manera, la enseñanza de las Escrituras permanece verdadera, y nuestro aferramiento a la vida eterna es seguro.

Era costumbre que el cristiano promedio no tuviera que preocuparse mucho por estos asuntos. Sin embargo, vivimos en un tiempo en el que las revistas y los periódicos publican ataques a la confiabilidad de las Escrituras como si fueran evangelio. También, muchos grupos sectarios encuentran en esto apoyo a sus falsas doctrinas. Si la Biblia es un libro con fallas, entonces cualquiera que busque la verdad en sus páginas necesitará un intérprete que esté al tanto de Dios, un profeta o maestro, para descifrar su significado o corregir sus errores. La tragedia es que hoy en día este punto de vista ha llegado a prevalecer tanto, ya que pocos se toman el trabajo de leer la Biblia, aunque puedan tener el hambre que produce el vacío de no tener al Dios verdadero en quien confiar. Por esto, es bueno que les podamos dar alguna respuesta a los críticos de la Biblia cuando ellos tocan estos temas. Los críticos realmente hacen una tormenta en un vaso de agua.

La verdad es que tenemos más evidencia que apoye el texto de las Escrituras que la que tenemos para cualquier otro libro que nos haya llegado de los tiempos antiguos. Los eruditos no ponen en duda el hecho de que tengamos el texto de otros libros antiguos; nadie argumentaría que tenemos una Odisea diferente de la que escribió Homero. ¿Por qué podría dudar alguien de la confiabilidad de la Biblia? Si ya no tenemos el manuscrito autógrafo original de Génesis, firmado por Moisés mismo, no debemos sorprendernos. Vivimos en un mundo donde la polilla corrompe y los ladrones se meten y roban. Aparte, hay que recordar también que los libros se deterioran.

En una época en que los libros se tenían que copiar a mano, era inevitable que se filtraran los errores, especialmente en las listas de nombres. Cualquiera que alguna vez haya copiado pasajes de la Biblia en sus notas sabe lo fácil que es cometer pequeños errores al transcribir. Pero nadie debe pensar que los escribas que transmitieron las Escrituras eran descuidados e indiferentes en su trabajo. Todo lo contrario, sabemos que los antiguos escribas eran profesionales altamente preparados y muy meticulosos en el

desempeño de su trabajo. Tenemos la evidencia de esto en nuestras manos cada vez que abrimos la Biblia.

⁶ Éstos son los hijos de Aod, los jefes de casas paternas que habitaron en Geba y fueron desterrados a Manahat: ⁷Naamán, Ahías y Gera, padre de Uza y Ahiud, que fue quien los desterró.

⁸ Saharaim engendró hijos en la provincia de Moab, después que dejó a Husim y a Baara que eran sus mujeres. ⁹ Engendró, pues, de Hodes, su mujer, a Jobab, Sibia, Mesa, Malcam, ¹⁰ Jeúz, Saquías y Mirma. Éstos son sus hijos, jefes de familias.

¹¹ Y de Husim engendró a Abitob y a Elpaal. ¹² Los hijos de Elpaal fueron: Heber, Misam y Semed (el cual edificó Ono, y Lod con sus aldeas), ¹³ Bería y Sema, que fueron jefes de las familias de los habitantes de Ajalón, los cuales echaron a los habitantes de Gat.

¹⁴ Ahío, Sasac, Jeremot, ¹⁵ Zebadías, Arad, Ader, ¹⁶ Micael, Ispa y Joha, fueron hijos de Bería.

¹⁷ Zebadías, Mesulam, Hizqui, Heber, ¹⁸ Ismerai, Jezlías y Jobab, fueron hijos de Elpaal.

¹⁹ Jaquim, Zicri, Zabdi, ²⁰ Elienai, Ziletai, Eliel, ²¹ Adaías, Beraías y Simrat, fueron hijos de Simeí.

²² Ispán, Heber, Eliel, ²³ Abdón, Zicri, Hanán, ²⁴ Hananías, Elam, Anatotías, ²⁵ Ifdaías y Peniel, fueron hijos de Sasac.

²⁶ Samserai, Seharías, Atalías, ²⁷ Jaresías, Elías y Zicri, fueron hijos de Jeroham.

²⁸ Éstos fueron jefes principales de familias, según sus generaciones, y habitaron en Jerusalén.

Si hay un tema común que mantenga juntas estas genealogías es la ubicación. En la primera sección (versículos 6-18) se dan los nombres de los benjamitas que vivían fuera de Jerusalén, y en la segunda sección (versículos 19-28) se hace el registro de los benjamitas que vivían en Jerusalén.

Al pasar, notamos el nombre de Eúd. Este benjamita (y santo patrón de todos los zurdos) liberó al pueblo de Dios en el tiempo de los jueces cuando el rey de Moab los tenía oprimidos. Para leer la historia completa, vea Jueces 3:12-30.

En los versículos 6 a 10 tenemos la lista de lo que se puede considerar como los “benjamitas desplazados”, es decir, los miembros de la tribu que por varias razones se habían mudado de su herencia ancestral. Por ejemplo, se dice que los descendientes de Eúd habían sido deportados de Geba, una ciudad ubicada en Benjamín a más de doce kilómetros al norte de Jerusalén, a Manáhat, una ciudad de Judá ubicada al suroeste de Jerusalén. Los detalles de su deportación y la razón por la que Gera consideró conveniente trasladar a los hijos de Eúd son desconocidos. En el versículo 8 se nos presenta a Saharaim, que por lo visto se trasladó a Moab después de divorciarse de sus primeras esposas Husim y Baara. Allí tuvo otros hijos de su nueva esposa Hodes. (También puede ser que Hodes fuera una de sus esposas antes de trasladarse a Moab.) Esta es toda la información que tenemos de su traslado.

Los descendientes de Saharaim, de una de sus esposas divorciadas, permanecieron en la ribera occidental del Jordán. Elpaal, el hijo de Saharaim por Husim, fue el padre de un clan que habitó las ciudades de: Onó, Lod, Ajalón y Gat. El cronista establece la conexión entre Benjamín como era antes del exilio y Benjamín como existía para sus contemporáneos después del exilio. Las ciudades de Lod y Ono se mencionan en varios lugares como habitadas por benjamitas que regresaron de Babilonia (vea: Esdras 2:33, Nehemías 7:37, y 11:31,35).

La lista de Elpaal concluye con el versículo 18. En el versículo 19 el cronista comienza el registro de los clanes benjamitas que vivían en Jerusalén antes del exilio: los hijos de Simei (versículo 21), los hijos de Sasac (versículo 25), y los hijos de Jeroham (versículo 27). De nuevo notamos que aquí el cronista hace conexiones entre el “Benjamín anterior” y el “Benjamín posterior” al exilio. Muchos de los benjamitas que regresaron vivieron en Jerusalén (vea 1 Crónicas 9:7-9).

Estas listas de nombres a veces pueden parecer interminables, pero siempre que tengamos presente el propósito original que tuvo el cronista al incluirlas, reconoceremos su valor. La comunidad judía después del exilio era pequeña en número y débil en esperanza. Los judíos se preguntaban si las promesas de Dios eran todavía para ellos y si todavía podían afirmar que tenían alguna conexión con el pasado. ¡Habían cambiado tanto las circunstancias y las condiciones de su vida con respecto de lo que había sido antes! Mediante el instrumento de la genealogía, por la clara preponderancia de la evidencia, el cronista podría establecer estas conexiones que el pueblo de Dios, en su debilidad, había perdido de vista. Así como Nehemías había construido un muro físico para proteger a los habitantes de Jerusalén, también el cronista construye un muro espiritual alrededor de los que regresaron para fortalecer su esperanza.

De manera similar, las Escrituras nos recuerdan que Dios con quien tenemos que entendernos “da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fueran” (Romanos 4:17). Como lo hicieron los santos de la antigüedad, así debemos aprender a juzgar, no por lo que vemos o sentimos, sino solamente por la Palabra de Dios. Sólo por medio de la Palabra, Dios nos da el nuevo nacimiento para “una esperanza viva” (1 Pedro 1:3). Esa esperanza sobrevivirá más que los reinos e imperios, los hombres malvados y los pequeños tiranos, el caos y la muerte. Por medio de esta misma Palabra, Dios nos conservará como su reino eterno por siempre.

²⁹ En Gabaón habitaron Abigabaón, la mujer del cual se llamó Maaca. ³⁰ Sus hijos fueron Abdón, el primogénito, Zur, Cis, Baal, Nadab, ³¹ Gedor, Ahío y Zequer. ³² Y Miclot engendró a Simea. Estos también habitaron frente a sus hermanos en Jerusalén.

³³ Ner engendró a Cis, Cis engendró a Saúl, y Saúl engendró a Jonatán, Malquisúa, Abinadab y Es-baal. ³⁴ Hijo de Jonatán fue Merib-baal, y Merib-baal engendró a Micaía.

³⁵ Los hijos de Micaía fueron: Pitón, Melec, Tarea y Acaz.

³⁶ Acaz engendró a Joadá, Joadá engendró a Alemet, Azmavet y Zimri, y Zimri engendró a Mosa. ³⁷ Mosa engendró a Bina, padre de Rafa, padre de Elasa, padre de Azel. ³⁸ Los hijos de Azel fueron seis, cuyos nombres son Azricam, Bocrú, Ismael, Searías, Obadías y Hanán; todos estos fueron hijos de Azel.

³⁹ Los hijos de Esec, su hermano, fueron: Ulam, el primogénito, Jehús, el segundo, y Elifelet, el tercero. ⁴⁰ Y fueron los hijos de Ulam hombres valientes y vigorosos, flecheros diestros, los cuales tuvieron muchos hijos y nietos; ciento cincuenta en total.

Todos estos fueron de los hijos de Benjamín.

Después de haber dado el contexto, ahora el cronista nos da la genealogía de Saúl, benjamita y primer rey de Israel. Hasta el versículo 38, es esencialmente la misma lista que se nos da en 1 Crónicas 9:35-44.

Al comparar el hebreo de las dos genealogías de Crónicas, nos encontramos con algunos problemas que parecen ser el resultado de errores de copia. El versículo 30 es un ejemplo. En el versículo 30, el nombre “Ner” no aparece entre Baal y Nadab, aunque está incluido en 1 Crónicas 9:36. De la misma forma, en el versículo 29 no aparece la frase “padre de Gabaón” como dice en el versículo 35 del capítulo nueve. Parece suficientemente claro que aquí el texto haya sido ligeramente dañado.

Esto nos puede ayudar a armonizar la genealogía de Saúl que se da en Crónicas con la que hay en Samuel 9:1 y 14:49-51. La dificultad surge principalmente en el versículo 33: “Ner engendró a Cis, Cis engendró a Saúl”. Por las genealogías del libro de Samuel nos enteramos que Ner y Cis se relacionaban como hermanos y no como padre e hijo. Parece que 1 Crónicas 9:36 (paralelo a 8:30) lo dice también.

Ahora, es ciertamente posible que haya existido otro “Ner” en la familia de Saúl, un Ner del que se podía decir legítimamente que era el “padre de” o antepasado de Cis. Entonces podemos

entender que la referencia que se hace en 1 Samuel 14 es a un “Ner” diferente del que aparece en el versículo 33, un “Ner” que se diferenciaba por ser hermano de Cis y padre de Abner, como nos informa el escritor del libro de Samuel (1 Samuel 14:50). Sin embargo, esta explicación parece un poco complicada. Si recordamos que estamos tratando con un texto que parecería tener algunos errores, podemos estar más inclinados a aceptar la explicación más sencilla que algunos han presentado. Sugieren que leamos el versículo 33 de la manera siguiente: “Ner fue el padre de Abner; Cis fue el padre de Saúl”. De alguna manera a un escriba le faltó copiar la palabra “Abner” y ésta terminó perdiéndose del texto en este punto.

El nombre “Abigabaón” (versículo 29) puede ser precisamente una forma alterna de escribir “Abiel” a quien el libro de Samuel menciona como un patriarca de la familia de Saúl (1 Samuel 9:1 y 14:51).

El hogar ancestral de Saúl en Gabaón (versículo 29) es bien conocido por varias razones. Los habitantes de esa ciudad se salvaron de ser destruidos, engañando a Josué para que hiciera un trato con ellos en el tiempo de la conquista. El capítulo 9 de Josué registra esa historia. De mayor importancia para nosotros es que Gabaón fue el lugar donde se armó el Tabernáculo de Israel antes de la construcción del Templo en Jerusalén (1 Crónicas 21:29). Fue a Gabaón a donde Salomón fue a hacer sacrificio y a consultar al Señor (2 Crónicas 1:3). Gabaón también se menciona entre las ciudades que fueron repobladas en el tiempo del regreso del exilio. Nuevamente el cronista hace conexiones entre el pasado y el presente para sus lectores.

Los hijos de Saúl aparecen en la lista del versículo 33. Los niños de la Escuela Dominical todavía aprenden la historia de Jonatán como un ejemplo de la fe y de la buena amistad. La lealtad de Jonatán para con su amigo David, frente a la enemistad irracional de su padre, quedó registrada para nosotros en 1 Samuel 18, 19, y 20. La muerte de Jonatán y de sus dos hermanos, Malquisúa y Abinadab, se describe en: 1 Crónicas 10 y 1 Samuel

31. Los dos hijos que sobrevivieron a Saúl fueron Es-baal y Merib-baal. Además de referirse a él por nombre, el cronista en ninguna otra parte menciona el corto gobierno de Es-baal (también conocido como “Isví” e “Is-boset”). Después de la muerte de Saúl, Abner, el comandante del ejército de Saúl, puso a Es-baal en el trono para que gobernara sobre las tribus del norte (vea 2 Samuel 2-4), pero no pudo mantenerse en el poder.

Merib-baal, que era nieto de Saúl por medio de Jonatán (versículo 34), nos es más conocido como Mefi-boset. Él fue a quien David le había mostrado una bondad muy especial después de que ascendió al trono. Para conocer detalles de las relaciones de David con Mefi-boset, lea: 2 Samuel 9; 16:1-4, y 19:24-30.

Los nombres del hijo y del nieto de Saúl dan lugar a estudios fascinantes en la historia del desarrollo del significado de las palabras. Aquí se nos da el nombre original de cada uno: *Es-baal* y *Merib-baal*, que quieren decir “Hombre de Baal” y “Héroe de Baal” respectivamente. Los descendientes de Saúl adquirieron este nombre en los días en que la palabra “baal” se podía utilizar como un nombre corriente con referencia común a cualquier deidad. La palabra misma significa “Dueño” o “Señor”. Aunque hayan sido muchos sus errores, Saúl fue alguien que, por lo menos, trató de rendirle homenaje al verdadero Dios de Israel. Por eso, es probable que esos nombres, cuando se les dieron a estos hombres, hayan tenido la intención de servir como una forma de honrar al verdadero Dios. En ese tiempo no significaban más que “Hombre del Señor” o “Héroe del Señor”.

Sin embargo, al pasar los años, la palabra “baal” tomó un significado siniestro. El uso que hicieron de este nombre para referirse a Baal, el dios cananeo de la fertilidad, comenzó a reemplazar al significado original en la mente del pueblo. Y así se llegó a un punto en el que un habitante de esa tierra no podía escuchar la palabra sin pensar en ese dios pagano, el mismo que le había causado a Elías tanto dolor. Por esta razón, ese nombre llegó a ser ofensivo para los que adoraban al verdadero Dios. En ese momento nadie quería usarlo como nombre para un hijo leal

de Israel, porque podría parecer que se le estaba rindiendo honor a un ídolo. Como resultado, se desarrollaron grafías alternas para estos dos nombres. Es-baal llegó a ser “Isvi” o “Is-boset” que quiere decir “Hombre de Yahveh” u “Hombre de Vergüenza”, dependiendo de si uno quería honrar la intención original de los padres al darle el nombre o si se quería llenar de desprecio al dios pagano. Similarmente, Merib-baal llegó a ser “Mefi-boset”, que quiere decir “Héroe de la Vergüenza”. Como los ídolos les eran tan repugnantes a los adoradores del verdadero Dios, la palabra “vergüenza” les parecía un sustituto apropiado para el aborrecido nombre de Baal. Estas grafías alternativas en las Escrituras se encontrarán principalmente en los libros de Samuel.

Nuestro texto vuelve a la escritura antigua y original, probablemente porque ya había pasado mucho tiempo desde que la adoración a Baal había sido una amenaza para los hijos de Israel. Por lo tanto, el cronista tenía la libertad de utilizar estas maneras de escribir sin el temor de que algún lector tuviera una idea equivocada. Es útil recordar este ejemplo bíblico cuando ponemos a prueba el “cristianismo” de una costumbre en particular. La costumbre misma puede parecer bastante inofensiva, pero si lleva a un pensamiento pagano, sería mejor evitarla. Por otro lado, una costumbre que tiene sus raíces en el paganismo puede haber perdido todo su significado inicial. Por ejemplo, es difícil molestarse mucho cuando se lanza arroz en las bodas cristianas o cuando los niños buscan huevos en la Pascua de Resurrección. A veces los cristianos se oponen a estas prácticas debido a que en un pasado distante y oscuro habían sido los ritos de la fertilidad. Pero ya ha pasado mucho tiempo desde que una manotada de arroz lanzada hacia el vestido blanco tuvo alguna conexión con el otorgamiento de fertilidad. Si lo desea, un cristiano tiene la libertad de lanzar arroz sin el temor de pecar; con esto no defiende ningún concepto pagano. Sin embargo, al dispersarse por el piso puede llegar a causarles grandes dificultades a los del aseo que tienen que limpiar la alfombra y el estacionamiento posteriormente. Tal vez sería mejor limitarse a dar la mano y nada más.

Desde el versículo 34 hasta el final del capítulo, se continúa la línea de Saúl por medio de Merib-baal, hijo de Mica. Lo que es de interés especial es la extensión que el cronista le da a la genealogía de Saúl. Es claro que la familia de Saúl mantuvo alguna importancia en el sur, aun después de haber perdido su posición como la casa real. Incluyendo los versículos 39 y 40, hay 19 generaciones después del tiempo de Saúl. Eso nos llevaría al tiempo del exilio, posiblemente aún más allá. Estos últimos versículos sirven como puente hacia el siguiente capítulo, donde se va a dar la lista de las personas que regresaron del exilio a Jerusalén.

Saúl fue una figura trágica en la historia de Israel. Comenzó su carrera como rey con muchísima esperanza, pero fue quitado por infiel. Aunque el clan había perdido su gloria inicial bajo la gracia de Dios, continuó existiendo hasta el exilio. Podemos considerar la genealogía de Saúl como un cuadro en miniatura de las genealogías de Israel. Israel mismo comenzó como un pueblo con muchísima esperanza. Pensamos en el optimismo espiritual que hubo en el tiempo de Josué o en la gloria del reino bajo el reinado de David y el de Salomón. No obstante, trágicamente Israel dejó de cumplir su promesa, y fue desarraigada por su infidelidad a Dios. Aunque Israel perdió su gloria inicial, Dios en su gracia la conservó hasta el tiempo del exilio. Ahora los fieles de Israel podían leer estas palabras escritas por el cronista después de haber sido plantados de nuevo en la tierra prometida. Seguramente, Israel ahora debería darse cuenta de que nada es imposible para un pueblo que confía en el único Dios verdadero.

En el último siglo, la iglesia luterana de los Estados Unidos comenzó una nueva era con muchísima esperanza. Recordamos los días gloriosos de: Walther, los hermanos Pieper y la Conferencia Sinódica. Ahora, mucha de esa gloria ha desaparecido porque muchos luteranos ya no quieren ser fieles a la Palabra por la que vivimos. Sin embargo, la gracia de Dios todavía sigue conservando a muchos que se aferran a esa Palabra. Sabemos con

seguridad que nada nos es imposible cuando confiamos en nuestro Dios.

El remanente que regresó del exilio:

Con el noveno capítulo el cronista completa la visión general que nos da de la historia del reino de Dios. Comenzó con Adán, limitó su enfoque a Abraham y a los descendientes de él por medio de Israel, y destacó la tribu real de Judá y la tribu sacerdotal de Leví. Investigó la genealogía de cada tribu en orden, hasta el exilio babilónico. Ahora une formalmente al pueblo de Dios, tal como existía antes del exilio, al pueblo que regresó después del exilio para repoblar Jerusalén.

9 Contado todo Israel por sus genealogías, fueron escritos en el libro de los reyes de Israel.

**Los de Judá fueron deportados a Babilonia por su rebelión.
² Los primeros habitantes que entraron en sus posesiones en las ciudades fueron israelitas, sacerdotes, levitas y sirvientes del Templo.**

³ Habitaron en Jerusalén, de los hijos de Judá, de los hijos de Benjamín, de los hijos de Efraín y de Manasés:

La meta del cronista ha sido volver a contar la historia de “todo Israel”. Los que regresaron del exilio fueron sólo una pálida sombra del poderoso pueblo que se describe en la visión genealógica general. Pero aunque eran solamente un remanente, eran un remanente de “todo Israel”. No sólo del pueblo de Judá y de Benjamín, sino también gente de las dos grandes tribus del norte, Efraín y Manasés (versículo 3), regresaron a la tierra que Dios le había prometido a su pueblo. Los sacerdotes, los levitas, y hasta los servidores del templo (versículo 2), todos estuvieron representados entre los que se reestablecieron en Jerusalén.

El pueblo había sido arrancado “por su rebelión ” (versículo 1). A pesar de las muchas advertencias de los profetas, Israel quebrantó el pacto que Dios había hecho con ellos en el Sinaí y adoró a otros dioses. Entonces, la maldición de Deuteronomio cayó sobre los infieles: “Jehová os llevará, a ti y al rey que hayas puesto sobre ti, a una nación que ni tú ni tus padres conocíais” (Deuteronomio 28:36). Pueblo infiel, y sin embargo, ¡Dios es fiel! Aunque ellos habían perdido todo el derecho a ser su pueblo, Dios los había conservado durante el exilio e hizo que ellos volvieran a habitar en su tierra.

Al unir al Israel de antes del exilio con el Israel de después del exilio, el cronista hace una conexión vital para la fe de sus lectores originales. Sólo de esa manera podían ellos estar seguros de que eran los herederos de todas las promesas que se le hicieron a Abraham. La conexión no es menos vital para nosotros. Dios había prometido bendecir a todas las naciones por medio de Abraham y de sus descendientes; si los que regresaron del exilio no tenían una verdadera conexión con el pasado, entonces no tenían verdadero derecho a las promesas que hizo Dios. Y si ellos no tenían derecho a las promesas, si en efecto no eran “Israel”, entonces la promesa de que iba a nacer el Salvador para todos por medio de Israel caía en saco roto, junto con la extinción de esa nación.

El hecho de que Israel regresó del exilio nos asegura que Dios cumple sus promesas, todas sus promesas, a pesar de la infidelidad de los hombres. El Salvador que nació en la ciudad de David hace dos mil años fue el mismo Salvador que Dios había prometido enviar como la simiente de Abraham. Entonces podemos estar seguros de que “todo Israel” (todos los verdaderos hijos e hijas de Abraham por la fe) “será salvo” para la vida eterna en el cielo (Romanos 11:26).

Aquí también debemos descartar como fantasías románticas todas las conexiones falsas que se han hecho entre las “diez tribus perdidas de Israel” y los actuales habitantes de la Gran Bretaña, Estados Unidos, o aun personas ocultas de alguna manera en algún lugar que todavía no se ha descubierto del Asia central. El Espíritu

Santo aquí ya ha hecho la conexión para nosotros. Todo Israel fue nombrado en las genealogías (versículo 1), y el remanente escogido por gracia de todo Israel regresó y se reestableció en la ciudad de Jerusalén (versículo 3).

Los habitantes de Jerusalén:

En el año 539 a. C. ocurrió un gran cambio de poder en el Cercano Oriente, que produjo cambios notables en esa parte del mundo. Ciro, el rey de los medo-persas, conquistó la ciudad de Babilonia y, como resultado, el imperio de los babilonios fue reemplazado por el imperio de los persas. Los persas iban a dominar después en: Mesopotamia, Egipto y la Tierra Santa durante los dos siglos siguientes. Casi inmediatamente después de la conquista de Babilonia, Ciro promulgó un edicto que les permitía a los judíos que estaban en el exilio regresar a su tierra y reconstruir su templo. Para saber más detalles sobre esta historia lea el libro de Esdras, capítulos uno a seis.

Después de que los exiliados regresaron, el progreso fue lento. No fue sino hasta el año 516 a. C. que el Templo finalmente fue terminado y dedicado. Se podría esperar que la dedicación del Templo hubiera iniciado una época de gran renacimiento nacional y espiritual en Israel. Sin embargo, sucedió exactamente lo opuesto; la restaurada comunidad entró en un período de decadencia durante los siguientes cincuenta años. Fue necesario el liderazgo de dos hombres talentosos para asegurar la supervivencia del pueblo de Dios, de tal manera que no fueran absorbidos por las naciones que lo rodeaban. Estos hombres fueron Esdras y Nehemías, y los libros bíblicos que llevan los mismos nombres le darán más información acerca de su ministerio. Su servicio se prolongó desde el año 458 hasta el año 415 a. C.

El principal interés de Nehemías era reconstruir los muros de Jerusalén. Sin las murallas de protección, ninguna ciudad en esos días podía tener esperanza de seguridad ante sus enemigos. Es comprensible que la gente se resistiera a establecerse en una

ciudad que no ofrecía seguridad. Aunque el Templo había sido reconstruido, difícilmente podía prosperar en la Jerusalén que tenía pocos habitantes. Para remediar eso, Nehemías se aseguró de que más personas se establecieran en Jerusalén después de que sus murallas habían sido reconstruidas. La lista que tenemos aquí data de alrededor del tiempo de Nehemías y nos da cuenta de los habitantes de Jerusalén después de sus reformas. Muestra muchas similitudes con el capítulo 11 de Nehemías.

⁴ Utai hijo de Amiud hijo de Omri, hijo de Imri, hijo de Bani, de los hijos de Fares hijo de Judá. ⁵ De los sionitas: Asaías, el primogénito, y sus hijos. ⁶ De los hijos de Zera: Jeuel y sus hermanos; seiscientos noventa en total.

⁷ De los hijos de Benjamín: Salú hijo de Mesulam hijo de Hodavías, hijo de Asenúa; ⁸ Ibneías hijo de Jeroham; Ela hijo de Uzi hijo de Micri, y Mesulam hijo de Sefatías hijo de Reuel, hijo de Ibnías. ⁹ Y sus hermanos, según sus generaciones, fueron novecientos cincuenta y seis. Todos estos hombres fueron jefes de familia en sus casas paternas.

¹⁰ De los sacerdotes: Jedaías, Joiarib, Jaquín, ¹¹ Azarías hijo de Hilcías hijo de Mesulam, hijo de Sadoc, hijo de Meraiot, hijo de Ahitob, príncipe de la casa de Dios; ¹² Adaía hijo de Jeroham hijo de Pasur, hijo de Malquías; Masai hijo de Adiel hijo de Jazera, hijo de Mesulam, hijo de Mesilemit, hijo de Imer, ¹³ y sus hermanos, jefes de sus casas paternas, en número de mil setecientos sesenta, hombres muy eficaces en la obra del ministerio en la casa de Dios.

¹⁴ De los levitas: Semaías hijo de Hasub hijo de Azricam, hijo de Hasabías, de la familia de Merari, ¹⁵ Bacbacar, Heres, Galal, Matanías hijo de Micaía hijo de Zicri, hijo de Asaf; ¹⁶ Obadías hijo de Semaías hijo de Galal, hijo de Jedutún; y Berequías hijo de Asa hijo de Elcana, el cual habitó en las aldeas de los netofatitas.

Aunque en el versículo 3 se presenta la lista como representativa de las tribus de: Judá, Benjamín, Efraín y Manasés, descubrimos que sólo se mencionan los clanes de Judá y Benjamín, junto con los sacerdotes y los levitas. No hay duda de que Efraín y Manasés habían perdido sus estructuras independientes de clanes y tribus en la invasión asiria y ahora estaban representados solamente por individuos descendientes de esas tribus.

Hombres de Judá (versículos 3 a 6)

Los israelitas de la tribu de Judá que se reestablecieron en Jerusalén pudieron rastrear su linaje hasta los tres antiguos clanes de: Fares, Zera y Sela (vea 1 Crónicas 2:3-6). La referencia que se hace a los “silonitas” en el versículo 5 se puede entender como una referencia a los descendientes de Sela, el hijo de Judá. La lista tiene muchas características que la diferencian de una lista similar que aparece en Nehemías 11:4-6. Algunas características son menores y se refieren simplemente a la escritura de los nombres. Por ejemplo, “Utai” de 1 Crónicas 9:4 es el mismo “Ataías” de Nehemías 11:4. Otras diferencias son más fuertes; por ejemplo, notamos que los antepasados de Utai que se mencionan en Crónicas son diferentes de los que se dan en Nehemías. En Nehemías no se hace ninguna mención del clan de Zera. 1 Crónicas 9:6 nos da el nombre de “Jeuel”, descendiente de Zera.

Además de estas diferencias, las cantidades que se dan 1 Crónicas 9 no concuerdan con las que aparecen en Nehemías 11. Una de estas “incoherencias” se explica fácilmente: 1 Crónicas 9:6 nos da el total de toda la gente de Judá; Nehemías 11:6 nos da solamente el total de “*hombres fuertes*” del clan de *Fares*. Entonces no sorprende que el número que se registra en Nehemías sea considerablemente menor. Aunque esta solución resultó bastante fácil de encontrar, no es tan fácil ver el propósito de las diferencias que existen entre Crónicas y Nehemías respecto a los números de los benjamitas y de los sacerdotes. Nehemías nos da

928 habitantes benjamitas de Jerusalén (11:8), pero 1 Crónicas nos da 956 (versículo 9). Cuando sumamos todos los sacerdotes que aparecen en el relato de Nehemías, llegamos a la cantidad de 1192 (capítulo 11:12-14). Esto no concuerda con el número de 1760 que se da en 1 Crónicas 9:13.

Estas diferencias nos llevan a hacer una observación general. Lo que tenemos aquí no es un paralelo exacto con la lista de los habitantes de Jerusalén que fue dada por Nehemías. Parece probable que tengamos en cada caso una instantánea del mismo grupo de personas tomada en dos momentos diferentes. Entonces, el espacio de un período de años sería el responsable de las diferencias en las cantidades. No hay duda de que los escritores sagrados estaban trabajando a partir del mismo documento básico, tal vez un documento del censo, que cada uno: editó, conformó y actualizó para darle su propio sabor y su propósito personal en el momento en que escribieron. Como es aparente por las cifras menores que presenta, es probable que la lista de Nehemías se remonte a una fecha más temprana.

Hombres de Benjamín (versículos 7 a 9)

Los habitantes benjamitas se nombran en Crónicas comenzando con el versículo 7. Aparte de las diferencias en los totales ya mencionados, el cronista añade los nombres de: Ibneias, Elá y Mesulam a su lista de “cabezas de familia” y omite los nombres de Gabai y Salai, que se encuentran en Nehemías (11:8). El nombre de Salu aparece tanto en 1 Crónicas como en Nehemías, pero con una pequeña diferencia genealógica en cada caso.

Sacerdotes (versículos 10 a 13)

La lista de los nombres de los sacerdotes que habitaban en Jerusalén se da en los versículos 10 a 13. Inmediatamente encontramos una dificultad causada por los primeros cuatro nombres. ¿Son: Jedaías, Joiarib, Jaquín y Azarías contemporáneos,

o tenemos aquí una genealogía comprimida que busca el linaje de Jedaías por medio de Sadoc hasta Ahitub, “príncipe de la casa de Dios”? Como aquí lo indica el texto, parecería que los cuatro sacerdotes fueron del mismo período. Pero cuando observamos el paralelo en Nehemías, Jedaías se nombra como el “hijo de” Joirib.

¿Podríamos suponer entonces que las palabras “hijo de” estaban en el texto original entre cada uno de los cuatro nombres y que de alguna manera fueron eliminadas cuando se transcribió posteriormente? Si es así, aquí tenemos la genealogía de Jedaías. También podemos arriesgarnos a suponer que esta genealogía sacerdotal les era bien conocida a los lectores del cronista y que él podía nombrar generaciones ascendentes en este estilo telegráfico sin el temor de ser malentendido. Hace más o menos la misma cosa con la genealogía de Adán en el capítulo 1. También puede ser que el texto actual de Nehemías refleje una lectura imperfecta y que las palabras “hijo de” de alguna forma se deslizaron entre Jedaías y Joyarib. Entonces nosotros simplemente vemos a estos hombres como contemporáneos. No sabemos lo suficiente para decir con seguridad cuál de estas posibilidades es la verdadera. El lector puede consultar los pensamientos del profesor Brug sobre estos puntos en el comentario de la Biblia Popular sobre: Esdras, Nehemías y Ester.

Algunas de estas dificultades técnicas en la interpretación del texto pueden permanecer; sin embargo, el mensaje del cronista todavía es claro; él desea relacionar a los grandes sacerdotes de Israel que sirvieron antes del exilio con sus sucesores que regresaron para habitar la ciudad de Jerusalén. La mención que hace de Sadoc en el versículo 11 es un buen ejemplo. Sadoc había sido uno de los sumos sacerdotes durante el tiempo de David y había permanecido al lado de su rey durante la rebelión de Adonías; además, había ungido a Salomón, el legítimo sucesor de David, como rey (1 Reyes 1:39). Debido a eso, llegó a ser un modelo de la fidelidad sacerdotal en el libro de Ezequiel (Ezequiel 44:15,16). Sus descendientes sirvieron como sumos sacerdotes desde el tiempo de Salomón hasta el año 171 a. C., ¡un período de

ochocientos años! El nombre de Imer, que aparece en el versículo 12, debe ser el sacerdote del mismo nombre que fue jefe de una de las veinticuatro divisiones o “turnos” de sacerdotes, que había establecido David para que sirvieran de manera alterna (vea 1 Crónicas 24:3,14).

El cronista describe a los sacerdotes que se reestablecieron en Jerusalén como “hombres muy eficaces” (versículo 13). La frase en el original probablemente no sólo se refiere a sus proezas sacerdotales, sino también a su situación financiera. Estos habían sido hombres de recursos que se encargaron del servicio del Templo como una obligación alegre y santa, no debido a que ellos no tenían otra forma de sostenerse.

Los músicos levitas (versículos 14 a 16)

En el capítulo 6 de Crónicas, se nos presentaron los hijos de Leví que sirvieron como músicos en la casa de Dios. Sabemos que cada uno de los tres clanes principales de Leví (Coat, Gersón y Merari) estuvo representado en la adoración del Templo por su propio gremio de músicos encabezados por: Hemán, Asaf y Etán (conocido también como Jedutún). Berequías (versículo 16) está relacionado con Elcana, el antepasado de Hemán el músico (vea 1 Crónicas 6:33,34). Se ha establecido continuidad con el pasado. Dios es fiel, permanece fiel, y sus promesas son seguras.

Los levitas porteros

¹⁷ Los porteros: Salum, Acub, Talmón, Ahimán y sus hermanos. Salum era el jefe. ¹⁸ Hasta ahora, entre las cuadrillas de los hijos de Leví, han sido estos los porteros en la puerta del rey, al oriente. ¹⁹ Salum hijo de Coré hijo de Ebiasaf, hijo de Coré, y sus hermanos, los coréitas, de la misma casa paterna, tuvieron a su cargo la obra del ministerio, guardando las puertas del Tabernáculo, como sus padres guardaron la entrada del campamento de Jehová. ²⁰ Finees hijo

de Eleazar fue antes su capitán; y Jehová estaba con él. ²¹ Zacarías hijo de Meselemías era portero de la puerta del Tabernáculo de reunión. ²² Todos estos, escogidos para ser guardias de las puertas, eran doscientos doce cuando fueron contados en sus villas, según el registro de sus genealogías, los cuales habían sido establecidos en sus cargos por David y Samuel, el vidente. ²³ Tanto ellos como sus hijos eran porteros, y se turnaban a las puertas de la casa de Jehová, y de la casa del Tabernáculo. ²⁴ Y estaban los porteros a los cuatro lados: al oriente, al occidente, al norte y al sur. ²⁵ Y sus hermanos, que estaban en sus aldeas, venían cada siete días según su turno para estar con ellos. ²⁶ Porque cuatro principales de los porteros levitas estaban de guardia permanentemente, y tenían a su cargo las habitaciones y los tesoros de la casa de Dios. ²⁷ Estos habitaban alrededor de la casa de Dios, pues tenían el encargo de guardarla y de abrirla todas las mañanas.

El cronista sigue con el recuento de los levitas que se establecieron en Jerusalén después del exilio. Podría parecer curioso que les dedicara tanto tiempo a los levitas; después de todo, a los sacerdotes les dedicó sólo unos pocos versículos. Pero cuando recordamos que los levitas no respondieron al llamado de regresar a la tierra santa en cantidades tan grandes como lo hicieron los sacerdotes, podemos entender qué es lo que el cronista hace aquí. Tal vez los levitas se negaron a regresar porque su trabajo parecía: menos glorioso, más aburrido y menos centrado en la adoración que el trabajo de los sacerdotes. Casi podemos oír sus pensamientos: “Soy sólo un levita. ¿Por qué debo regresar? Aquí tengo una vida cómoda.” O si ellos hubieran regresado, los podemos imaginar mirando con envidia a los sacerdotes que eran el “centro de la atención del público” en la adoración. El cronista les muestra pacientemente a sus hermanos cuán vital es cada miembro del cuerpo de creyentes al destacar sus ministerios particulares de esta manera.

Como el cronista entra en más detalles en lo referente a: la organización, las condiciones y las responsabilidades de los porteros en el capítulo 26, ahí hablaremos de esos asuntos. Aquí es importante notar la manera única en que elogia su ministerio, señalando que su posición se remonta al pasado antiguo y es tan santificada como la posición de sacerdote. Ellos pueden rastrear su linaje hasta Coré (versículo 19), un miembro de los coatitas, el clan dominante en la tribu de Leví.

El uso que hace el cronista del lenguaje en los versículos 18 y 20 tiene el mismo propósito. De una manera sutil recuerda el pasado remoto y la magnífica herencia que tenían los porteros, les recuerda que habían desempeñado sus responsabilidades aun bajo el liderazgo de Moisés durante el éxodo. Para lograrlo, usa un lenguaje alusivo, que le hacía recordar a un israelita el viaje a la tierra prometida en la época de Moisés (vea Números 2:17). Por ejemplo, las referencias que hace: a “las cuadrillas de los hijos de Leví” (versículo 18), o al darle al templo que ellos cuidaban el nombre de “Tabernáculo” (versículo 19), o la alusión a Fineés (versículo 20), todo esto señala hacia atrás, hacia el antiguo Israel en el desierto.

Fineés le merece mención especial al cronista por su acción decisiva de liderazgo con la que evitó que todo Israel se corrompiera con las mujeres moabitas de Baal-peor. Consumido por el celo santo por la casa de Dios y por el pueblo de Dios, Fineés mató a un israelita que desafiaba abiertamente al Dios de Israel. El sentido que hay implícito en las palabras del cronista no es muy difícil de encontrar, él les dice a los levitas de su tiempo: “¡Así como Fineés fue celoso, séanlo ustedes, los que todavía sirven en su lugar, celosos de la honra de la casa de Dios! Impidan que ella se corrompa.” Vea la historia completa en Números 3:32 y Números 25:6-13.

Finalmente, el cronista les da a los porteros la gloria que se les debe ante los ojos de Dios, al señalar a Zacarías (versículo 21) el portero que le sirvió al rey David. Les recuerda que no sólo David, sino también “Samuel, el vidente” (versículo 22) habían

considerado las responsabilidades de los porteros como suficientemente importantes para colaborar en su organización. Ellos tenían una “posición de confianza”.

Otras responsabilidades de los levitas:

²⁸ Algunos de estos tenían a su cargo los utensilios para el ministerio, los cuales contaban cuando se guardaban y cuando se sacaban. ²⁹ Otros estaban a cargo de la vajilla, y de todos los utensilios del santuario, de la harina, del vino, del aceite, del incienso y de las especias. ³⁰ Y algunos de los hijos de los sacerdotes hacían los perfumes aromáticos. ³¹ Matatías, uno de los levitas, primogénito de Salum, el coreíta, tenía a su cargo las cosas que se hacían en sartén. ³² Y algunos de los hijos de Coat, y de sus hermanos, tenían a su cargo los panes de la proposición, los cuales ponían por orden cada sábado. ³³ También había cantores, jefes de familias de los levitas, los cuales vivían en las habitaciones del Templo, exentos de otros servicios, porque de día y de noche estaban en aquella obra.

³⁴ Estos eran jefes de familias de los levitas por sus generaciones; jefes que habitaban en Jerusalén.

Hasta ahora estamos familiarizados con la idea de que los levitas servían en el Templo como cantores y guardianes. En esta sección, el cronista menciona algunos de los otros deberes de los levitas. Además de darnos una visión valiosa de lo que pasaba dentro del Templo en el tiempo de Nehemías, esta sección también sirve para recordarnos que, en la iglesia de Dios, ningún trabajo o actividad es tan pequeña que se escape de la atención del Señor. Cualquier cosa que se haga para su gloria, él la valora como una ofrenda preciosa a él, de parte de uno de sus santos.

Es probable que los versículos 28 y 29, se refieran a dos clases de artefactos que se usaban en el Templo. Los del versículo 28 serían los elementos hechos de metales preciosos: platos de oro y plata, candeleros, utensilios y cántaros que se mencionan en 1

Crónicas 28:14-16. Naturalmente era importante asegurar que el mismo número de elementos que se llevaba al Templo para el uso diario se devolviera al anochecer para su almacenamiento. A algunos levitas se les dio la responsabilidad de hacer el inventario. Su sentido común les decía que hasta los sacerdotes podían llegar a robar.

Los artículos que se mencionan en el versículo 29 no eran de menor valor, en el sentido de que también estaban dedicados al uso en el templo de Dios, sólo que probablemente no habían sido hechos de metales preciosos. Las sartenes, los cántaros y los platos que se usaban para ofrecer los dones de la tierra (harina, aceite, incienso y vino) parecen ser por lo menos parte de lo que el cronista tenía presente. Algunos levitas estaban encargados de ellos.

Para evitar un posible malentendido, el cronista hace ver rápidamente que los levitas no mezclaban las especias (versículo 30). Por lo visto, mezclar el aceite sagrado de la unción y el incienso sagrado era un trabajo que estaba reservado solamente para los sacerdotes. Las leyes de Dios sobre estos asuntos incluían la receta exacta, como lo sabemos por Éxodo 30:22-38. Al leer textos del Antiguo Testamento como éste, ciertamente se aprecia más la libertad que tiene el creyente del Nuevo Testamento para escoger sus propias formas de adoración.

Las últimas responsabilidades que se mencionan en este agrupamiento misceláneo tienen que ver con el pan que se usaba en la adoración de Israel. Primero se mencionan “las cosas que se hacían en sartén” (versículo 31), que eran tortas planas de pan que se ofrecían periódicamente en acción de gracias junto con los sacrificios de animales. A Matatías, el hijo de Salum el jefe de los porteros, se le dio el trabajo de freírlas. Otros del clan de Queat tenían la responsabilidad de cocer los doce “panes de la proposición” (versículo 32), que se presentaban recién horneados delante del Señor cada día sábado (vea Levítico 24:5-9). Estos doce panes simbolizaban la consagración total de cada tribu al Señor.

Para concluir la descripción de los levitas y sus responsabilidades en el Templo, el cronista indica un honor especial que se les daba a los músicos principales: a ellos se les daban cuartos permanentes en el Templo y estaban exentos de otras responsabilidades. La expresión “Estos... habitaban en Jerusalén” (versículo 34) indica el propósito que tuvo el cronista en todo este capítulo. El rey Nabucodonosor había hecho añicos la adoración en el Templo mediante sus invasiones a Judá. Pero la mano misericordiosa y protectora de Dios gobierna sobre: los reyes, los hombres poderosos y los que piensan que ellos son los autores de la historia. Nuevamente, los levitas se habían establecido en Jerusalén y estaban ocupados en su puesto.

La genealogía de Saúl

³⁵ En Gabaón habitaba Jehiel, padre de Gabaón, el nombre de cuya mujer era Maaca. ³⁶ Sus hijos fueron Abdón, el primogénito, y luego Zur, Cis, Baal, Ner, Nadab, ³⁷ Gedor, Ahío, Zacarías y Miclot; ³⁸ y Miclot engendró a Simeam. Estos habitaban también en Jerusalén con sus hermanos frente a ellos.

³⁹ Ner engendró a Cis, Cis engendró a Saúl, y Saúl engendró a Jonatán, Malquisúa, Abinadab y Es-baal. ⁴⁰ Hijo de Jonatán fue Merib-baal, y Merib-baal engendró a Micaía. ⁴¹ Los hijos de Micaía fueron: Pitón, Melec, Tarea y Acaz. ⁴² Acaz engendró a Jara, Jara engendró a Alemet, Azmavet y Zimri, y Zimri engendró a Mosa. ⁴³ Los descendientes de Mosa fueron Bina, padre de Refaías, padre de Elasa, padre de Azel. ⁴⁴ Y Azel tuvo seis hijos, los nombres de los cuales son: Azricam, Bocru, Ismael, Searías, Obadías y Hanán. Éstos fueron los hijos de Azel.

La genealogía de Saúl que vimos en el capítulo anterior es esencialmente la misma que tenemos aquí. Allí se incluyó para ubicar a Saúl en el lugar que le corresponde como descendiente

de Benjamín; aquí se repite para servir como puente al resumen de su reino que se describe en 1 Crónicas 10.

Notas finales sobre las genealogías:

Si usted ha seguido todo el camino desde el capítulo uno, mi oración es que, mediante su estudio, Dios le haya dado una comprensión más profunda de las obras de su reino, no sólo como lo fue en el Antiguo Testamento, sino también como lo es hoy en día. De aquí en adelante nuestra lectura se volverá más fácil.

De una manera magistral, el cronista ha sintetizado las obras de Dios en la historia hasta su propio tiempo. Ha presentado los temas más importantes que lo van a ocupar en el resto de su libro: el lugar destacado que las tribus de Israel tenían en el plan de Dios para salvar al mundo, el papel clave que tenía la casa real de David en ese plan, y la importancia del Templo y sus servicios. El cronista le habla a un pueblo que se pregunta sobre su identidad como la propiedad de Dios y sobre la validez de sus instituciones. De la manera en que un abogado hábil podría llevar un caso complejo, pieza por pieza hasta que el peso mismo de toda la evidencia señale una conclusión, así el cronista ha construido un caso hermético, partiendo de la evidencia genealógica. Le ha recordado a su pueblo que Dios todavía lo controla todo y que todo Israel está presente en ellos. A lo largo del camino, ha advertido contra la apostasía y ha elogiado la fidelidad.

De manera similar, estudiamos la historia, reciente y remota, como el proceso en que Dios obra para llevar a sus hijos a la gloria. Vemos cómo Dios, de generación en generación, siempre ha conservado su rebaño pequeño. Consideramos cada generación de santos: sus trabajos, sus luchas y sus triunfos bajo la cruz, y tenemos la seguridad de que el reino de Dios continúa marchando de generación en generación con pasos medidos. Las puertas del infierno no prevalecerán contra él. Si tenemos esta visión de la historia, la debemos en gran parte a escritores inspirados como el

cronista. Él nos ha ayudado a captar la visión, de tal manera que vemos las cosas desde el punto de vista de Dios. Su mensaje también nos anima para que “corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Hebreos 12:1). Rodeados por esta nube de testigos de la fidelidad de Dios en Cristo, tenemos certeza de la victoria.

PARTE II

DIOS ESTABLECE SU REINO EN ISRAEL

BAJO EL GOBIERNO DE DAVID

1 CRÓNICAS 10:1–29:30

Ahora el cronista se propone narrar la historia de David. Será la historia de “un varón conforme a su corazón” (1 Samuel 13:14). Aun que sus palabras reflejan familiaridad con 1 y 2 Samuel, su propósito va más allá de dar sólo un simple resumen de los acontecimientos que se relatan allá con más detalle. Supone que sus lectores están enterados de los hechos de la vida de Saúl y de la temprana carrera de David. La tarea que Dios le da al cronista es la de: seleccionar, darle forma y presentar el mismo material para ayudar a las necesidades del pueblo de Dios de su tiempo.

Lo que omite en su relato revela el propósito que tiene para nosotros. Pasa por alto y no dice nada de la mayor parte del reinado de Saúl. No dice nada respecto de los celos que Saúl albergaba en su corazón contra David, ni de los años que David pasó huyendo. También omite toda referencia a los siete años y medio durante los cuales David gobernó solamente sobre Judá, mientras que Isboset, el hijo de Saúl, gobernó sobre las tribus del norte. Tampoco menciona la manera en que Abner se constituyó en el instrumento que sirvió para llevar a las tribus del norte al lado de David. El objetivo que tiene el cronista en la mente es el de pintar el cuadro claro de la clase de rey que le agrada a Dios; deja fuera los detalles de la vida de David que no lo ayudan a alcanzar esa meta, no porque no los conozca, sino que no tienen importancia para su propósito.

En el capítulo diez se presenta a Saúl, a manera de contraste con David, como un rey que ha caído en pecado, un líder fracasado. El cronista se centra en ese fracaso al volver a relatar el último acontecimiento de la vida de Saúl: su derrota en el monte Gilboa.

Dios le quita el reino a Saúl

10 Los filisteos pelearon contra Israel; huyeron delante de ellos los israelitas, pues muchos cayeron heridos de muerte en el monte Gilboa. ² Los filisteos siguieron a Saúl y a sus hijos, y mataron a Jonatán, a Abinadab y a Malquisúa, hijos de Saúl. ³ Al concentrar sus ataques contra Saúl, le alcanzaron los flecheros y fue herido por ellos. ⁴ Entonces dijo Saúl a su escudero: «Saca tu espada y traspásame con ella, no sea que vengan estos incircuncisos y hagan mofa de mí»; pero su escudero no quiso, porque tenía mucho miedo. Entonces Saúl tomó la espada y se echó sobre ella. ⁵ Cuando su escudero vio a Saúl muerto, él también se echó sobre su espada y se mató. ⁶ Así murieron Saúl y sus tres hijos; y toda su casa murió junto con él. ⁷ Al ver todos los de Israel que habitaban en el valle que habían huido las tropas y que Saúl y sus hijos habían muerto, dejaron sus ciudades y huyeron. Vinieron entonces los filisteos y se establecieron en ellas.

⁸ Sucedió al día siguiente, que al venir los filisteos a despojar a los muertos, hallaron a Saúl y a sus hijos tendidos en el monte Gilboa. ⁹ Luego que lo despojaron, tomaron su cabeza y sus armas, y enviaron mensajeros por toda la tierra de los filisteos para dar la buena noticia a sus ídolos y al pueblo. ¹⁰ Después pusieron sus armas en el templo de sus dioses y colgaron su cabeza en el templo de Dagón.

¹¹ Cuando oyeron los de Galaad lo que habían hecho los filisteos de Saúl, ¹² se levantaron todos los hombres valientes, tomaron el cuerpo de Saúl y los cuerpos de sus hijos, y los trajeron a ; enterraron sus huesos debajo de una encina en , y ayunaron siete días.

La batalla que se libró en el monte Gilboa fue una prueba crítica de fuerza entre el reino de Israel y las ciudades costeras filisteas. Estaba en juego el valle de Jezreel, que se podía ver desde el monte Gilboa en el sur. El valle no sólo era tierra fértil

cultivable, sino que también vinculaba a las tribus israelitas que vivían al norte con las que vivían en las regiones centrales de Palestina. Además, había una ruta de comercio que unía a Egipto con Mesopotamia y pasaba por esa misma área que era muy transitada.

El interés del cronista no está muy relacionado con las consecuencias políticas ni con las consecuencias económicas de la batalla, sino con su resultado espiritual. Hace énfasis en la derrota total que viene sobre el pueblo de Dios cuando sigue ciegamente a un líder que es infiel a la Palabra del Señor. El versículo 1 en el hebreo original es más directo que el de la versión Reina-Valera que dice: “huyeron delante de ellos los Israelitas”. El cronista literalmente nos dice que “huyó *todo hombre* de Israel”. De nuevo en el versículo 7 afirma que “*todos* los de Israel que habitaban en el valle... huyeron”. Cuando depositamos nuestra confianza en los líderes más que en Dios y en su Palabra, no tendremos un lugar donde permanecer cuando esos líderes nos fallen.

Los últimos momentos de la vida de Saúl sólo sirven para recalcar sus malas cualidades. Acobardado con la perspectiva de ser capturado por los filisteos y ser ultrajado como lo fue Sansón, le pidió a su escudero que lo matara. Su preocupación era sólo por sí mismo, y no por cómo le podría dar gloria a Dios al vivir o al morir. El escudero mostró un sentido más agudo de lo correcto y de lo equivocado cuando se negó a darle muerte al rey ungido del Señor. Sin la voluntad de reconocer que sus tiempos estaban en las manos de Dios (Salmo 31:15), o tal vez porque era incapaz de reconocerlo, Saúl se quitó la vida en un acto final de incredulidad.

En una expresión que resume todo esto, el cronista dice en el versículo 6: “Así murieron Saúl y sus tres hijos; y toda su casa murió junto con él.” Gilboa marcó el final, no sólo del gobierno personal de Saúl, sino también de cualquier pretensión de gobernar que pudiera ser adelantada por sus descendientes. Saúl y su linaje no iban a formar una dinastía real en Israel. Todo esto había sido predicho por el Señor mediante el profeta Samuel (1 Samuel

13:14; 15:27,28); ahora la Palabra de Dios se había cumplido de esta manera horrorosa. El gobierno posterior del hijo de Saúl, Isboset, como rey títere de Abner (vea 2 Samuel, capítulos 2-5) no sirvió para contradecir la realidad, según el cronista. Fue la confirmación de la destrucción de una casa que ya se había derrumbado en el monte Gilboa.

El cronista describe las consecuencias de la batalla en los versículos 7 a 12. Los enemigos del pueblo de Dios tuvieron su pequeño día de gloria; ellos tomaron posesión del valle de Jezreel, ahora abandonado por sus habitantes israelitas. Después de que despojaron el cuerpo de Saúl de su armadura y le cortaron la cabeza, usaron esos horripilantes trofeos para proclamar las buenas noticias de su victoria “a sus ídolos y al pueblo” (versículo 9). Le dieron la gloria por la derrota de Israel a su dios pagano Dagón, al colgar la cabeza de Saúl y su armadura en el templo de Dagón. Cuando un líder del pueblo de Dios falla espiritualmente, no es sólo una derrota personal, sino que también es un desastre para el pueblo de Dios como una unidad. Los paganos se hicieron más descarados en su blasfemia; ante todo el mundo parecía que Satanás y la falsa religión habían triunfado.

Lo único que le quedaba a un israelita piadoso era llorar a sus muertos. Los hombres valientes de Jabes de Galaad, que habían sido rescatados por Saúl en el claro amanecer de su reinado inicial, vinieron, no para alabarlo, sino para enterrar lo que había quedado de él y de su casa. Para ver un relato más completo de este incidente se puede leer 1 Samuel 11 y 31:8-13.

Existen ocasiones en las que parece que el mal triunfa. Jesús mismo se refiere a “la hora... cuando reinan las tinieblas” (Lucas 22:53 Nueva Versión Internacional). Pero siempre es una sola hora, es decir, muy poco tiempo de lamento mientras que el mundo se alegra (Juan 16:19,20). Nunca dura más allá del tiempo que Dios le ha asignado. A través de la oscuridad, Dios hará que la luz de su verdad y su bondad brillen de nuevo. Veremos esa verdad reflejada en el siguiente capítulo, cuando Dios haga surgir a David para ocupar el lugar de Saúl. Debido al poder de Dios, David va a

restaurar más de lo que jamás le fue quitado a su pueblo en esta terrible derrota.

Sin embargo, antes de que pasemos a hablar de David, le daremos un último vistazo a Saúl para entender la naturaleza de su error. Esta derrota “física” en el monte Gilboa fue solamente una evidencia externa del anterior colapso espiritual de Saúl.

13 Así murió Saúl a causa de su rebelión con que pecó contra Jehová, contra la palabra de Jehová, la cual no guardó, y porque consultó a una adivina, ¹⁴y no consultó a Jehová; por esta causa lo mató, y traspasó el reino a David hijo de Isaí.

Delante de Dios, cualquier líder de su pueblo lo será sólo mientras sea fiel a la Palabra. Otro escritor podría haber señalado lo bueno que Saúl había logrado (por ejemplo las batallas que había ganado) para equilibrar la balanza. Pero, para el cronista la falla de Saúl al no prestarle atención a la Palabra de Dios hizo que la balanza se inclinara decisivamente contra él. No había nada más que decir, porque él “pecó contra Jehová”, o en otras palabras, “le había sido infiel al Señor”.

Un estudiante cuidadoso de las Escrituras puede quedar confundido ante la observación de que Saúl “no consultó a Jehová”. 1 Samuel 28:6 nos dice que Saúl trató de hacerlo, pero que el Señor se negó a contestarle; el cielo respondió a sus súplicas de ayuda con un silencio sordo. En su desesperación, Saúl tomó el rumbo totalmente opuesto y equivocado al acudir a una adivina sólo para recibir alguna comunicación del reino espiritual antes de la batalla. Él sabía que esta acción era contraria a la voluntad de Dios. En realidad él mismo se había encargado de que los: espiritistas, brujos y hechiceros fueran expulsados de la tierra de Israel. Pero cuando las personas se sueltan de la Palabra, se agarran de cualquier frágil asidero. El hecho de que acudiera tan rápidamente a una adivina para buscar respuestas demuestra la naturaleza supersticiosa de su acción cuando acudió inicialmente al Señor en busca de información.

Saúl no buscó al Señor cuando todavía lo podía hallar. En dos ocasiones anteriores despreció el mensaje del profeta Samuel, y confió en su propio juicio por encima de la Palabra revelada (vea 1 Samuel 13:11-14; 15:3-10). Este acto final de buscar respuestas de Dios en la superstición desesperada no se puede considerar como una verdadera “búsqueda del Señor”. Podemos aprender en este pasaje la verdad aleccionadora de que si las personas continúan despreciando la Palabra de Dios, puede llegar un momento, aún en el tiempo de su vida terrenal, en el que Dios las abandone al clamor aterrador de sus vanos pensamientos.

Las palabras con las que concluye dan el veredicto final: “Por esta causa [el Señor] lo mató, y traspasó el reino a David hijo de Isaí” (versículo 14). Una flecha lanzada al azar por un arquero lo hirió, y Saúl se arrojó sobre su propia espada. No obstante, en el análisis final, fue el Señor quien mató a Saúl. El pecado siempre les paga el mismo salario a sus esclavos.

El consuelo que podemos obtener de este pasaje se encuentra en el nombre de Dios que se utiliza en él. Cuando la Versión Reina-Valera lo traduce como “*Jehová*”, los traductores nos dicen que en el original se encuentra el nombre del Dios del gran pacto, que probablemente se pronunciaba *Yahweh*, aunque no lo podemos saber con certeza. Cuando vemos la palabra *Jehová*, los traductores nos están hablando de “el Dios del gran pacto”.

En hebreo, muchos nombres son descriptivos, y así ocurre con este nombre de Dios. Derivado del verbo hebreo *ser*, lo señala como “el que vive eternamente”, “el Dios Eterno”, el “YO SOY” (vea Éxodo 3:14,15). Nuestro Dios no permanece distante y desconocido a la humanidad pecadora, sino que invade nuestro espacio y nuestro tiempo, revelándose a los hombres. Él era el Dios que había hecho el pacto eterno con Abraham para bendecir a todas las naciones “en su simiente” (Génesis 22:18). A él le demostró su poder como Dios omnipotente, le prometió naciones enteras de hijos a Abraham, a un hombre que no tenía ninguno; y le prometió la herencia de una tierra grande y fructífera al mismo Abraham, un hombre que vivió en una carpa hasta el final de sus

días. Por medio de Moisés se mostró a él mismo como nuestro Dios Salvador, que desea redimir a su pueblo de todos sus enemigos “con brazo extendido y con gran justicia” (Éxodo 6:6). Como él tiene toda libertad en sus acciones y es completamente independiente en su naturaleza, podemos tener la seguridad de que Dios permanecerá fiel a las promesas que misericordiosamente le hace a su pueblo.

El uso del nombre del Dios del pacto en este contexto nos asegura que el Dios que se comprometió libremente con su pueblo mediante la promesa de salvación, está obrando aquí en el fallecimiento de Saúl. El fin de la vida de Saúl no marcó el fin del plan salvador de Dios. El Señor elevó a David en su lugar, le confió su reino a un hombre que iba a reunir de nuevo a las ovejas dispersas del rebaño de Dios. ¡Hasta los castigos de Dios ayudan a los propósitos de su misericordia!

Dios le entrega su reino a David

Todo Israel unge a David como rey

11 Entonces todo Israel se congregó en torno a David en Hebrón, y le dijeron: «Nosotros somos tu hueso y tu carne. ² También antes de ahora, mientras Saúl reinaba, tú eras quien sacaba a la guerra a Israel, y lo volvías a traer. También Jehová tu Dios te ha dicho: “Tú apacentarás a mi pueblo Israel, y tú serás príncipe sobre Israel, mi pueblo.”»

³ Y vinieron todos los ancianos de Israel ante el rey, en Hebrón; David hizo un pacto con ellos delante de Jehová, y ungieron a David como rey sobre Israel, por medio de Samuel, conforme a la palabra de Jehová.

Al presentarnos a David como la clase de rey que le agrada a Dios, el cronista lo pone en contraste con Saúl, de casi todas las maneras concebibles. “Todo Israel” (versículo 1) se juntó delante de él en Hebrón para aclamarlo como su rey, es decir, que todo el

pueblo estaba unido en su lealtad a David. Lo reconocieron como su hermano, como de su propia carne y sangre (versículo 1). Él se había destacado en Israel como el líder de las batallas del ejército aun antes de ascender al trono. Ahora su elevación al trono se veía como el cumplimiento de la profecía de Jehová que le había dicho: “Tú apacentarás a mi pueblo Israel” (versículo 2). Por lo tanto, David gobernó de acuerdo con la voluntad y con la Palabra de Dios. Sin duda, el pueblo se estaba refiriendo al momento en que Samuel ungió a David como rey, cuando aún era joven y pastoreaba los rebaños de su padre (vea 1 Samuel 16:11-13).

El término “pastor” expresa de manera especial el ideal que tiene Dios para el liderazgo. Implica un liderazgo que se ejerce con tierno cuidado del rebaño que ha sido puesto a su cargo. ¿Quién puede observar aquí el cuadro que pinta el cronista y no ver a Cristo? David era una “sombra de lo que ha de venir”, un tipo de nuestro Señor Jesús, que es el Buen Pastor (Juan 10) que da su vida por las ovejas, y nos guía al lado de las aguas de reposo de su Palabra (Salmo 23). Verdadero hombre, nacido de la virgen María, él no se avergüenza de llamarnos hermanos (Hebreos 2:11), sino que lleva nuestras cargas por nosotros y con nosotros, como uno de nosotros. ¡Que todo el pueblo del Salvador quiera aclamarlo como Rey y servirle de todo corazón todos sus días!

También se demuestra que David es el rey ideal de Dios por la manera en que “hizo un pacto” con los ancianos de su pueblo para servirles. Ningún rey de Israel jamás sería un monarca absoluto cuya soberana voluntad fuera ley. Más bien, los reyes debían servir bajo el mando de Dios y de acuerdo con su Palabra. La “ley del rey” que definía y limitaba sus poderes ya había sido dada por Dios en la época de Moisés (vea Deuteronomio 17:14-20). David mostró su deseo de ser fiel a la Palabra de Dios al hacer libremente ese pacto con su pueblo.

El recién ungido rey toma a Jerusalén

⁴Entonces se fue David con todo Israel a Jerusalén, la cual es Jebús; y los jebuseos habitaban en aquella tierra. ⁵Y los habitantes de Jebús dijeron a David: «No entrarás acá.» Pero David tomó la fortaleza de Sión, que es la Ciudad de David. ⁶David había dicho: «El que primero derrote a los jebuseos será cabeza y jefe». Entonces Joab hijo de Sarvia subió el primero, y fue hecho jefe. ⁷Se instaló David en la fortaleza, y por esto la llamaron la Ciudad de David. ⁸Edificó la ciudad alrededor, desde Milo hasta el muro; y Joab reparó el resto de la ciudad. ⁹Y David iba adelantando y creciendo, y Jehová de los ejércitos estaba con él.

Unido bajo el rey elegido del Señor, el pueblo de Dios marchó triunfante hacia Jerusalén y la tomó. Jerusalén o Jebús era un enclave del poder pagano que había quedado fuera de la conquista de la tierra de Canaán que se hizo bajo el liderazgo de Josué. Estaba en el libro de Josué como una de las partes de la tierra que quedaban para que los sucesores de Josué la conquistaran (Josué 15:63). Esta ciudad pagana era una fortaleza ubicada cerca al centro de la cadena montañosa de la Tierra Santa, que estaba entre Judá y las tribus del norte. La conquista de la ciudad iba a unir al norte y al sur, no sólo al quitar esta cuña pagana, sino también al proveer un lugar central donde las tribus se pudieran reunir. Tomada por un ejército unido, no era una ciudad de Judá ni de Efraín, sino de David (versículo 7), que les pertenecía a la vez tanto al norte como al sur.

Los jebuseos afirmaban orgullosamente: “No entrarás acá” (versículo 5), porque se imaginaban que estaban seguros en su fortaleza de la montaña. Pero ellos no se podían comparar con el ejército unido que marchaba bajo la bandera del rey de Dios. Joab tomó la iniciativa en el ataque y recibió el puesto prometido de comandante en jefe bajo el mando de David. Después de que los jebuseos fueron expulsados, David fijó su residencia en la ciudad,

a la que le dio su nombre. De inmediato se dedicó a trabajar embelleciéndola y construyéndola. También se le da crédito a Joab por amplios proyectos de restauración.

Esta victoria fue un cambio notable en la condición de Israel. Después de lo que ocurrió en Gilboa, el pueblo de Dios estaba postrado, pero ahora gobernaba triunfante sobre los paganos. La clase de rey que le agrada a Dios hizo la diferencia, y las cosas fueron muy distintas con él porque era fiel al único verdadero Dios. “David iba adelantando y creciendo”, no por su inteligencia en el combate ni por su sagacidad en el arte de gobernar, sino porque “Jehová de los ejércitos estaba con él” (versículo 9).

“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31). Unidos bajo el cuidado de Cristo nuestro Rey, vamos seguros “para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:4,5). Sin importar cuán débil pueda parecer la iglesia o cuán fuertes puedan parecer los orgullosos enemigos del pueblo de Dios, la espada del Espíritu, con la que estamos equipados, es más que suficiente para conseguir la victoria por nosotros. Por la Palabra y con la promesa de Dios tomaremos hasta la fortaleza de la misma muerte y la convertiremos en el lugar por medio del que entramos en el tranquilo reposo de la vida eterna.

Todo Israel completamente unido bajo un rey

El cronista continúa el relato, dándonos una lista de los grandes líderes y guerreros del ejército de David. Es un paralelo muy cercano a una lista similar que aparece en 2 Samuel 23. Allá sirve de epílogo a la ilustre carrera de David; aquí tiene la intención de subrayar la verdad de que David llegó a ser rey porque había ganado el apoyo *completo* de todo Israel.

¹⁰ Éstos son los jefes de los valientes que David tuvo, los que le ayudaron en su reino, junto con todo Israel, para hacerle

reinar sobre Israel, conforme a la palabra de Jehová.

¹¹ Ésta es la lista de los valientes que David tuvo: Jasobeam hijo de Hacmoni, caudillo de los treinta, el cual blandió su lanza una vez contra trescientos, a los cuales mató. ¹² Después de éste estaba Eleazar hijo de Dodo, el ahohíta, el cual era de los tres valientes. ¹³ Éste estuvo con David en Pasdamim, donde los filisteos se habían concentrado para la batalla. Había allí una parcela de tierra llena de cebada, y cuando el pueblo huyó delante de los filisteos, ¹⁴ él se puso en medio de la parcela, la defendió y venció a los filisteos, pues Jehová los favoreció con una gran victoria.

¹⁵ Tres de los treinta jefes descendieron a la peña a encontrarse con David, a la cueva de Adulam, cuando el campamento de los filisteos se hallaba en el valle de Refaim. ¹⁶ David estaba entonces en la fortaleza, mientras una guarnición de los filisteos ocupaba Belén. ¹⁷ David expresó este deseo: «¡Quién me diera de beber de las aguas del pozo de Belén, que está a la puerta!» ¹⁸ Y aquellos tres irrumpieron en el campamento de los filisteos, sacaron agua del pozo de Belén, que está a la puerta, la tomaron y se la llevaron a David; pero él no la quiso beber, sino que la derramó para Jehová, y dijo: ¹⁹ «Guárdeme mi Dios de hacer esto. ¿Voy acaso a beber la sangre y la vida de estos hombres que con peligro de sus vidas la han traído?» Y no la quiso beber. Esto hicieron aquellos tres valientes.

²⁰ Abisai, hermano de Joab, era jefe de los treinta. Una vez, blandió su lanza contra trescientos hombres y los mató. Así ganó renombre entre los tres. ²¹ Fue el más ilustre de los treinta, pues llegó a ser su jefe, pero no igualó a los tres primeros.

²² Benaía hijo de Joiada era hijo de un hombre valiente de Cabseel, de grandes hazañas; él venció a los dos leones de Moab; también descendió y mató a un león en un foso, en medio de una nevada. ²³ Él mismo venció a un egipcio, hombre de cinco codos de estatura; y el egipcio traía una lanza como

un rodillo de tejedor, pero él descendió con un palo, y arrebató al egipcio la lanza de la mano y lo mató con su misma lanza. ²⁴ Esto hizo Benaía hijo de Joiada, y conquistó renombre entre los tres valientes. ²⁵ Fue el más distinguido de los treinta, pero no igualó a los tres primeros. A éste puso David en su guardia personal.

²⁶ Los valientes de los ejércitos eran: Asael, hermano de Joab, Elhanan hijo de Dodo, el de Belén, ²⁷ Samot, el harodita, Heles, el pelonita; ²⁸ Ira hijo de Iques, el tecoíta, Abiezer, el anatotita, ²⁹ Sibecai, el husatita, Ilai, el ahohíta, ³⁰ Maharai, el netofatita, Heled hijo de Baana, el netofatita, ³¹ Itai hijo de Ribai, de Gabaa, de los hijos de Benjamín, Benaía, el piratonita, ³² Hurai, del río Gaas, Abiel, el arbatita, ³³ Azmavet, el barhumita, Eliaba, el saalbonita, ³⁴ los hijos de Hasem, el gizonita, Jonatán hijo de Sage, el ararita, ³⁵ Ahíam hijo de Sacar, el ararita, Elifal hijo de Ur, ³⁶ Hefer, el mequeratita, Ahías, el pelonita, ³⁷ Hezro, el carmelita, Naarai hijo de Ezbai, ³⁸ Joel, hermano de Natán, Mibhar hijo de Hagrai, ³⁹ Selec, el amonita, Naharai, el beerotita, escudero de Joab hijo de Sarvia, ⁴⁰ Ira, el itrita, Gareb, el itrita, ⁴¹ Urías, el heteo, Zabad hijo de Ahlai, ⁴² Adina hijo de Siza, el rubenita, príncipe de los rubenitas, y treinta hombres con él, ⁴³ Hanán hijo de Maaca, Josafat, el mitnita, ⁴⁴ Uzías, el astarotita, Sama y Jehiel hijos de Hotam, el aroerita; ⁴⁵ Jediel hijo de Simri, y Joha, su hermano, el tizita, ⁴⁶ Eliel, el mahavita, Jerebai y Josavía hijos de Elnaam, Itma, el moabita, ⁴⁷ Eliel, Obed, y Jaasiel, el mesobaíta.

Hay varias dificultades que debemos afrontar para llegar a la plena comprensión de todos los detalles de estos versículos. Sin embargo, no tenemos ningún problema en establecer el punto principal del cronista; el versículo 10 lo resume: “Estos son los jefes de los valientes que David tuvo, los que le ayudaron en su reino, junto con todo Israel, para hacerle reinar sobre Israel, conforme a la palabra de Jehová.” Al unirse a David, estos líderes

confesaban su fe en la Palabra de Dios. Al apoyarlo a él, también se estaban alineando con el unguido del Señor. Con el apoyo de ellos David llegó a ser rey sobre toda la tierra.

Nuestro problema principal consiste en hacer concordar esta lista de nombres con la que se encuentra en 2 Samuel 23:8-39, porque claramente son paralelas. No obstante, hay pequeñas diferencias que nos dejan perplejos. Parece que la mayoría de las diferencias se deben a variaciones en la escritura de los nombres. Ya antes nos hemos encontrado con este fenómeno en situaciones similares, y no nos sorprende. Sea que se llame “Sama, el harodita” (2 Samuel 23:25) o “Samot, el harodita” (1 Crónicas 11:27) tiene poca importancia. Otros sencillamente parecen ser diferentes nombres de la misma persona, por ejemplo, Jasobeam (1 Crónicas 11:11) versus Joseb-basebet (2 Samuel 23:8).

Algunas otras diferencias se pueden asignar a errores que se cometieron cuando se copiaban y se volvían a copiar estos manuscritos antiguos. Por ejemplo, parece que hay un vacío en el texto del cronista en el versículo 13, en el que se perdió el relato de cuando Sama se levantó contra los filisteos (vea 2 Samuel 23:12). No es difícil ver la manera en que esto pudo haber sucedido, ya que los relatos de los hechos poderosos de Eleazar y Sama son muy similares. Los ojos del copista pudieron haberse desviado al mirar atrás y luego adelante en el manuscrito que estaba copiando y a la nueva copia que estaba haciendo. Para una consideración del problema de los errores de copia y de la inspiración de las Escrituras, el lector tal vez desee referirse al capítulo 8, versículos 1-3, y a los comentarios que se hicieron allá.

Utilizando la *Nueva Versión Internacinal*, entramos en otra dificultad en relación con la interpretación de las palabras “principal de los tres” (versículo 11), “al mando de los tres” (versículo 20), y “se destacó más que los treinta valientes” (versículo 25 y 1 Crónicas 12:18). David, al organizar la estructura de mando dentro de su ejército, debió haber tenido diferentes agrupaciones de oficiales. Un grupo se llamó los tres; otro, los treinta; y (tal vez) aún otro, los principales. Es probable que haya

existido más de un grupo con el nombre de los *tres* y más de un grupo conocido como los *treinta*. La relación de esos grupos entre sí no es clara. Lo que hacía las cosas más difíciles para el copista antiguo era el hecho que en hebreo la escritura y el sonido de: *principales*, *tres* y *treinta* son muy similares. Por lo visto, hubo ocasiones en las que los copistas se confundieron. Esto podría explicar por qué a Jasobam se le llama jefe “de los treinta” en 1 Crónicas y jefe “de los tres” en 2 Samuel 23:18. *

Mencionamos estas cosas, no para crear confusión, ni para debilitar la fe de alguien en la inspiración, sino simplemente para arrojar un poco de luz sobre las razones de algunas diferencias que hay entre estos dos relatos paralelos de las Escrituras. Debido a nuestra actual falta de conocimiento, no podemos resolver todas las discrepancias aparentes. Sin embargo, eso tiene poco interés, porque estos asuntos tienen relativamente poco que ver con el objetivo de este pasaje tomado como un todo. Con toda confianza: ponemos estos asuntos en las manos de Dios, confiamos en su Palabra fiel, y esperamos la venida de nuestro Señor, para que despeje todas las nubes que se presentan en nuestro camino para poder comprenderlo completamente a él.

El tema principal del pasaje es éste: el cronista quiere enseñarle a su pueblo algunas cosas sobre el *calibre* de los hombres que se unieron a la bandera de David y también sobre el *carácter* del hombre a quien ellos sirvieron. Confiando en el Señor y en su rey ungido, Eleazar está dispuesto a enfrentarse solo con el enemigo, si es necesario. Por medio de esa fe “Jehová los favoreció con una gran victoria” (versículo 14), y hace lo mismo hoy por medio de los hombres de Dios que demuestran la misma fe. En los versículos 15-19, escuchamos de una hazaña temeraria que llevaron a cabo tres de los poderosos hombres de David. Con ella el escritor sagrado nos abre una ventana a la comprensión del carácter de David. El incidente data de los días en que David vivía

* Vea la Nueva Versión Internacional. Siempre se encuentra “de los treinta” en la *Reina-Valera 1995*.

como proscrito. En un momento de abatimiento, cuando sintió la soledad de su exilio, expresó el deseo que tenía de probar el agua de su tierra. Tres de sus hombres cruzaron las líneas enemigas para conseguírsela. Podemos aplaudir el celo que mostraron esos valientes, pero no su juicio. Abatido por la manera en que estos hombres habían arriesgado su vida por un asunto tan trivial, David derramó el agua como una ofrenda al Señor. No la quiso tomar, porque la vida es preciosa y no se debe perder descuidadamente por ninguna razón.

En los versículos 20 y 22, el cronista nos da el nombre de dos hombres que se destacaron de manera especial en el ejército de David: Abisai y Benaía. David ascendió hombres a posiciones de liderazgo, no debido a quiénes eran ni de dónde venían, sino debido a su celo y habilidad en el combate, como lo demuestra esta sección. Abisai fue distinguido por su habilidad para combatir a todos los que se le enfrentaran, sin importar cuál fuera su cantidad (¡aun trescientos a la vez!). Benaía tenía el don de derrotar grandes adversarios, sin importar su calidad. Al lector en español no le es posible reconocer un interesante juego de palabras que contiene el versículo 22. A los “ dos leones” de Moab se les llama literalmente en hebreo “leones poderosos”. A Benaía se le da el mérito de derrotar tres “leones”, ¡dos humanos y un animal! No sólo eso, sino que Benaía pudo vencer, con sólo un bastón, a un egipcio que era un verdadero “Goliat” (compare el versículo 23 con 1 Samuel 17:7).

La lista de hombres poderosos, desde el versículo 26 hasta el final del capítulo, está compuesta por hombres que provenían principalmente de las tribus del área de Judá y de Simeón. Como David era de la tribu de Judá, esto no es raro. Lo que es sorprendente es la inclusión de dos hombres que eran de la tribu de Efraín (Benaía y Hurai, versículos 31 y 32) y hasta uno que vino de Benjamín, la tribu de Saúl (Azmavet en el versículo 33). Aún más sorprendente es que se haya incluido a varios extranjeros: Selec el amonita (versículo 39), Urías el heteo (versículo 41) e Itma el moabita (versículo 46). El cronista completa la lista con

un contingente de hombres poderosos que vinieron de la tribu de Rubén. David no sólo tuvo el apoyo de hombres de todo Israel, sino que hasta los gentiles fueron atraídos por el poder del rey de Israel y entraron a su servicio.

Cuando pensamos en lo que estos hombres estaban dispuestos a arriesgar por causa del rey ungido del Señor (aunque el rey era un ser humano pecador como ellos mismos), pensamos también en cuánto más nosotros, con la audacia de la fe, debemos tener la buena voluntad (como lo expresó Lutero) de “hacer y soportar todas las cosas, y vivir y morir plenamente confiados en la misericordia de Dios”. ¡No servimos solamente a un hombre, sino al Señor Jesucristo!

12 Éstos son los que vinieron ante David en Siclag, estando él aún encerrado por causa de Saúl hijo de Cis; eran de los valientes que le ayudaron en la guerra. ² Estaban armados de arcos y usaban ambas manos para tirar piedras con la honda y flechas con el arco.

De los hermanos de Saúl de Benjamín, ³ el jefe era Ahiezer, después Joás, hijos de Semaa, el gabaatita; Jeziel y Pelet hijos de Azmavet, Beraca y Jehú, el anatotita, ⁴ Ismaías, el gabaonita, valiente entre los treinta, y jefe entre ellos; Jeremías, Jahaziel, Johanán, Jozabad, el gederatita, ⁵ Eluzai, Jerimot, Bealías, Semarías, Sefatías, el harufita, ⁶ Elcana, Isías, Azareel, Joezer y Jasobeam, coreítas, ⁷ y Joela y Zebadías hijos de Jeroham, de Gedor.

⁸ También de los de Gad huyeron y fueron adonde estaba David, al lugar fuerte en el desierto, hombres de guerra muy valientes para pelear, diestros con el escudo y la lanza; sus rostros eran como rostros de leones, y eran ligeros como las gacelas sobre las montañas. ⁹ Ezer, el primero, Obadías, el segundo, Eliab, el tercero, ¹⁰ Mismana, el cuarto, Jeremías, el quinto, ¹¹ Atai, el sexto, Eliel, el séptimo, ¹² Johanán, el octavo, Elzabad, el noveno, ¹³ Jeremías, el décimo y Macbanai, el undécimo. ¹⁴ Éstos fueron capitanes del ejército de los hijos de

Gad. El menor estaba a cargo de cien hombres, y el mayor, de mil. ¹⁵ Estos pasaron el Jordán en el mes primero, cuando se había desbordado por todas sus riberas; e hicieron huir a todos los habitantes de los valles al oriente y al occidente.

¹⁶ Asimismo algunos de los hijos de Benjamín y de Judá fueron ante David al lugar fuerte. ¹⁷ David salió a su encuentro y les habló diciendo:

—Si habéis venido a mí en son de paz y para ayudarme, me uniré a vosotros; pero si es para entregarme a mis enemigos, sin que mis manos estén manchadas de maldad, véalo el Dios de nuestros padres, y os lo demande.

¹⁸ Entonces el espíritu vino sobre Amasai, jefe de los treinta, y dijo:

«¡Somos tuyos, David!
¡Estamos contigo, hijo de Isaí!
¡Paz, paz para ti,
y paz para quienes te ayudan,
pues también tu Dios te ayuda!»

David los recibió y los puso entre los capitanes de la tropa.

¹⁹ También se pasaron a David algunos de Manasés, cuando fue con los filisteos a la batalla contra Saúl (pero David no los ayudó, porque los jefes de los filisteos, tras deliberar, lo despidieron diciendo: «Con peligro de nuestras cabezas se pasará a su señor Saúl.») ²⁰ Así que cuando volvió él a Siclag, se pasaron a él de los de Manasés: Adnas, Jozabad, Jediael, Micael, Jozabad, Eliú y Ziletai, príncipes de millares de los de Manasés. ²¹ Estos ayudaron a David contra la banda de merodeadores, pues todos ellos eran hombres valientes, y fueron capitanes en el ejército. ²² Cada día le llegaba ayuda a David, hasta que se formó un gran ejército, como un ejército de Dios.

El capítulo 12 de 1 Crónicas se podría titular: “La manera en que Dios le ayudó a David a obtener su poder real”. Muestra cómo,

en un período de tiempo que va desde sus días de proscrito hasta su coronación, el corazón de todos los guerreros de Israel fue movido a reconocerlo como rey. La primera sección tiene que ver con los desertores de las tribus que se unieron a la causa de David mientras que él todavía estaba en el exilio decretado por Saúl. Aquí nos damos cuenta de otra característica del estilo literario del cronista: él no tiene temor de apartarse de la estricta cronología histórica si eso ayuda a su propósito. Las deserciones que se mencionan aquí ocurrieron antes de la coronación de David, que se describe al comienzo de 1 Crónicas 11. En su deseo de darnos un cuadro completo del recién ungido rey, el escritor sagrado decide tratar los temas, en vez de limitarse a describir los acontecimientos en una estricta secuencia de tiempos.

Siclag (versículo 1), un pueblo que estaba al sur de Judá, fue la base de operaciones de David cuando estuvo al servicio del soberano gobernante filisteo Aquís de Gad. Ese período en la vida de David ocurrió hacia el final de su vida en exilio, precisamente antes de que Saúl fuera derrotado por los filisteos en Gilboa. En ese tiempo, algunos hombres de la tribu de Benjamín, la propia tribu de Saúl, se unieron a David. Su especialidad era pelear con arco o con honda. Su capacidad para usar cualquiera de las manos para lanzar proyectiles se considera digna de mención especial. Se da el nombre de esos benjaminitas en los versículos 3 a 7. ¡Aun nativos de Gabaón, la ciudad natal de Saúl, están entre los refugiados del régimen de ese rey (versículo 3)! De este modo, la caída de Saúl y el ascenso de David también se demuestran por el hecho de que los propios parientes de Saúl prefirieron un exiliado escogido por Dios que un rey rechazado por él.

No era un asunto fácil abandonar la causa de Saúl por la de David; los hombres de Gad que se mencionan a continuación (versículos 8 a 14) sirven para mostrarlo. Vinieron a David (en hebreo el versículo 8 se lee literalmente “ellos se apartaron para”) cuando él vivía en su fortaleza en el desierto. Ese período fue anterior a la fase en Siclag y se nos describe más completamente en 1 Samuel 23:14 a 26:25. Los gaditas vivían al este del Jordán,

un área especialmente leal a Saúl. Fue en el área transjordana donde Is-bóset, el hijo de Saúl, estableció su gobierno abortivo sobre Israel después de la muerte de Saúl. Para desertar e ir a David, estos hombres no sólo tuvieron que vencer los obstáculos naturales de las inundaciones del Jordán, sino que también tuvieron que abrirse paso a través de sus compañeros de tribu que, por lo visto, trataron de impedir que ellos escaparan (versículo 15). Esto nos dice mucho del valor de los que vinieron a David y respecto a su compromiso con quien ellos vieron como el verdadero rey ungido del Señor.

Cuando vino el Señor Jesús, el descendiente más grandioso del gran David, no todos los de Israel tuvieron la fe para verlo como “el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16). Jesús ofendió el concepto que tenían muchos en Israel sobre lo que el glorioso Rey de Israel debería hacer y decir (vea Juan 6:60,66), y por eso lo abandonaron. Hoy es lo mismo para cualquiera que desea seguir al verdadero Rey. Es de esperar que suframos: la hostilidad del mundo, el odio del diablo, y el acoso interminable de nuestra propia carne pecadora. Se requiere valor y compromiso, el valor y el compromiso que nacen de la fe en el que tiene “palabras de vida eterna” (Juan 6:68).

Otra cantidad de desertores que se unieron a David durante su “período de fortaleza” se presenta en los versículos 16 a 18. La conversación entre David y Amasai contiene el pensamiento principal que el cronista quiere presentar en este capítulo. David, en este punto de su carrera, todavía tenía algunas sospechas de los que se habían pasado a su lado. Y con razón, ya que él había sufrido la hostilidad y la traición de aquellos de quienes él tenía todo el derecho de esperar fidelidad. Sin embargo, salió a reunirse con su último contingente de hombres y estaba deseoso de recibirlos. Una característica de David es la manera sumisa en que él entregó su causa en las manos de Dios, en caso de que hubieran venido para traicionarlo (versículo 17). Alrededor de este mismo tiempo fue inspirado a cantar: “Dios es el que me ayuda; el Señor está con los que sostienen mi vida” (Salmo 54:4).

El Espíritu Santo utilizó esta ocasión para hablar por medio de Amasai, inspirando en él una maravillosa confesión de fe: “¡Somos tuyos, David! ¡Estamos contigo, hijo de Isai! ¡Paz, paz para ti, y paz para quienes te ayudan, pues también tu Dios te ayuda!” (versículo 18). Estos hombres habían llegado a creer que la Palabra y la promesa de Dios estaban con David; estaban en verdad convencidos de que Dios era su ayudador, y por eso también estaban convencidos de que los que ayudaban a David iban a ganar la victoria final. Esos guerreros, desertores de varias partes de Israel, no fueron un grupo de descontentos alrededor de algún jefe bandido, sino eran la evidencia de la ayuda y de la bendición por la misericordia de Dios para con David. Demostraban que Dios estaba obrando para llevar a su escogido al poder real sobre todo Israel. *Ayuda* es una palabra muy débil en el español, mientras que en el hebreo tiene un impacto mayor, porque indica que Dios ejerce su poder supremo a favor de David.

De la misma manera, la palabra que se traduce como *paz* en el versículo 18 requiere algún comentario. Muchos lectores pueden estar familiarizados con la palabra hebrea *shalom*, que está muy bien traducida aquí como “*paz*”. La palabra *paz* era un concepto muy rico en significado para el antiguo israelita. Significaba no simplemente la ausencia de guerra, sino el estado positivo de bienestar que resulta cuando todas las cosas se mantienen en armonía con la voluntad de Dios. Incluía tanto el bienestar material como el espiritual. Entonces, Amasai estaba expresando su confianza en que Dios, por medio de su rey escogido, le iba a dar a Israel el estado de tranquilidad y de bienestar que él había prometido en la época de Moisés: “[Jehová, vuestro Dios] os hará descansar de todos vuestros enemigos de alrededor, y habitaréis seguros” (Deuteronomio 12:10).

Recordamos aquí que una de las metas que se propuso el cronista al escribir este libro fue hacerle ver a su pueblo desanimado la esperanza perdurable del Rey Justo, que iba a venir de la casa de David en cumplimiento de todas las promesas de Dios (vea Introducción, páginas 9 y 10). El escritor sagrado les

muestra a sus lectores, aun durante el período oscuro de los días del exilio de David, la manera en que Dios quería que su hombre estuviera seguro de que él lo iba a ayudar y le iba a dar la victoria sobre sus enemigos. Esas palabras se cumplieron, así como también las promesas sobre el Rey Justo se iban a cumplir. El pueblo del cronista podría estar seguro de esto. Dios estaba obrando en la historia, preparando las cosas para el ascenso de su Hijo al poder. Él iba a venir para liberarlos de las manos de sus enemigos, y a capacitarlos para servirlo a él sin temor, en santidad de vida y en rectitud de conducta ante sus ojos todos sus días (Lucas 1:74,75). Cuando nos sentimos acosados por luchas externas y por los temores internos, aún podemos encontrar consuelo en la promesa de Dios. La verdadera paz es un regalo que Dios nos ofrece y nos da por medio de Cristo nuestro Señor.

Esta parte del capítulo concluye con una lista de desertores que se unieron a David a la última hora, cuando la batalla entre Saúl y los filisteos estaba por comenzar (versículos 19 a 22). En ese tiempo David estaba en una posición en extremo difícil, porque aún estaba al servicio de Aquis, el gobernante filisteo; no obstante, difícilmente hubiera querido unirse a las fuerzas de los enemigos de Israel en una batalla campal contra su propio pueblo. Con lo que ocurrió, Dios lo libró de la prueba (versículo 19). Los otros príncipes filisteos estaban recelosos de ir a la guerra con alguien que los podía traicionar en un momento crítico. Así que Aquis devolvió a David a Siclag. Fue allí donde los de la tribu de Manasés que se mencionan en estos versículos se unieron a él.

El versículo 22 es significativo por la manera en que repite una vez más el punto central que el cronista desea establecer: “Cada día le llegaba ayuda a David, hasta que se formó un gran ejército, como un ejército de Dios.” El apoyo a David en Israel aumentó a pasos agigantados, ya que Dios y el ejército de los ángeles estaban con él.

²³ Éste es el número de los principales que estaban listos para la guerra, y llegaron a David en Hebrón para traspasarle

el reino de Saúl, conforme a la palabra de Jehová: ²⁴ De los hijos de Judá que traían escudo y lanza, seis mil ochocientos estaban listos para la guerra. ²⁵ De los hijos de Simeón, siete mil cien hombres, valientes y esforzados para la guerra. ²⁶ De los hijos de Leví, cuatro mil seiscientos; ²⁷ asimismo Joiada, príncipe de los del linaje de Aarón, y con él tres mil setecientos hombres, ²⁸ y Sadoc, joven valiente y esforzado, con veintidós de los principales de la casa de su padre. ²⁹ De los hijos de Benjamín, hermanos de Saúl, tres mil; porque hasta entonces muchos de ellos se mantenían fieles a la casa de Saúl. ³⁰ De los hijos de Efraín, veinte mil ochocientos, muy valientes, hombres ilustres en las casas de sus padres. ³¹ De la media tribu de Manasés, dieciocho mil, los cuales fueron designados para ir a proclamar a David como rey. ³² De los hijos de Isacar, doscientos principales, entendidos en los tiempos, y que sabían lo que Israel debía hacer, y cuyas órdenes seguían todos sus hermanos. ³³ De Zabulón, cincuenta mil, que salían a la campaña prontos para la guerra, con toda clase de armas de guerra y dispuestos a pelear sin doblez de corazón. ³⁴ De Neftalí, mil capitanes, y con ellos treinta y siete mil con escudo y lanza. ³⁵ De los de Dan, dispuestos a pelear, veintiocho mil seiscientos. ³⁶ De Aser, dispuestos para la guerra y preparados para pelear, cuarenta mil. ³⁷ Y del otro lado del Jordán, de los rubenitas y gaditas y de la media tribu de Manasés, ciento veinte mil con toda clase de armas de guerra.

³⁸ Todos estos hombres de guerra, dispuestos para guerrear, fueron con corazón perfecto a Hebrón, para poner a David como rey sobre todo Israel; asimismo todos los demás de Israel estaban de acuerdo en poner a David como rey. ³⁹ Y estuvieron allí con David tres días comiendo y bebiendo, porque sus hermanos habían provisto para ellos. ⁴⁰ También los que les eran vecinos, hasta Isacar y Zabulón y Neftalí, trajeron víveres en asnos, camellos, mulos y bueyes; provisión de harina, tortas de higos, pasas, vino y aceite, y bueyes y ovejas en abundancia, porque en Israel había alegría.

El cronista nos lleva de regreso otra vez a Hebrón, donde los ejércitos de Israel aclamaron a David como rey. Ellos llegaron “listos para la guerra” para transferirle el reino a David “conforme a la palabra de Jehová” (versículo 23). En verdad, fue el Señor quien había hecho rey a David; estas tropas simplemente se reunían para demostrar su fe en la Palabra de Dios.

En esta lista hay varias cosas dignas de notar. Primero, *todas* las tribus están representadas, hasta la tribu sacerdotal de Leví (que normalmente no se incluía en listas de tropas) y los “hermanos de Saúl”, es decir, la tribu de Benjamín. En segundo lugar, los grandes números de los que vinieron demostraron que esa no era una manifestación de apoyo que hubiera sido el producto de un sentimiento de temor o de obligación. Alrededor de 340,000 se reunieron para la coronación, de quienes más de las dos terceras partes procedían de las tribus más distantes del norte y del este de Israel. Esa demostración espontánea de amor a David es tan asombrosa que algunos han llegado a dudar de la magnitud de las cifras. Pero todo intento de reducirlas a una cantidad “más razonable” se debe reconocer como un asunto de la incredulidad que siempre se resiste a las claras afirmaciones de las Escrituras. Hay algo más curioso en el relato que el hecho de que tantos vinieran de los lugares más lejanos de Israel; es la manifestación comparativamente pobre de parte de Judá y de Simeón, que suman 6,800 y 7,100 respectivamente. Tal vez es cierto, como lo sugirió un comentarista, que como estas tribus ya habían disfrutado el gobierno de David durante ocho años, les pareció suficiente enviar un número representativo para mostrar su apoyo continuo.

Además de esto, nadie puede dejar de notar el énfasis que hace el cronista en la *disponibilidad para la guerra* por parte de los que vinieron “listos para la guerra” (versículos 23 y 24), “esforzados para la guerra” (versículo 25), “dispuestos a pelear” (versículo 35), “prontos para la guerra” (versículo 33), “preparados para pelear” (versículo 36), “con escudo y lanza” (versículos 24 y 34), “con toda clase de armas de guerra” (versículo 37). Ese despliegue de poder militar en nombre del rey de Dios debe haber rivalizado aun

con la impresionante demostración de fuerza que estábamos acostumbrados a ver desfilando por la Plaza Roja de Moscú. Emparejada con la disposición externa iba su disposición interior; esas tropas vinieron a ayudar “sin doblez de corazón” (versículo 33), “con corazón perfecto” a poner a David como rey (versículo 38).

Bien pudo ser una visión como ésta la que inspiró a David a pronunciar las palabras proféticas del Salmo 110:3: “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu mando, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de la juventud.” ¡Con corazones liberados por el evangelio, las tropas del Salvador también están completamente deseosas de servirle! No podemos dejar de obtener la victoria sobre toda fuerza del mal que se levante contra nosotros. Nuestro Señor y Rey gobierna triunfante sobre todo.

Finalmente, el festín alegre de buenas cosas en plenitud que se describe en los versículos finales (39,40) se debe ver como un anuncio de la gran fiesta que vendrá. Nuestro Rey ha prometido: “Vendrán gentes del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios” (Lucas 13:29). Entonces habrá verdadera “alegría” en Israel (versículo 40). Será una alegría eterna, una alegría que jamás nadie nos quitará. Estaremos unidos en un corazón y una mente con nuestro Rey. En las palabras bellas de Apocalipsis 22:5, vemos que nuestra situación será la de los que “¡no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos!”

Todo Israel completamente unido bajo Dios

a) Preparación para regresar el Arca— David pierde la confianza

Después de contarnos sobre la unificación de Israel durante el reinado de David, el cronista procede de inmediato a relatar el

primer intento que hizo David de trasladar el Arca, aunque debió haberlo hecho *después* de resolver el asunto de la amenaza de los filisteos que se describe en 1 Crónicas 14. El escritor sagrado lo menciona primero, dándole el lugar de honor para destacar la verdad de que el rey de Israel iba a ser, por encima de cualquier otro propósito, un líder espiritual del pueblo de Dios. David era mucho más que un gran guerrero que había marcado el comienzo de una era de paz y prosperidad material. Como la clase de rey que le agrada a Dios, les dio la máxima prioridad a los asuntos espirituales. Fue el rey que, más que cualquier otro, se dedicó personalmente a la adoración reverente del verdadero Dios. David revigorizó la vida espiritual de su pueblo y volvió a poner a Dios en el centro del reino israelita.

13 Entonces David consultó con los capitanes de millares y de centenas, y con todos los jefes. ²Y dijo David a toda la asamblea de Israel: «Si os parece bien y si es la voluntad de Jehová, nuestro Dios, enviaremos a todas partes por nuestros hermanos que han quedado en todas las tierras de Israel, y por los sacerdotes y levitas que están con ellos en sus ciudades y ejidos, para que se reúnan con nosotros; ³ y traigamos el Arca de nuestro Dios junto a nosotros, porque desde el tiempo de Saúl no hemos hecho caso de ella.»

⁴ Y dijo toda la asamblea que se hiciera así, porque el asunto parecía bien a todo el pueblo.

⁵ Entonces David reunió a todo Israel, desde Sihor de Egipto hasta la entrada de Hamat, para que trajeran el Arca de Dios desde Quiriat-jearim

Ya habían transcurrido más de setenta años desde que el Arca del pacto había ocupado su lugar legítimo en el centro de la adoración de Israel. No es necesario que establezcamos su recorrido desde la época en que Israel la perdió en batalla con los filisteos; es suficiente decir que los filisteos capturaron el Arca, la

retuvieron por un tiempo, y después la regresaron porque habían comprobado que era más un problema que algo útil para ellos. El Arca llegó a tener reposo en la casa de Abinadab, en Quiriat-jearim, una aldea localizada alrededor de quince kilómetros al oeste de Jerusalén. Para conocer toda la historia, el lector puede consultar 1 Samuel, capítulos 4 a 6. Durante el tiempo que el Arca reposó en la oscuridad en la casa de Abinadab, no pudo cumplir su propósito como punto central alrededor del que Israel se podía congregarse para adorar a Dios. Y como Dios le había dado el Arca a su pueblo como signo visible de su presencia misericordiosa entre ellos, en verdad ésta fue una gran pérdida. Durante todos esos años algo sagrado había faltado en el corazón de Israel.

Entonces no nos sorprende que David aprovechara la primera oportunidad que tuvo para devolver el Arca a la vida de adoración de su pueblo. Todas las tribus se habían unido alrededor de él como rey; ahora se iban a unir en la adoración verdadera y completa a su Dios. Para David, la tarea era demasiado importante como para tratar de hacerlo solo. Solamente después de consultar con los jefes de Israel, David llegó a la conclusión de que era correcto proceder con este plan. Y también en ese momento el objetivo fue puesto en las manos de Dios, “si es la voluntad de Jehová, nuestro Dios” (1 Crónicas 13:2). David no tenía la intención de proceder precipitadamente ni de prisa. Después de enterarse de que los jefes de Israel estaban de acuerdo con su idea, reunió a “todo Israel” (versículo 5) con el propósito de que todos se pudieran unir a él en esa alegre tarea. “Desde Sihor de Egipto hasta la entrada de Hamat” es una manera geográfica de hacer énfasis en el deseo que tenía David de que todo su pueblo participara. El significado es muy parecido a lo que quieren indicar los norteamericanos cuando dicen: “¡Todos los americanos desde Cayo Hueso hasta Maine!”

La adoración nunca tuvo la intención de ser un espectáculo de un solo hombre en el que el líder de la adoración entretiene a una iglesia llena de gente que se limita a llenar las bancas. El pueblo de Dios adora como un cuerpo, cada uno les sirve a los demás con

sus talentos. La presencia de cada persona le da fortaleza al grupo. David entendió esto, y sería bueno que nosotros nos acordemos de esta verdad.

6 Y subió David con todo Israel a Baala de Quiriat-jearim, que está en Judá, para trasladar de allí el Arca de Jehová Dios, que habita entre los querubines, sobre la cual su nombre es invocado.

Puede ser difícil para nosotros, que vivimos completamente en la luz de Jesús, entender lo que el Arca del pacto significaba para Israel. Hasta el lenguaje de este versículo nos puede impactar por la dificultad de entenderlo. No obstante, el cronista utiliza palabras que sus lectores originales habrían podido entender fácilmente. Valdrá la pena descubrir su significado.

Los creyentes del Antiguo Testamento sabían que Dios es un espíritu infinito al que “los cielos y los cielos de los cielos” (2 Crónicas 6:18) no pueden contener. Ellos sabían que ningún ser humano pecador podría soportar ver a Dios si él se revelara a él mismo en su plena gloria como el Dios todopoderoso. Dios le dijo a Moisés: “No podrás ver mi rostro, porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo ” (Éxodo 33:20). Ellos estaban muy concientes del hecho de que este ser todopoderoso estaba presente en todas partes: gobernando, controlando y sosteniendo el mundo que él había creado. “¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos donde yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?” (Jeremías 23:24).

Y como dijo una vez Lutero: “Una cosa es saber que Dios está presente, y otra bastante diferente es saber que él está presente a tu disposición.” Cualquiera persona que alguna vez haya pensado seriamente en Dios, se ha hecho esta pregunta: “¿Dónde puedo encontrar a Dios de una manera que yo pueda alcanzarlo? Él es un inmenso océano, yo soy una copa diminuta de agua. ¿Cómo puedo estar seguro de que este ser infinito: me ama, se preocupa por mí

y que tiene presente lo que a mí me interesa? ¿Dónde puedo encontrar a Dios?”

Para el israelita, la respuesta a estas preguntas estaba “en el Tabernáculo” y posteriormente “en el Templo”. La razón por la que el creyente del Antiguo Testamento podía estar tan confiado en esto era que sabía que en el Tabernáculo y en el Templo iba a encontrar el Arca del pacto. Como Dios le había dicho a Moisés: “Delante del velo que está junto al Arca del testimonio, delante del propiciatorio que está sobre el Testimonio, donde me encontraré contigo” (Éxodo 30:6). Entonces, de acuerdo con las propias palabras y la promesa de Dios, el creyente sabía que Dios infinito había descendido para vivir en medio de su pueblo Israel, que había establecido su “morada” en el santuario donde se encontraba el Arca. Allá ellos lo podían encontrar de una manera que podían entender. Allí Dios se iba a mostrar a ellos como Dios de misericordia “que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:7).

Nosotros, que andamos a la luz del Nuevo Testamento, sabemos que esta sombra del Antiguo Testamento señalaba la futura venida de Dios a nosotros en forma humana en la persona de Jesús. Miramos a Jesús el hombre y vemos a Dios. La visión de Dios en su infinita majestad nos aplastaría, porque los pecadores no pueden soportar el peso de su infinita gloria. Pero la vista de Jesús, como nos lo muestra el texto sagrado, nos consuela y nos reanima. No hay nada que temer en la presencia del que murió por amor a nosotros.

⁷ Y llevaron el Arca de Dios de la casa de Abinadab en un carro nuevo; y Uza y Ahío guiaban el carro. ⁸ David y todo Israel se regocijaban delante de Dios con todas sus fuerzas, con cánticos, arpas, salterios, tamboriles, címbalos y trompetas. ⁹ Pero cuando llegaron a la era de Quidón, Uza extendió su mano hacia al Arca para sostenerla, porque los bueyes tropezaban. ¹⁰ Se encendió contra Uza el furor de Jehová, y lo

hirió, porque había extendido su mano hacia el Arca; y murió allí delante de Dios.

¹¹ David tuvo pesar, porque Jehová había castigado a Uza; por lo que llamó a aquel lugar Pérez-uza, hasta el día de hoy. ¹² Y David temió a Dios aquel día, y dijo: «¿Cómo he de llevar a mi casa el Arca de Dios?» ¹³ Y no trasladó David el Arca a su casa, a la ciudad de David, sino que la llevó a casa de Obed-edom, el geteo. ¹⁴ El Arca de Dios estuvo tres meses en la casa de la familia de Obed-edom; y bendijo Jehová la casa de Obed-edom, y todo cuanto tenía.

¡Con cuánta rapidez ese día se convirtió el triunfo en tragedia! La infracción por la que el Señor hizo responsable a Uza nos parece relativamente pequeña, dada la intención piadosa de los presentes. No obstante, cuando tenemos presente lo que era el Arca del pacto y consideramos este incidente en el contexto del Antiguo Testamento, veremos que no fue de ninguna manera una falta pequeña.

Por lo visto, al seguir el ejemplo de la manera en que los paganos filisteos habían transportado el Arca muchos años antes, David la había puesto en un carro nuevo tirado por bueyes. Sin embargo, ese método no era la manera en que Dios había ordenado que se trasladara el Arca. Dios le había dado a su pueblo, por medio de Moisés, estas instrucciones: “Harás unas varas de madera de acacia, las cuales cubrirás de oro. Y meterás las varas por las argollas a los lados del Arca, para llevar el Arca con ellas” (Éxodo 25:13,14). ¿Por qué David no cumplió con el mandato? No lo sabemos. ¿Fue simple ignorancia de su parte? ¿Lo sabía pero no pensó que tuviera tanta importancia como para tomarse la molestia de hacerlo? La primera posibilidad parece ser la más probable, pero no disculpa el error que cometió David, porque con eso había mostrado falta de consideración por las cosas santas del Señor y por la santa Palabra de Dios. Les había consultado a sus príncipes y a su pueblo, pero no le había consultado a Dios ni había escuchado su Palabra sobre este asunto.

Como resultado, la procesión que se dirigía a Jerusalén se convirtió en un desastre que iba a ocurrir tarde o temprano. Hay un fuerte sabor de ironía impactante en el relato. El rey y el pueblo bailan y celebran “con todas sus fuerzas” en la presencia del Señor, mientras que a pesar de esto se estaban amontonando las nubes de la ira. En la era de Quidón (o Nacón posiblemente como lo tiene 2 Samuel 6) la ira de Dios “se encendió” con una fuerza devastadora de relámpagos contra Uza. El ganado tropieza; el carro se sacude; el Arca parece que se va a caer. Al reaccionar con un impulso natural para proteger la carga santa, Uza toca el Arca para sostenerla firmemente e inmediatamente paga por ese acto con su vida. Dios había prohibido estrictamente que alguna persona tocara los utensilios santos del Tabernáculo (Números 4:15). Él también había ordenado la pena de muerte para los que pasaran por alto su mandato. En ese momento de la verdad en la era de Quidón, Uza y todo Israel reconocieron con pesar que lo que Dios había dicho era en serio.

Ya no tenemos una orden de Dios para que reverenciamos los “utensilios sagrados” como la tuvo el pueblo de Dios del Antiguo Testamento. Los que vivimos en los tiempos del cumplimiento ya no vemos que Dios siempre castiga con la misma inmediatez cuando se va contra su voluntad. (¡Aunque, como el relato de Ananías y Safira lo aclara, ciertamente Dios no tiene las manos atadas!) El apóstol Pablo dice que Dios se complace en tratarnos como “adultos”, ya no como niños de la escuela primaria que necesitan una disciplina más estricta (vea Gálatas 3:4 a 4:6). Guiados por el Espíritu de Cristo, tenemos gran libertad en lo externo, en los aspectos ceremoniales de la adoración.

Sin embargo, al hablar de otro relato del Antiguo Testamento en el que Dios intervino para castigar el pecado, Pablo escribió también: “Estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron” (1 Corintios 10:6). A través de las épocas, el cronista les habla a los creyentes del Nuevo Testamento con gran claridad. Nos dice: “No se engañen, Dios es estricto respecto a su Ley y espera que se le

obedezca completamente, con acciones externas y motivaciones internas, ambas en perfecto acuerdo con su voluntad declarada. Es verdad que Dios mira el corazón, pero también mira la acción.” Es una esperanza vacía creer, como hacen muchos hoy en día, que mientras nos sintamos bien respecto a lo que estamos haciendo, es bueno hacerlo. Muchos piensan que si oramos por algo, pidiendo que Dios nos guíe, y luego sentimos que lo que nos proponemos parece bien, entonces es correcto, aun si existen algunos pasajes molestos de la Biblia en los que Dios nos dice que no es correcto. Contra tales pensamientos debemos decir firmemente: “A pesar de lo buenas que puedan ser las intenciones, no pueden purificar una acción que es mala en sí misma”.

David respondió al “arranque” de la furia de Dios contra Uza también con furia. El texto no dice que David estaba enojado con Dios. Tal vez lo estuvo inicialmente, cuando su triunfo personal se convirtió en una tragedia terrible de la que no pudo evitar ser responsable. Sus planes habían fracasado y su voluntad se había quebrantado. Sin embargo, a pesar de haber estado momentáneamente enojado con el Señor, su condición de creyente rápidamente tomó el control de sus emociones, transformando la ira en un dolor de arrepentimiento por su pecado y en un santo temor de Dios. Sabemos con seguridad que David llegó a entender cuál era su culpa, ya que la siguiente vez que se transportó el Arca, dio instrucciones explícitas para “hacerlo correctamente” (vea 1 Crónicas 15:3 y 15:12-15).

La expresión “David temió a Dios aquel día” también se puede traducir como: “David permaneció en temor reverencial de Dios ese día.” Todo este asunto había renovado en él un sentido: del Dios tan santo que tenía Israel, de cómo Él se apartaba de los pecadores, y de que Él no iba a dejar al culpable sin castigo. David había aprendido a sospechar de su propia voluntad y a inclinarse menos a seguir sus propios pensamientos y deseos, no importa cuán piadosos puedan haberles parecido a él mismo y a los demás. David también había aprendido que se debía buscar ansiosamente la voluntad de Dios y después llevarla a cabo conscientemente en

todos los asuntos. Estas son cosas buenas que todo cristiano debe aprender. Cuando oramos “hágase tu voluntad”, debemos pedirle a Dios que su voluntad se haga en nosotros, en vez de que él se conforme a nuestra voluntad. Debemos pedirle a Dios que nos dé paciencia cuando él quebranta nuestra voluntad, y que nos muestre el camino más excelente. Debemos suplicarle al Dios y Padre de nuestro Señor Jesús, no sólo que nos dé la gracia de buscar lo que él quiere para nosotros en cualquier asunto, sino también querer lo que él quiere, con un deseo santo y ardiente.

En la medida en que el día llegaba a su fin, fue un David considerablemente escarmentado el que aceptó el cambio de planes que Dios le había impuesto y llevó el Arca a la casa de Obed-edom el geteo en vez de llevarla a Jerusalén. En esa casa permaneció durante tres meses mientras David esperaba que Dios aclarara lo que quería que Israel hiciera con su Arca. A manera de respuesta, leemos que “bendijo Jehová la casa de Obed-edom, y todo cuanto tenía” (1 Crónicas 13:14). El Dios de Israel es Dios de gracia así como también Dios de ira. Al bendecir a Obed-edom, Dios le hizo notar claramente a Israel que él no los había abandonado en su furor, que todavía era el Dios que los amaba y que tenía la intención de cumplir la promesa de salvarlos.

*b) Preparación para regresar el Arca—
David recobra la confianza*

Dios le había dado a David una buena razón para permanecer confiado en su ayuda, aunque por un momento pudo haber parecido que le había vuelto la espalda a su rey ungido. El cronista continúa mencionando algunas de las maneras mediante las que Dios le mostró su amor a David. Como observamos antes, este capítulo no sigue un orden cronológico estricto ni con el capítulo anterior ni con el siguiente. Aquí la cronología no es la preocupación del cronista; en cambio, quiere mostrarnos que David había disfrutado de la ayuda y de las bendiciones de Dios de muchas maneras. No había razón para que David supusiera que

Dios no iba a continuar ayudándolo ahora, aun después de Perez-Uza. Por esa razón, y para animarnos a permanecer aferrados a esa misma verdad por la fe, el escritor sagrado organiza el material de la manera en que lo hace.

14 Hiram, rey de Tiro, envió a David embajadores y madera de cedro, y albañiles y carpinteros, para que le edificaran una casa. ²Entonces entendió David que Jehová lo había confirmado como rey sobre Israel, pues había exaltado su reino sobre su pueblo Israel.

³También David tomó mujeres en Jerusalén, y engendró más hijos e hijas. ⁴Éstos son los nombres de los que le nacieron en Jerusalén: Samúa, Sobab, Natán, Salomón, ⁵Ibhar, Elisúa, Elpelet, ⁶Noga, Nefeg, Jafia, ⁷Elisama, Beeliada y Elifelet.

Poco después de que David llegó al poder en Jerusalén, Hiram, rey de Tiro, selló una alianza con él. Hiram fue uno de los primeros en reconocer que se había realizado un cambio en el equilibrio de poder entre las naciones vecinas. Ahora David era un hombre al que era necesario tener en cuenta; el reino de Israel era un cruce de caminos, a través de los que pasaban muchas rutas importantes de comercio del mundo antiguo. Con el ascenso de David al poder, ahora los israelitas controlaban esas conexiones vitales de comercio. Tiro era una ciudad portuaria, situada al norte de Israel a lo largo de la costa del Mediterráneo. Los tirios eran grandes comerciantes marinos, un pueblo que dependía para su propia existencia del flujo libre de bienes entre las naciones. Como rey de ellos, Hiram no se podía dar el lujo de ignorar a David. Nosotros, desde luego, vemos la obra de la mano de Dios al poner a su pueblo del Antiguo Testamento donde lo puso en la tierra.

Había otras razones prácticas por las que la alianza entre la ciudad de Tiro y el reino de Israel era “un matrimonio hecho en el cielo”. Puesta sobre una costa rocosa con montañas que llegan hasta el mar, Tiro no estaba localizada en el lugar más adecuado

del mundo para la agricultura; tenía que importar sus alimentos. Israel era una nación agrícola y podía suministrarle a Tiro lo que le faltaba. Por otro lado, Israel no tenía un fácil suministro masivo de las maderas por las que Tiro era famosa, los bien conocidos “cedros del Líbano”. Aunque esa escasez no le pudo haber causado a Israel ningún gran sentido de privación en el pasado, cuando el reino se volvió más organizado y centralizado durante los gobiernos de David y de Salomón, necesitaría encontrar tanto los materiales como los artesanos hábiles para levantar sus edificios públicos. Tiro podía suministrar lo que le faltaba a Israel.

David vio la mano de Dios detrás de su ascenso a la preeminencia. A diferencia de un emperador y constructor posterior de nombre Nabucodonosor, David no dijo “¿No es esta la gran Babilonia [el gran reino] que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?” (Daniel 4:30). Para David, los emisarios de Hiram eran una evidencia de que Dios lo había bendecido por causa de su “pueblo Israel” (versículo 2). Esta no fue la exaltación de una persona, sino de un pueblo, y no para que se gloriaran ellos, sino para que fuera proclamada la promesa de que por medio de ellos serían “benditas todas las naciones de la tierra” (Génesis 22:18).

Hay ocasiones en nuestra vida como individuos y también en nuestra vida comunitaria como miembros de una iglesia en las que podemos disfrutar de las bendiciones de Dios, no sólo de una manera interna por la fe, sino también de una manera externa que se puede ver: logramos algunas metas personales, alcanzamos algunos éxitos personales, y recibimos reconocimiento de los que nos rodean. Nuestra iglesia está creciendo, las estadísticas se ven bien, y las personas comienzan a preguntar sobre nuestros “métodos”. Dicen: “Usted debe estar haciendo algo correcto”. En oportunidades como éstas, es especialmente importante recordar que Dios nos bendice, no porque lo hayamos ganado ni porque lo hayamos merecido por todas nuestras buenas “acciones”, sino por causa de nuestro Señor Jesucristo, debido a sus “acciones” y su

muerte en la cruz. Con David, no debemos jactarnos de nosotros, sino del Señor.

Como otra señal de que la gracia de Dios estaba sobre el rey David, el cronista nos da el nombre de los hijos que le nacieron mientras vivía en Jerusalén. Observamos el nombre de Salomón entre la lista de los trece que se mencionan. Los estudiantes cuidadosos de las Escrituras por mucho tiempo han estado confundidos por la mención de “esposas” en conexión con varios de los grandes hombres de la fe en el Antiguo Testamento. Es confuso porque reconocemos que la voluntad de Dios para el matrimonio, ordenada al principio en Génesis 2 y reafirmada por Cristo en Mateo 19, es que un hombre se debe casar con una mujer y permanecer con ella hasta que la muerte los separe. Pasajes como el que tenemos frente a nosotros aumentan la dificultad, porque no puede haber duda de que los matrimonios polígamos de David se mencionan en un contexto donde el escritor sagrado describe la manera en que Dios bendijo a David con muchos hijos. ¿Cómo puede Dios bendecir aquello que aborrece?

Para comenzar, es necesario decir que no importa la forma en que alguien resuelva esta dificultad, los cristianos están sujetos a la voluntad de Dios como se expresa en los claros pasajes de las Escrituras que hablan sobre el matrimonio. Defender alguna otra cosa a partir de este pasaje sería utilizar algo incierto para confundir aquello que es claro. Además, debemos observar que lo que Dios permite o aun ordena en casos especiales no se puede convertir en verdades universales. Si permitimos ese método de interpretación, sería fácil para cualquiera torcer lo que dicen las Escrituras. Por ejemplo, Dios le ordenó a Abraham que sacrificara a su hijo primogénito Isaac, pero nosotros no tenemos un mandamiento semejante. Que nadie se atreva a justificar el sacrificio de sus hijos basándose en lo que Dios le dijo a Abraham que hiciera.

Finalmente, los casos de esposas múltiples que se describen en el Antiguo Testamento difícilmente son ejemplos de felicidad

y armonía conyugal. No importa la referencia que usted pueda considerar –Abraham, Jacob, David o Salomón– verá una gran cantidad de aflicción y de contiendas familiares que agobian la vida de todos los implicados. Después de leer estos relatos, ¿quién sería tan atrevido como para decir que Dios quiere que moldeemos nuestra vida familiar de acuerdo con el ejemplo de ellos? Más bien, su desdicha nos lleva mucho más a buscar la felicidad matrimonial, conformando nuestra vida al patrón establecido en el Edén. Que un hombre se una a una mujer, y que ambos estén seguros de que su cónyuge es un don de Dios para cada uno de ellos.

⁸ Cuando oyeron los filisteos que David había sido ungido rey sobre todo Israel, subieron todos en busca de David. Lo supo David y salió contra ellos. ⁹ Los filisteos llegaron y se extendieron por el valle de Refaim. ¹⁰ Entonces David consultó a Dios, diciendo:

—¿Subiré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mis manos?

Jehová le respondió:

—Sube, porque yo los entregaré en tus manos.

¹¹ Subieron, pues, a Baal-perazim, y allí los derrotó David. Dijo luego David: «Dios abrió una brecha entre mis enemigos por mi mano, como un torrente de agua.» Por esto llamaron el nombre de aquel lugar Baal-perazim. ¹² Dejaron allí sus dioses, y David dijo que los quemaran.

¹³ Volvieron los filisteos a extenderse por el valle, ¹⁴ y volvió David a consultar a Dios, y Dios le dijo: «No subas tras ellos, sino rodéalos y atácalos frente a las balsameras. ¹⁵ Cuando oigas venir un estruendo por las copas de las balsameras, sal a la batalla, porque Dios saldrá delante de ti y herirá el ejército de los filisteos.»

¹⁶ Hizo, pues, David como Dios le mandó, y derrotaron al ejército de los filisteos desde Gabaón hasta Gezer. ¹⁷ Y la fama de David se divulgó por todas aquellas tierras; y Jehová puso el temor de David sobre todas las naciones.

Para completar el capítulo, el cronista cita un tercer ejemplo de la manera en que el favor de Dios estaba con David. Esta sección describe sus victorias sobre los filisteos, los enemigos de Israel a los que Saúl había sido incapaz de vencer.

¡Debió haber mucha consternación entre las cinco ciudades de Filistea cuando de repente se dieron cuenta de que este perro mimado se había soltado de su correa y se había convertido en un león! Hasta el día en que David fue ungido rey de todo Israel, Filistea no había tenido razón para temerle ni para suponer que él era algo más que uno de sus vasallos. Después de todo, ¿no había sido un siervo de su propio príncipe Aquis, gobernador de Gad? Aquis no había encontrado nada de qué quejarse respecto a él (vea 1 Samuel 29:3). Pero una vez que las tribus se unieron a la bandera de David y lo hicieron rey sobre todos, los filisteos se dieron cuenta de que tenían un problema. La conquista de Jerusalén llevada a cabo por David fue prueba de eso. Ésta no era la acción de un rey que tenía la intención de quedarse tranquilo en el anonimato. No había tiempo que perder, y entonces se trajo todo el peso de la fuerza armada filistea para enfrentar el problema.

Abandonando el valle costero de su tierra, los filisteos invadieron la región montañosa de Israel, avanzando profundamente en el nuevo reino de David. Invadieron el valle de Refaím, localizado exactamente al sur y al oriente de Jerusalén. La palabra hebrea que se utiliza para describir la acción de los filisteos en el valle da la imagen de bandas merodeadoras de soldados que estropeaban la tierra y aterrorizaban las aldeas agrícolas. Claramente los filisteos le estaban lanzando un desafío a su anterior vasallo: “¡Si quieres conservar tu reino, tendrás que luchar con nosotros para conseguirlo!”

Calmadamente, David tomó tiempo para “consultar a Dios” (versículo 10). Aunque la crisis estaba sobre él y aunque parecía que no había ninguna duda sobre cuál iba a ser su respuesta, David sabía que “no hay... consejo contra Jehová” (Proverbios 21:30). ¡Qué promesa tan grande recibió a manera de respuesta! El Dios

de Israel le aseguró que le iba a entregar a los filisteos. Entonces, armado con la palabra de Dios, en fe David avanzó a la batalla y recibió la bendición prometida.

Después, David adoró a Dios de palabra y de hecho, llevando a cabo el mandato que el Señor le había dado por medio de Moisés de “quemar las imágenes” de los impotentes dioses paganos. Esas imágenes eran detestables al verdadero Dios (Deuteronomio 7:25). También le dio la gloria al Señor con una exclamación poética: “Dios abrió una brecha entre mis enemigos por mi mano, como un torrente de agua” (versículo 11). Con el incontenible poder de las aguas desbordadas que irrumpen por un muro de contención o salen de los bancos de un río, Dios prorrumpió en juicio contra los enemigos de su pueblo y utilizó la mano de David para derrotarlos. Para conmemorar la victoria, el campo de batalla recibió el nombre Baal-perazim, literalmente: “El Señor que se abre paso”.

Esta sección nos ayuda a ver cómo se vinculan los capítulos 13 y 14 en la mente del cronista. En el capítulo 13 tuvimos un *arranque* de la ira de Dios contra su pueblo por dejar de buscar su voluntad y por no cumplir sus mandamientos. ¿El resultado? Los planes para trasladar el Arca tuvieron que ser temporalmente puestos de lado. Aquí en el capítulo 14: David busca la voluntad del Señor, lleva a cabo sus mandamientos, y hay un *arranque* del castigo de Dios sobre los enemigos de Israel. El cronista le dice a su pueblo que aquel cuyas misericordias nunca fallan no los va a abandonar. Un arranque de ira no debe hacer que se den por vencidos. Que recuerden la manera en que él también irrumpió contra los que los amenazaron. “Porque por un momento será su ira, pero su favor dura toda la vida. Por la noche durará el lloro y a la mañana vendrá la alegría” (Salmo 30:5). El escenario ya está dispuesto para la descripción del segundo intento que hizo David de trasladar el Arca.

Sin embargo, antes de lanzarse a esa descripción, el cronista nos da un ejemplo más del amor firme del Señor al ayudar a David. Sangrando, pero no completamente vencidos, los filisteos

regresaron otra vez para desafiar el gobierno del rey ungido de Dios. De nuevo David le consultó al Señor, sólo que esta vez recibió instrucciones más claras respecto a cómo se iba a dar la batalla. Él no iba a atacar a los filisteos de frente sino que los iba a rodear en un bosque de balsameras. Cuando escuchara un estruendo en las copas de los árboles, sabría que el Señor le estaba dando la señal de salir y de atacar al enemigo.

Un israelita familiarizado con el relato de la conquista de la tierra prometida por Josué hubiera entendido aquí algo que puede no ser tan evidente para nosotros. Dios le iba a dar a su pueblo una demostración audible de que el “Príncipe del ejército de Jehová”, junto con sus guerreros angelicales, iba a luchar en esa batalla al lado de los ejércitos de Israel (vea Josué 5:13-15). David iba a escuchar más que el estruendo de las hojas de las balsameras. ¡En realidad iba a escuchar el sonido de los ejércitos celestiales de Dios que iban a pelear sus batallas!

No debemos pensar que el Señor inspiró a David con brillantes planes de batalla de tal manera que pudiera ganar la victoria sobre los filisteos. La instrucción de desplazarse hacia las balsameras no necesariamente tenía un motivo estratégico. Hay muchos casos en el Antiguo Testamento en los que las instrucciones que Dios les da a los jefes de los ejércitos de Israel obviamente chocarían con el buen sentido común militar. La marcha de Josué alrededor de los muros de Jericó es sólo uno de esos ejemplos. La razón para que Dios diera estas instrucciones explícitas es sencillamente la de aclarar que Dios está a cargo y que ésta es su batalla. La victoria es segura porque el Señor comanda a Israel y pelea al lado de ellos con sus ejércitos celestiales.

David obedeció al Señor y así se convirtió en su instrumento para vencer a los filisteos, y no sólo los venció en el campo de batalla, sino que también pudo asegurar una victoria completa, persiguiéndolos desde las alturas de Gabaón hasta los valles de la costa. Interrumpió su “ardiente persecución” sólo cuando llegó a la ciudad de Gezer, situada cerca de la frontera de la tierra de los

enemigos. La vergüenza de Gabaón (10:8,9) se borró, y el período en que dominaron los filisteos a Israel había terminado. Lo que el infiel Saúl no había podido hacer, lo hizo el fiel David. Dios le dio el éxito a Israel por medio de su ungido.

Como resultado, la fama de David se extendió por muchos lugares, y las naciones paganas prestaron atención y se dieron cuenta de que Dios mismo estaba obrando en este proceso, así como lo menciona el cronista. La expresión que se usa para describir el temor que Dios puso en el corazón de las naciones que rodeaban a Israel hace recordar una promesa que Dios le había hecho a su pueblo durante la época de Moisés (vea Deuteronomio 2:25; 11:25). Dios había prometido que iba a poner en el corazón de los paganos un temor y un horror que los paralizara. Ese temor sobrenatural los iba a acobardar en la batalla, haciéndolos incapaces de pelear contra el pueblo de Dios. Esto los iba a llevar a apartarse de Israel. Durante la época de Josué, ese temor se constituyó en el arma secreta de Israel (vea Josué 2:9), y con el ascenso del fiel David, esa arma le fue devuelta al arsenal de Israel.

Dios es temible en sus juicios y fiero en su celo para pelear por su pueblo mediante su rey ungido. Esto no sólo fue cierto para el antiguo Israel, sino también lo es hoy para el pueblo de Dios. Jesús, nuestro Rey ungido, buscó en todas las cosas hacer la voluntad del Padre, en especial respecto a la última gran batalla de su ministerio terrenal. Después de haber puesto su vida en las manos del Padre, cumplió su voluntad en la cruz por causa de nosotros. Como el “comandante del ejército del Señor” que vino en forma humana: logró lo que ningún simple rey humano jamás hubiera podido hacer, tomó por asalto las puertas del infierno, destruyó el poder que el diablo tenía sobre nosotros, y nos libertó de la esclavitud desdichada a la muerte y al pecado. ¡Toda alabanza sea sólo a Dios!

Habiéndonos asegurado la victoria, ahora el Ungido del Señor reina a la diestra de Dios, sometiendo a todos nuestros enemigos y obrando en todas las cosas para nuestro bien. Los que se someten

con fe a su gobierno llegan a ser parte de su familia. Los que se le oponen solamente serán destruidos al final. Para los que lo conocemos, es especialmente consolador recordar que el que pelea por nosotros tiene todos los recursos de Dios a su disposición, ya que él mismo es Dios. Cuando nos sentimos vencidos por la conciencia de nuestra propia debilidad, debemos recordar que el poder de Dios no tiene límite. Hay ocasiones en las que todos sentimos que el peso de las ansiedades de la vida ejercen mucha presión sobre nosotros y el temor a la muerte nos empequeñece. Muchas veces sentimos la vergüenza de darnos cuenta de la facilidad con que nuestro enemigo se puede aprovechar de nosotros. En esas ocasiones es bueno saber que tenemos al Señor poderoso que está a nuestro lado para pelear y ganar nuestras batallas por nosotros. Con él no podemos fallar.

Todo Israel completamente unido bajo Dios

c) ¡Éxito! El Arca llega a la ciudad de David

“Comenzar bien equivale a haber hecho la mitad.” Si David hubiera creído en este proverbio, hubiera dejado el Arca donde estaba en la casa de Obed-edom, porque de ninguna manera había resultado bien su primer intento de trasladarla. No obstante, con el corazón renovado en el conocimiento del amor constante de Dios, David decidió una vez más actuar en fe y llevar el Arca a Jerusalén.

15 Hizo David también casas para sí en la Ciudad de David, y arregló un lugar para el Arca de Dios, y le levantó una tienda. ²Entonces dijo David: «El Arca de Dios no debe ser llevada sino por los levitas; porque a ellos ha elegido Jehová para que lleven el Arca de Jehová, y le sirvan perpetuamente.»

³ Congregó, pues, David a todo Israel en Jerusalén, para que llevaran el Arca de Jehová al lugar que él le había

preparado. ⁴ Reunió también David a los hijos de Aarón y a los levitas; ⁵ de los hijos de Coat, a Uriel, el jefe, y sus hermanos, ciento veinte. ⁶ De los hijos de Merari, a Asaías, el jefe, y sus hermanos, doscientos veinte. ⁷ De los hijos de Gersón, a Joel, el jefe, y sus hermanos, ciento treinta. ⁸ De los hijos de Elizafán, a Semaías, el jefe, y sus hermanos, doscientos. ⁹ De los hijos de Hebrón, a Eliel, el jefe, y sus hermanos, ochenta. ¹⁰ De los hijos de Uziel, a Aminadab, el jefe, y sus hermanos, ciento doce.

¹¹ Luego llamó David a los sacerdotes Sadoc y Abiatar, y a los levitas Uriel, Asaías, Joel, Semaías, Eliel y Aminadab, ¹² y les dijo: «Vosotros, que sois los principales padres de las familias de los levitas, santificaos, vosotros y vuestros hermanos, y llevad el Arca de Jehová, Dios de Israel, al lugar que le he preparado; ¹³ pues por no haberlo hecho así vosotros la primera vez, Jehová, nuestro Dios, nos quebrantó, por cuanto no le buscamos según su ordenanza.»

¹⁴ Se santificaron, pues, los sacerdotes y los levitas para traer el Arca de Jehová, Dios de Israel. ¹⁵ Y los hijos de los levitas trajeron el Arca de Dios puesta sobre sus hombros en las barras, como lo había mandado Moisés, conforme a la palabra de Jehová.

La percepción de la gracia y de la misericordia de Dios no le hace a una persona ser flexible con el pecado ni descuidada en la manera de servir a Dios. David hizo preparativos cuidadosos antes de trasladar el Arca por segunda vez. Levantó una tienda para ella en un lugar previamente dispuesto, y dio un mandato específico: “El Arca de Dios no debe ser llevada sino por los levitas.” Esta vez la Palabra de Dios iba a ser su guía desde el principio hasta el final. Después, David reunió a “todo Israel” una vez más y tuvo el cuidado especial de reunir a los levitas de acuerdo con sus clanes y jefes de clanes. Él sostuvo una reunión con los dos sacerdotes principales y con los cabezas de los clanes de los levitas para planear completamente y preparar el traslado.

En este momento notamos la presencia de tres subclanes principales además del agrupamiento esperado de la casa de Leví bajo sus hijos: Coat, Merari y Gersón. En ese tiempo las casas de: Elizafán, Hebrón y Uziel también habían llegado a ser clanes por derecho propio. Todos ellos descendían del linaje de Coat, hijo de Leví.

Si comparamos este relato con su paralelo en 2 Samuel 6, observamos que en 2 Samuel se dice más de la personalidad de David como adorador de Dios. Allá el cuadro es el de un hombre que se ha entregado completamente a los acontecimientos del día, tanto que su baile agitado le pareció exagerado a su esposa Mical. En 1 Crónicas, se pone en primera plana el papel de David como: rey, líder y organizador. Los cuidadosos preparativos que él hace aquí para trasladar el Arca sirven para darnos un anticipo del enorme trabajo que realizó posteriormente en la organización de la adoración permanente a Dios en Jerusalén y sus cuidadosos preparativos para la construcción del Templo.

A veces actuamos como si hubiera un gran abismo entre la adoración formal y la adoración personal, entre la organización cuidadosa y el espíritu de espontaneidad. Estos relatos paralelos nos llevan a concluir que no tiene que ser un asunto de una cosa o de la otra. La conducta de David demuestra que podemos participar espontánea y personalmente en la adoración que se ha organizado cuidadosamente.

Antes de que observemos más de cerca la reunión que sostuvo con los líderes religiosos de Israel, tal vez sea necesario decir una palabra respecto a las palabras del versículo uno: “arregló un lugar para el Arca de Dios, y le levantó una *tienda*”. El lector no debe confundir esta tienda temporal, que se utilizó para albergar el Arca, con el Tabernáculo construido por Moisés de acuerdo con el diseño que le dio Dios. En ese tiempo el Tabernáculo estaba ubicado en Gabaón, donde todavía se hacían regularmente ofrendas y sacrificios (vea 1 Crónicas 16:39). Esta tienda en Jerusalén tenía la intención de servir sólo para albergar el Arca temporalmente,

hasta que se construyera un Templo permanente para ella. Una vez construido, ese Templo iba a reemplazar tanto a la tienda como al Tabernáculo. Hasta entonces iban a existir dos puntos centrales para la adoración de Israel: el Arca del pacto en Jerusalén y el Tabernáculo en Gabaón.

En la reunión con los líderes religiosos, el primer tema de la agenda de David fue el asunto de la preparación ritual. Les ordenó a los sacerdotes y a los levitas que se santificaran para la tarea de llevar el Arca a Jerusalén (versículo 12). Por otros pasajes de las Escrituras (notablemente: Éxodo 19:10-15, Éxodo 29:1-9, y Éxodo 30:19,20) entendemos que David les dice a esos hombres que se preparen ellos y a los que están bajo sus órdenes mediante lavamientos rituales, al abstenerse de relaciones sexuales por un tiempo, y al vestir ropa especial. Los que iban a participar en esa santa procesión se iban a apartar completamente para el Señor, y también se iban a preparar en cuerpo y alma para servirle solamente a él.

Nosotros también tuvimos necesidad de un lavamiento especial antes de que estuviéramos en condiciones de adorar al Señor con nuestra vida. Tuvimos necesidad del lavamiento del Santo Bautismo por medio del cual Cristo nos limpió y nos presentó a él mismo como un pueblo glorioso sin “mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha” (Efesios 5:27). En esa misma agua, Cristo nos encontró y nos revistió con la ropa más santa: su irreprochable justicia. Todos los que han sido bautizados “de Cristo estáis revistido”, como dice Pablo (Gálatas 3:27). Nadie puede estar en la presencia de Dios sin ese vestido (vea Mateo 22:11-13). Aunque nosotros somos libres de los requisitos rituales del Antiguo Testamento, ningún pecador debe atreverse a pensar que puede llegar ante la presencia de Dios sin preparación o que puede tratar las cosas santas con descuidada indiferencia. Pablo dice en otro lugar: “Cualquiera que coma este pan o beba esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese

cada uno a sí mismo, y coma así del pan y beba de la copa” (1 Corintios 11:27,28). Esa preparación es completa cuando el pecador penitente se aferra por la fe a Jesús, el amigo de los pecadores.

David mostró que era un pecador penitente al confesar su pecado públicamente delante de los jefes del pueblo en el versículo 13, “por no haberlo hecho así vosotros la primera vez, Jehová, nuestro Dios, nos quebrantó, por cuanto no le buscamos según su ordenanza”. David no está culpando a los levitas como si la falla hubiera sido sólo de ellos, sino dice: “*Nosotros* no le buscamos”. Parafraseando los pensamientos de David aquí, él dice: “En ignorancia, ustedes levitas no llevaron el Arca de acuerdo con la Ley de Dios que fue dada por medio de Moisés. Sin embargo, la ignorancia no disculpa nuestro pecado. ¡No lo sabíamos, pero tampoco tratamos de averiguarlo! Simplemente continuamos pensando disparatadamente que cualquier manera antigua serviría. Por esa razón el Señor se enojó con nosotros.” Una traducción literal de la última frase del versículo puede ser: “No le consultamos a él... como juiciosamente lo debíamos haber hecho.” Por medio de esta frase, David se refiere a un mandato o juicio específico, que había sido establecido en la Ley de Moisés. En este caso, sería el mandamiento de Éxodo 25:13,14 acerca del método que se había ordenado para transportar el Arca, y al que nos referimos en el capítulo anterior. David dice que él no había leído la Biblia cuidadosamente antes de seguir adelante con sus planes. Si lo hubiera hecho, hubiera sabido lo que el Señor quería que él y los levitas hicieran.

Podemos aprender aquí del ejemplo de David sobre la naturaleza del liderazgo en la iglesia. Ser un líder del pueblo de Dios no quiere decir que una persona siempre tiene que tener la razón. Tampoco el verdadero liderazgo quiere decir que uno tenga que pretender, para guardar las apariencias, que todas las decisiones que se hicieron en el pasado fueron buenas. Más bien significa confesar los errores cuando se han cometido y reconocer

de una manera franca los pecados del pasado. Hacemos esto, no para deleitarnos en la culpa, sino para demostrar la gracia de Dios al perdonarnos. También aclara la manera de hacer de manera correcta en el futuro lo que se hizo de manera incorrecta en el pasado. Finalmente, el ejemplo de David nos enseña que la persona que dirige la iglesia necesita dejar que sus planes fluyan y sean conformados por la Palabra de Dios, no por sus propios deseos personales.

¹⁶ Asimismo dijo David a los principales de los levitas que designaran a cantores entre sus hermanos, con instrumentos de música, con salterios, arpas y címbalos, para que los hicieran resonar con alegría. ¹⁷ Entonces los levitas designaron a Hemán hijo de Joel; y de sus hermanos, a Asaf hijo de Berequías; y de los hijos de Merari y de sus hermanos, a Etán hijo de Cusaías. ¹⁸ Y con ellos a sus hermanos del segundo orden, a Zacarías, Jaaziel, Semiramot, Jehiel, Uni, Eliab, Benaía, Maasías, Matatías, Elifelehu, Micnías, Obed-edom y Jeiel, los porteros.

¹⁹ Así, Hemán, Asaf y Etán, que eran cantores, tocaban címbalos de bronce. ²⁰ Zacarías, Aziel, Semiramot, Jehiel, Uni, Eliab, Maasías y Benaía tenían salterios sobre Alamot. ²¹ Matatías, Elifelehu, Micnías, Obed-edom, Jeiel y Azazías, tenían arpas afinadas en la octava para dirigir. ²² Y Quenanías, jefe de los levitas en la música, fue puesto para dirigir el canto, porque era entendido en ello. ²³ Berequías y Elcana eran porteros del Arca. ²⁴ Sebanías, Josafat, Natanael, Amasai, Zacarías, Benaía y Eliezer, sacerdotes, tocaban las trompetas delante del Arca de Dios; Obed-edom y Jehías eran también porteros del Arca.

David quería que el ministerio de la música resaltara grandemente el día que se trasladara el Arca. Para alcanzar esa meta les pidió a los jefes de los levitas que designaran personas

para que sirvieran en esa forma. En los versículos 17 y 18, se presenta la lista de todos los que fueron nombrados, de acuerdo con su rango; su responsabilidad individual se describe en los versículos 19 a 21.

En el primer rango vemos los nombres de Hemán, Asaf y Etán, nombres con los que ya estamos familiarizados desde 1 Crónicas 6. En el segundo rango de músicos notamos el nombre de Obed-edom; es probable que haya sido el mismo hombre en cuyo hogar se guardó el Arca por algún tiempo.

Aunque para nosotros es imposible reproducir el sonido exacto de la música que tocaban los músicos del antiguo Israel, una mirada más de cerca a los instrumentos nos da una idea de cómo pudo ser. A Hemán, a Asaf y a Etán se les asignó el trabajo de tocar los *címbalos de bronce*. Es probable que hayan sido dos discos grandes de bronce, que sostenían uno en cada mano. Sin duda debían tocarlos juntando las manos a intervalos rítmicos. En seguida estaban las personas encargadas de tocar los *salterios sobre Alamot* (versículo 20). Nadie está muy seguro del significado de la frase *sobre Alamot*; probablemente se trata de alguna clase de instrucción musical (vea también el Salmo 46:1). Algunos han sugerido que significa “tocar una octava más alta”. El salterio era un instrumento grande de cuerdas, que se tocaba punteando las cuerdas con la mano o con una uñeta. El último rango de instrumentistas que se menciona en el versículo 21 tenía la destreza de tocar *arpas afinadas en la octava para dirigir*, o como la Reina-Valera Actualizada lo traduce: “sobre Seminit”. Nuevamente, nadie está muy seguro de lo que significa *siminit*. Todo lo que podemos decir es que parece ser alguna clase de término técnico musical (vea Salmo 6:1; 12:1). Si el mundo dura otros 2,000 años, es posible que les sea difícil a nuestros descendientes saber lo que significa la palabra *andante* que se encuentra en la parte superior de una pieza musical. Similares pero más pequeñas que los salterios que se mencionan en el versículo 20 eran las cítaras que tocaban Obed-edom y otros.

Esta lista de instrumentos no es de ninguna manera un catálogo completo de los recursos musicales de que disponían los antiguos israelitas; es sólo la lista de los instrumentos que se usaron el día en que fue trasladada el Arca. También notamos que los músicos instrumentistas fueron designados para dar belleza y énfasis a los salmos que fueron cantados por Quenanías y los coros. El mismo Quenanías fue escogido por su habilidad para preparar y dirigir a otros en el canto coral.

Además de los cantores y músicos levitas, David se encargó de que los sacerdotes también participaran, tocando las trompetas al frente de la procesión. El rey había aprendido su lección y estaba dispuesto a cumplir con todo cuidado el mandamiento que Dios había dado por medio Moisés: “Los hijos de Aarón, los sacerdotes, tocarán las trompetas” (Números 10:8). Se mencionan los nombres de los sacerdotes que fueron seleccionados para ese honor. Las trompetas se habían hecho de plata martillada y tenían una caña larga que se desplegaba en abanico en su extremo; de esta manera podemos hacer una distinción entre las trompetas y las bocinas que se mencionan más adelante en el versículo 28. Por medio de Moisés, Dios había instruido a los sacerdotes para que utilizaran las trompetas para invocarlo siempre que los israelitas fueran a la batalla contra sus enemigos. También debían usar las trompetas para destacar los días especiales de celebración, como en esta ocasión. Dios entonces prometió escuchar y responder con su ayuda (vea Números 10:9,10).

La mención que se hace de los “porteros del Arca” en el versículo 24 parece algo un poco extraño en la lista de los músicos que participaron en la marcha que se hizo para llevar el Arca a Jerusalén. Es posible que los porteros tuvieran alguna función especial dentro de la procesión, tal vez para la de dar seguridad alrededor del Arca misma. En cualquier caso, después de leer esta descripción completa, al lector no lo queda duda de que David hizo todo lo que estaba en su poder para prepararse para el día en que esta señal visible del Dios invisible iba a ocupar nuevamente su

lugar legítimo en el centro de la adoración de los israelitas. Iba a ser un acontecimiento bello y conmovedor.

²⁵ David, pues, junto a los ancianos de Israel y los capitanes de millares, fueron a traer el Arca del pacto de Jehová, de casa de Obed-edom, con alegría. ²⁶ Como Dios ayudó a los levitas que llevaban el Arca del pacto de Jehová, sacrificaron siete novillos y siete carneros. ²⁷ Iba David vestido de lino fino, y también todos los levitas que llevaban el Arca, y asimismo los cantores; y Quenanías era maestro de canto entre los cantores. Llevaba también David sobre sí un efod de lino. ²⁸ De esta manera llevaba todo Israel el Arca del pacto de Jehová, con júbilo y sonido de bocinas, trompetas y címbalos, al son de salterios y arpas. ²⁹ Cuando el Arca del pacto de Jehová llegó a la Ciudad de David, Mical, hija de Saúl, estaba mirando por una ventana; al ver al rey David que saltaba y danzaba, lo menospreció en su corazón.

16 Así trajeron el Arca de Dios, y la pusieron en medio de la tienda que David había levantado para ella; y ofrecieron holocaustos y sacrificios de paz delante de Dios. ² Cuando David acabó de ofrecer el holocausto y los sacrificios de paz, bendijo al pueblo en el nombre de Jehová. ³ Y repartió a todo Israel, así a hombres como a mujeres, a cada uno una torta de pan, una pieza de carne y una torta de pasas.

Aunque este relato es paralelo al que se encuentra en 2 Samuel 6, la narración que hace el cronista del traslado del Arca agrega muchos detalles que nos completan el cuadro. La procesión fue guiada por: David, los ancianos de Israel y los comandantes del ejército de Israel. ¡Este fue un día de celebración nacional! En 2 Samuel se nos dice que cada vez que los levitas habían avanzado seis pasos con su carga santa, David sacrificaba un buey y un carnero cebado en acción de gracias. El cronista agrega que David sacrificó además otros siete novillos y siete carneros, probablemente cuando los levitas ya habían terminado su tarea,

porque “Dios” había ayudado “a los levitas” (versículo 26). Tomamos esto con el significado de que David fue motivado a agradecerle a Dios por haberles permitido a los levitas llevar el Arca a su destino de una manera segura. Por medio del desastre de Perez-Uza, Dios había hecho doblemente consciente a David de que todo es por su gracia: todo lo que somos, todo lo que tenemos, todo lo que hacemos. Sus sacrificios fueron un sincero reconocimiento de ese hecho. De una manera semejante, nosotros somos motivados “por las misericordias de Dios” a presentar nuestro cuerpo “como sacrificio vivo” (Romanos 12:1). Ese es nuestro acto de adoración espiritual. Le debemos a Dios gratitud por cada vez que respiramos. Sin su ayuda misericordiosa, no podemos dar ningún paso en ninguna dirección.

Los últimos dos versículos del capítulo 15 tienen un contraste interesante. “Todo Israel” trajo el Arca a Jerusalén con música y voces de júbilo. De lo que hay en el corazón habla la boca. Y no obstante, en la realidad no todos se pudieron complacer en ese día; hubo alguien que vio la celebración y encontró algo despreciable. Mical, la hija de Saúl, que por lo visto había heredado la falta de visión espiritual de su padre, observó el baile alegre de David y lo encontró despreciable. Así también hoy en día otros pueden observar la alegría que el pueblo de Dios tiene en su Salvador y despreciarla. Eso no nos sorprende mucho, ya que esas personas no entienden la razón de esa alegría. La verdadera adoración no siempre es accesible a todos de inmediato; algunos nunca pueden “saber” qué es lo que está sucediendo.

De mucho mayor interés para nosotros en estos versículos es la descripción que el cronista hace de David. Aclara que ese día feliz David se desempeñó no sólo como rey, sino también como sacerdote. Por ejemplo, se nos dice en el versículo 27 que iba vestido de “lino fino”, un tipo de ropa costosa, la mayor parte de las veces asociada en las Escrituras con el sumo sacerdote (vea Éxodo 28:4 y Levítico 8:7). Debajo de la túnica llevaba un “efod de lino”, que era una pieza de ropa ajustada y sin mangas que llegaba hasta las rodillas. Solamente los sacerdotes podían vestir

una ropa de ese tipo. En el capítulo 16 también notamos que David ofreció sacrificios y bendijo al pueblo; esas acciones eran prerrogativa únicamente de los sacerdotes que servían en su papel de mediadores entre Dios y el hombre (vea Números 6:22-27 y Números 18:1,7).

Estos detalles habrían sido claros para un israelita que leyera este relato, de modo que podía concluir que David era verdaderamente un individuo extraordinario, ya que combinaba en sí mismo los oficios de sacerdote y de rey, y fue tanto un mediador para el pueblo como un protector del pueblo de Dios. Cuando recordamos que parte del propósito del cronista es prefigurar la venida del Ungido del Señor, fácilmente podemos ver cuál es aquí su meta. Mediante la descripción que hace de David como sacerdote y rey, el escritor sagrado le está recordando a su pueblo el Rey que iba a venir para ofrecer un sacrificio mejor, para que todos los pueblos puedan ser libres del pecado para servir “al Dios vivo” (Hebreos 9:14). La vida de David formó un patrón definido en la historia, y el patrón de su vida sirvió para delinear la clase de persona que iba a ser el Mesías. Vemos el cumplimiento de todos estos patrones en Jesús, que verdaderamente fue un rey sacerdote y un sacerdote real. Por medio de pasajes como éstos, el Espíritu Santo quiere fortalecer nuestra fe en el Dios que hace que todas las cosas en la vasta extensión de la historia sean para la salvación de los seres humanos.

Con generosidad real, David les ofreció regalos a cada uno de los que se habían reunido para adorar al Señor. No sólo les dio lo necesario (“una torta de pan”) sino también lujos (“una torta de pasa”). Es posible que esos regalos fueran distribuidos como la porción que el creyente recibía de las ofrendas de paz que se mencionan en el versículo dos. Las ofrendas de paz, como lo sugiere su nombre, tenían la intención de expresar el compañerismo y la armonía que existía entre: los israelitas, su Dios, y todos los que participaban en la adoración con sacrificios. Los que participaban en la adoración consumían los sacrificios en

una comida comunitaria, comían y bebían en la presencia de Dios y del sacerdote.

Nosotros también hemos recibido un alimento de nuestro Sacerdote y Rey. En la Santa Cena, Dios viene a nosotros con generosidad real y nos da más de lo que podríamos pedir o imaginar. “Perdón de los pecados, vida y salvación” son las bendiciones que él nos da cuando nos entrega su cuerpo y su sangre junto con el pan y el vino. El cumplimiento máximo de estas comidas ocurrirá cuando tengamos un lugar en la mesa celestial de nuestro Rey, donde comeremos el maná eterno y beberemos de su río deleitoso por toda la eternidad.

⁴ Puso delante del Arca de Jehová ministros de los levitas, para que recordaran, confesaran y alabaran a Jehová, Dios de Israel: ⁵ Asaf, el primero; el segundo después de él, Zacarías; Jeiel, Semiramot, Jehiel, Matatías, Eliab, Benaía, Obed-edom y Jeiel, con sus instrumentos de salterios y arpas; pero Asaf tocaba los címbalos. ⁶ También los sacerdotes Benaía y Jahaziel tocaban continuamente las trompetas delante del Arca del pacto de Dios.

Aquí David le da carácter permanente a la organización temporal que había hecho de los músicos para cantar y celebrar delante del Arca de Dios el día en que fue trasladada (capítulo 15:16). También posteriormente en este capítulo veremos a David haciendo provisiones para que los servicios del altar continuaran en el lugar alto en Gabaón, donde se encontraba el Tabernáculo. David no quería que la adoración pública en el reino de Dios consistiera simplemente en un día extraordinario en el que usaban todos los recursos posibles. Bajo su liderazgo, la adoración llegó a ser una regular y continua ofrenda de alabanza y de acción de gracias a Dios cuya misericordia es “eterna” (1 Crónicas 16:41).

7 Aquel día David, por primera vez, puso a Asaf y sus hermanos a cargo de la alabanza a Jehová:

8 «¡Alabad a Jehová,
invocad su nombre,
dad a conocer entre los pueblos sus obras!

9 ¡Cantad a él, cantadle salmos;
hablad de todas sus maravillas!

10 »¡Gloriaos en su santo nombre;
alégrese el corazón
de los que buscan a Jehová!

11 ¡Buscad a Jehová y su poder;
buscad su rostro continuamente!

12 Acordaos de las maravillas que ha hecho,
de sus prodigios//y de los juicios de su boca,

13 vosotros, hijos de Israel, su siervo,
hijos de Jacob, sus escogidos.

14 Jehová, él es nuestro Dios,
sus juicios están en toda la tierra.

15 Él se acuerda de su pacto//perpetuamente,
y de la palabra que mandó//para mil generaciones;

16 del pacto que concertó con Abraham,
y de su juramento a Isaac,

17 el cual confirmó a Jacob por estatuto,
a Israel por pacto sempiterno,

18 diciendo: “A ti daré la tierra de Canaán,
porción de tu heredad.”

19 »Cuando ellos eran pocos en número,
pocos y forasteros en ella,

20 y andaban de nación en nación,
y de un reino a otro pueblo,

21 no permitió que nadie los oprimiera;
antes por amor de ellos//castigó a los reyes.

**22 Dijo: “No toquéis a mis ungidos
ni hagáis mal a mis profetas.”**

**23 »Cantad a Jehová toda la tierra,
proclamad de día en día su salvación.**

**24 Cantad entre las gentes su gloria,
en todos los pueblos sus maravillas.**

**25 Porque grande es Jehová,
digno de suprema alabanza
y más temible que todos los demás dioses.**

**26 Porque ídolos son//todos los dioses de los pueblos,
mas Jehová hizo los cielos.**

**27 Alabanza y magnificencia//hay delante de él.
Poder y alegría hay en su morada.**

**28 »¡Tributad a Jehová,//familias de los pueblos,
dad a Jehová gloria y poder!**

**29 ¡Dad a Jehová//la honra debida a su nombre!
Traed ofrenda y venid delante de él.
¡Postraos delante de Jehová
en la hermosura de la santidad!**

**30 ¡Que tiemble en su presencia//toda la tierra!
Él afirmó el mundo//para que no se conmueva.**

**31 Alégrese los cielos, gócese la tierra.
Digan en las naciones: “Jehová reina.”**

**32 ¡Resuene el mar y su plenitud!
¡Alégrese el campo//y todo lo que hay en él!**

**33 Entonces cantarán//los árboles de los bosques
delante de Jehová,
porque viene a juzgar la tierra.**

**34 »Aclamad a Jehová, porque él es bueno;
porque su misericordia es eterna.**

**35 Y decid: “¡Sálvanos, Dios,//salvación nuestra!
Recógenos y líbranos de las naciones,**

**para que confesemos tu santo nombre,
y nos gloriemos en tus alabanzas.”**

**³⁶ ¡Bendito sea Jehová, Dios de Israel,
de eternidad a eternidad!»**

Y dijo todo el pueblo: «Amén», y alabó a Jehová.

El rey contribuyó a la adoración de Israel, componiendo cantos para que los entonaran los adoradores. Desde su juventud, David había sido conocido por sus habilidades musicales (vea 1 Samuel 16:18). Ahora Dios lo guió para que usara sus talentos al servicio de la Palabra. El salmo que tenemos aquí también se encuentra en el libro de los Salmos, donde aparece como partes de tres salmos distintos (Salmos: 105, 96, y 106), y no como lo tenemos aquí, como una sola composición. Secciones de las Escrituras como ésta nos dan un conocimiento útil de la manera en que se compuso cada uno de los salmos, de cómo los salmos fueron reunidos y usados en el antiguo Israel. Aquí vemos que se compone un salmo de acción de gracias y se canta en la ocasión del traslado del Arca a Jerusalén.

También observamos que, desde el principio de la monarquía, los salmos jugaron un papel significativo en la adoración de Israel. Vemos la parte clave que David y los jefes de los grupos musicales levitas jugaron en su recopilación y conservación. Finalmente notamos la manera en que los versículos de los salmos se pudieron sacar de su agrupamiento original y se usaron en otros salmos, según lo dictaran el Espíritu y la necesidad.

El salmo mismo tiene cuatro secciones principales: el llamado a la adoración (versículos 8-11), la base de la adoración de Israel (versículos 12-22), la celebración del gobierno real de Dios y de su consumación (versículos 23-33), y una oración final pidiéndole a Dios que reúna a su pueblo de entre todas las naciones (versículo 34-36). Ahora vamos a considerar cada sección con más detalle.

El llamado a la adoración (versículos 8-11)

El hebreo es rico en términos que describen la adoración de Dios en todos sus aspectos: “Alabad... invocad su nombre... cantad... gloriaos en... buscad a Jehová... buscad su rostro”. Adorar es un verbo que describe el deseo urgente que existe en el corazón del creyente de rendirle honor a Dios una vez que ha llegado a conocerlo como el que ha planeado su bien eterno. Ese anhelo es: continuo, de todo corazón, urgente y alegre. Se debe expresar al celebrar con cánticos todo lo que Dios ha hecho para salvarnos. Y como la boca habla de lo que abunda en el corazón, el creyente también les hablará a otros sobre lo que Dios ha hecho. Finalmente, como también sugiere esta sección, los creyentes se animan mutuamente para adorar al Señor, así como una llama encenderá otra.

Una persona puede adorar a Dios de esta manera sólo cuando tiene la certeza de que todo lo que ella es y todo lo que hace es aceptable delante de Dios. Con este pensamiento, avanzamos a la siguiente sección del salmo.

La base de la adoración de Israel (versículos 12-22)

David establece la razón de la confianza de Israel frente a Dios: “Él se acuerda de su pacto perpetuamente, y de la palabra que mandó para mil generaciones” (versículo 15). De todas las naciones del mundo, Dios había escogido a los hijos de Israel para que fueran de su propiedad. El propósito de Dios fue mostrar su poder salvador y su propósito por medio de ellos. El pacto que Dios había hecho con Abraham y sus descendientes era un pacto de pura gracia, dependía de la promesa misericordiosa de Dios y no de los méritos personales de Abraham. Una parte integral de la promesa del pacto fueron estas palabras que le dijo Dios a Abraham: “serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3). Por medio de los descendientes de Abraham, Dios quería bendecir a todas las naciones, enviándoles el Salvador.

El legado de Canaán como cuna del Salvador era también parte de la misma promesa y constituía una faceta importante de ella. Como hemos visto, Dios tenía el propósito de salvar al mundo por medio del pueblo de Israel, cuya tierra natal era Canaán. David en su salmo celebra todo el pacto cuando se concentra en el don que Dios les da de la tierra. Fácilmente podemos ver por qué, en todo momento de su historia Israel estuvo rodeada por naciones paganas y hostiles. Los hijos de Jacob necesitaban que su inspirado poeta les volviera a dar la seguridad de que la tierra era de ellos porque el Dios Todopoderoso lo había querido así. Eso también iba a servir para consolar a los lectores originales del cronista, que habían regresado a su tierra después de setenta años de exilio en Babilonia. ¡Dios había cumplido su promesa! Ellos podían ver esto en conexión con la tierra a la cual Dios los había restituido. Dios también iba a cumplir las otras promesas que había hecho de salvar y bendecir. La gracia de Dios era una base firme para adorarlo.

Es por eso que la palabra “recuerda” es tan importante en el vocabulario de la adoración. Como Dios es fiel, sabemos que no puede “olvidar”, como hacen los hombres mortales. Él siempre “recordará” (y actuará basado en) sus promesas de amarnos. Entonces, es vital que recordemos las promesas que nos ha hecho Dios en nuestra adoración. Es evidente que recordarlas significa más que traerlas a la mente; también significa repetir las y proclamarlas para celebrar las maneras específicas en que Dios las ha cumplido en el pasado. Aquí David exhorta al pueblo de Dios: “Acordaos de las maravillas que ha hecho” (versículo 12). En todos los desplazamientos de Jacob, y en las migraciones posteriores de sus descendientes, Dios estuvo con su pueblo escogido. Él los liberó de todos los enemigos que los oprimieron y, por causa de ellos, hasta hizo avergonzar a reyes orgullosos como el faraón. “¡Recuerden esto!” dice David, “¡Recuerden las maravillas que Dios ha hecho por nosotros!”

La palabra *recordar* es una parte importante del vocabulario de adoración del creyente del Nuevo Testamento. El punto

culminante de nuestra adoración llega cuando recordamos y proclamamos a Cristo crucificado en nuestros sermones. Nuestro Señor dijo cuando nos dio su Santa Cena: “Haced esto en memoria de mí” (Lucas 22:19). Este aspecto de nuestra adoración llevó a un escritor cristiano a observar: “No hay acontecimiento en la historia tan recordado como el sacrificio de Cristo por nosotros en el Calvario.” Así es como debía ser, ya que la gracia de nuestro Señor Jesucristo es la base de nuestra adoración.

Recordar a Dios y sus obras de amor es muy diferente de recordar a una persona o un tiempo feliz del pasado. La persona que recordamos ha cambiado con los años, y el momento feliz que recordamos ya se ha ido para siempre; pero Dios es siempre el mismo, y está vivo y activo en nuestras circunstancias actuales para nuestro bien. Recordar la ayuda que hemos recibido de Dios en el pasado es ir a él en busca de ayuda en el presente. Cantarle alabanzas a Dios por lo que él ha hecho en el pasado es recordar que él siempre nos dará cánticos nuevos para cantar en el futuro.

Una celebración del gobierno real de Dios y de su consumación (versículos 23-33)

El profesor E. H. Wendland escribió en su libro *Missiological Emphasis in the Old Testament* (Énfasis misionero en el Antiguo Testamento, página 38): “Es interesante notar que en el libro de los salmos, no menos de 175 veces, se les hace un llamado a los pueblos fuera de Israel a adorar a Dios y a glorificar su nombre.” En estos versículos tenemos un ejemplo perfecto de ese llamado: se invita a “toda la tierra” para que le cante al Señor, el Dios de Israel (versículo 23). El gobierno real de la gracia de Dios está sobre todos y para todos, aunque lo hace por medio de Israel y de su rey ungido. Para parafrasear a David aquí, podríamos decir: “Este Dios a quien adoramos (el Dios que nos salvó de Egipto y que se comprometió a él mismo con nosotros en un pacto eterno de amor) no es sólo *mi* Dios, ni aun simplemente *nuestro* Dios: es

el *único* Dios de *toda* la tierra. Anuncien su gloria a todos para que todos se puedan volver de sus ídolos inútiles al Señor que hizo los cielos, el único Dios que puede salvar a la humanidad.”

El gobierno misericordioso de Dios es tan inclusivo que hasta: el mar, los campos y los árboles del bosque un día serán traídos a su control. Esto sucederá en ese día feliz en que el Señor venga a “juzgar la tierra” (versículo 33). Entonces, “la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:21). Si pudiéramos extender los límites del idioma, podríamos decir que no solamente “recordamos” las hazañas misericordiosas anteriores que Dios hizo de acuerdo con su promesa, sino que recordaremos las acciones futuras que Dios llevará a cabo al establecer su reino. Son como si ya las hubiera hecho, porque Dios ha prometido que las hará; y por lo tanto, las podemos recordar en acción de gracias ya antes del hecho.

Oración final:

“¡Dios, recógenos de todas las naciones!” (versículos 34-36)

Puede parecer extraño que David concluya este himno con una petición a Dios para que reúna a su pueblo de entre las naciones. Después de todo, ese día marcó un punto culminante en la unidad del pueblo del Antiguo Testamento. Ellos se reunieron en un lugar, unidos bajo un rey, con el propósito de adorar a Dios. No obstante, David vio claramente que esa reunión del pueblo de Dios en Jerusalén no había llevado la promesa de Dios a su cumplimiento final. En este tiempo de sombras y tipos, David reconoció que Dios todavía no había llevado su reino a la consumación final, y tampoco había completado la unificación de su pueblo, la cual iba a ser la obra del otro Rey, Jesucristo.

Para los primeros lectores del cronista, esta oración habría estado revestida de una nueva urgencia, al considerar que no eran muchos en número y que muy pocos habían respondido al llamado

de regresar a la tierra prometida. La obra divina de recoger a su pueblo no estaba completa. Nosotros también podemos orar con estas mismas palabras con la misma urgencia. Hemos sido recogidos en la iglesia de Cristo, somos su “pueblo propio” (Tito 2:14). Sin embargo, mientras este mundo exista, todavía habrá más elegidos de Dios que reunir de las naciones incrédulas de este mundo; y Jesús nos ha dado el mandato de reunirlos mediante la proclamación del evangelio. Hay que orar para que Dios realice esto por medio de nosotros y que nos bendiga tanto con el deseo como con los medios para hacer su obra, hay que orar por el día en que todos los pueblos de Dios “de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas” (Apocalipsis 7:9) se unan en el cántico de alabanzas a aquel “que está sentado en el trono, y al Cordero” (Apocalipsis 7:10).

³⁷ David dejó allí, delante del Arca del pacto de Jehová, a Asaf y a sus hermanos, para que ministraran de continuo delante del Arca, según el rito de cada día; ³⁸ y a Obed-edom con sus sesenta y ocho hermanos; y a Obed-edom hijo de Jedutún, y a Hosa, como porteros. ³⁹ Asimismo al sacerdote Sadoc, y a los sacerdotes, sus hermanos, delante del tabernáculo de Jehová en el lugar alto que estaba en Gabaón, ⁴⁰ para que sacrificaran continuamente, por la mañana y por la tarde, holocaustos a Jehová en el altar del holocausto, conforme a todo lo que está escrito en la ley que Jehová prescribió a Israel. ⁴¹ Con ellos estaban Hemán, Jedutún y los otros escogidos, designados por sus nombres, para glorificar a Jehová, porque es eterna su misericordia. ⁴² Y con ellos, a Hemán y Jedutún, que tenían trompetas, címbalos y otros instrumentos de música para acompañar los cantos a Dios. Los hijos de Jedutún eran porteros.

⁴³ Después todo el pueblo se fue, cada cual a su casa; también David se volvió para bendecir su casa.

Como se mencionó antes, David se encargó de que a los músicos y a los sacerdotes que se habían reunido para trasladar el Arca se les dieran cargos permanentes para guiar al pueblo de Dios en su adoración. Antes, el cronista había mencionado sólo las responsabilidades de Asaf y de sus asociados para servir en Jerusalén; aquí, repite las asignaciones que se mencionaron antes (con algunos detalles adicionales). Después, continúa con la designación de Sadoc como sacerdote en Gabaón, junto con Hemán y Jedutún, que fueron encargados de la música. Los sacerdotes y los levitas que se habían unido para llevar el Arca a Jerusalén, ahora iban a ser divididos entre el Arca en Jerusalén y el Tabernáculo en Gabaón. De esa sencilla manera el cronista nos hace ver que todavía había trabajo por hacer en el propósito de reunir todos los elementos de la adoración de Dios en un lugar. Es de suponer que Dios fue adorado delante del Arca en Jerusalén mediante sacrificios de oración y de alabanza, mientras que los sacrificios periódicos de animales, como los prescribió Moisés, se continuaron haciendo en el altar del holocausto en Gabaón (1 Crónicas 16:40). El cronista nos ha estado preparando para la declaración del deseo que tenía David de construir el Templo, un asunto del que el escritor sagrado hablará en el próximo capítulo.

Sin embargo, antes de que abandonemos el estudio del capítulo 16, vale la pena observar las palabras finales: “David se volvió para bendecir su casa” (versículo 43). La adoración que llevamos a cabo en nuestra vida diaria sigue naturalmente a las reuniones de adoración congregacional. Se puede decir que nuestra adoración a Dios nunca termina. Nos reunimos para ser revividos y restaurados en nuestra relación con el Dios Salvador, que por su parte fortalece nuestro amor en todas nuestras relaciones terrenales. El amor de Cristo le da forma al amor de un esposo por su esposa; la obediencia voluntaria de Cristo capacita a la esposa para someter su vida a su esposo (Efesios 5:21-28). El corazón de los padres se vuelve hacia sus hijos (Lucas 1:17). El verdadero amor a Dios nos lleva a un verdadero amor a nuestro prójimo. No

hay necesidad, excepto en los casos más extremos, de dividir nuestras lealtades o de actuar como si el servicio a Dios hiciera opcional el servicio a la familia. El mismo amor que nos lleva a adorar a Dios también nos impulsa a ofrecer nuestra vida como una bendición a las personas con las que vivimos.

Dios establece su reino bajo el reinado de David

Dios promete construir una casa para David

Aunque toda palabra de las Sagradas Escrituras es preciosa, hay algunas porciones de la Biblia tan importantes que a menos que una persona esté familiarizada con ellas, difícilmente puede tener una buena comprensión del resto de las Escrituras. Ahora tenemos un capítulo como esos frente a nosotros. Aquí el Señor le revela a David el papel que él y sus descendientes van a jugar en el reino de Dios. Esta promesa sirvió para mantener viva la esperanza de Israel durante los muchos años en los que ellos esperaron que el Mesías viniera. Encontramos un relato paralelo a este en 2 Samuel 7. Hay sólo unas pequeñas diferencias menores entre los dos relatos, los cuales se explican fácilmente, tomando en consideración los diferentes propósitos de los dos autores inspirados.

17 **Viviendo ya David en su casa, dijo al profeta Natán:**

—Mira, yo habito en casa de cedro, mientras el Arca del pacto de Jehová está bajo cortinas.

² Y Natán dijo a David:

—Haz todo lo que está en tu corazón, porque Dios está contigo.

Aquí difícilmente podemos culpar a David por su piadoso deseo. Estaba afligido por el hecho de que vivía en una casa fina construida de cedro, mientras que el Arca del Señor reposaba

detrás de las cortinas de una carpa o tienda. Claramente, él quería hacer algo para remediar esa situación que estaba fuera de lugar. Es posible que el cronista esté haciendo un contraste entre las buenas intenciones de David y la actitud que habían mostrado los exiliados que regresaron de Babilonia. Esta actitud nos la describe el profeta Hageo: “¿Es acaso para vosotros tiempo de habitar en vuestras casas artesonadas, mientras esta Casa [de Dios] está en ruinas?” (Hageo 1:4).

En todo caso, David compartió su pensamiento con Natán el profeta que, a propósito, se menciona aquí por primera vez. Natán no tenía ninguna revelación directa de Dios para darle como respuesta, pero le dio su mejor opinión: “Haz todo lo que está en tu corazón, porque Dios está contigo” (1 Crónicas 17:2). El profeta reconoció que la clase de éxito que David había disfrutado solamente podía haber sucedido si Dios estaba con él, y por lo tanto, Natán no tenía razón para suponer que Dios no iba a estar con David en este nuevo plan.

No obstante, los deseos y las opiniones piadosas no son revelaciones. Natán había respondido demasiado pronto.

³ Pero aquella misma noche vino palabra de Dios a Natán, diciendo: ⁴ «Ve y di a David mi siervo: “Así ha dicho Jehová: Tú no me edificarás casa para que yo habite. ⁵ Pues no he habitado en casa alguna desde el día en que saqué a los hijos de Israel hasta el día de hoy; antes estuve de tienda en tienda, y de tabernáculo en tabernáculo. ⁶ Por dondequiera que anduve con todo Israel, nunca dije a ninguno de los jueces de Israel, a los cuales mandé que apacentaran a mi pueblo: ‘¿Por qué no me edificáis una casa de cedro?’”

⁷ Por tanto, ahora dirás a mi siervo David: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueras príncipe sobre mi pueblo Israel. ⁸ He estado contigo en todo cuanto has andado, he cortado a todos tus enemigos de delante de ti, y te haré un nombre grande, como el nombre de los grandes de la tierra. ⁹ Asimismo he

dispuesto lugar para mi pueblo Israel, y lo he plantado para que habite en él y no sea más removido; ni los malhechores lo sigan oprimiendo, como antes, ¹⁰ como en el tiempo cuando puse jueces sobre mi pueblo Israel; sino que humillaré a todos tus enemigos. Te hago saber, además, que Jehová te edificará casa.

“Tú no me edificarás casa para que yo habite” (versículo 4). ¡Qué dura debió haber sido la desilusión inicial de David cuando escuchó estas palabras! David era un hombre que se había manchado las manos de sangre (vea 1 Crónicas 22:8). En realidad la sangre había sido derramada para la honra de Dios y por causa del pueblo de Dios. Sin embargo, su vida de guerrero lo hizo inadecuado a los ojos de Dios para construir la tranquila casa de oración en que Dios iba a habitar en medio de su pueblo.

Otra razón por la que Dios no quería que David le construyera una casa es que quería que David (y nosotros) entendiera quién es Dios y quién no es. Él quería recordarle a David lo importante que es dejar que Dios sea Dios. Eso significa, entre otras cosas, que necesitamos la ayuda de Dios, pero Dios no necesita de nuestra ayuda. *Primero*, necesitamos que Dios nos sirva a nosotros (Juan 13:1-8). Dios no necesita que nosotros le sirvamos *a él* (Salmo 50:10-12). Dios fue quien exaltó y le mostró su misericordia a David, pero Dios no *necesitaba* que David le mostrara misericordia. Dios no había sentido ninguna sensación de privación al tener su Arca, el símbolo visible de su presencia sobre la tierra, morando en una tienda. Él no sintió amenazada su eterna inmutabilidad por el hecho de que el Arca se hubiera trasladado durante los años “de tienda en tienda, y de tabernáculo en tabernáculo” (versículo 5).

Por el contrario, Dios había sido el que había hecho a David “de la nada”. “Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueras príncipe sobre mi pueblo Israel” (versículo 7). Aquí hay una ironía maravillosa cuando Dios hace el contraste entre su situación y la de David. Es como si Dios estuviera diciendo:

“Aunque siempre me estuve trasladando, yendo de un campamento a otro, fui yo quien te sacó del campo en que moraste con las ovejas a vivir en un palacio de cedro como rey sobre mi pueblo.” Además, Dios le había dado a David la victoria sobre sus enemigos (versículo 8), y tenía pensado hacer mucho más por David y por su pueblo.

Aunque David no iba a recibir el reconocimiento como el constructor del Templo, Dios le prometió: “Y te haré un nombre grande, como el nombre de los grandes de la tierra” (versículo 8). En todas las ocasiones en que las personas se sentaban a hablar de hombres famosos, el nombre de David surgía como uno de los más grandes de entre ellos. Dios también le recordó a David la obra importante que se había propuesto realizar por medio de él. Ya en los días de Moisés, Dios había predicho que vendría un tiempo en que su pueblo iba a disfrutar descanso de todos sus enemigos (Deuteronomio 12:9). Entonces, y sólo entonces, podría ser posible que su pueblo se reuniera en el lugar que el Señor iba a escoger “para poner en él su Nombre” (Deuteronomio 12:11). Dios le dio a David la tarea de someter a los enemigos de Israel, para que ellos pudieran vivir en su tierra natal sin ser perturbados por los enemigos (versículos 9,10). En otras palabras, David iba a poner el fundamento para que el Templo se pudiera construir posteriormente. En los capítulos 18 a 20, el cronista demuestra la manera en que David cumplió el papel que Dios tenía preparado para él.

Lutero comentó una vez: “Es característica de Dios crear de la nada; por lo tanto, Dios no puede hacer algo de alguien que todavía no ha llegado a ser nada” (WA 1 183). Si usted piensa que es algo, no hay mucho que Dios pueda hacer con usted. Dios hace justos sólo a aquellos que ven su pecado; él abre los ojos de los que saben que son ciegos; y sana sólo a los que reconocen que están enfermos (vea Lucas 5:31,32). ¡Antes de que llegemos a estar tan ocupados con nuestros quehaceres, necesitamos que Dios se ocupe en el trabajo que piensa hacer por nosotros! Tenemos que

protegermos del sentimiento de alabarnos a nosotros mismos que surge después de todas nuestras buenas obras. ¡Es muy fácil dejar que la idea de que somos “héroes de Cristo” se ponga en el centro de nuestra vida espiritual! Esa idea consecuentemente puede reemplazar la única fuente de la verdadera vida espiritual: el amor y el perdón que Cristo tiene para nosotros. Al final, la alabanza a uno mismo conduce solamente al fastidio y a la desesperación que viene de llevar una carga de pecado difícil de controlar. Mucho mejor es dejar que Dios sea Dios. ¡Él nos exalta en Cristo y en él nos da una nueva identidad que no puede ser tocada: por el pecado, ni por los errores, ni por los pesares!

Después de exaltarnos en Cristo, Dios también nos da trabajo para hacer. Puede que no siempre sea el trabajo que hubiéramos escogido, así como David al final no logró hacer lo que tenía en su corazón. No obstante, es el trabajo que Dios ha escogido para nosotros. Cada uno tiene su propio papel para desempeñar en el reino de Dios. “A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el bien de todos” (1 Corintios 12:7). Uno puede plantar, otro puede regar; uno puede guiar al pueblo de Dios a la tierra prometida, otro lo puede hacer entrar (vea Números 27:12-21). Uno puede tener el don de animar a otros, otro puede tener el don de hablar, y aún otro puede tener la capacidad de ser líder (vea Romanos 12:4-8). Ningún don carece de importancia, porque la iglesia los necesita a todos, y que cada uno utilice su don particular “para el bien de todos”. Realmente, construir el reino no es asegurar nuestra propia posición, sino vivir para la gloria de Dios.

¹¹ Cuando se cumplan los días para que vayas con tus padres, levantaré descendencia después de ti, a uno de entre tus hijos, y afirmaré su reino. ¹² Él me edificará Casa, y yo confirmaré su trono eternamente. ¹³ Seré para él como padre, y él será para mí un hijo; no apartaré de él mi misericordia, como hice con aquel que fue antes de ti; ¹⁴ sino que lo confirmaré en mi Casa y en mi reino eternamente, y su trono será firme para siempre.”»

¹⁵ Conforme a todas estas palabras, y conforme a toda esta visión, habló Natán a David.

Dios estaba lejos de haber terminado de contarle a David sobre los planes que tenía para él. Aunque el Señor no iba a dejar que David le construyera su casa, Dios le iba a construir una casa a David. El Señor le comunicó su voluntad a David por medio de un juego de palabras. Así, como en el español, la palabra hebrea para “casa” se puede tomar en más de un sentido, ya que puede significar primeramente un lugar de habitación, o en un segundo significado se puede referir a la familia que vive dentro de la habitación. El segundo significado también se puede ampliar para que se refiera a toda una genealogía, una sucesión de personas que proceden de un antepasado común. Dios usó el segundo significado en la promesa que le hizo a David; él no iba a permitir que David le construyera a él una morada, sino que él le iba a construir una dinastía a David.

Ahora vamos a estudiar la profecía en detalle. Dios le dijo a David que, después de que sus días fueran cumplidos, uno de sus hijos le iba a construir el Templo (versículo 12). Además, dijo: “Yo confirmaré su trono *eternamente*” de tal manera que uno de sus descendientes siempre iba a gobernar sobre el reino de Dios (versículos 12,13). Este hijo de David también iba a disfrutar de una relación padre-hijo con el Dios de Israel (versículo 13). La naturaleza permanente de esa relación íntima se describe más adelante en esta promesa que hizo Dios: “No apartaré de él mi misericordia” (versículo 13). Lo que le había sucedido a Saúl y a su familia no se iba a repetir en el caso de David. De la misma manera en que la casa y el reino de Dios iban a perdurar, así también iba a perdurar el gobierno del hijo de David sobre ellas (versículo 14).

Las palabras de la profecía daban la impresión de que se estaba refiriendo a Salomón, por lo menos así las entendía David (vea 1 Crónicas 22:9,10). Salomón iba a suceder a David e iba a gobernar

sobre el pueblo de Dios, así como lo harían sus hijos después de él. La dinastía de David iba a perdurar, a diferencia de la de Saúl. Además, Salomón iba a construir el Templo que sería la morada de Dios. No obstante, Salomón difícilmente podía realizar todo lo que Dios planeó para los descendientes de David. David comprendía que le faltaba el conocimiento de todos los planes de Dios, y el cronista también quería recordárselos a sus contemporáneos.

En la época del regreso del exilio, el templo de Salomón estaba en ruinas y la casa de David había perdido su autoridad sobre la tierra de Israel. Los grandes reinos de David y de Salomón eran solamente un recuerdo para aquella banda pequeña de pobladores que habían regresado a la tierra de sus antepasados. El cronista les repitió la promesa que le fue hecha a David, no para recordarle a su pueblo las glorias que se habían ido para siempre, sino para devolverle la esperanza en el futuro majestuoso que Dios tenía para ellos. Dios había dicho que uno de los descendientes de David iba a gobernar sobre el reino de Dios para siempre; Dios había prometido que uno de los descendientes de David le iba a construir una casa; Dios había dicho que esa casa y ese reino permanecerían para siempre. Finalmente, Dios había dicho que este hijo de David también sería su hijo. El mensaje que le da cronista a su pueblo es: “¡Espera al Señor, por lo tanto, y pon tu esperanza en sus palabras y en sus promesas!”

En este momento ya debe ser claro para cualquier estudiante de las Escrituras lo que Dios le estaba diciendo a David: “Uno de tus descendientes será el Mesías, el Salvador de la raza humana”. Jesús era el verdadero “Hijo de David”, mientras que al mismo tiempo era el eterno Hijo de Dios (Romanos 1:3,4; Juan 1:14,18). La relación íntima y perdurable entre el Padre y nuestro Señor Jesús fue reafirmada varias veces durante su ministerio terrenal (por ejemplo Mateo 3:17, 17:5). La demostración decisiva de esta relación vino cuando Dios resucitó a Jesús de entre los muertos (Romanos 1:4). Al enviar a su Hijo al mundo, Dios tenía el

propósito de establecer su reino eterno y, por medio de él, edificar su casa eterna. Como el ángel Gabriel le dijo a María: “[Tu hijo] será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su Reino no tendrá fin” (Lucas 1:32,33).

Es claro que la casa que Jesús construyó para Dios es la santa iglesia cristiana. La iglesia es el templo de Dios, una “morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:22). Jesús reúne a la iglesia, llevando a personas a la fe en él como su Salvador del pecado. La fe en Cristo nos transforma a nosotros los hijos de Adán (que sólo somos polvo de polvo) en “piedras vivas... edificados como casa espiritual” (1 Pedro 2:5).

Sin embargo, de la misma manera que el pueblo del cronista, nosotros tampoco vemos ese templo ni ese reino como realidades visibles para nuestros ojos físicos. La iglesia, como la vemos, está llena: de debilidades, de divisiones y de pecado. ¡A veces hasta la podemos considerar como: atacada, golpeada y afligida por Dios! Cuando consideramos el estado visible de la iglesia, el tentador muchas veces viene para llenarnos de desánimo y de dudas. No somos los primeros a quienes el demonio ha atacado de esa manera. Como lo hemos visto, la situación no era diferente para ese pequeño grupo de judíos que volvió a casa después del exilio. Lo que el cronista les dijo a ellos sigue siendo el mensaje de Dios para nosotros: “¡Espera al Señor, y pon tu esperanza en su Palabra!”

El cumplimiento final de estas palabras aún está por venir. La intención final de Dios se revelará en la creación del nuevo universo; en ese tiempo la voz del cielo dirá: “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres” (Apocalipsis 21:3). Dios y el hombre, vivirán juntos abiertamente, y no de la manera escondida como lo hace ahora con su iglesia. Hoy en día lo pueden *ver* solamente aquellos a quienes el Espíritu les ha abierto los ojos por la fe. En ese día feliz, el pueblo de Dios se calentará con la luz de su presencia por siempre, y entonces disfrutaremos del

compañerismo íntimo y perdurable. Todo esto fue predicho con las palabras del Señor cuando dijo: “Yo seré su Dios y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:7). ¡Cuánto anhelan ese día nuestros corazones!

A continuación, el cronista nos da la respuesta que David dio a esa misericordiosa revelación:

¹⁶ Entonces entró el rey David y estuvo delante de Jehová, y dijo:

«Jehová Dios, ¿quién soy yo, y qué es mi casa, para que me hayas traído hasta este lugar? ¹⁷ Y aun esto, Dios, te ha parecido poco, pues has hablado del porvenir de la casa de tu siervo, y me has mirado como a un hombre excelente, Jehová Dios.

¹⁸ ¿Qué más puede decir David del honor que has dado a tu siervo, si tú conoces a tu siervo? ¹⁹ Jehová, por amor de tu siervo y según tu corazón, has hecho toda esta gran obra, haciendo notorias todas tus grandezas.

David estaba pasmado; lo que Dios le había dicho había excedido el alcance de su imaginación. Las respuestas que les da Dios a nuestras oraciones siempre exceden el alcance de nuestra imaginación. David fue delante del Arca del Señor en la tienda que él había levantado para ella, y allí se sentó a expresar lo que había en su corazón. La primera parte de la oración da una sensación de gracia recibida: “¿quién soy yo, y qué es mi casa, para que me hayas traído hasta este lugar?” Me escogiste y escogiste a mi familia por pura gracia y por gracia sola. Como si esto no fuera suficiente, también me has hablado del futuro lejano. Tienes el propósito de fundar tu reino eterno sobre mi casa por medio de uno de mis descendientes. Además, has tenido confianza conmigo y me has revelado lo que te propones hacer. “¿Qué más puedo decir, puesto que tú ya me conoces mejor de lo que yo me conozco a mí mismo!”

Éste fue el momento en que David se definió; no fue que el se hubiera definido por sus grandes logros propios, sino que Dios lo había definido diciéndole lo que iba hacer por él. David simplemente recibió esa promesa y confió en que lo que Dios le había dicho con toda seguridad se iba a cumplir. En ese momento David se dio cuenta que él era más que un rey, aún más que un rey del pueblo de Dios; Dios lo había exaltado tanto que ahora él y sus descendientes iban a ser inequívocamente entrelazados en la tela esencial de la voluntad eterna de Dios de salvar al mundo perdido. De aquí en adelante todo el pueblo de Dios iba a hallar consuelo y fortaleza en “las misericordiosas y fieles promesas que le fueron hechas a David” (Isaías 55:3, Hechos 13:34).

A través de su libro, el cronista nos ha estado preparando para esta revelación. Al establecer las genealogías en los capítulos uno a tres, nos condujo paso a paso a través de la historia de la promesa de Dios. Desde Adán hasta Sem, de Abraham hasta Israel, en círculos cada vez más pequeños Dios marcó a aquellos de quienes iba a descender el Salvador del mundo. Entre los hijos de Israel, Judá fue elegido como el que iba a llevar la promesa. De Judá a Fares, de Hezrón a Ram, y después a la casa de Isaí. De manera inexorable e inevitable, los círculos se hicieron más pequeños hasta que llegaron a señalar a David. Así también la línea de David continuó a través de los cuatro siglos y medio de monarquía y los setenta años de exilio, hasta que por fin el gobernador Zorobabel, descendiente de David, guió a un grupo de personas de regreso a la tierra de Judá. Inexorablemente el Dios Salvador estaba llevando a cabo el misericordioso propósito para su elegido. Inevitablemente sus palabras de promesa se hicieron realidad.

La magnitud de la promesa que le hizo Dios a David difícilmente se puede exagerar, ya que ella: nos dirige directamente al corazón de Dios, nos lleva a lo largo de todas las generaciones de la historia, y se extiende en el futuro donde llega al cumplimiento perfecto en la consumación del reino de Dios. El momento definitivo de David llega a ser nuestro momento

definitivo cuando nos damos cuenta, por medio de la fe, de que el Hijo de David, nuestro Salvador, se complace en identificarse con nosotros, y permite que nos identifiquemos con su nombre: ahora soy hijo de Dios, heredero de Dios (Juan 1:12, Romanos 8:16,17, Gálatas 3:26,27). En el bautismo, Dios misericordiosamente nos injertó en la genealogía de nuestro Salvador. ¡En conmovida admiración, sólo podemos hacer eco de las palabras de David, y alabar a Dios que tiene tan grande amor por las personas pecadoras y planes tan grandes para nosotros!

²⁰ Jehová, no hay nadie semejante a ti, ni hay Dios fuera de ti, según todas las cosas que hemos oído con nuestros oídos. ²¹ ¿Y qué pueblo hay en la tierra como tu pueblo Israel, al cual su Dios fue a rescatar, a fin de engrandecer su nombre por medio de prodigios y maravillas, arrojando a las naciones de delante de tu pueblo, al que tú rescataste de Egipto? ²² Tú has constituido a tu pueblo Israel por pueblo tuyo para siempre; y tú, Jehová, has venido a ser su Dios.

Lo que era cierto respecto de David como individuo también era cierto respecto del pueblo de Dios, Israel, como grupo. Dios había escogido a David por gracia; Dios había escogido a su pueblo Israel por gracia. Moisés había expresado esta verdad muchos años antes: “No por ser vosotros el más numeroso de todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos, sino porque Jehová os amó y quiso guardar el juramento que hizo a vuestros padres; por eso os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de la servidumbre, de manos del faraón, rey de Egipto” (Deuteronomio 7:7,8). Esto es lo que hace que Dios sea único; sólo él puede salvar y rescatar: a los que no pueden hacer nada, a los pecadores, a los esclavizados. Él llama misericordiosamente por su nombre a los que no tienen nombre, y convierte en su pueblo a los que antes no eran un pueblo (1 Pedro 2:10, Tito 2:14). Irrumpe

en la historia e interviene a favor de los que ama. El lo hizo por Israel en Egipto, y luego lo hizo por nosotros en el Calvario. ¿Quién es como Dios? ¿Qué nación terrenal puede compararse con el pueblo de Dios?

La verdadera gloria de la iglesia nunca se encontrará: en la cantidad de personas que la integran, ni en los grandes hombres o mujeres que haya entre nosotros, ni en las cosas poderosas que podamos hacer. La verdadera gloria de la iglesia siempre se encontrará en esto: en que hemos sido escogidos misericordiosamente por Dios para llevar su nombre y para ser completamente de su propiedad. Todo es por gracia, y debe seguir siendo por gracia de tal manera que, al final, toda la gloria sea para el verdadero Dios, a quien verdaderamente le pertenece.

²³»Ahora pues, Jehová, la palabra que has hablado acerca de tu siervo y de su casa, sea firme para siempre, y haz como has dicho. ²⁴Permanezca, pues, y sea engrandecido tu nombre para siempre, a fin de que se diga: “Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, es Dios para Israel.” Y se mantenga la casa de tu siervo David firme en tu presencia. ²⁵Porque tú, Dios mío, revelaste al oído de tu siervo que le has de edificar casa; por eso ha hallado tu siervo motivo para orar delante de ti. ²⁶Ahora pues, Jehová, tú eres el Dios, y has prometido a tu siervo este bien; ²⁷y ahora has querido bendecir la casa de tu siervo, para que permanezca perpetuamente delante de ti; porque tú, Jehová, la has bendecido, y bendita será para siempre.»

Ahora David concluye su oración. En la primera parte había expresado el temor y la admiración por la gran promesa que Dios le había hecho. Alabar a Dios es: repetir, volver a contar y regocijarse en sus promesas, como David lo ha hecho aquí. Ahora concluye pidiéndole a Dios que le cumpla su palabra y que establezca su casa. ¿Por qué razón? Para que “permanezca, pues, y sea engrandecido tu nombre para siempre” (versículo 24). Para los cristianos no hay mejor manera de orar que repetir las palabras

y las promesas de Dios ante él y luego decir: “¡Haz como has dicho!” (versículo 23). No podemos tener mayor valor o confianza en la oración que al utilizar las propias palabras de Dios. Estamos construyendo sobre el mismo fundamento firme que David construyó: “Tú, Dios mío, revelaste al oído de tu siervo que le has de edificar casa; por eso ha hallado tu siervo motivo para orar delante de ti” (versículo 25).

¿Cómo podemos dudar de que Dios escuche nuestras oraciones si (como Lutero sugirió una vez con una imagen verbal chocante) “le refregamos sus propias palabras en las narices”? La oración siempre es mejor cuando es una búsqueda fervorosa de la voluntad de Dios; y nunca podemos tener más certeza de que verdaderamente buscamos la voluntad de Dios, que cuando tratamos con Dios con base en su propia promesa a nosotros. Cuando David expresó su propio deseo, escuchó al profeta que dijo: “Haz todo lo que está en tu corazón”. Pero ese plan no terminó en nada; por lo tanto, es mucho mejor cuando escuchamos el deseo de Dios. Entonces podemos decirle: “¡Haz todo lo que está en tu corazón!” Y todo será seguro, porque Dios siempre es Dios, el dador, y nosotros siempre somos su pueblo, los que recibimos por la fe lo que él nos da. ¡Y su nombre sigue siendo grande por siempre, glorificado en nosotros como nuestro Dios Salvador!

Por eso es que David termina su oración con la misma nota de absoluta seguridad: “Porque tú, Jehová, la has bendecido , y bendita será para siempre” (versículo 27). Dios nunca expresa una palabra ociosa, y por lo tanto su promesa es un “pacto eterno , bien ordenado en todo y bien seguro” (2 Samuel 23:5). Al pueblo de Dios no le queda otra cosa que hacer sino decir el dichoso “¡Amén! La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén!” (Apocalipsis 7:12).

A veces, lo difícil para nosotros es terminar las oraciones con ese firme “¡Amén!” Es difícil porque no nos entregamos por completo al deseo de dejar que Dios sea Dios, ni dejamos que su

voluntad se haga en nuestra vida. Confiamos en él, pero no por completo, debido a que somos pecadores por naturaleza. Le llevamos nuestras preocupaciones a Dios en oración, las ponemos en su regazo, y después, las tomamos de nuevo, como si nosotros solos pudiéramos con ellas. Le decimos a Dios: “Hágase tu voluntad”, y sin embargo secretamente exhalamos otra petición junto con esa: “¡Que tus deseos y los míos coincidan!” Estos pensamientos pecaminosos son parte de lo que debemos hacer a un lado cuando le oramos a Dios; dejemos que los pensamientos pecaminosos sean sepultados junto con Cristo, de tal manera que Cristo se pueda levantar en nuestro corazón y pueda enseñarnos a decir: “Señor, permite que mi voluntad sea conformada por tu deseo, y déjame encontrarme en tu don misericordioso de perdón por el que yo sé que soy tu hijo y que tú eres mis Dios.” Todas las promesas de Dios son “sí” para nosotros en Cristo. Solamente cuando nuestro espíritu halla reposo en el amor de Cristo, encontramos la fuerza para decir firmemente “amén” a toda su voluntad (vea 2 Corintios 1:20).

David prepara la construcción de la casa de Dios bajo el reinado de Salomón

A. Las victorias de David sobre los enemigos de Israel

El resto de 1 Crónicas tiene que ver con los preparativos que hizo David para capacitar a Salomón, su hijo, para la construcción de la casa del Señor. Los tres capítulos que siguen resumen las victorias de David en batalla. Mientras que otros reyes y constructores de imperios quieren que se cuenten sus historias para que ellos o su pueblo puedan tener gloria duradera, el cronista trata las victorias de David dentro del contexto de la construcción de una casa para el Señor. Como lo notamos previamente, uno de los requisitos divinos para la construcción del Templo era que la tierra santa de Israel tuviera reposo de sus enemigos (Deuteronomio 12:8-11). El cronista describe esas batallas para mostrar la manera

en que Dios dio ese reposo por medio de David. Norte y sur, este y oeste, “Jehová daba la victoria a David dondequiera que iba” (1 Crónicas 18:6,13).

Y como el cronista está más interesado en desarrollar sus temas principales acerca del rey y el Templo, el escritor sagrado no sigue una cronología estricta en la organización de su material. Por ejemplo, muchas de esas batallas pueden haber ocurrido después de la captura de Jerusalén y antes de que el Arca fuera llevada a la ciudad. El cronista también parece seguir un patrón bíblico común de redacción: dando primero todo un relato de resumen, continuando con algunos detalles adicionales, y después, completa todo el discurso con alguna conclusión adecuada. Si esto es cierto aquí, entonces podemos considerar que: 1 Crónicas 18 nos da el resumen de las victorias de David, 1 Crónicas 19:1–20:3 nos da mayor información sobre las guerras de David con los sirios y la manera en que ellos trataron una disputa con el rey Amón. Finalmente, en 1 Crónicas 20:4-8, todos los relatos de las batallas de David llegan al mismo lugar donde comenzaron, a sus luchas contra los filisteos (vea 1 Crónicas 14:8-17; 18:1).

También notamos en lo que el cronista pasa por alto, que su intención sigue siendo contar la historia de David de tal manera que el patrón del Rey Justo continúe brotando de la vida de David. Una comparación sencilla de estos capítulos con sus paralelos en 2 Samuel muestra que el cronista ha omitido todo material que no encaje con la imagen de David como un rey justo. No se consideran: la aventura que tuvo David con Betsabé, ni el asesinato de Urías (2 Samuel 11, 12), ni los problemas familiares que tuvo David (2 Samuel 13, 14), ni las rebeliones contra su gobierno (2 Samuel 15–20). También se omiten otros pequeños incidentes en los que David puede no aparecer con la mejor imagen. De nuevo es útil notar que el cronista escribe con el conocimiento pleno de que sus lectores están enterados de todas estas cosas, pero él no las menciona porque su propósito es diferente del que tuvo el escritor de 2 Samuel. La tarea que Dios le dio al cronista fue la de presentar a David como un tipo del Mesías que iba a venir.

18 Después de estas cosas aconteció que David derrotó a los filisteos, los humilló y les arrebató Gat y sus villas. ²También derrotó a Moab, y los moabitas fueron siervos de David, y le pagaban tributo.

³ Asimismo derrotó David a Hadad-ezer, rey de Soba, en Hamat, cuando éste iba a asegurar su dominio sobre la región del Éufrates. ⁴ David le capturó mil carros, siete mil soldados de los carros y veinte mil hombres de a pie; y desjarretó David los caballos de todos los carros, excepto los de cien carros que dejó.

⁵ Luego llegaron los sirios de Damasco en ayuda de Hadad-ezer, rey de Soba, pero David hirió de ellos veintidós mil hombres. ⁶ Y puso David una guarnición en Siria de Damasco, y los sirios fueron hechos siervos de David, sometidos a tributo; pues Jehová daba la victoria a David dondequiera que iba.

⁷ Tomó también David los escudos de oro que llevaban los siervos de Hadad-ezer, y los llevó a Jerusalén. ⁸ Asimismo de Tibhat y de Cun, ciudades de Hadad-ezer, tomó David muchísimo bronce, con el que Salomón hizo el mar de bronce, las columnas y los utensilios de bronce.

⁹ Cuando oyó Toi, rey de Hamat, que David había deshecho todo el ejército de Hadad-ezer, rey de Soba, ¹⁰ envió a Adoram, su hijo, al rey David, para saludarlo y bendecirlo por haber peleado contra Hadad-ezer y haberlo vencido, ya que Toi estaba en guerra con Hadad-ezer. Le envió también toda clase de utensilios de oro, de plata y de bronce; ¹¹ los cuales el rey David dedicó a Jehová, junto a la plata y el oro que había tomado de todas las naciones de Edom, de Moab, de los hijos de Amón, de los filisteos y de Amalec.

¹² Además de esto, Abisai hijo de Sarvia destrozó en el valle de la Sal a dieciocho mil edomitas. ¹³ Puso una guarnición en Edom, y todos los edomitas fueron siervos de David; pues Jehová daba el triunfo a David dondequiera que iba.

Algunos se ofenden rápidamente con las escenas de guerra que se describen en el Antiguo Testamento, especialmente cuando se preguntan ¿cómo el Dios de los cielos envió a su pueblo a ganar victorias para su reino en sangrientos campos de batalla? Debemos recordar que, aun en los tiempos del Antiguo Testamento, las luchas de Israel con las naciones circundantes no fueron solamente batallas “contra sangre y carne, sino contra...huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12). Por medio de esas naciones (los reinos de este mundo), el diablo dejó ver sus colmillos en necia furia contra el reino de Dios. Cuando no estaba haciendo un ataque frontal mediante un enfrentamiento militar, estaba tratando de seducir a Israel para que hiciera alianzas prohibidas con las naciones mundanas y con la adoración de sus dioses falsos que era una consecuencia inevitable.

Entre los enemigos que David enfrentó, los principales fueron los *filisteos* (versículo 1). Como nos enteramos en 1 Crónicas 15, los filisteos habían sido los primeros en tratar de derrocar al ungido del Señor al comienzo de su gobierno. Los otros vecinos de Israel generalmente se contentaban con atacar y robar al pueblo de Dios, pero los filisteos querían controlar la tierra santa y las valiosas rutas comerciales que pasaban por ella. En el primer combate con ellos, David repelió los ataques y destruyó sus intentos de sacarlo del trono. En este relato, vemos a David a la ofensiva, derrotando a los filisteos en su propia tierra y aun capturando a Gat, una de sus cinco ciudades más grandes. Aunque los filisteos continuaron causándoles problemas a las futuras generaciones de Israel, nunca más iban a ser la clase de amenaza grave que habían sido en el pasado para el pueblo de la promesa.

Las guerras con *Moab* (versículo 2) y *Edom* (versículo 12) tuvieron más la naturaleza de un conflicto familiar. En el tiempo en que Israel se preparaba para entrar en la tierra prometida, Dios le había dado a su pueblo instrucciones estrictas de no perturbar a esas naciones de ninguna manera (Deuteronomio 2:5,9). Parte de la razón que Dios dio para esto fue que los edomitas eran descendientes de Esaú, y eso los hacía primos de Israel. La

instrucción de no molestar a los moabitas se debía a una razón similar, ellos eran descendientes de Lot, el sobrino de Abraham.

A pesar de esta instrucción y de la buena voluntad que tuvo Israel para seguirla, los edomitas y los moabitas vieron la migración de Israel a la tierra prometida con profundo recelo. De una manera completamente antifraternal, los edomitas le habían negado a Israel el permiso de pasar por su país, y por eso, obligaron a sus propios parientes a cruzar algunos de los más toscos y hostiles terrenos que hay sobre la tierra (vea Números 20:14-21). Moab, por su parte, había traído vergüenza sobre Israel (y la retribución de Dios) al seducirla al adulterio y a la idolatría. Ellos hicieron esto sólo después de que su primer intento de derrumbar a Israel había fallado. Su rey Balac había contratado a un hechicero llamado Balaam para que maldijera al pueblo de Dios; pero Balac descubrió para su pesar que el Espíritu de Dios puede cambiar la maldición de un adivino en la más dulce bendición. Entonces el rey moabita se dio cuenta de que la única forma en que le podía hacer daño a Israel era volviendo al Dios de Israel contra ella. Así que con la ayuda de Balaam, urdió el plan de llevar a Israel a la adoración de Baal por medio de seducciones sexuales. Para leer la historia completa vea Números 22–25.

Aunque la nación de *Amón* se menciona aquí sólo de pasada (versículo 11), también se debe incluir dentro de ese grupo de naciones que podían pretender tener relaciones cercanas de sangre con Israel, porque ellos también descendían de Lot, el sobrino de Abraham (Génesis 19:36-38). Es triste decir que también debemos incluirla entre las naciones cuya hostilidad contra el pueblo de Dios los llevó a seducir a Israel a la idolatría (Deuteronomio 23:3-6). El cronista pasa por alto a esta nación rápidamente aquí porque tiene el propósito de describir la enemistad contra David y la conquista de ellos de manera más completa en el próximo capítulo.

El registro bíblico dice con suficiente claridad que durante la época de Josué y de los Jueces Israel había permanecido fiel al mandato que Dios le dio de dejar solos a sus parientes en la tierra que él les había dado a ellos. Pero aunque Israel tenía el deseo de

vivir en paz, las naciones de: Moab, Amón y Edom no tenían la misma intención; ellos llegaron a ser la clase de enemigos que describe David en el Salmo 35, que odiaban a Israel sin razón (Salmo 35:19; vea también Juan 15:25). Al elevar a David, el rey guerrero, Dios estaba pronunciando su juicio sobre esa enemistad irracional. Moab, Amón y Edom fueron vencidos por el ungido del Señor y fueron obligados a someterse a su gobierno recto (versículos 2,11,13; vea también 1 Crónicas 20:2,3).

Con todo este relato, el cronista deseaba recordarle a su pueblo que “la amistad del mundo es enemistad contra Dios” (Santiago 4:4). No fue posible llegar a ningún acuerdo con las naciones de: Edom, Moab y Amón, que todavía estaban presentes para causarles problemas a los judíos que habían regresado del exilio. Tampoco se debería sorprender el pueblo de Dios por el odio irracional que estas naciones mostraron contra ellos; eso no era nada nuevo, siempre había sido así. Los israelitas podían encontrar ánimo y consuelo en el pensamiento de que el Ungido del Señor iba a venir a liberar a Israel de todos sus enemigos; al final de cuentas, todos se iban a someter a su recto gobierno. Mientras tanto, ellos no se debían comprometer con los que podían parecer amigos pero que verdaderamente no querían nada bueno para el reino de Dios.

De manera similar, no hay compromiso posible entre nosotros y el mundo incrédulo. Los cristianos tienen un modo de pensar completamente diferente del que tienen los que han puesto su corazón en las cosas de esta vida. Y como esto es verdad, un producto secundario del evangelio es la espada de la división; esta espada corta tan profundo que puede hacer enemigos de los miembros de la propia familia. Jesús, nuestro Ungido, quiere que entendamos esto claramente (vea Mateo 10:34-36). Este hecho no nos debe sorprender ni desanimar; después de todo, seguimos a aquel de quien verdaderamente se puede decir: “Sin causa me odian” (Juan 15:25). Sus palabras también nos consuelan: “Yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). Nuestra victoria es segura; mientras tanto, no podemos tener un pacto con ninguna persona que viva en un estado de enemistad con Dios. Sólo podemos

ganarlos predicándoles el arrepentimiento y el perdón de los pecados en el nombre de nuestro victorioso Mesías.

La mayoría de estos versículos hablan de las guerras que sostuvo David con los sirios. Estos pueblos formaron una confederación de naciones muy débil al norte y al noreste de Israel, extendiéndose hasta el río Éufrates y más allá de él. Esos pueblos fueron conocidos individualmente como: *Aram Soba* (versículo 3), *Aram Damasco* (versículo 5), *Aram Maaca* (vea 1 Crónicas 19:6) y *Aram Mesopotamia* (vea 1 Crónicas 19:6) *.

También hubo otros pequeños estados sirios que formaron parte de este conflicto, como lo sabemos por 2 Samuel 10:6, pero el cronista no los considera dignos de ser mencionados en su relato. Es muy probable que estas guerras provinieran de la campaña amonita que se describe en 1 Crónicas 19. Aquí a los sirios bajo Hadad-ezer se les da su propio lugar en el centro de atención, pero en 1 Crónicas 19, sólo tienen el papel de apoyo.

Por lo visto, Hadad-ezer era el jefe supremo de todos los jefes de las tribus sirias de ese tiempo. Su nombre incorpora el nombre de su falso dios y significa: “Hadad es mi ayuda” (versículo 3). No es con poca ironía que el cronista señala que uno que proclamaba a Hadad como su ayuda era obligado a buscar la ayuda de sus hermanos de Damasco (versículo 5). Pero la ayuda de ellos no sirvió contra aquel cuya ayuda vino “de Jehová, que hizo los cielos y la tierra” (Salmo 121:2). “Jehová daba la victoria a David dondequiera que iba” (versículo 6). Fue una expresión de su confianza en el Señor, el hecho de que David no sintiera la necesidad particular de apoyarse en los caballos y los carros que le había capturado a Hadad-ezer. Aunque representaban la alta tecnología en los armamentos de su tiempo, David conservó sólo una fracción de ellos y destruyó el resto, de tal manera que ya no se volvieran a utilizar contra Israel (versículo 4).

*La Reina-Valera traduce Aram como “sirios de” en 18:5 y en 19:6 como “Siria” – como un lugar separado de Mesopotamia, Maaca y Soba.

También fue una expresión de su justicia como rey (versículo 14), el hecho de que David no usara el botín de la batalla para aumentar sus riquezas personales. Gratuitamente había recibido del Señor, y él dio gratuitamente. Dios le había dado las victorias, y por tanto, David le devolvió el botín de la guerra. Las grandes cantidades de bronce que capturaron en las dos ciudades de Hadad-ezer le fueron dedicadas al Señor y posteriormente Salomón las utilizó para construir el estanque de bronce y las dos columnas que estaban a los lados de la entrada del templo del Señor. El estanque de bronce al que se hace referencia aquí fue el gran estanque que estaba en el atrio del Templo, que se utilizaba para almacenar agua. De allí, el agua se transfería a estanques más pequeños y móviles que se utilizaban para lavar los sacrificios de la manera que había ordenado Moisés (Levítico 1:13). David también ganó una cantidad considerable de plata y de oro en sus varias campañas, y se los entregó al Señor (versículos 7, 11). Como vamos a ver posteriormente, esta acumulación de riqueza hizo posible la construcción y el amueblamiento de la casa de Dios de la manera gloriosa que lo hizo Salomón.

No toda esta riqueza vino por medio de la conquista, parte de ella la dieron libremente las naciones que deseaban honrar al ungido del Señor por sus victorias en la batalla. En relación con esto, el cronista menciona el nombre de Adoram, rey de Tou, quien fue agradecido con David, ya que la victoria de David sobre su enemigo común Hadad-ezer también le había dado respiro de la guerra (versículo 10). Probablemente no nos equivoquemos si vemos el caso que se relata aquí como una referencia oblicua que hace el cronista a la profecía que se encuentra en el capítulo 60 de Isaías, en la que el profeta ve la riqueza de las naciones que fluye hacia Sión. En esto también, David prefiguró al Rey y al Reino ideales que habían de venir.

En el Salmo 60, David le da crédito por todas esas victorias a quien se le debe, y no fue como otros antiguos conquistadores que utilizaron toneladas de mármol para cincelar en piedra sus propias

hazañas maravillosas. La actitud de David es: *soli deo gloria*, ¡sólo a Dios sea la gloria!

Dios ha dicho en su santuario:
«Yo me alegraré; repartiré a Siquem
y mediré el valle de Sucot.
Mío es Galaad y mío es Manasés;
Efraín es la fortaleza de mi cabeza;
Judá es mi legislador.
Moab, vasija para lavarme;
sobre Edom echaré mi calzado;
me regocijaré sobre Filistea».
(Salmo 60:6-8)

De una manera similar, el Señor dedicó los beneficios que obtuvo por su victoria sobre nuestros tres enemigos: el pecado, la muerte y el infierno, al propósito de construir su templo, la santa iglesia cristiana. ¡Todo esto lo hizo para la gloria de Dios!

¹⁴ Reinó David sobre todo Israel, y juzgaba con justicia a todo su pueblo. ¹⁵ Joab hijo de Sarvia era general del ejército, y Josafat hijo de Ahilud, canciller. ¹⁶ Sadoc hijo de Ahitob, y Abimelec hijo de Abiatar eran sacerdotes, y Savsa, secretario. ¹⁷ Benaía hijo de Joiada estaba sobre los cereteos y peleteos; y los hijos de David eran los principales ayudantes del rey.

Después de resumir las conquistas de David, el cronista caracteriza todo el reino de David como justo. David no fue un rey perfecto, pero fue un rey perdonado. Dios decidió mirar la vida de David a través del prisma de su gracia perdonadora. El amor de Dios también había producido tan buen fruto en David que éste pudo servir como ejemplo de lo que un “hombre que es conforme al corazón de Dios” hará como rey.

Hemos hablado de esto antes en muchos lugares. La gente puede encontrar en la vida de David una prefiguración de la manera en que el Rey perfecto de Dios actuará cuando venga.

Cuando él venga, no necesitará el perdón; su vida será la personificación de todo lo que es justo y recto. Por causa de la justicia de Cristo, los cristianos tenemos el consuelo de saber que Dios considera nuestra vida como perfecta y completamente aceptable a él, aunque sea desfigurada y pecaminosa en nuestra propia opinión. Que vivamos de esa gracia de tal manera que las personas “vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

El éxito trae sus propios desafíos, como lo indica la lista de los oficiales de David. En la medida en que el imperio de Israel había crecido, también era necesario un sistema de gobierno: más permanente, centralizado y formal. Si ahora había estados tributarios, tenía que haber alguien que recibiera el tributo; si había tierras conquistadas, estas nuevas tierras tenían que ser administradas. Si ahora existían dos santuarios para adorar a Dios, debía haber dos sacerdotes a cargo de la administración de esos santuarios. Si ahora había un ejército permanente en lugar de una milicia improvisada, alguien tenía que servir como comandante de ese ejército. Si era necesario hacer leyes nuevas, alguien tenía que hacer las copias oficiales de esas leyes. Como ahora había un imperio para administrar en lugar de una confederación de estados tribales, uno supone que habría más solicitantes y que cada uno buscaría una parte del precioso tiempo del rey. Alguien tenía que servir para separar los casos importantes de los triviales, de tal manera que cada uno recibiera la atención apropiada.

Joab, el sobrino de David, fue el general del ejército. Siempre que el rey y comandante en jefe no pudiera estar allá, Joab estaría a cargo. Su hermano Abisai estaba bajo sus órdenes (vea el versículo 12). Josafat fue el *canciller* de David, una palabra que indica probablemente que sirvió en la corte de David como jefe del estado mayor. Sadoc y Abimelec eran los sacerdotes que estaban a cargo de los dos santuarios: Sadoc en el Tabernáculo de Gabaón y Abimelec en el Arca del pacto en Jerusalén. Savsa se desempeñaba como secretario, probablemente participaba haciendo las copias oficiales de las leyes que expresaban la

voluntad del rey para sus tierras. Benaia estaba a cargo de los cereteos y los peleteos, un grupo de guerreros profesionales que servían como guardaespaldas reales de David (compare 1 Crónicas 11:22-25). Los términos *cereteos* y *peleteos* indican que eran extranjeros, algunos de ellos posiblemente eran filisteos. En el mundo antiguo no era raro que se contrataran guerreros de entre los enemigos como soldados para el ejército. Recordamos que el mismo David le sirvió al gobernante filisteo Aquis de Gat (1 Samuel 27:5-12). Finalmente, el cronista dice también que los hijos de David eran importantes en la corte del rey.

Muchos comentaristas eruditos ven una similitud entre la organización de la corte de David y la organización de la corte de los egipcios de ese tiempo. Es verdad que eso nos diría que David tomó prestadas algunas de las ideas organizativas de los egipcios. Hoy algunas personas se quejan de que la iglesia se maneje “como un negocio”, como si fuera completamente anticristiano que en algún momento se incorporen buenas ideas de los negocios del mundo en la administración de los asuntos externos de la iglesia. También hay personas que se lamentan de la creciente “burocracia” de la iglesia visible y hablan con justa pasión de los buenos tiempos antiguos en que: los presupuestos eran pequeños, había menos reuniones, y los cuadros gráficos de la organización de la iglesia eran más sencillos. Uno no puede defender la organización por causa de la organización misma, ni la añadidura de niveles sobre niveles de burocracia con la idea equivocada de que más siempre es mejor. No obstante, aquí el ejemplo de liderazgo de David sí le dice un amable “no” a los que nunca cambiarán con el tiempo ni aprenden de los que están fuera de su propio círculo. ¿Acaso Jesús no tuvo algo que decir en elogio del mayordomo infiel cuando le dijo a sus discípulos: “porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz?” (Lucas 16:8).

19 Después de estas cosas aconteció que murió Nahas, rey de los hijos de Amón, y reinó en su lugar su hijo. ²Y dijo David: «Tendré misericordia con Hanún hijo de Nahas, porque también su padre tuvo conmigo misericordia.» Así David envió embajadores para que lo consolaran de la muerte de su padre. Pero cuando llegaron los siervos de David a la tierra de los hijos de Amón, donde estaba Hanún, para consolarlo, ³ los príncipes de los hijos de Amón dijeron a Hanún: «¿Según tu parecer ha enviado David a consolarte porque quiere honrar a tu padre? ¿No vienen más bien sus siervos a ti para espiar, examinar y reconocer la tierra?»

⁴ Entonces Hanún tomó a los siervos de David y los rapó, les cortó los vestidos por la mitad, hasta las nalgas, y los despachó. ⁵ Se fueron luego, y cuando llegó a David la noticia sobre aquellos hombres, envió a recibirlos, porque estaban muy avergonzados. El rey mandó que les dijeran: «Quedaos en Jericó hasta que os crezca la barba, y entonces volveréis.»

Al describir la campaña amonita, el cronista nos da detalles adicionales de acontecimientos que había tratado de una manera más resumida en el capítulo anterior. Escogió con cuidado el asunto que iba a tratar de manera especial. Las conquistas de los filisteos habían dejado la tierra de Israel segura ante las amenazas externas. Al final de la campaña amonita, David quedó solo en el campo de batalla de Palestina como el amo de todo lo que contemplaba. No quedaba nadie que lo desafiara ni que tuviera la fortaleza suficiente para enfrentarlo.

Curiosamente, todo comenzó de una manera inofensiva. David quiso expresarle sus condolencias a Hanún, el rey de Amón, después de la muerte de su padre. La expresión que David utilizó (“tendré misericordia”) muy probablemente indica que tenía la intención de renovar con Hanún el tratado de amistad del que había disfrutado con el rey fallecido (versículos 1,2). De todas maneras, David envió una delegación digna de representarlo a él en ese funeral de estado en el extranjero (como hacen hoy en día los

gobiernos que envían funcionarios en ocasiones como esa). Aunque los dignatarios israelitas habían ido a expresar su pésame, fueron recibidos con sospecha.

Hay varios casos en el libro de Crónicas en los que se le dan malos consejos a un rey, y él después actúa de acuerdo con esos consejos. El mal consejo termina siempre en un desastre tanto para el rey como para el pueblo. No fue diferente en este caso; después de impugnar los motivos de los delegados de David, los consejeros de Hanún le sugirieron que esos hombres eran la vanguardia de espías de una campaña secreta que David intentaba lanzar contra los amonitas (versículo 3). Alterado por estas mentiras, el joven rey no sólo se negó a recibir a la delegación, sino que los envió de regreso después de hacerlos víctimas de las acciones más degradantes e insultantes que podría haber cometido, con la posible excepción de imprimir sus iniciales en la cara de los enviados. En una época en la que la barba era una señal notable de dignidad varonil, Hanún les afeitó la barba a los hombres de David (por la mitad, como lo sabemos por 2 Samuel 8:4). Y en una época mucho más moderada que la nuestra, el rey de Amón expuso a los hombres de David al ridículo público al hacerlos caminar de regreso a casa con la ropa interior que era levantada por el viento (versículo 4).

Cuando David escuchó lo que había sucedido, demostró verdadero tacto principesco al interrumpir el viaje de regreso a la corte de los que había enviado. Deseando evitarles una afrenta mayor, sugirió que sus hombres se quedaran en el desierto montículo de escombros, que antes había sido Jericó, por lo menos hasta que la barba (y con ella su dignidad) volviera a salir (versículo 5; vea también Josué 6:26). También es digna de ser notada la restricción real que David mostró al no hacer planes inmediatos de represalias.

El mayor error que Hanún y sus consejeros habían cometido fue suponer que la clase de rey que le agrada a Dios era precisamente como la de ellos. Si el poder de ellos había aumentado tanto como el que tenía David, era muy probable que

vieran con envidia a Israel, y por eso supusieron simplemente que David tenía envidia de ellos. La perversidad y la irracionalidad del mal son a veces tan evidentes que nos preguntamos ¿cómo es posible que alguien pueda ser tan necio? Sin embargo, es exactamente cuando nos sentimos de esa manera que debemos recordar que la misma irracionalidad y perversidad existe en nosotros, en nuestra propia naturaleza pecadora. Con Pablo, nosotros también debemos confesar siempre: “Lo que hago, no lo entiendo” (Romanos 7:15). De otra manera, nuestra naturaleza pecaminosa nos dominará sin que nos demos cuenta y nos llevará al mismo tipo de conducta destructiva e irracional.

⁶ Al ver los hijos de Amón que se habían hecho odiosos a David, Hanún y los hijos de Amón enviaron mil talentos de plata para tomar a sueldo carros y gente de a caballo de Mesopotamia, de Siria, de Maaca y de Soba. ⁷ Y tomaron a sueldo treinta y dos mil carros, y al rey de Maaca y a su ejército, los cuales vinieron y acamparon delante de Medeba. Y se reunieron también los hijos de Amón en sus ciudades y acudieron a la guerra.

⁸ Cuando David lo supo, envió a Joab con todo el ejército de los hombres valientes. ⁹ Los amonitas salieron y ordenaron la batalla a la entrada de la ciudad; y los reyes que habían venido estaban aparte en el campo.

Gobernados por sus pensamientos perversos, los amonitas se dieron cuenta de que había terminado el tiempo de reírse de la broma que habían hecho, y había llegado la hora de prepararse para la guerra con David. Ellos no podían creer que David dejara pasar por alto ese insulto sin tomar la acción correspondiente. Es posible que no lo hubiera hecho, pero de cualquier manera es claro que los amonitas provocaron la guerra, y así no tendrían que echarle la culpa a nadie por el desastre que les iba a sobrevenir. David escribió en el Salmo 18: “Limpio te mostrarás con el limpio y severo serás para con el tramposo” (versículo 26). Dios dejó

que los amonitas prosiguieran según sus pensamientos perversos. Se movilizaron para la guerra y así se prepararon para su propia destrucción.

Los amonitas primero “internacionalizaron” el conflicto al contratar a las naciones sirias para que pelearan a su lado en la guerra. Mil talentos de plata (alrededor de 33 mil kilos) no era una suma pequeña para pagar por sus servicios (versículo 6). A manera de comparación, el rey Omri de Israel posteriormente pagó dos talentos de plata (66 kilos) para comprar el monte de Samaria (1 Reyes 16:24); el rey Ezequías de Judá le compró al rey de Asiria la paz por el precio de trescientos talentos de plata y treinta de oro (2 Reyes 18:14). No hay duda de que los sirios ya estaban alarmados por el poder creciente de Jerusalén; el dinero era sólo un incentivo agregado para detener a David. Por el capítulo anterior podemos deducir que el mismo Hadad-ezer, el rey de Soba, fue el líder de los sirios durante esta fase del conflicto (vea los comentarios anteriores sobre 1 Crónicas 18:1-13).

Los amonitas no se podían quejar de no haber obtenido lo que pagaron con su dinero. Los ejércitos de cuatro naciones y suficientes carros de guerra para levantar una poderosa nube de polvo se reunieron para dar la batalla en representación de los que habían llegado a convertirse en “odiosos a David” (versículo 6). Además, los amonitas movilizaron sus propias fuerzas (versículo 7). Fue sólo entonces cuando David finalmente respondió a esas descaradas acciones hostiles y envió el ejército del Señor bajo el mando de Joab.

¹⁰ Y viendo Joab que el ataque contra él había sido dispuesto por el frente y por la retaguardia, escogió de los más aventajados que había en Israel, y con ellos ordenó su ejército contra los sirios. ¹¹ Puso luego el resto de la gente al mando de Abisai, su hermano, y los organizó en orden de batalla contra los amonitas. ¹² Y dijo: «Si los sirios son más fuertes que yo, tú me ayudarás; y si los amonitas son más fuertes que tú, yo te ayudaré. ¹³ Esfuérzate, y esforcémonos por nuestro pueblo, y

por las ciudades de nuestro Dios; y haga Jehová lo que bien le parezca.»

¹⁴ Entonces avanzó Joab con el pueblo que traía consigo, para pelear contra los sirios; pero ellos huyeron delante de él. ¹⁵ Cuando los amonitas vieron que los sirios habían huido, huyeron también ellos delante de Abisai, hermano de Joab, y entraron en la ciudad. Entonces Joab volvió a Jerusalén.

Humanamente hablando, los israelitas estaban ante una situación imposible: una guerra con dos frentes. El ejército amonita estaba situado a un lado de las fuerzas israelitas, y los ejércitos sirios al otro lado. Los amonitas estaban muy cerca de su ciudad capital Rabá, su hogar y su fortaleza, lo que les daba una sensación adicional de seguridad. Los sirios tenían treinta y dos mil carros y el campo abierto que les facilitaba la acción (vea el versículo 9). Israel no tenía ninguna de esas ventajas; la mayoría de los generales de cualquier ejército se hubieran sentido llenos de un gran anhelo de irse a casa, si hubieran estado en la posición de Joab.

Como estratega capaz que era, Joab evaluó rápidamente la situación e hizo lo mejor que pudo. Tomó las mejores tropas que tenía bajo su mando y las dirigió para enfrentar a los sirios, porque ellos representaban la mayor amenaza. Puso el resto de su ejército bajo el mando de su hermano Abisai para hacerles frente a los amonitas. ¿Su plan? “Si los sirios son más fuertes que yo, tú me ayudarás; y si los amonitas son más fuertes que tú, yo te ayudaré” (versículo 12). ¡Difícilmente son estas las palabras más confiables que se puede decir para dar aliento a los soldados antes de una batalla! Aquí no hay el menor asomo de jactancia militar, ni los alardes que se hacen en el camerino de varones antes del juego: “¡Vamos, Abisai, viejo amigo, los haremos papilla!” Joab esperaba dificultades e hizo planes teniendo eso en cuenta. Joab no se atrevió a presumir que podía controlar el resultado. No obstante, aunque los israelitas no tenían el control sobre los resultados de la batalla, podían ser fuertes y pelear con valor por “las ciudades de

nuestro Dios” (versículo 13). La batalla misma estaba en las manos del Señor y él iba a hacer “lo que bien le [pareciera]”.

Israel tenía un arma secreta en su pelea. Es verdad que los israelitas no tenían lo mejor de la alta tecnología en carros, pero sí tenían al Señor y los ejércitos de ángeles celestiales que peleaban a su lado. No tenían una ciudad fortificada a sus espaldas en la que se pudieran refugiar, pero sí tenían a Dios como su fortaleza poderosa y como una ayuda siempre presente en las aflicciones. Ninguno de los temores de Joab se hizo realidad; al avanzar los israelitas, los sirios huyeron, y los amonitas, viendo derrotados a sus costosos aliados, sufrieron una gran humillación pública, mucho más grande que la que jamás ellos le habían ocasionado a Israel. Los amonitas pusieron pies en polvorosa y huyeron corriendo de regreso a Rabá. A Joab no le quedaba nada más que irse a casa.

En las luchas con nuestros grandes enemigos espirituales, muchas veces hablamos de nuestras debilidades. Ciertamente, no es correcto que pongamos alguna “confianza en la carne” (Filipenses 3:3). No obstante, como dijo el gran teólogo luterano C. F. W. Walther: “Der Christ ist ein Optimist!” “¡El cristiano es un optimista!” Tenemos toda la razón para ser así, ya que todo lo podemos hacer “en Cristo que [nos] fortalece” (Filipenses 4:13). Aunque no presumimos que podemos indicarle a Dios la manera en que él debe ordenar todos los pormenores en las escaramuzas de nuestra vida, tenemos su promesa de que todo resultado de toda batalla conduce inevitablemente a esa gran victoria que Cristo nos concederá cuando por fin regrese por nosotros (1 Corintios 15:57) ¡Démosle gracias a Dios!

¹⁶ Al ver los sirios que habían caído delante de Israel, enviaron embajadores, y trajeron a los sirios que estaban al otro lado del Éufrates, cuyo capitán era Sofac, general del ejército de Hadad-ezer. ¹⁷ Luego que fue dado aviso a David, reunió a todo Israel, cruzó el Jordán, llegó adonde estaban y ordenó batalla contra ellos. David ordenó su tropa contra los

sirios, y estos pelearon contra él. ¹⁸ Pero el pueblo sirio huyó delante de Israel; y mató David de los sirios a siete mil hombres de los carros y cuarenta mil hombres de a pie; asimismo mató a Sofac, general del ejército. ¹⁹ Cuando los siervos de Hadad-ezer vieron que habían caído delante de Israel, concertaron paz con David y quedaron sometidos a él. A partir de entonces, el pueblo sirio nunca más quiso ayudar a los amonitas.

20 Al año siguiente, en el tiempo en que suelen los reyes salir a la guerra, Joab sacó las fuerzas del ejército y destruyó la tierra de los amonitas. Luego fue y sitió a Rabá, mientras David estaba en Jerusalén. Joab atacó a Rabá y la destruyó. ² Entonces tomó David la corona de encima de la cabeza del rey de Rabá, y descubrió que pesaba un talento de oro. Había en ella piedras preciosas; y fue puesta sobre la cabeza de David. Además de esto sacó de la ciudad un botín muy grande. ³ Sacó también al pueblo que estaba en ella, y lo puso a trabajar con sierras, con trillos de hierro y con hachas. Lo mismo hizo David a todas las ciudades de los amonitas. Y volvió David con todo el ejército a Jerusalén.

Por lo visto, los sirios todavía no habían aprendido la lección que para nosotros ya parece tan clara: que ellos no podían ganar esa batalla. Después de enviar por más ayuda de sus hermanos que estaban al otro lado del río Éufrates, renovaron el conflicto. Esta vez los del otro lado no participaron por el dinero de los amonitas, ahora estaban tratando de salvar su propio pellejo y de conservar el control que tenían sobre las rutas de comercio abundante, rutas que llevaban al norte desde Palestina a través de sus tierras (vea 1 Crónicas 18:3). Es difícil saber exactamente cómo ordenar cronológicamente la secuencia de las batallas que se narran en 1 Crónicas 18 y 19. Parece que las guerras que sostuvo David con los sirios consistieron en tres campañas principales: (a) la que se describe en relación con el insulto que le hicieron los amonitas (1 Crónicas 19:6-15), (b) el desesperado intento de los sirios de

resistir el creciente torrente del poder de David (1 Crónicas 19:16-19), seguido por (c) la ofensiva final de David contra los sirios para llevarlos dentro de su esfera de influencia (1 Crónicas 18:3-6 y 19:19). Ya hemos mencionado la preferencia que tiene el cronista de escribir por temas en lugar de escribir en orden cronológico.

Cuando David escuchó sobre la renovada amenaza, él personalmente dirigió los ejércitos de Israel. A diferencia de la campaña anterior, esta vez Israel podía entrar en lucha con Siria en una batalla campal. Los sirios sufrieron una derrota devastadora en la que murió el general Sofac, uno de las personas designadas por Hadad-ezer. Después de esto, la confederación siria perdió el deseo de darles apoyo a los amonitas.

Después de concluir su exitosa ofensiva contra los sirios, David envió a Joab para que les diera *el golpe de gracia* a los amonitas que se habían refugiado en Rabá. Después de reducir a escombros la fortaleza principal de Rabá, Joab llamó a David, que en ese momento estaba en Jerusalén, para que dirigiera el ataque final contra la ahora indefensa ciudad (vea también 2 Samuel 12:26-30). David entró triunfalmente en la capital de los amonitas, donde sus enviados habían sido avergonzados. Tomó la corona de la cabeza del hombre que había actuado tan imprudentemente. El rey que había degradado a los hombres de David ahora fue degradado, y como él era el líder de todo un pueblo, llegó a ser el responsable de la ruina de su pueblo así como de la suya propia. El rey de Rabá pudo haber recibido la amistad del ungido del Señor, y todo su pueblo hubiera sido bendecido, pero como se había opuesto a David, perdió el derecho a gobernar y su pueblo perdió la libertad. Ellos se convirtieron en esclavos y fueron asignados a trabajo servil y degradante.

Toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es Señor (Filipenses 2:10,11). Esto también es verdad para todos los que ahora, en incredulidad imprudente, se oponen al Salvador e insultan a sus enviados al negarse a aceptar su Palabra. Nosotros

somos esos enviados, embajadores de Cristo, ¡nada menos! Cristo nos ha enviado para alcanzar con amistad a un mundo al que por naturaleza le repugna reconciliarse con Dios (2 Corintios 5:18-21). Por un lado: algunos tendrán un cambio de corazón, escucharán el mensaje de reconciliación, y recibirán la bendición de ser unidos a los que misericordiosamente son gobernados por el Ungido del Señor. Por otro lado, algunos se negarán a escuchar y recibirán en su cuerpo el castigo por su pecado. El mensaje del cronista para su propio pueblo y para nosotros es claro: no tiene sentido oponerse al Ungido. Sírvete a él en fe alegre, o queda esclavizado por siempre de tu incredulidad. En cualquier caso, Cristo será el Señor de todos.

⁴Después de esto aconteció que tuvo lugar una batalla en Gezer contra los filisteos; y Sibecai, el husatita, mató a Sipai, de los descendientes de los gigantes; y fueron humillados. ⁵Y hubo otra guerra contra los filisteos; y Elhanán hijo de Jair mató a Lahmi, hermano de Goliat, el geteo, cuya lanza tenía un asta tan grande como un rodillo de telar.

⁶Volvió a haber guerra en Gat, donde había un hombre de gran estatura, el cual tenía seis dedos en los pies y las manos, veinticuatro en total; y era descendiente de los gigantes. ⁷Este hombre desafió a Israel, pero lo mató Jonatán hijo de Simea, hermano de David. ⁸Estos eran descendientes de los gigantes de Gat, los cuales cayeron a manos de David y de sus siervos.

El cronista termina el relato de las guerras de David al regresar al lugar donde comenzó. Regresa a darle otra mirada a las batallas que sostuvo David con los filisteos (compare 1 Crónicas 18:1). El hilo común que une estos incidentes es que todos ellos describen la muerte de un gigante filisteo a manos de uno de los hombres de David.

Uno de los temores que había acobardado a diez de los espías que participaron en el reconocimiento de la tierra prometida para

llevarle la información a Moisés fue que algunos de los habitantes eran “fuertes y gigantes”. Era imposible que los israelitas los conquistaran con base en su propia fuerza (Números 13:28,33; Deuteronomio 1:28; Deuteronomio 9:2). Estos antiguos habitantes de la tierra prometida fueron conocidos con los nombres de refaítas (vea Génesis 15:19,20) o anaceos (Deuteronomio 9:2). Aunque la identificación de los refaítas o anaceos no es absolutamente clara, parece probable que el primer nombre los designe como gente de gran tamaño: “los gigantes”, y el segundo nombre se refiera a Anac, el antepasado que había sido el fundador de su raza, la de “los hijos de Anac”. En uno de los sermones de despedida que les dirigió a los israelitas, Moisés les volvió a dar esta promesa de su Dios: “Entiende, pues, hoy, que es Jehová, tu Dios, el que pasa delante de ti como fuego consumidor, quien los destruirá [a los anaceos] y humillará en tu presencia. Tú los echarás y los destruirás en seguida, como Jehová te ha dicho” (Deuteronomio 9:3).

Lo que el Señor había prometido se había cumplido parcialmente cuando Josué conquistó la tierra prometida y Caleb destruyó a los anaceos que vivían en Hebrón (Josué 14:12-15). David había continuado el proceso con la derrota personal que le infligió al filisteo Goliat, mientras que Saúl y el resto del ejército de Israel todavía se encogían de miedo (1 Samuel 17). Ahora, por fin, el ejército de Israel había encontrado su valentía y había descubierto su fortaleza para hacer lo imposible. ¡El ungido del Señor convierte a su pueblo en exterminadores de gigantes!

Los cristianos están empeñados en un combate mortal con un enemigo que no es simplemente de carne y hueso, sino el príncipe de este mundo. Pedro lo compara con un “león rugiente” hambriento de comida (1 Pedro 5:8). Cualquiera que haya visto un león en acción contra una víctima que haya escogido sabe que el objeto del deseo del león no tiene ninguna oportunidad de salvarse por sí mismo. Al final de cada contienda entre un león y un antílope, el marcador será LEÓN 1: ANTÍLOPE 0. Sólo seríamos capaces de encogernos de temor o de lamentar nuestra

inevitable derrota, si nuestro gran campeón Jesús no hubiera ido “a la guerra”, derrotándolo decididamente por nosotros (vea Lucas4:1-14). El poder que hallamos y la promesa que tenemos en la victoria de Jesús consisten sencillamente en esto: encontraremos fortaleza en el omnipotente poder del Señor. Después de que nos hayamos puesto toda su armadura, el día del mal no nos atemorizará, y podremos “estar firmes”, porque nuestro enemigo espiritual no nos vencerá (Efesios 6:10-18). El Ungido del Señor hace que cada uno de nosotros sea un vencedor de gigantes.

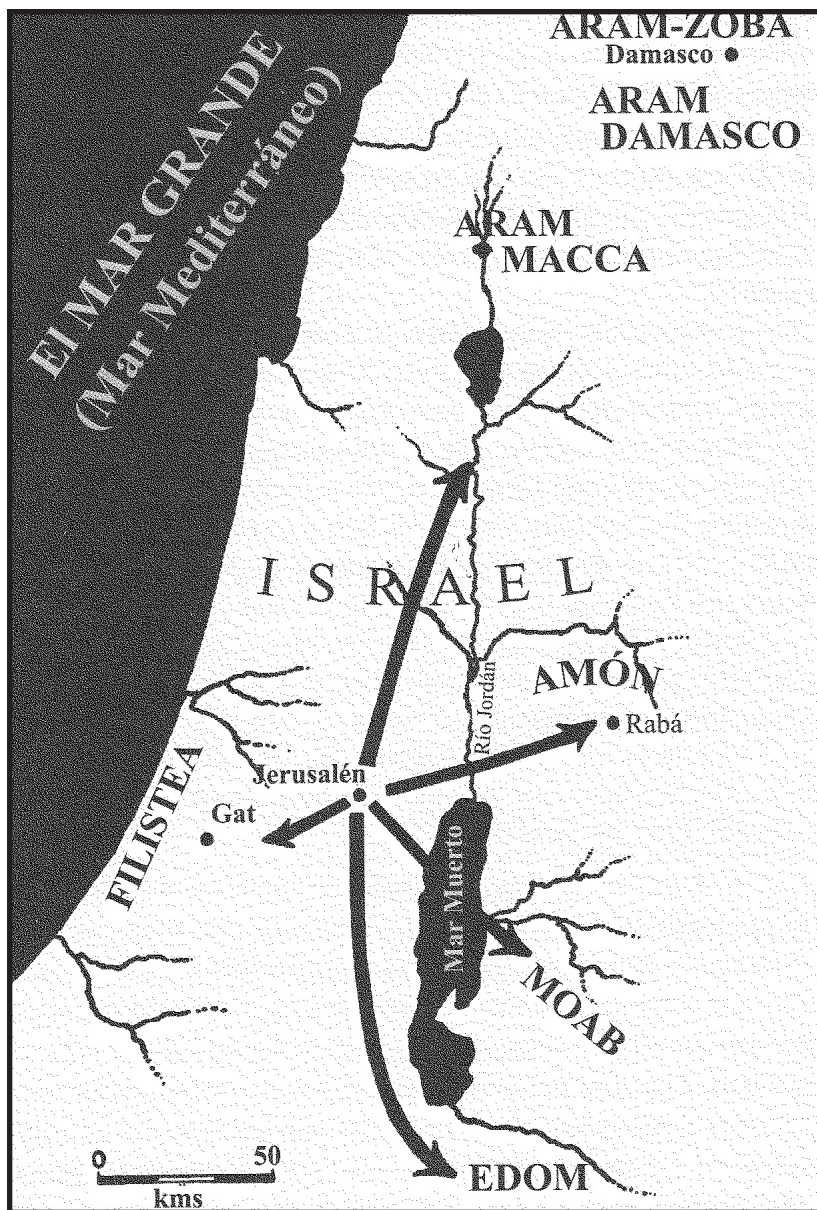
Con la derrota de los gigantes filisteos, el cronista termina la descripción de las guerras de David porque ha logrado el propósito de volver a contar la historia. Dios no permitiría que un hombre con manos ensangrentadas le construyera una casa, pero Dios sí proveyó por medio de él “un lugar para mi pueblo Israel...para que habite en él y no sea más removido” (1 Crónicas 17:9). Se había asegurado un prerequisite fundamental para la construcción del templo de Dios. Ahora que el pueblo de Dios había “descansado de sus enemigos”, el escenario ya estaba dispuesto para que Salomón, el hombre de paz, construyera la casa de Dios (Deuteronomio 12:10,11; 1 Crónicas 22:9,10).

Dios establece su reino bajo el mando de David

*David prepara la construcción de la casa de Dios
bajo el reinado de Salomón*

B. El Señor provee un lugar para su Casa

“Jehová proveerá” (Génesis 22:14). Desde el momento en que el Señor dispuso todas las cosas de modo que Abraham tuviera un carnero para sacrificar en lugar de Isaac en el monte Moria, estas palabras les han dado a los creyentes una manera de expresar su confianza en el misericordioso cuidado de Dios. “¡Nada aquí me faltará con su fiel conducción!” (*Cantad al Señor* 26:2). Por medio



David obtiene el descanso para la tierra.

de David, Dios le había dado reposo a su pueblo, una tierra donde podían vivir seguros y protegidos de sus enemigos. Ahora Dios iba a proveer un lugar en el que el hijo de David, Salomón, podría construir una “Casa para su Nombre”. Nuevamente Dios iba a hacer esto por medio de David. ¡Sólo que esta vez no lo iba a hacer por medio de la justicia de David, sino a pesar de su falta de justicia!

21 Se levantó Satanás contra Israel e incitó a David a que hiciera censo del pueblo. ²Y dijo David a Joab y a los príncipes del pueblo:

—Id, haced censo de Israel desde Beerseba hasta Dan, e informadme sobre el número de ellos para que yo lo sepa.

³Respondió Joab:

—¡Que Jehová añada a su pueblo cien veces más de lo que es, rey, señor mío! ¿Acaso no son todos ellos siervos de mi señor? ¿Para qué procura mi señor esto, que traerá pecado sobre Israel?

⁴Pero la orden del rey pudo más que Joab. Salió, por tanto, Joab y recorrió todo Israel; entonces volvió a Jerusalén y dio cuenta a David de las cifras del pueblo: ⁵había en todo Israel un millón cien mil que sacaban espada, y en Judá cuatrocientos setenta mil hombres que sacaban espada. ⁶Entre estos no fueron contados los levitas, ni los hijos de Benjamín, porque la orden del rey era abominable a Joab.

⁷Esto desagradó a Dios, el cual castigó a Israel. ⁸Entonces dijo David a Dios:

—He pecado gravemente al hacer esto; te ruego que quites la maldad de tu siervo, pues he actuado muy locamente.

Sin ninguna advertencia, aparece personalmente Satanás, el gran enemigo del pueblo de Dios, algo que no era muy común en el Antiguo Testamento. Claramente, Satanás percibió a David y a Israel como una amenaza contra el reino del caos y de la oscuridad sobre el que él gobierna. Como el pueblo de Dios vivía con

seguridad, libre del peligro de los reinos de este mundo, ahora sólo podían ser atacados desde su interior. En el relato paralelo de 2 Samuel 24, leemos que “volvió a encenderse la ira de Jehová contra los israelitas, e incitó a David contra ellos diciéndole: ‘Ve, haz un censo de Israel y de Judá’” (2 Samuel 24:1). Nos preguntamos cómo pudieron, tanto Dios como el demonio, participar en el mismo acto de hacer que David contara a su pueblo. Nos dirigimos en la dirección correcta al usar la brújula de Santiago 1:13: “Dios no...tenta a nadie [al mal]”. Después de esto, solamente podemos decir que Dios tuvo sus buenas razones y Satanás tuvo sus malas razones. Las buenas intenciones y propósitos generales de Dios se confirman por lo que leemos posteriormente. Por alguna razón de amor conocida por Dios (aun si está escondida para nosotros), el Señor le dio cuerda al demonio para que maniobrara en este asunto. A pesar de la malicia del diablo, el Dios Salvador invalidó el mal y lo hizo “[cooperar] para bien” (Romanos 8:28).

Si nos preguntamos ¿por qué el levantamiento de un censo constituyó por sí mismo una ofensa tan grave ante los ojos de Dios?, encontramos la respuesta en las razones que tuvo David para hacerlo. El hecho mismo de hacer un censo no era un acto pecaminoso; Dios hasta había establecido el procedimiento adecuado para hacer un censo en Éxodo (vea 30:11-16). El problema no es con el censo en sí, sino con el engreimiento al que lleva o que resulta de él. Aunque cada una de sus victorias habían sido un don del Señor, David comenzó a gloriarse en el don más que en el dador. Cuando David aún no era “nada”, sabía muy bien que no debía encontrar su seguridad en los armamentos ni en los guerreros, sino “en el nombre de Jehová de los ejércitos” (1 Samuel 17:45). Ahora que Dios lo había hecho algo y había llenado sus manos de éxito, David pensó que tenía algo que perder, y por eso dejó de buscar la seguridad en el Señor y, en cambio, comenzó a buscarla en “en el número de [los israelitas]” (versículo 2).

Percibiendo algo equivocado en el trabajo de su rey, Joab trató de advertirle a David, diciéndole que esa acción sólo “traerá pecado sobre Israel”. Su rey no debía tener dudas de que el Señor añadiría “a su pueblo cien veces más” (versículo 3). Después de todo, él había prometido hacer que la descendencia de Abraham fuera tan numerosa como las estrellas del cielo (vea Génesis 15:5,6; 1 Crónicas 27:23). En el capítulo anterior, Hanún, rey de Amón, siguió un mal consejo, y aquí vemos que David no le presta atención al buen consejo que le da Joab. Cualquiera de los dos caminos significa el desastre. David quería que se hiciera su voluntad, y por lo tanto “la orden del rey pudo más que Joab” (versículo 4). La acción del rey expresó mayor rebeldía porque persistió a pesar de la advertencia que le hizo Joab. Este no fue un pecado cometido sin cálculo. El ejemplo de David nos hace ver con claridad lo fácil que es ser cegado por: el orgullo, el enojo, la codicia, la desesperación, o por algún otro vicio poderoso, o por una emoción fuerte. El demonio nos pone en medio de la neblina, de tal manera que lo malo verdaderamente nos parece correcto y lo correcto nos parece malo.

Aquí alguien se puede sorprender por la observación que hace Joab respecto a que el pecado de David le iba a traer culpa a Israel. ¿Cómo podía Israel ser responsable por algo que David había hecho? En el Antiguo Testamento hay numerosos ejemplos en los que la comunidad, sin darse cuenta, fue responsable del pecado de uno de sus miembros. El pecado de Acán en Jericó es sólo un ejemplo (Josué 7). Además, la ley de Moisés había hecho provisiones para la limpieza con un sacrificio de la comunidad si pecaban “involuntariamente” (Levítico 4:13-21). Aquí parte de nuestro problema es que vivimos en un tiempo en el que el pecado ya no se ve en su verdadera naturaleza como una mancha espantosa en la buena creación de Dios. Hasta un solo pecado perturba la armonía que Dios dispuso para todo el mundo que él había creado, una armonía que él desea especialmente para su pueblo. En un sentido amplio, el pecado de un solo miembro del

cuerpo de Cristo les hace daño a todos los miembros (1 Corintios 12:26). Los que son uno en Cristo no pueden tomar una actitud despreocupada respecto a un pecado o a un problema que involucre a uno de sus miembros.

Sin embargo, además de esto, sabemos que es muy fácil que las personas sean completamente atrapadas y arrastradas por los pecados de otros. Si el pecado se apodera del corazón de un líder, rápidamente éste les puede imponer su modo de pensar a otros. Un pastor o un líder de la congregación puede desviar a todo un grupo del pueblo de Dios a hacer lo que está claramente en contra de la Palabra de Dios. Un flautista mágico puede llevar a muchos niños a la destrucción. Cada miembro de la congregación tiene la responsabilidad de levantarse y decir “¡No!” cuando se cruza la línea de la voluntad de Dios. Si no lo hacen, comparten la culpa. Joab advirtió, pero no se negó. “Salió, por tanto, Joab y recorrió todo Israel” (versículo 4) para cumplir la orden del rey. Israel se sometió al censo, y por esto, compartieron la culpa del que lo ordenó. Hay una discrepancia entre los números que se dan en 2 Samuel y los que vemos aquí. 2 Samuel tiene 800,000 espadachines en Israel y 500,000 de Judá. Aquí tenemos 1,100,000 para Israel y 470,000 de Judá (versículo 5). Podemos atribuir esta diferencia a un error del copista o se la podemos asignar a la aparente negativa de Joab a incluir a “todo Israel” en el censo. Joab no contó la tribu de Leví (un acto prohibido por la Ley, vea Números 1:49), ni tampoco incluyó a los benjamitas (por motivos más oscuros). Sabemos que la tarea “era abominable a Joab” (versículo 6), así que él pudo no haber estado completamente interesado en la precisión más estricta de la contabilidad. Además, la irrupción de la plaga mientras que el censo se estaba terminando condujo a un temor santo de poner los resultados finales en los registros del rey (vea 1 Crónicas 27:24). Bien pudieron existir varias versiones diferentes del conteo en varias etapas finales. Entonces, la discrepancia entre Crónicas y 2 Samuel reflejarían con precisión el descuido de Joab y estas condiciones algo confusas.

Una vez que su pecado ya estaba a la vista de todos, el rey tuvo un ataque de conciencia “He pecado gravemente ...te ruego que quites la maldad de tu siervo, pues he actuado muy locamente” (versículo 8). ¿Qué había producido el cambio en el corazón del rey? ¿Le había expresado el Señor su disgusto de alguna manera, tal vez le había indicado por medio de un profeta que tenía la intención de castigar a Israel por el orgullo del rey (versículo 7)? En realidad no lo sabemos; sólo podemos suponer que, de alguna manera, el Espíritu volvió a tomar el control del corazón de David y lo ayudó a darse cuenta de lo que había hecho. Raras veces conocemos la cadena precisa de acontecimientos que llevan a una persona al arrepentimiento. Algunas veces las pruebas humillan a la persona y la hacen más receptiva a la Palabra; otras veces la amonestación de un amigo, hecha con amor cristiano, dada adecuada y oportunamente, rescatará al hermano de inmediato. Algunas veces simplemente la bruma: del pensamiento, del sentimiento y del deseo pecaminoso se disipan y vemos claramente el lío en que nos encontramos. Todo lo que sabemos con seguridad es que Dios nos ha dado su Palabra y sus sacramentos, y que prometió que el Espíritu obra a través de esos medios para crear en nosotros un corazón limpio y renovar en nosotros un espíritu recto. Pero Dios no nos da una guía en la que nos diga exactamente cuándo lo hará en los casos individuales con los que tratamos.

⁹Y habló Jehová a Gad, vidente de David, diciendo: ¹⁰«Ve, habla a David y dile: “Así ha dicho Jehová: Tres cosas te propongo; escoge de ellas una y así haré contigo.”»

¹¹Gad fue ante David y le dijo:

—Así ha dicho Jehová: ¹²“Escoge para ti: tres años de hambre, o tres meses de derrotas ante tus enemigos, con la espada de tus adversarios, o bien tres días durante los cuales la espada de Jehová y la peste recorran la tierra, y el ángel de Jehová haga destrucción en todos los términos de Israel.” Mira, pues, qué responderé a quien me ha enviado.

¹³David respondió a Gad:

—Estoy en grande angustia. Prefiero caer en la mano de Jehová, porque sus misericordias son muchas en extremo, que caer en manos de los hombres.

El Señor respondió a la confesión que hizo David enviándole a Gad, el vidente. La palabra “vidente” significa casi lo mismo que significa la palabra “profeta” (2 Reyes 17:13). Se refiere a alguien que les comunica a los hombres mensajes que ha recibido de Dios por inspiración directa. A los profetas también se les llamaba “videntes” porque Dios muchas veces se comunicaba con ellos en la forma de sueños que tenían lugar mientras estaban despiertos o en forma de visiones. Ellos “veían” cosas que otros no podían ver. Una de las características extraordinarias del reino de Dios en el Antiguo Testamento era la manera en que el Señor enviaba profetas a su pueblo para: advertirlos, instruirlos, reprenderlos y animarlos. Las palabras de los profetas se consideraban como palabras de Dios. En algún momento pudo haber varios profetas que servían a Dios simultáneamente. Ya encontramos a Natán en 1 Crónicas 17. El hecho de que a Gad se le llame “vidente de David” implica que tenía alguna clase de posición oficial en la corte de David.

El mensaje que el vidente le llevó a su rey fue horrible. Dios puso delante David tres opciones “de tres”: tres años de hambre, tres meses de derrotas por los enemigos en la batalla, o tres días de plaga mortal para arruinar la tierra. A David se le dio la libertad de escoger el castigo que él y su pueblo tenían que sufrir por el orgullo que había mostrado al hacer la cuenta de la fuerza de su tropa. Aunque en las tres opciones es clara la acción de Dios, esa acción se menciona directamente sólo en el caso de la tercera. Esta plaga, si David la escogía, no iba a ser una espada llevada por los enemigos de David, sino la espada del Señor llevada por su ángel (versículo 12).

Fue esta consideración la que llevó a David a seleccionarla como la mejor de las tres “tres”. En su gran angustia, David encontró un consuelo: la espada sería llevada por el ángel de

Jehová; reconocemos aquí el nombre del Dios del pacto (vea los comentarios a 1 Crónicas 10:13,14). En la tercera opción, David sabía que iba a estar tratando directamente con el Dios Salvador. Por eso dijo: “Prefiero caer en la mano de Jehová” (versículo 13). El corazón de los hombres es duro, ellos no muestran misericordia con el enemigo y tienen muy poca misericordia para perdonar aun a un amigo. No obstante, las misericordias de Dios son eternas y nuevas cada mañana. Dios puede castigar, pero no consumirá totalmente, porque todo debe servir a los propósitos de su amor. Aun si estamos sufriendo las más amargas consecuencias del pecado, es mucho mejor ponernos en las manos de Dios que huir de él.

¹⁴ Entonces Jehová envió una peste sobre Israel, y murieron setenta mil hombres. ¹⁵ Envío Jehová el ángel a Jerusalén para destruirla; pero cuando ya estaba destruyéndola, miró Jehová y se arrepintió de aquel mal, y dijo al ángel que destruía: «¡Basta ya! ¡Detén tu mano!» El ángel de Jehová estaba junto a la era de Ornán, el jebuseo. ¹⁶ Y alzando David sus ojos, vio al ángel de Jehová que estaba entre el cielo y la tierra, con una espada desnuda en su mano, extendida contra Jerusalén. Entonces David y los ancianos se postraron sobre sus rostros, vestidos de ropas ásperas. ¹⁷ Y dijo David a Dios:

—¿No soy yo el que hizo contar al pueblo? Yo mismo soy el que pequé, y ciertamente he hecho mal; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Jehová Dios mío, caiga ahora tu mano sobre mí, y sobre la casa de mi padre, pero no envíes la peste sobre tu pueblo.

Hay varios paralelos en los temas de todo este relato que sirven para tomarlo como una unidad. Cuando David contó los hombres de su reino que pudieran manejar la espada, sólo logró que cayera sobre él la espada del Señor y disminuir setenta mil hombres de su fuerza de combate. Después de que por orgullo David decidió contar a sus hombres, cambió de idea y confesó su pecado.

Después, Dios decidió “contar” los hombres de David con una plaga; no obstante después cambió la decisión y no destruyó completamente a Jerusalén. La confianza que tenía David en la misericordia del Señor estaba bien fundada. La expresión: “Jehová... se arrepintió” (versículo 15) es simplemente una fuerte figura del idioma que le atribuye emociones humanas al Dios inmutable. Desde el punto de vista terrenal del hombre, era como si Dios hubiera tenido un cambio repentino en su corazón y en vez de esto hubiera decidido adoptar un curso de acción diferente.

Este “cambio de corazón” se produjo cuando Dios vio lo que el ángel le estaba haciendo a Jerusalén. Dios no iba a permitir que fuera destruida la ciudad donde estaba su Arca y donde se iba a construir su Casa. Él había escogido a Jerusalén como el lugar donde iba a vivir en medio de su pueblo. Su misericordia salvadora lo llevó a decirle a su mensajero: “¡Basta ya! ¡Detén tu mano!” (versículo 15). Muy de la misma manera, Jesús nos asegura que los terribles últimos días serán acortados “por causa de los escogidos [de Dios]” (Mateo 24:22). Sabemos que Dios permitirá que sobrecojan al mundo días de dolor sin paralelo como consecuencia del pecado. Precisamente cuando parezca que el mal ha alcanzado su máxima fuerza y que no queda esperanza, Dios les dirá a sus ángeles destructores: “¡Basta ya!”, y caerá la cortina de la historia. Él hará esto por causa de su pueblo, que es su iglesia, y el templo donde vive por su Espíritu (Efesios 2:22).

Este “cambio de corazón” había ocurrido antes de que David hubiera comenzado a decir su oración de intercesión por el pueblo. Aun así, David no podía ver el corazón de Dios ni conocer su plan; lo que él y los ancianos vieron fue el ángel que estaba junto a la era de Ornán, el jebuseo. Lo que vieron fue la espada del ángel todavía desenvainada y extendida amenazadoramente sobre la ciudad. Una vez más, Dios le dio a David el corazón para creer que la muerte y la destrucción no eran las palabras finales de Dios para su pueblo. David vio el temible aspecto que tenía el ángel vengador de Dios ejecutando juicio. No obstante, se atrevió a esperar en la misericordia de Dios. Esta fe no se pudo haber basado

en nada que David estuviera experimentando en ese momento, sino sólo en la Palabra y en la promesa de Dios.

David y los ancianos se postraron sobre su rostro en adoración a Dios cuyos juicios son “insonables, y inescrutables sus caminos” (Romanos 11:33). Estaban vestidos de cilicio en señal de arrepentimiento, afligidos por el pecado. Con el corazón en la boca, David se volvió a Dios en oración en nombre de su pueblo. Como un verdadero pastor de su rebaño, no huyó ni dejó que el pueblo soportara solo las consecuencias de la ira de Dios por el pecado. En cambio, tomó la responsabilidad plena de lo que había hecho y le pidió a Dios: “Caiga ahora tu mano sobre mí, y sobre la casa de mi padre, pero no envíes la peste sobre tu pueblo” (versículo 17). Es como si estuviera diciendo: “Aflige al pastor, y deja ir libres a las ovejas.”

Qué ánimo nos da, en todas las circunstancias, saber que nosotros también tenemos un Rey que aboga por nosotros “para con el Padre” (1 Juan 2:1,2). Él es el Buen Pastor que dio su vida por las ovejas (Juan 10:11). Este gran Hijo del gran rey David responde a nuestras necesidades mucho mejor que lo que David pudo responder. Después de todo, él no necesita abogar en su propia defensa, ni tampoco tiene pecados personales que le deban ser perdonados. El Justo aboga por nuestra causa delante de Dios al señalar la evidencia irrefutable de su vida inocente y la expiación perfecta que hizo por su amarga muerte.

¹⁸ El ángel de Jehová ordenó a Gad decirle a David que subiera y construyera un altar a Jehová en la era de Ornán, el jebuseo. ¹⁹ Y David subió, conforme a la orden que Gad le había dado en nombre de Jehová. ²⁰ Al volverse Ornán, que estaba trillando el trigo, vio al ángel, y los cuatro hijos que estaban con él se escondieron. ²¹ Cuando David llegó adonde estaba Ornán, éste miró y vio a David; entonces salió de la era y se postró en tierra ante David. ²² Luego dijo David a Ornán:

—Dame este lugar de la era, para que edifique un altar a Jehová; dámelo por su cabal precio, para que cese la

mortandad en el pueblo.

²³ Respondió Ornán a David:

—Tómala para ti, y haga mi señor, el rey, lo que bien le parezca. Yo daré los bueyes para el holocausto, trillos para leña y trigo para la ofrenda. Yo lo doy todo.

²⁴ Replicó el rey David a Ornán:

—No, todo quiero comprarlo por su justo precio; porque no tomaré para Jehová lo que es tuyo, ni sacrificaré holocausto que nada me cueste.

²⁵ Y dio David a Ornán por aquel lugar la suma de seiscientos siclos de oro.

Como respuesta a la oración de intercesión de David, el ángel del Señor le ordenó que construyera un altar para sacrificio en una era cercana. La era le pertenecía a Ornán, que era descendiente de los habitantes jebuseos originales de Jerusalén. Antes de que avancemos, probablemente sea útil tener algunos datos a nuestra disposición sobre lo que son las *eras*. Usualmente se encontraban localizadas en la parte superior de las montañas, lugares donde uno podía esperar que soplara la brisa. El viento era útil en la parte final del proceso de la trilla, que se llama *aventamiento*. Para aventar, el agricultor tomaba en la mano el tridente de aventar (muy parecido a nuestra horquilla moderna, con dientes más largos y más curvos) y lanzaba el trigo trillado hacia arriba en el aire. Los granos de trigo más pesados caían directamente al piso de la era, mientras que la cáscara y el tamo inútiles eran llevados por el viento (vea el Salmo 1:4 y Lucas 3:17).

Antes de que el grano pudiera ser aventado, primero tenía que ser *trillado*. Eso significa que la corteza del grano se tenía que romper y quitar para que el grano se pudiera separar de la cáscara no comestible. Se podían trillar pequeñas cantidades de grano restregándolas con las manos (Lucas 6:1); sin embargo, para procesar toda una cosecha se necesitaba una era. La característica distintiva principal de una *era* (además de la ventaja de estar en la cima de una montaña, como se dijo antes) consistía en la superficie

dura sobre la que se podía moler el grano y se podía aflojar la corteza. El agricultor ponía el grano sobre esa superficie dura y en ella lo podía batir con mayal u hollar con bueyes. La tecnología más avanzada de ese tiempo empleaba un trillo (versículo 23) que era un trineo de madera con salientes de piedra o de hierro incrustados en la superficie inferior. Los bueyes arrastraban el trineo sobre el grano hasta que el proceso de la trilla quedaba completo.

Cuando unimos toda esta información con nuestro texto, podemos sacar la conclusión de que Ornán tenía una de las mejores eras del área. Tenía un afloramiento plano rocoso en la cima de una montaña localizada cerca de la capital del reino de Israel. Tenía también bueyes y trilladoras e hijos para que trabajaran con él en su negocio. Sin embargo, Dios tenía otros planes para esa era.

Mientras David iba en camino para cumplir el mandato que el Señor le había dado, Ornán se apartó un momento de su trabajo y vio un ángel. ¡Debió ser una visión muy aterradora! Un ángel de pie en el aire sobre su era, con la espada de destrucción extendida en su mano. Esto fue demasiado para sus hijos, que se escondieron asustados. Sin duda, Ornán tenía pensado hacer lo mismo cuando de repente escuchó el ruido que anunciaba que David se aproximaba. Se volvió y, al ver a su rey, se postró en tierra.

Lo que sigue a continuación es un ejemplo interesante de cómo se hacía un negocio al estilo del antiguo Cercano Oriente. Tiene cierta similitud con el negocio que hizo Abraham con Efrón el heteo cuando le compró la cueva para sepultar a Sara en Macpela (Génesis 23:10-20). Primero, David dice cuál es el propósito de su venida (versículo 22) y ofrece comprar la era “por su cabal precio” (versículo 22). Después, Ornán hizo una “contraoferta” al decir que se la iba a dar sin que le pagara nada. ¡Además, le ofreció que iba a añadir: los bueyes para el holocausto, los trillos para leña, y el trigo para la ofrenda del grano! David insistió nuevamente en que iba a pagar el precio justo. Finalmente, acordaron un precio de seiscientos siclos de oro (versículo 25). Para los que se sienten incómodos con la diferencia entre esta cantidad y los cincuenta

siclos de plata que se mencionan en 2 Samuel 24:24, solamente debemos señalar que 1 Crónicas habla del precio de la compra de todo el “lugar” (la era con sus alrededores) mientras que 2 Samuel menciona el precio que se pagó solamente por la era y los bueyes para el sacrificio. Sin duda, la razón por la que Ornán estaba tan dispuesto a vender el negocio de la familia era la visión del ángel que acababa de tener. Dios tiene sus propias formas de negociar.

Las palabras que le dirigió David a Ornán nos conmueven de una manera especial: “No, todo quiero comprarlo por su justo precio; porque no tomaré para Jehová lo que es tuyo, ni sacrificaré holocausto que nada me cueste” (1 Crónicas 21:24). El pecado acarrea una deuda que se llama culpa; la culpa es más que el solo sentimiento interno que tengo cuando hago algo malo, es la realidad objetiva que describe mi posición delante de Dios después de que peco. Dicho de una manera sencilla: Tengo una deuda; es evidente que lo que debo es mi vida, ya que me he rebelado contra el Dios santo e infinito que exige que yo sea santo. Bajo el antiguo pacto, Dios aceptaba misericordiosamente la sangre de toros y cabras como un pago sustituto por la deuda. Aquí David reconoce que no puede tomar de otra persona para pagarle a Dios la deuda que él tenía, ni puede ofrecer un sacrificio que no le cueste nada. Eso de ninguna manera sería un sacrificio.

Dios hizo lo que David no podía hacer. Ni aun el toro más costoso podía servir como sustituto para pagar la deuda contraída por un mortal. Nosotros también teníamos una deuda infinita con Dios, una deuda que éramos incapaces de pagar “aunque yo aparezca fiel, aunque lllore sin cesar” (*Culto Cristiano* 219:2). Si después de haber cometido un pecado nos comprometíamos a rendirle a Dios un amor perfecto y si lográramos hacerlo, con eso sólo le estaríamos dando lo que él ya ha merecido; eso no serviría de ninguna manera para borrar la deuda que adquirimos por el pecado. Por lo tanto, Dios nos dio lo que era suyo, a su único Hijo. Jesús ofreció un sacrificio completo que le costó todo; sin embargo, a nosotros no nos cuesta nada. “Mía es la deuda que con crueles llagas tú, Cristo, pagas” (*Culto Cristiano* 64:3). Los que

hallan reposo en su amor no pueden descansar hasta que le paguen a su prójimo la deuda que todavía está pendiente: “amaros unos a otros” (Romanos 13:8).

²⁶ David edificó allí un altar a Jehová, en el que ofreció holocaustos y ofrendas de paz e invocó a Jehová, quien le respondió por fuego desde los cielos en el altar del holocausto. ²⁷ Entonces Jehová habló al ángel, y éste volvió su espada a la vaina.

²⁸ Al ver David que Jehová lo había oído en la era de Ornán, el jebuseo, ofreció sacrificios allí. ²⁹ Pues el tabernáculo de Jehová que Moisés había hecho en el desierto, y el altar del holocausto, estaban entonces en el lugar alto de Gabaón; ³⁰ pero David no pudo ir allá a consultar a Dios, porque estaba atemorizado a causa de la espada del ángel de Jehová.

22 Y dijo David: «Aquí estará la casa de Jehová Dios, y aquí el altar del holocausto para Israel.»

David obedeció por completo el mandato del ángel (vea 1 Crónicas 21:18). Después de que compró la era, construyó un altar en ese lugar y ofreció sacrificios. Su corazón estaba buscando la tranquilidad de saber que el Señor había perdonado su pecado y que su relación con él había sido restaurada por completo. Jehová “le respondió por fuego desde los cielos en el altar del holocausto” (versículo 26). De esa manera impresionante el Señor manifestó claramente que había aceptado el sacrificio de David y quiso darle la seguridad que él estaba buscando. Como una confirmación adicional, David vio que el ángel “volvió su espada a la vaina” (versículo 27). En la era de Ornán, Dios: aceptó el sacrificio de David, respondió a la oración y vino en ayuda de su pueblo.

David se dio cuenta de que había sucedido algo más que la simple detención de la plaga. Antes de este acontecimiento, los israelitas estaban obligados por la ley de Dios a ofrecer sacrificio en el lugar alto en Gabaón, donde estaba ubicado el tabernáculo de Moisés junto con el altar del holocausto que el mismo Moisés

había construido (versículo 29). Cuando la plaga estaba en su apogeo, se detuvo toda la actividad en el país. David estaba temeroso de viajar para “consultar a Dios” (versículo 30). Sólo después de que Dios le dio la orden directamente, David pensó en ofrecer sacrificio en alguna otra parte. Sin embargo, David se dio cuenta de que este nuevo lugar y este nuevo altar también tenían la aprobación de Dios, sólo después de que Dios dio la orden y de que David vio la manera en que Dios había recibido su sacrificio en la era de Ornán. Después de que pasó la plaga, David continuó ofreciendo sacrificios en ese lugar (versículo 28). Aún más, se dio cuenta de que Dios había seleccionado el lugar donde se iba a construir su Casa (1 Crónicas 28:1).

“El Señor proveerá.” Por medio del justo David, el Señor le había dado a su pueblo descanso de sus enemigos. Por medio del orgullo de David, el Señor escogió un lugar donde se le construyera su Templo. El cronista nos muestra esto no para animarnos a pecar, sino para magnificar la gracia de Dios al destruir el mal y convertirlo en bien. Dios puede obrar por medio de nuestras fuerzas y aun por medio de nuestras debilidades. Porque “sus misericordias son muchas en extremo” (1 Crónicas 21:13), podemos estar seguros de que al mismo tiempo que el diablo está presente para destruirnos, nuestro amoroso Dios también está allí mismo, presente para protegernos. Él puede cambiar nuestras más grandes derrotas en las victorias más increíbles de su gracia.

David prepara la construcción de la casa de Dios bajo el reinado de Salomón

C. David personalmente comisiona a su hijo Salomón para la construcción del Templo

Uno podría haber esperado que David mostrara cierta falta de entusiasmo respecto a un proyecto que no iba a ver terminado, pero esa no es la manera en que funcionan las cosas en el reino de

Dios. En el reino de Dios, el mayor interés de un creyente es hacer grande el nombre de Dios, y no aumentar su propia reputación. En los siguientes capítulos nos vamos a enterar de la manera en que David hizo todo lo posible para preparar el camino para que Salomón construyera el templo.

² Después mandó David que se reuniera a los extranjeros que había en la tierra de Israel, y señaló de entre ellos canteros que labraran piedras para edificar la casa de Dios. ³ Asimismo preparó David mucho hierro para los clavos de las puertas y para las juntas; y también una incalculable cantidad de bronce, y madera de cedro sin cuenta, ⁴ pues los sidonios y tios habían traído a David abundante madera de cedro.

⁵ David se decía: «Salomón, mi hijo, es muchacho y de tierna edad, y la Casa que se ha de edificar a Jehová ha de ser magnífica por su excelencia, para renombre y honra suya en todas las tierras; ahora, pues, yo haré los preparativos necesarios.» E hizo David grandes preparativos antes de su muerte.

De una manera muy enérgica, David se dispuso a reunir los recursos necesarios para llevar a cabo esa enorme tarea. Las necesidades más evidentes eran: la mano de obra, los materiales y el dinero. Los extranjeros que vivían dentro de las fronteras de Israel fueron puestos al servicio del único Dios verdadero. A algunos de ellos David los había capacitado como canteros (cortadores de piedra); su trabajo consistía en labrar “piedras para edificar la casa de Dios” (versículo 2). Estos “extranjeros” probablemente eran descendientes de los habitantes originales de la tierra, que habían sobrevivido a la conquista de Palestina por Josué (vea Josué 9).

El cronista nos describe la acumulación de materiales en los versículos tres y cuatro. Otros constructores de imperios habrían podido apartar cantidades suficientes de bronce y de hierro para hacer armas; David las acumuló para la casa de su Dios. La madera

que se necesitaba para el techo y para los paneles se juntó en mayor cantidad de la que se podía contar (versículo 4). Esa madera de cedro fue uno de los beneficios que obtuvo de la alianza con Hiram, el rey de Tiro, como lo recordamos en 1 Crónicas 14:1. En ese mismo versículo nos enteramos de que David también recibió artesanos expertos de Tiro, hombres que sabían trabajar la piedra y la madera. Parece razonable concluir que David utilizó a esos técnicos de Tiro para adiestrar a los extranjeros de su propia fuerza. Los preparativos financieros que hizo David se describirán más adelante en este capítulo.

Antes de comenzar cualquier proyecto, es necesario asegurarse de que los obreros tengan suficiente capacidad. Muchos trabajos han fracasado, no porque no hubiera suficiente material o dinero para terminarlo, sino porque no se dedicó suficiente tiempo para considerar los talentos y las habilidades de los que iban a participar. Aquí David demostró que tenía la facilidad de atraer a gente capacitada y trabajadora, además de su genio organizativo. Reconoció que su hijo era “muchacho y de tierna edad” (versículo 5). La intención no fue la de criticar a Salomón, sino que simplemente David no permitió que el amor de padre lo cegara. Comprendió el hecho de que su hijo era joven y que el trabajo que él tenía por delante era inmenso. Es por eso que estaba decidido a hacer todo lo que pudiera para prepararle el camino a Salomón.

La tarea era tan inmensa porque la casa de Dios debía ser “magnífica por su excelencia, para renombre y honra suya” (versículo 5). Esta magnificencia no era por su propio bien, y menos aun para la gloria de los que participaron en el proyecto. La casa de Dios tenía que ser a la vista de “todas las tierras”, sorprendente por su belleza e impresionante en su gloria (versículo 5). Bajo el antiguo pacto, Israel era la “ciudad de Dios” “asentada sobre un monte” (Mateo 5:14-16), un faro de fe con el que Dios trató de llamar a las naciones paganas que la rodeaban. El Templo era el corazón de Israel, porque allí Dios estaba presente entre su pueblo como su Salvador. Vemos el celo misionero de David en

la percepción que tenía de la magnificencia futura de la casa de Dios.

Hay algo muy útil que la iglesia puede aprender del ejemplo de David. Cuando una congregación comienza a considerar un gran proyecto, no es extraño que se formen dos grupos. Por un lado existen los “prácticos” que hacen preguntas como: “¿quién?, ¿qué?, ¿dónde?, ¿cuándo? y ¿cuánto va a costar todo esto?” Y por otro lado están los “visionarios” que tratan de ver hacia el futuro y que no ven obstáculos sino únicamente oportunidades. Muchas veces hay fricción entre los dos grupos, el mal humor se puede encender y se harán acusaciones. Los prácticos acusan a los visionarios de no tomar en cuenta el costo, y los visionarios acusan a los prácticos de no tener suficiente fe. David nos enseña que la visión y lo práctico pueden ir de la mano. Él vio claramente que la casa de Dios se iba a construir después de su muerte; sin embargo, hizo cuidadosos preparativos. ¡Que aprendamos en nuestra vida de discipulado a tomar en cuenta el costo, y al mismo tiempo vivir con la visión del amor de nuestro Salvador!

⁶Llamó entonces David a Salomón, su hijo, y le mandó que edificara Casa a Jehová, Dios de Israel. ⁷Y dijo David a Salomón: «Hijo mío, en mi corazón tuve el propósito de edificar un templo dedicado al nombre de Jehová, mi Dios. ⁸Pero recibí palabra de Jehová, que decía: “Tú has derramado mucha sangre y has hecho grandes guerras; no edificarás Casa a mi nombre, porque has derramado mucha sangre en la tierra delante de mí. ⁹Mira que te nacerá un hijo, el cual será hombre de paz, pues yo le haré estar en paz con todos sus enemigos en derredor; por tanto, su nombre será Salomón, y en sus días concederé paz y reposo a Israel. ¹⁰Él edificará una Casa a mi nombre; será para mí un hijo, y yo seré para él un padre; y afirmaré el trono de su reino sobre Israel para siempre.” ¹¹Ahora pues, hijo mío, Jehová esté contigo, y seas prosperado, para que edifiques la Casa a Jehová tu Dios, como él ha dicho

de ti. ¹² Que Jehová te dé entendimiento y prudencia, para que cuando gobiernes a Israel guardes la ley de Jehová, tu Dios. ¹³ Entonces serás prosperado, si cuidas de poner por obra los estatutos y decretos que Jehová mandó a Moisés para Israel. Esfuérzate, pues, y cobra ánimo; no temas, ni desmayes. ¹⁴ Mira, yo con grandes esfuerzos he preparado para la casa de Jehová cien mil talentos de oro, un millón de talentos de plata, y bronce y hierro sin medida, pues es mucho. Asimismo he preparado madera y piedra, lo cual tú podrás aumentar. ¹⁵ Tienes contigo muchos obreros, canteros, albañiles, carpinteros, hombres expertos en toda clase de obra. ¹⁶ Del oro, de la plata, del bronce y del hierro, hay en abundancia. Levántate y manos a la obra; que Jehová esté contigo.»

David, continuando con sus preparativos, llamó a Salomón para encargarlo personalmente del trabajo. Lo que hizo David es un buen ejemplo de cómo se puede animar de una manera cristiana. A manera de prólogo, David le recordó a su hijo que originalmente él había tenido la intención de construir la Casa para el Señor. Sin embargo, la voluntad de Dios había anulado la de David. El rey se enteró por medio de la profecía que su hijo iba a ser el que construiría el Templo. David le repitió nuevamente la profecía a su hijo; de esa manera, Salomón sabría que las palabras de ánimo, que venían a continuación, contendrían no sólo el deseo piadoso de un padre, sino también la promesa segura de Dios.

Dios le había negado a David el privilegio de construirle su Casa porque había “derramado mucha sangre en la tierra delante de [él]” (versículo 8). El verdadero propósito del Templo se iba a expresar mucho más si lo construía un hombre de “paz y reposo” (versículo 9). En el Templo, Dios iba a restaurar otra vez la armonía entre él y su pueblo, una armonía que ellos habían quebrantado por medio del pecado. En el Templo, el Dios misericordioso iba a escuchar las oraciones de su pueblo y los iba a bendecir con su paz. Vimos en 1 Crónicas 12:1-22, que el

concepto de la palabra “paz” en hebreo es más amplio y rico que el de la palabra española que se usa para traducirla. No es simplemente la ausencia de la guerra, sino que es además un estado positivo de bienestar que se presenta cuando Dios está en los cielos y todo marcha bien entre él y el mundo.

Aquí se describe a Salomón como quien iba a conducir hacia esa paz y ese reposo. El versículo nueve contiene en el original un pequeño y bello juego de palabras que utiliza: equívocos, repeticiones y asonancias. Es imposible reproducirlo en español, pero se puede sentir algo del lenguaje original al leer la transliteración del hebreo: *Shelemoh yiyeh shemoh va shalom va sheker* (etc). Estas palabras se pueden traducir literalmente como “Salomón será su nombre y paz y tranquilidad... (etc.)”. La base para el juego de palabras es el parecido que existe entre el nombre de Salomón y la palabra para paz en hebreo. En este caso el hombre es como el nombre que tiene: el hombre con el nombre “Paz” le traerá la paz a Israel al construirle a Dios su Casa de paz.

Desde luego, sabemos que Salomón sólo iba a traer una paz provisional, porque la paz de Jesús será en perfección. La tranquilidad que todo corazón humano desea sólo se encuentra en Jesús; él es el Príncipe de Paz y el gran dador de reposo, promete dar paz a todos que la buscan en él (Mateo 11:28). El reposo prometido no significa el descanso de las actividades, sino la dulce liberación: del dolor y del temor, del terror y de la obligación, del trabajo duro y de los problemas—libertad de todas las plagas presentes sobre los hijos de Adán. Comienza con el perdón de los pecados y con la restauración de nuestra relación con Dios; termina en la ciudad perfecta cuyas puertas nunca están cerradas, donde ni siquiera se recuerdan la muerte ni el pesar ni el dolor (Apocalipsis 21).

Sobre la base de las misericordias seguras que le fueron prometidas, David le dijo estas palabras de ánimo a su hijo: “Ahora...Jehová esté contigo...y edifiques la Casa a Jehová tu Dios, como él ha dicho de tí” (versículo 11). La seguridad de la

prosperidad en este asunto no iba a venir: del ardiente deseo de David, ni de sus cuidadosos preparativos, ni de la habilidad de su hijo. Salomón podía tener la certeza de que iba a construir la Casa sólo porque el Señor había dicho que él lo iba a hacer. También vemos que la repetición de las palabras “Jehová esté contigo” (en los versículos 11 y 16) unen a esta parte del discurso de David. Esta no es una expresión sin importancia; confiando en la promesa de Dios, David pronunció esta bendición sobre su hijo Salomón para que éste no se desanimara por el gran tamaño de la empresa que estaba por emprender. Era importante recordar que no iba a estar trabajando solo, sino que Dios iba a estar con él, no como si fuera: una piedra, o un bloque de madera, ni a la manera de algo como la pata de conejo para la buena suerte, sino que iba a estar con él: con todo su poder, con los recursos infinitos del cielo, para cuidarlo en esta tarea.

Sabiendo esto, David prosiguió: “Esfuérzate, pues, y cobra ánimo; no temas, ni desmayes” (versículo 13). Con Dios a su lado, Salomón podría avanzar contra todo un ejército de enemigos. Con Dios a su lado, no tenía que temer. ¿Qué le podía hacer el hombre a él?

Finalmente, notamos que David le recomendó a Salomón que se aferrara a la ley de Jehová, y le pidió al Señor que le diera a su hijo “entendimiento y prudencia” para valorar esta palabra de Dios como su posesión más preciosa (versículo 12). Entonces, con tal que él considerara primero los mandamientos de Dios y los guardara cuidadosamente (versículo 13), Salomón iba a tener el éxito que estaba buscando. La norma por la que se juzgaba a un rey en el Antiguo Pacto era la fidelidad a la ley de Moisés. Dios nunca tuvo el propósito de que un rey tuviera poder absoluto sobre su pueblo; el rey mismo estaba obligado por la *Torá*, el código de la ley mosaica, que hacía las veces de constitución del reino de Israel. Esta norma se reafirmó como parte de la promesa especial que David había recibido respecto a su Casa. Allí Dios había dicho: “Si hace mal, yo le castigaré” (2 Samuel 7:14). El amor de Dios

no era condicional; iba a permanecer con la casa de David, pero si un rey de la línea de David ignoraba la ley de Dios, iba a sufrir las consecuencias. Un rey de Israel sólo podía disfrutar de la aprobación de Dios en su trabajo y hallar éxito al guardar la Ley.

En un sentido, lo que David le dijo a su hijo Salomón tenía el propósito de ser una palabra de aliento para todos sus sucesores, a pesar de los muchos que pudieran ser. El hombre que era conforme al corazón del Señor les dijo: “Confía en el Señor, aférrate a su Palabra, guarda la Ley que fue dada por medio de Moisés; sólo así tendrás éxito.” En todo el resto de este libro, ésta será la única norma que el cronista use para evaluar el reinado de un rey en especial y la única que explicará la razón del éxito (o de la falta de éxito) de un rey en su oficio como pastor del pueblo de Dios.

Las palabras de David son un eco de lo que Dios mismo le había indicado a Moisés que le dijera a Josué, su sucesor (Deuteronomio 3:27,28; 31:6,7). David conocía la ley de Moisés y había estudiado cuidadosamente sus escritos. Moisés, al igual que David, fue un líder al que no se le permitió ver la conclusión lógica de su tarea. Él había conducido a Israel fuera de Egipto, y lo guió durante cuarenta años de viaje por el desierto, pero no se le permitió entrar a la tierra prometida. Así que murió, viendo la tierra, pero sin llegar realmente a la meta de su trabajo. Moisés tuvo que dejarle a Josué la tarea de guiar a los israelitas a la tierra prometida. Por medio del ejemplo de estos grandes hombres, Dios dice con toda claridad que el simple logro de las metas, aun de las metas divinas, no es nuestro objetivo principal en la vida como hijos de Dios. Nuestro objetivo principal es permanecer fieles a nuestro Dios misericordioso y ensalzar su nombre, al servirle de la manera que él considere conveniente. Cualquier cosa que logremos se la dejamos a él.

David concluye las palabras de ánimo para Salomón con la mención de los recursos que él había asegurado para llevar a cabo el proyecto (versículos 14-16). Además de la mano de obra y de los materiales ya mencionados, vemos que con la victoriosa

campana David había reunido un fondo de “cien mil talentos de oro, un millón de talentos de plata” (versículo 14) para la construcción del Templo. Las cantidades eran enormes de acuerdo con el criterio de cualquier hombre, pero necesarias ante el sublime uso que se les iba a dar. La casa del Señor iba a ser verdaderamente “magnífica por su excelencia, para renombre y honra suya en todas las tierras” (versículo 5). Aunque Salomón tenía la libertad de aumentar estos recursos, era claro que no se veía forzado a comenzar su tarea organizando la consecución de fondos, porque David ya se había encargado de esto.

El escritor de la carta a los Hebreos nos anima a que nos exhortemos mutuamente (Hebreos 10:25). Podemos hacerlo de una manera informal o en un servicio formal de adoración. En cualquier caso, la iglesia crece y se fortalece “por medio de la conversación y consolación mutua entre los hermanos” (Artículos de Esmalcalda, Parte III, Sobre el Evangelio, página 321). Al hablar unos con otros, aprendemos por el ejemplo de David a dar ánimo basado en las promesas de Dios y a recordarnos mutuamente cual es la voluntad de Dios. ¿Qué mejor manera de instalar a los funcionarios de la congregación en su trabajo que recordándoles las promesas de Dios para los que le sirven a su pueblo? ¿Qué otra cosa sería mejor para un cristiano, confundido por el mundo pecador y por su propia carne, que escuchar la clara guía que ofrece la Palabra de Dios? ¿Qué otro consuelo necesita un hermano en la fe, vencido por la desesperación, que la seguridad de que “Dios está con él en Cristo” a pesar de cómo se sienta? La necesidad de ese apoyo mutuo se hace aun mayor “cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:25). ¡No dejemos de darnos ánimo los unos a los otros, ni dejemos de recibir ánimo los unos de los otros (lo que a veces es más difícil)!

17 Asimismo mandó David a todos los principales de Israel que ayudaran a Salomón, su hijo, diciendo: ¹⁸ «¿No está con vosotros Jehová, vuestro Dios, el cual os ha dado paz por todas partes? Porque él ha entregado en mis manos a los habitantes

de la tierra, y la tierra ha sido sometida delante de Jehová y delante de su pueblo. ¹⁹ Aplicad, pues, ahora vuestros corazones y vuestras almas a buscar a Jehová, vuestro Dios. Levantaos y edificad el santuario de Jehová Dios, para traer el Arca del pacto de Jehová, y los utensilios consagrados a Dios, a la casa edificada al nombre de Jehová.»

Como sabemos por el segundo libro de Samuel, David tuvo que enfrentar los celos y las contiendas, que surgen cuando un hombre tiene muchos hijos de diferentes esposas; tuvo que superar la rebelión de su hijo Absalón, que casi lo derribó del trono. Eso sin duda nos da el antecedente para entender estos versículos. David no quería que los principales de su pueblo se enredaran en intrigas palaciegas después de su muerte, sino que estuvieran perfectamente enterados de que el Señor había elegido a Salomón como su sucesor. También quería que supieran lo que el Señor se proponía realizar por medio de Salomón. Debería quedar claro quién iba a ser su sucesor y cuál iba a ser la meta de su gobierno.

De la misma manera en que lo había hecho con Salomón, David animó a sus príncipes haciéndoles saber que el Señor estaba con ellos. No podía haber duda de eso porque la evidencia era clara: Dios les había otorgado victoria tras victoria sobre sus enemigos, de tal manera que disfrutaban de “paz por todas partes”. También se habían acabado los grupos de resistencia pagana dentro de la tierra prometida, de tal manera que se podía decir: “la tierra ha sido sometida delante de Jehová y delante de su pueblo” (versículo 18). Era claro que los prerequisites que se necesitaban para construir una casa permanente al nombre del Señor, como los había descrito Moisés, se habían cumplido completamente.

“Aplicad, pues, ahora vuestros corazones y vuestras almas a buscar a Jehová, vuestro Dios” (versículo 19). Dejen que toda su vida interior esté completamente dirigida al único verdadero Dios. Esto viene aun antes de llevar a cabo las metas que él puede poner delante de usted en esta vida. Cuando el centro interior del corazón está en el Dios Salvador, la vida exterior dará evidencia de esto.

Dios no sólo convierte nuestro corazón, sino también: nuestra boca, nuestros pies y nuestras manos. David tenía todo el derecho de esperar que la devoción de los príncipes de Israel a Dios los condujera directamente a construirle su Casa.

La iglesia luterana correctamente hace énfasis en que somos salvos solamente por medio de la fe en Cristo Jesús. Es perfectamente correcto excluir cualquier pensamiento de que nuestras buenas acciones nos harán ganar la buena misericordia de Dios. Sin embargo, a veces actuamos como si lo único que Dios tuviera derecho de esperar de nuestra parte fuera la fe y lo único que la congregación nos puede pedir es que creamos. Pero la verdadera fe siempre está acompañada de las buenas obras. Cuando la devoción al Señor sale del corazón, conduce a la persona a entregarle su vida entera a Dios. Tenemos todo el derecho a esperar que los líderes del pueblo de Dios guíen con su ejemplo. Después de todo, aquellos a quienes guían no pueden ver la fe en su corazón, sino sólo la manera en que la fe guía la vida de un dirigente de la congregación. Lo pueden observar y escuchar: cuando imparte la clase bíblica, y cuando se dedica al Señor con: su tiempo, su dinero y sus capacidades. David no fue tímido al expresar lo que esperaba de los líderes del pueblo de Dios. Nosotros tampoco debemos ser tímidos. ¿Acaso no está el Señor nuestro Dios con nosotros? ¡Él nos ha dado la victoria y el reposo en Cristo nuestro Señor!

David prepara la construcción de la casa de Dios bajo el reinado de Salomón

D. David organiza a Israel en apoyo de la casa de Dios

Una vez más llegamos a una sección de Crónicas que fue de interés vital para los lectores originales del escritor sagrado, pero que es un poco menos emocionante para nosotros. Los capítulos 23 a 27 de 1 Crónicas tienen que ver con los esfuerzos que hizo David para organizar a su pueblo alrededor del Templo y de sus

servicios. Los levitas o trabajadores del Templo, vienen primero en la lista del cronista, después: los sacerdotes, los cantores, los porteros, los levitas administradores, el ejército, los jefes tribales, los administradores de la corona y, finalmente, los consejeros reales. Muchos de estos grupos los hemos encontrado antes en nuestro estudio de los capítulos 6, 9, y 15, de 1 Crónicas. Juzgando por la cantidad de espacio que les dedica en su libro, ¡estas son personas cercanas al corazón de nuestro escritor! No obstante, no tenemos que incomodarnos repitiendo las observaciones que se han hecho previamente.

Nuestro interés será entender con mayor detalle el énfasis principal que se hace en estos capítulos y aclarar dificultades a lo largo del camino. La pregunta más importante que debemos responder es ésta: “¿Qué mensaje de Dios le estaba dando el cronista a su pueblo por medio de esta información? ¿Qué les estaba tratando de decir?” Cuando sepamos esto, estaremos mejor capacitados para ver lo que Dios nos dice hoy por medio de esas antiguas listas.

Ya, aun antes de que comencemos a buscar las respuestas a esas preguntas, podemos decir un par de cosas. En estos capítulos vemos el entusiasmo que tuvo David para organizar a todo Israel como un “reino de sacerdotes, y gente santa” (Éxodo 19:6) así como Dios quería que fuera. Todo aspecto público de la sociedad israelita debía encontrar su enfoque en el Templo. También en este pasaje aprendemos mucho sobre la complejidad y la magnificencia de la adoración del pueblo de Dios en ese primer Templo.

1. David organiza a los levitas

23 Viejo ya David y colmado de días, proclamó a Salomón, su hijo, rey de Israel. ² Habiendo reunido a todos los principales de Israel, a los sacerdotes y a los levitas, ³ fueron contados los levitas mayores de treinta años; y fue el número de ellos, contados uno por uno, treinta y ocho mil. ⁴ De estos, veinticuatro mil dirigirían la obra de la casa de Jehová,

y seis mil serían gobernadores y jueces. ⁵ Además, cuatro mil serían porteros, y cuatro mil alabarían a Jehová, con los instrumentos que David había hecho para tributar alabanzas.

⁶ Los repartió David en grupos conforme a los hijos de Leví: Gersón, Coat y Merari.

⁷ Los hijos de Gersón: Laadán y Simei. ⁸ Los hijos de Laadán: Jehiel, el primero, después Zetam y Joel; tres en total. ⁹ Los hijos de Simei: Selomit, Haziél y Harán; tres en total. Éstos fueron los jefes de las familias de Laadán. ¹⁰ Los hijos de Simei: Jahat, Zina, Jesús y Bería. Estos cuatro fueron los hijos de Simei. ¹¹ Jahat era el primero, y Zina, el segundo; Jesús y Bería no tuvieron muchos hijos, por lo cual fueron contados como una familia.

¹² Los hijos de Coat: Amram, Izhar, Hebrón y Uziel; cuatro en total. ¹³ Los hijos de Amram: Aarón y Moisés. Aarón fue apartado para ser dedicado a las cosas más santas, tanto él como sus hijos, para siempre, a fin de que quemaran incienso delante de Jehová, le ministraran y bendijeran su nombre para siempre. ¹⁴ Y los hijos de Moisés, varón de Dios, fueron contados en la tribu de Leví. ¹⁵ Los hijos de Moisés fueron Gersón y Eliezer. ¹⁶ Hijo de Gersón fue Sebuél, el jefe. ¹⁷ E hijo de Eliezer fue Rehabías, el jefe. Eliezer no tuvo otros hijos, pero los hijos de Rehabías fueron muy numerosos. ¹⁸ Hijo de Izhar fue Selomit, el jefe. ¹⁹ Los hijos de Hebrón: Jerías, el jefe, el segundo, Amarías, el tercero, Jahaziél y el cuarto, Jecamán. ²⁰ Los hijos de Uziel: Micaía, el jefe, y el segundo, Isías.

²¹ Los hijos de Merari: Mahli y Musi. Los hijos de Mahli: Eleazar y Cis. ²² Y murió Eleazar sin hijos; pero tuvo hijas, y los hijos de Cis, sus parientes, las tomaron por mujeres. ²³ Los hijos de Musi: Mahli, Edar y Jeremot; tres en total.

Aquí se nos cuenta que David al final de su vida reunió a “todos los principales de Israel, a los sacerdotes y a los levitas” (versículo 2). El propósito que tuvo David al reunir esta asamblea fue el de anunciar públicamente el ascenso de Salomón al trono,

como su corregente sobre Israel (versículo 1) y para oficializar los planes de organización que tenía para Israel. Lo más probable es que David ya hubiera estado por algún tiempo en el proceso de poner todo esto en orden, pero ahora anunció los resultados finales. Por lo visto, David se había dado cuenta de la necesidad de esa reunión después del intento abortado que hizo Adonías de tomar el poder, como se narra en 1 Reyes capítulos 1 y 2.

Los levitas que respondieron a la convocatoria que hizo David fueron contados (versículo 3). David quería saber cuántos levitas había que fueran “mayores de treinta años”. Más tarde el límite fue bajado en la edad hasta los que tenían veinte años o más (vea el versículo 27). Este censo no produjo la ira de Dios como lo había hecho el anterior, porque los motivos para hacerlo eran diferentes. El anterior había surgido del deseo que tuvo David de hallar seguridad en el número de guerreros que tenía, mientras este último se hizo para organizar a los levitas para el trabajo en el Templo. El anterior había sido para la gloria de David, pero este último era para la gloria de Dios.

Después de que se realizó el conteo, David utilizó la información para dividir a los levitas en grupos de trabajo (versículos 3-5). Veinticuatro mil iban a servir en el Templo, ayudando de manera directa a los sacerdotes en el trabajo de ofrecer sacrificios, y seis mil iban a servir como funcionarios del Templo y servidores de la corona. Más adelante se darán mayores detalles sobre sus responsabilidades (vea 1 Crónicas 26:20-32). Cuatro mil iban a ser porteros del Templo y los cuatro mil restantes iban a dar el acompañamiento musical a los servicios del Templo. Se darán detalles sobre la organización y las responsabilidades de estos grupos en los capítulos 25 y 26 respectivamente.

David no inventó su esquema organizativo, sino se basó en la estructura de clanes y tribus que ya existía. En la división de los levitas que hizo David vemos las mayores divisiones por clanes de: Gersón, Coat y Merari (versículo 6). Nos debemos detener un poco en la lista de Gersón para aclarar un par de dificultades. En otras listas de los clanes gersonitas, los dos hijos de Gersón tienen

los nombres de Libni y Simei, no los de Laadán y Simei, como aparece aquí. Eso se explica mejor de una de las dos maneras siguientes: por el fenómeno de “un hombre que tiene dos nombres” que ya hemos encontrado antes, o como una alteración de la escritura del nombre del padre del clan. Eso pudo haber ocurrido fácilmente con el pasar de los años. La segunda dificultad tiene que ver con la abundancia de hombres con el nombre de Simei. Este nombre aparece tres veces en esta lista corta: primero, como hijo de Gersón (versículo 7); luego, como parte del clan de Laadán (versículo 9); y finalmente, como el padre de un clan por derecho propio (versículo 10). ¿Exactamente cuántos Simeis hay? Parece suficientemente claro que el Simei del versículo 10 es el hijo de Gersón que se menciona en el versículo 7. ¿Pero qué hay respecto del Simei del versículo 9? ¿Es un hijo no mencionado de Laadán? O, ¿es él el mismo Simei en los tres casos? Arriesgándonos a suponer, podemos decir que esta lista es sólo la manera que adopta el cronista para informarnos que de alguna manera algunos de los descendientes de Simei llegaron a estar relacionados con el clan de Laadán. No tenemos manera de saber cuán rígidas eran las divisiones de los clanes. No sabemos exactamente lo que el cronista quiere decir acerca de los Simeis y estos clanes.

Comenzando con el versículo 12, los hijos de Coat se nombran de acuerdo con sus subdivisiones mayores: Amram, Izar, Hebrón y Uziel. Una vez más, el cronista destaca la naturaleza distinta del oficio que tenían Aarón y sus descendientes. Dios lo había apartado como sacerdote “para ser dedicado a las cosas más santas...[para que] quemaran incienso delante de Jehová, le ministraran y bendijeran su nombre para siempre”. Ésta era la disposición permanente de Dios para Israel (versículo 13). Aunque este clan de Israel se distinguía por tener esa responsabilidad especial, no se intentaba menospreciar a ninguno de los otros hijos de Leví. Después de todo, los hijos de Moisés fueron contados como levitas, no como sacerdotes; y Moisés fue el gran varón de Dios, ¡el profeta fundamental de Israel! (versículo 14).

Merari, el tercer hijo de Leví, tiene su propia lista en los versículos 21 a 23. Los que están familiarizados con las genealogías notan una frase familiar hilvanada en la línea de descendencia de Eleazar. Se nos dice que “murió Eleazar sin hijos; pero tuvo hijas” (versículo 22). Sus primos, los hijos de Cis, se casaron con ellas para conservar los derechos de heredad. Para tener más información sobre esta costumbre consulte Números 36:8 y los comentarios que se hacen a 1 Crónicas 7:14-19.

²⁴ Éstos son los hijos de Leví, según las familias de sus padres, jefes de familias, según el censo de ellos, contados por sus nombres, uno por uno, de veinte años para arriba, los cuales trabajaban en el ministerio de la casa de Jehová.

²⁵ Porque David había dicho: «Jehová, Dios de Israel, ha dado paz a su pueblo Israel, y él habitará en Jerusalén para siempre. ²⁶ Por eso los levitas no tendrán que transportar más el Tabernáculo y todos los utensilios para su ministerio.»

²⁷ Así que, conforme a las últimas palabras de David, se hizo el cómputo de los hijos de Leví de veinte años para arriba.

²⁸ Estos estaban bajo las órdenes de los hijos de Aarón para el servicio de la casa de Jehová, en los atrios, en las cámaras, en la purificación de toda cosa santificada, y en lo demás de la obra del ministerio en la casa de Dios. ²⁹ Asimismo tenían a su cargo los panes de la proposición, la flor de harina para el sacrificio, las hojuelas sin levadura, las ofrendas preparadas en sartén y las cocidas, y todos los pesos y medidas. ³⁰ Tenían además que asistir todos los días por la mañana y por la tarde para dar gracias y tributar alabanzas a Jehová. ³¹ También tenían que ofrecer todos los holocaustos a Jehová los sábados, lunas nuevas y fiestas solemnes, continuamente delante de Jehová, según su número y de acuerdo con su rito. ³² Tenían también a su cargo el cuidado del Tabernáculo de reunión y del santuario, bajo las órdenes de los hijos de Aarón, sus hermanos, en el ministerio de la casa de Jehová.

Como lo había hecho con los príncipes de Israel (1 Crónicas 22:17-19), así ahora David tomó tiempo para explicarles a los levitas la razón de toda esta reestructuración. Él quería que los levitas tuvieran claramente presente su objetivo. “Jehová, Dios de Israel, ha dado paz a su pueblo Israel, y él habitará en Jerusalén para siempre” (versículo 25). Leyendo sus observaciones entre las líneas, vemos que les estaba informando a los levitas sobre la nueva manera en que se hacían las cosas. De ahí en adelante, iba a existir sólo un lugar central de adoración, como Dios lo había predicho en Deuteronomio, y ese lugar central iba a ser Jerusalén. El Arca y todos los artículos de adoración de Israel, pronto iban a estar alojados en un templo permanente. La era del Tabernáculo móvil estaba llegando rápidamente a su fin. Pudiera parecer que los levitas se iban a quedar sin responsabilidades oficiales de adoración que desempeñar, si ellos “no [tenían] que transportar más el Tabernáculo y todos los utensilios” (versículo 26). Sin embargo, ese no era el caso; la presencia de los levitas iba a ser aún más necesaria en la nueva era “bajo las órdenes de los hijos de Aarón para el servicio de la casa de Jehová” (versículo 28). David explicó en lo que sigue cómo iban a ser esas responsabilidades con respecto a la rutina diaria de los sacrificios.

Para mantener la naturaleza sagrada de los recintos del Templo, los levitas, en su condición de hombres apartados para el servicio del Señor, iban a estar encargados “en los atrios, en las cámaras, en la purificación de toda cosa santificada” (versículo 28). Al volver a relatar esta instrucción de David, el cronista intentaba tratar con un problema que había existido desde el tiempo del regreso del exilio. Por lo visto, los sacerdotes tenían la tendencia de arrendar cuartos del Templo para el uso de los no israelitas (vea Nehemías 13). Ese espantoso descuido de la manera en que las cosas tenían que ser era un insulto para el Señor y una flagrante usurpación de los derechos que David les había dado a los levitas. Todas las cosas que había en el Templo anunciaban al santo Dios que se había apartado de los pecadores. Sólo era posible

acercarse a él de la manera en que él había ordenado. Los levitas desempeñan un papel crucial para mantener la pureza de la casa de Dios, e iban a estar encargados de esos cuartos.

Las otras responsabilidades que incluye el cronista tienen que ver con las actividades habituales de adoración en la casa de Dios. Ya antes vimos algunas de esas responsabilidades en 1 Crónicas 9:28-34, donde el cronista habló de las responsabilidades de los levitas que fueron restablecidas después del regreso del exilio. El cronista describe aquí el origen de esas responsabilidades desde el tiempo de David y del primer Templo. Después de su regreso a Judá, fue vital para el desanimado pueblo que reconociera la validez de sus instituciones actuales al ver su relación con el pasado sagrado. El cronista deja explícita la conexión en estos versículos.

Nuestro escritor concluye esta sección diciendo que los levitas “Tenían también a su cargo el cuidado del Tabernáculo de reunión y del santuario, bajo las órdenes de los hijos de Aarón, sus hermanos, en el ministerio de la casa de Jehová” (versículo 32). Al destacar la importancia del trabajo de los levitas, el cronista aclara que no quiere transgredir el orden apropiado de las cosas que habían sido ordenadas por Dios. Los levitas iban a servir “bajo las órdenes de los hijos de Aarón, sus hermanos”. El cronista tenía que animar a los levitas para que se presentaran en mayor número que antes, para desempeñar sus responsabilidades en el Templo (vea 1 Crónicas 6). Pero se negó a hacerlo de una manera que pudiera borrar o alterar lo que Dios había ordenado por medio de Moisés. El trabajo de ellos era importante, pero al mismo tiempo era un trabajo diferente del que tenían los sacerdotes. Los sacerdotes no debían quitarles prerrogativas a los levitas, y los levitas no debían fingir que eran sacerdotes. Que mantuvieran presente este pensamiento ante ellos: cualquier cosa que hicieran, lo harían “en el ministerio de la casa de Jehová”.

La iglesia tiene que luchar con las preguntas sobre el ministerio y los diversos papeles que se deben desempeñar, cuando

servimos en conjunto a nuestro Dios. ¿Qué es un pastor? ¿Qué es un maestro? ¿Qué es un diácono? ¿Cuál es la diferencia entre el ministerio público, al que la iglesia llama a candidatos capacitados, y el ministerio personal que tenemos cada uno de nosotros como sacerdotes de Dios ungidos por el bautismo? Estas preguntas se complican aún más con la retórica que viene de las feministas radicales así como de los insensatos machistas. Cuando los cristianos conversan sobre estas cosas, es fácil dejar que la naturaleza pecaminosa dicte y estructure los debates en términos de poder mundano. Toda la controversia degenera en juicios de valor que no son válidos (“Este trabajo es importante; este trabajo no es tan importante”) y en batallas (“Esto lo que puedo hacer; esto es lo que no puede hacer; esto es lo que lo dejaremos hacer”).

Lo que el cronista, guiado por Dios, escribió ya hace tanto tiempo, hoy nos puede ayudar a mantenernos en el camino correcto. Él nos reestructura la pregunta y nos presenta tres puntos vitales que debemos considerar con respecto al servicio que se le ofrece a Dios. El primero es: todo servicio a Dios tiene un valor infinito, no por lo que es en sí mismo, sino por el hecho de que se hace de acuerdo con el mandato de Dios y se le ofrece a él. Puede consistir: en restregar una olla, en la limpieza de un implemento para la adoración o en cantar un himno; lo que le da valor al servicio: no es el oferente, ni lo que ofrece, sino a quién se lo ofrece. El segundo punto es que este servicio no puede ir en contra de la Palabra de Dios y aun así ser servicio a Dios. El solo hecho de darle a algo el nombre de rosa no hará que eso tenga el mismo aroma dulce de la rosa. El tercer punto es que diferentes grupos pueden tener diferentes responsabilidades, y por eso, ellos no son menos amados por Dios. Y si ellos son amados por Dios, nosotros también debemos tener un alto concepto de ellos como dignos de nuestro amor y respeto. La iglesia no tiene necesidad de los que son pomposos ni de los que se pavonean, sino de cristianos que sean gobernados por un espíritu de humildad y que consideren “cada uno a los demás como superiores a él mismo” (Filipenses

2:3). La congregación en la que prevalezca ese espíritu trabajará en armonía, ofreciéndole a Dios una adoración unificada en todo lo que hace. Estas ideas se desarrollan más en lo que sigue.

2. David organiza a los sacerdotes

24 Los hijos de Aarón fueron también distribuidos en grupos. Los hijos de Aarón: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar. ² Pero como Nadab y Abiú murieron antes que su padre, sin haber tenido hijos, Eleazar e Itamar ejercieron el sacerdocio.

³ David, con Sadoc, de los hijos de Eleazar, y Ahimelec, de los hijos de Itamar, los repartió por sus turnos en el ministerio. ⁴ Como entre los hijos de Eleazar había más varones principales que entre los hijos de Itamar, los repartieron así: De los hijos de Eleazar, dieciséis jefes de casas paternas; y de los hijos de Itamar, por sus casas paternas, ocho. ⁵ Los repartieron, pues, por suerte a unos y otros; porque tanto entre los hijos de Eleazar como entre los hijos de Itamar hubo príncipes del santuario y príncipes de la casa de Dios. ⁶ Y el escriba Semaías hijo de Natanael, de los levitas, escribió sus nombres en presencia del rey y de los príncipes, y delante de Sadoc, el sacerdote, de Ahimelec hijo de Abiatar y de los jefes de las casas paternas de los sacerdotes y levitas, designando por suerte una casa paterna para Eleazar y otra para Itamar.

⁷ La primera suerte tocó a Joiarib, la segunda, a Jedaías, ⁸ la tercera, a Harim, la cuarta, a Seorim, ⁹ la quinta, a Malquías, la sexta, a Mijamín, ¹⁰ la séptima, a Cos, la octava, a Abías, ¹¹ la novena, a Jesúa, la décima, a Secanías, ¹² la undécima, a Eliasib, la duodécima, a Jaquim, ¹³ la decimotercera, a Hupa, la decimocuarta, a Jesebeab, ¹⁴ la decimoquinta, a Bilga, la decimosexta, a Imer, ¹⁵ la decimoséptima, a Hezir, la decimoctava, a Afses, ¹⁶ la decimonovena, a Petaías, la vigésima, a Hezequiel, ¹⁷ la vigesimaprimer, a Jaquín, la vigesimasegunda, a Gamul, ¹⁸ la

vigesimatercera, a Delaía, la vigesimacuarta, a Maazías.

¹⁹ Éstos fueron distribuidos para su ministerio, para que entraran en la casa de Jehová, según les fue ordenado por Aarón, su padre, de la manera que le había mandado Jehová, el Dios de Israel.

En la época de Moisés, Dios explicó claramente la división del trabajo entre los sacerdotes y los levitas, cuando le dijo a Aarón: “tú y tus hijos contigo os ocuparéis de vuestro sacerdocio en todo lo relacionado con el altar, del velo adentro, y ministrareis. Yo os he dado como un don el servicio de vuestro sacerdocio; el extraño que se acerque, morirá” (Números 18:7). Los sacerdotes eran los mediadores entre los israelitas y su Dios; para el creyente del Antiguo Testamento el único camino a Dios era por medio del sacerdote. Ese trabajo no era una recompensa que se les diera a quienes lo habían ganado por su buen comportamiento, sino que era un don de la gracia de Dios. Además, en el versículo dos, el cronista les hizo un recordatorio a cualesquiera que quisiera ir en contra de lo establecido por Dios, les dijo que consideraran a Nadab y Abiú y hasta dónde llegaron, cuando idearon un tipo de adoración diferente de lo que quería Dios. Para tener mayores antecedentes, el lector puede consultar los comentarios que se hicieron con respecto a 1 Crónicas 9:1-14.

David organizó a los sacerdotes en veinticuatro grupos para preparar los servicios del Templo. Esos veinticuatro grupos provinieron de las dos grandes casas sacerdotales de Israel, que recibieron su nombre de los dos hijos que le quedaron a Aarón, Eleazar e Itamar. En la época de David, la casa de Eleazar había llegado a ser la más importante de las dos, porque entre ellos “había más varones principales” (versículo 4). Por esa razón, 16 de los grupos sacerdotales provenían de la línea de Eleazar, y sólo ocho de la de Itamar. Con seguridad, no estamos equivocados al ver esa fortaleza desequilibrada de la línea de Eleazar como una evidencia del resultado de la maldición que pronunció Dios sobre

Elí, un descendiente de Itamar. De nuevo animamos al lector a que consulte el comentario a 1 Crónicas 9:1-14, para que obtenga más información.

Nuestro escritor está ansioso por mostrar la manera imparcial en que se hizo la división de los sacerdotes. Los representantes de ambas casas sacerdotales le ayudaron a David a llegar a esa disposición final (versículo 3). Las divisiones se hicieron por sorteo, ya que todos reconocían que en ambas casas se podían encontrar sacerdotes jefes (versículo 5). En el Antiguo Testamento, echar suertes era una forma de dejarle la decisión a Dios (vea Levítico 16:7,8). Todo el proceso se hacía abiertamente, frente al rey y a sus príncipes. Semaías el escriba conservó un registro público de los resultados (versículo 6). Finalmente, para asegurar la imparcialidad completa, la selección se hizo alternativamente entre la casa de Eleazar y la casa de Itamar (versículo 6).

¿Por qué esa escrupulosidad? ¿No es posible que los hijos del reino confíen unos en otros? ¡Por supuesto! Pero reconocemos que todavía vivimos en el mundo y no en el cielo, y todavía tenemos la naturaleza pecadora. El amor no quiere dar pie para que la carne pueda obrar, ni espacio para que el diablo pueda maniobrar. En asuntos que involucran a todos, no queremos dar oportunidad para que nos acusen de injusticia ni de impropiedad. Un hijo de Dios en el Nuevo Testamento no se tiene que sentir obligado a adoptar los mismos métodos para asegurar la imparcialidad, pero sí comparte las mismas preocupaciones.

Vemos la lista verdadera de los grupos en los versículos 7 a 18. De éstos, parece que sólo los de: Jedaías, Harim e Imer (versículos 7, 8, y 14) sobrevivieron intactos tanto al exilio como al regreso (vea Esdras 2:36-39). En alguna parte, a lo largo de la línea, otro clan que tenía el nombre de Pasur ascendió en importancia entre las casas sacerdotales y fue contado como uno de los veinticuatro en el tiempo de la restauración (vea 1 Crónicas 9:12). Los descendientes de Cos (versículo 10) también regresaron del exilio, pero como ellos no pudieron probar su ascendencia, se

estimó que eran inapropiados para servir como sacerdotes (Esdras 2:61,62).

Por el Nuevo Testamento sabemos que este método de organizar a los sacerdotes había funcionado tan bien que aún seguía funcionando en el tiempo de Cristo. Lucas nos presenta a Zacarías, el padre de Juan el Bautista como un miembro “ de la clase de Abías” (Lucas 1:5). El escritor del evangelio también da información adicional sobre la manera en que todo funcionaba en la práctica. Por lo visto, los hombres de los veinticuatro grupos tomaban turnos para ejercer el servicio sacerdotal regular en el Templo. No parece muy descabellado suponer que dos grupos tenían la responsabilidad por cada mes del año, como los grupos del ejército que se darán posteriormente (ver 1 Crónicas 27). La distribución de las responsabilidades especiales se hacía por sorteo (Lucas 1:8-10). Eso nos lleva a concluir que fue rara la ocasión en que un sacerdote común tuvo la oportunidad de desempeñar algún servicio en el Templo. Cuando Zacarías se enteró de que había sido escogido para ofrecer incienso en el santuario, ¡debió haber sentido que había alcanzado el cenit de su carrera!

²⁰ Éstos son los otros hijos de Leví: Subael, de los hijos de Amram; y de los hijos de Subael, Jehedías. ²¹ Y de los hijos de Rehabías, Isías, el jefe. ²² De los izharitas, Selomot; de los hijos de Selomot, Jahat. ²³ De los hijos de Hebrón: Jerías, el jefe, el segundo, Amarías, el tercero, Jahaziel, el cuarto, Jecamán. ²⁴ Hijo de Uziel, Micaía; e hijo de Micaía, Samir. ²⁵ Hermano de Micaía, Isías; e hijo de Isías, Zacarías. ²⁶ Los hijos de Merari: Mahli y Musi; hijo de Jaazías, Beno. ²⁷ Los hijos de Merari por Jaazías: Beno, Soham, Zacur e Ibri. ²⁸ Y de Mahli, Eleazar, quien no tuvo hijos. ²⁹ Hijo de Cis, Jerameel. ³⁰ Los hijos de Musi: Mahli, Edar y Jerimot.

Éstos fueron los hijos de los levitas conforme a sus casas paternas. ³¹ Estos también echaron suertes, como sus hermanos, los hijos de Aarón, delante del rey David, de Sadoc, de Ahimelec, y de los jefes de las casas paternas de los

sacerdotes y levitas;, siendo tratados el principal de los padres igualmente que el menor de los hermanos.

El cronista termina el capítulo 24 con alguna información genealógica adicional sobre las familias levitas que nos presentó en el capítulo 23. En el capítulo 23 se nos dijo que Coat tuvo cuatro hijos: Amram, Izar, Hebrón y Uziel (versículo 12). Aquí describe la manera en que estos clanes se desarrollaron más y se subdividieron en familias importantes que se nombran en los versículos 20 a 25. Nuestro escritor también nos da más información sobre el gran clan de Merari en los versículos 26 a 30. Y como estas familias se nombran precisamente después de los sacerdotes, bien podemos suponer que estos levitas particulares trabajaban bajo la supervisión de los sacerdotes en todas las responsabilidades relacionadas con los sacrificios. Como vamos a ver en los dos capítulos siguientes, a otros levitas se les dieron responsabilidades como cantores y porteros.

Otra vez vemos la manera imparcial como David distribuyó las diversas tareas y las responsabilidades entre estos levitas. “Como sus hermanos” los sacerdotes, los levitas determinaron públicamente por sorteo cuándo y quién iba a hacer qué (versículo 31). No hubo prejuicio por edad, “siendo tratados el principal de los padres igualmente que el menor de los hermanos” (versículo 31). En nuestros días, a veces nos cansamos de la gente que clama por sus derechos; acusaciones por: prejuicios, edad, sexo y raza se hacen fácilmente y no se olvidan pronto. Muchas veces la reputación puede ser manchada de por vida por un alegato no comprobado. ¡Al mismo tiempo no nos podemos cansar de hacer lo correcto! La iglesia no debe ser la última en la lista en velar para que el pueblo, en su medio, sea tratado con justicia. La iglesia no debe tener necesidad de que el gobierno o el tribunal la obliguen a eliminar los prejuicios, si existen. David quería ser imparcial en la manera en que los trabajadores del Templo eran tratados. De la misma manera, nosotros no queremos tener perjuicios cuando nos tratemos unos con otros en la casa de Dios.

3. David organiza a los levitas cantores

25 Asimismo David y los jefes del ejército apartaron para el ministerio a los hijos de Asaf, de Hemán y de Jedutún, para que profetizaran con arpas, salterios y címbalos; y el número de ellos, hombres idóneos para la obra de su ministerio, fue:

² De los hijos de Asaf: Zacur, José, Netanías y Asarela, hijos de Asaf, bajo la dirección de Asaf, el cual profetizaba bajo las órdenes del rey.

³ De los hijos de Jedutún: Gedalías, Zeri, Jesaías, Hasabías, Matatías y Simeí; seis, bajo la dirección de su padre Jedutún, el cual profetizaba con arpa, para aclamar y alabar a Jehová.

⁴ De los hijos de Hemán: Buquías, Matanías, Uziel, Sebuél, Jeremot, Hananías, Hanani, Eliata, Gidalti, Romanti-ezer, Josbecasa, Maloti, Hotir y Mahaziot. ⁵ Todos estos fueron hijos de Hemán, vidente del rey en las cosas de Dios, para exaltar su poder; y Dios dio a Hemán catorce hijos y tres hijas. ⁶ Todos ellos estaban bajo la dirección de su padre en la música, en la casa de Jehová, con címbalos, salterios y arpas, para el ministerio del templo de Dios. Asaf, Jedutún y Hemán estaban por disposición del rey. ⁷ Su número, contando a sus hermanos, instruidos en el canto para Jehová, todos ellos aptos, era de doscientos ochenta y ocho.

⁸ Echaron suertes para repartir los turnos del servicio, tanto el pequeño como el grande, lo mismo el maestro que el discípulo.

⁹ La primera suerte recayó sobre el asafita José; la segunda, sobre Gedalías, quien con sus hermanos e hijos eran doce; ¹⁰ la tercera, sobre Zacur, con sus hijos y sus hermanos, doce; ¹¹ la cuarta, sobre Izri, con sus hijos y sus hermanos, doce; ¹² la quinta, sobre Netanías, con sus hijos y sus hermanos, doce; ¹³ la sexta, sobre Buquías, con sus hijos y sus hermanos, doce; ¹⁴ la séptima, sobre Jesarela, con sus hijos y sus hermanos, doce;

¹⁵ la octava, sobre Jesahías, con sus hijos y sus hermanos, doce; ¹⁶ la novena, sobre Matanías, con sus hijos y sus hermanos, doce; ¹⁷ la décima, sobre Simei, con sus hijos y sus hermanos, doce; ¹⁸ la undécima, sobre Azareel, con sus hijos y sus hermanos, doce; ¹⁹ la duodécima, sobre Hasabías, con sus hijos y sus hermanos, doce; ²⁰ la decimotercera, sobre Subael, con sus hijos y sus hermanos, doce; ²¹ la decimocuarta, sobre Matatías, con sus hijos y sus hermanos, doce; ²² la decimoquinta, sobre Jeremot, con sus hijos y sus hermanos, doce; ²³ la decimosexta, sobre Hananías, con sus hijos y sus hermanos, doce; ²⁴ la decimoséptima, sobre Josbecasa, con sus hijos y sus hermanos, doce; ²⁵ la decimoctava, sobre Hanani, con sus hijos y sus hermanos, doce; ²⁶ la decimanovena, sobre Maloti, con sus hijos y sus hermanos, doce; ²⁷ la vigésima, sobre Eliata, con sus hijos y sus hermanos, doce; ²⁸ la vigesimaprimer, sobre Hotir, con sus hijos y sus hermanos, doce; ²⁹ la vigesimasegunda, sobre Gidalti, con sus hijos y sus hermanos, doce; ³⁰ la vigesimatercera, sobre Mahaziot, con sus hijos y sus hermanos, doce; ³¹ la vigesimacuarta, sobre Romanti-ezer, con sus hijos y sus hermanos, doce.

David no podía considerar que los preparativos para el Templo estaban completos sin haberle puesto atención a la música. Ya hemos notado el interés permanente que tenía David en la adoración a Dios por medio del canto. Él fue: compositor de salmos, fabricante de instrumentos, y consumado músico y cantor. Vemos que esto estaba tan completamente dentro de su ser, que al final de su vida hubiera querido estar seguro de que la adoración con música continuara en el Templo que iba a construir su hijo.

Los líderes de entre el pueblo de Dios siempre han estado conscientes del poder que tiene la música y han anhelado que esté presente en el servicio de la Palabra. Lutero una vez observó: “Verdaderamente yo quisiera alabar la música con todo mi corazón como el don excelente de Dios que es y recomendarla a todos...

dejemos que esta noble, saludable y alegre creación de Dios sea confiada a usted... Al mismo tiempo que por esta creación usted pueda acostumbrarse a *reconocer y alabar al Creador*.” Como los herederos espirituales de hombres como David y Lutero, quiera el Señor que nosotros también consideremos la música como uno de los mejores dones que Dios le ha dado a su iglesia y procuremos que a los músicos y a su música se les den el honor y el respeto que merecen, por la manera en que ellos nos sirven en nuestra adoración a Dios. ¡Pongámosle atención a la música!

La versión Reina-Valera (1995) nos da lo que muy probablemente es una traducción incorrecta cuando nos dice que David nombró cantores después de haberles consultado a “los jefes *del ejército*” (versículo 1). Esta frase simplemente significa en hebreo “los líderes de la hueste”. “La hueste” en este caso se puede referir exactamente a la “hueste” tribal de Leví así como a la “hueste” del ejército. Es difícil ver por qué hubiera involucrado David al ejército en la organización de los cantores del Templo. Cuando preparó a los cantores para llevar el Arca a Jerusalén, David les había consultado a “los príncipes de los levitas” (1 Crónicas 15:16). Parece probable que aquí esté haciendo la misma cosa.

Asaf, Hemán y Jedutún (conocido también como Etán) ya son viejos amigos nuestros (versículo 1). David organizó los tres grandes grupos de cantores del Templo alrededor de ellos y de sus familias. El propósito del escritor sagrado al incluir la lista aquí es recordarle su glorioso pasado a los exiliados que regresaron para servir en el segundo Templo. Recordamos que muy pocos levitas respondieron al llamado para regresar y reconstruir el Templo. La lista de levitas que se da 1 Crónicas 9:14-16 parece más bien lastimosa cuando se compara con las que se dan aquí. ¡Las casas de: Asaf, Hemán y Jedutún habían caído en tiempos difíciles! Difícilmente podemos culpar a esos levitas, humanamente hablando, por preguntarse si su servicio todavía tenía algún valor, o si todavía eran ellos a quienes Dios había escogido para hacer

ese trabajo. Después de todo, aun si eran muy jóvenes para recordar las glorias del primer Templo, ellos habían estado expuestos a toda la pompa y la gloria de la falsa adoración que se hacía en las tierras paganas. Lo que se hacía en el segundo Templo les debió haber parecido muy pobre en comparación.

Es por esto que el cronista pacientemente se toma el tiempo para recordarles cómo habían recibido el ministerio de la música en la casa de Dios. ¡Sus familias habían recibido un llamado divino para servir! “David y los jefes... apartaron para el ministerio a los hijos de Asaf, de Hemán y de Jedutún, para que profetizaran con arpas, salterios y címbalos” (versículo 1). Y cuando David lo hizo, fue lo mismo que si Dios lo hubiera hecho, porque fue el Señor, el Dios de Israel, quien escogió a David para que fuera el pastor y gobernador de este pueblo (1 Crónicas 11:2,3). Además, las acciones de David (especialmente con respecto al Templo y sus servicios) tuvieron un significado perdurable, tan perdurable como la dinastía que Dios había prometido establecer de los descendientes de David. El escritor sagrado les dice a sus contemporáneos levitas: “¿No ven? Ustedes no pueden encontrar seguridad en su llamado basándose: en el tamaño del Templo en el que sirven, ni en cuántos sirven con ustedes, ni en cuán espléndidos son los servicios en los que participan. La verdadera gloria de su llamado se encuentra en el hecho de que Dios los ha apartado por medio del justo rey David para servir de esta manera.”

De una manera semejante, el ministerio público ha caído últimamente en tiempos difíciles. Aproximadamente cada semana los medios de comunicación nos traen una cantidad de noticias sobre la corrupción y la lujuria entre los servidores públicos de la Palabra. No es una gran sorpresa que la gente tenga menos y menos respeto por el ministerio, y no es muy extraño que los que todavía están en el ministerio luchen con la legitimidad de su vocación. “¡Esto es muy duro! De ninguna manera es lo que yo esperaba. ¿Es esto verdaderamente lo que Dios quiere que yo

haga?” Estos y otros pensamientos llenan la mente de nuestros obreros llamados. ¿Dónde pueden recibir seguridad en su trabajo? ¿En qué otro lugar sino sólo en el mismo lugar donde el cronista quiso que sus contemporáneos encontraran la renovación! Nuestro justo Rey Jesús ha actuado por medio de su iglesia que se reúne en su nombre, y ha apartado a sus siervos para que proclamen su mensaje del evangelio (Mateo 18:19,20; Hechos 20:28). Ellos son dones que nuestro victorioso Señor le da a su iglesia (Efesios 4:11). No se deje engañar: por los mega templos, ni por los encantadores de los medios de comunicación, ni por las catedrales de cristal, para creer que hay una mejor manera de probar la validez de la vocación propia. Cristo nos ha llamado, y no hay mayor legitimidad que ésta.

Como ahora entendemos la intención principal del mensaje del cronista, entonces le podemos dedicar un poco de tiempo a descubrir unas pocas de las verdades menores que se encuentran en el capítulo 25. Es interesante darse cuenta de que la destreza en la música y el don de la profecía iban de la mano en el tiempo de David. La habilidad de profetizar (proclamar mensajes inspirados por Dios) se menciona tres veces en relación con el ministerio de estos grupos de cantores (versículo 1, 2, y 3). Además, a Hemán se le concedió el título de “el *vidente* del rey”, que es otra palabra para decir profeta. Una breve mirada al libro de los Salmos confirma lo que el escritor sagrado nos dice aquí; los nombres de: Asaf, Etán, Jedutún, y Hemán aparecen en los títulos de 16 salmos. Dios obró por medio de estos cantores para proclamarle su mensaje a Israel. En relación con esta profecía, se nos dice que se hacía bajo “las órdenes del rey” o bajo la supervisión de uno de los líderes (versículos 2 y 6). La profecía no tenía que estar acompañada de ninguna demostración extraordinaria ni extática antes de que se pudiera considerar como profecía verdadera. Estaba sujeta a la supervisión de la autoridad y se llevaba a cabo bajo ella. Aun en el Antiguo Testamento “los espíritus de los profetas [estuvieron] sujetos a los profetas” (1 Corintios 14:32).

Al continuar con la revisión general del capítulo, vemos la preocupación constante del cronista para hacer ver la imparcialidad del proceso de selección. Esta vez agrega el hecho de que la condición de un cantor como maestro no hacía que fuera escogido, pasando por encima de un estudiante, para ciertas responsabilidades del Templo (versículo 8). Note también que todos los escogidos tenían que tener la capacidad básica necesaria para llevar a cabo su ministerio; no sólo eran personas “instruidas en el canto” (versículo 7), sino que también deseaban mejorar sus habilidades mediante una mayor preparación. Había maestros para enseñar y estudiantes deseosos de aprender (versículo 8). En otras palabras, la selección por suertes se llevaba a cabo sólo después de que David y los levitas habían ejercitado su sentido común para seleccionar a los que tenían las cualidades para hacer el trabajo. Ellos no esperaban que con solo echar suertes se les iban a dar repentinamente a las personas las habilidades que antes no tenían. Así que también nosotros, cuando seleccionemos a las personas para llevar a cabo varios papeles y ministerios en la iglesia, no debemos tomar el procedimiento del “mínimo común denominador”, de limitarnos a imponer las manos repentinamente sobre los que se postulan como voluntarios para todo, o sobre personas que sabemos no se van a negar cuando les pidamos ayuda. Primero, considere a los que tienen las habilidades que se requieren para el ministerio, y después pídale que sirvan.

Como los sacerdotes habían sido divididos en 24 grupos, así también los cantores del Templo ahora fueron divididos en 24 grupos de 12, llegando a 288 el total de los seleccionados (versículos 9-31; versículo 7). Nuevamente suponemos que esos grupos iban a servir en un sistema rotatorio, siendo cada grupo responsable de medio mes cada año. La repetición del número doce y de sus múltiplos es un recordatorio de que los sacerdotes y los levitas iban a representar a *todo* Israel, a cada una de las doce tribus, en la adoración a Dios.

Finalmente, terminamos el estudio de 1 Crónicas 25 con otra pequeña incursión al significado de nombres hebreos. En este caso, queremos considerar los nombres que Hemán les dio a sus hijos (versículo 4). Lo que no es evidente para el lector en español es algo que hubiera sido fácilmente discernido por alguien que hubiera podido leer este relato en el idioma original. Dios había señalado a Hemán como objeto de favor especial, dándole “catorce hijos y tres hijas” (versículo 5). A cambio, Hemán les dio nombres a sus últimos nueve hijos, los cuales, cuando se enuncian rápidamente uno después del otro, forman un salmo de alabanza a Dios que había cumplido tan misericordiosamente su promesa de exaltarlo. Dejemos que la siguiente tabla lo demuestre:

NOMBRE HEBREO	TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL
Hananías	¡Oh Señor, ten misericordia!
Hananí	¡Ten misericordia de mí!
Eliyata	Tú eres mi Dios,
Gidaltí	a quien yo magnifico
Romamti	y exalto.
Ézer(J)osbecasa	Mi ayudador cuando estoy en dificultad
Malotí	Él me ha dotado
Hotir	con la abundancia
Mahaziot	de visiones (proféticas)

De esta manera Hemán le devuelve la gloria a Dios con el nombre de cada uno de sus hijos, precisamente de la misma manera en que Dios le ha dado gloria a él, bendiciéndolo con tantos hijos y un ministerio tan fructífero. No es difícil para cualquier padre piadoso comprender lo que el cronista nos quiere decir aquí. También queremos darle gracias a Dios por su bendición de hijos, y oramos para que (cualesquiera que puedan ser sus nombres) su vida pueda formar un canto de alabanza al Dios que tan misericordiosamente nos ha redimido en Cristo.

26 También fueron distribuidos los porteros, así:

De los coreítas, Meselemías hijo de Coré, de los hijos de Asaf. ² Los hijos de Meselemías: Zacarías, el primogénito, Jediael, el segundo, Zebadías, el tercero, Jatniel, el cuarto, ³ Elam, el quinto, Johanán, el sexto, Elioenai, el séptimo.

⁴ Los hijos de Obed-edom: Semaías, el primogénito, Jozabad, el segundo, Joa, el tercero, el cuarto, Sacar, el quinto, Natanael, ⁵ el sexto, Amiel, el séptimo, Isacar, el octavo, Peultai; porque Dios había bendecido a Obed-edom. ⁶ También de su hijo Semaías nacieron hijos que fueron señores sobre la casa de sus padres; porque eran hombres valerosos y esforzados. ⁷ Los hijos de Semaías: Otni, Rafael, Obed, Elzabad, y sus hermanos, hombres esforzados; asimismo Eliú y Samaquías. ⁸ Todos estos de los hijos de Obed-edom; ellos con sus hijos y sus hermanos, eran hombres robustos y fuertes para el servicio; sesenta y dos de Obed-edom. ⁹ Los hijos de Meselemías y sus hermanos fueron dieciocho hombres valientes.

¹⁰ De Hosa, de los hijos de Merari: Simri, el jefe (aunque no era el primogénito, su padre lo puso por jefe), ¹¹ el segundo, Hilcías, el tercero, Tebalías, el cuarto, Zacarías. El total de los hijos y hermanos de Hosa fue de trece.

¹² Entre estos se hizo la distribución de los porteros, alternando los principales de los hombres en la guardia con sus hermanos, para servir en la casa de Jehová. ¹³ Echaron suertes, el pequeño con el grande, según sus casas paternas, para cada puerta.

¹⁴ Para la puerta del oriente, la suerte cayó sobre Selemías. Echaron otra vez suertes y la parte norte le tocó a su hijo Zacarías, consejero entendido. ¹⁵ A Obed-edom le tocó la puerta del sur, y a sus hijos la casa de provisiones del Templo. ¹⁶ Para Supim y Hosa, la del occidente, la puerta de Salequet, en el camino de la subida. Las guardias se correspondían unas

a otras: ¹⁷ Al oriente seis levitas, al norte cuatro de día; al sur cuatro de día; y en la casa de provisiones de dos en dos. ¹⁸ En el atrio de los utensilios, al occidente, había cuatro para el camino, y dos para el atrio mismo. ¹⁹ Éstas son las distribuciones de los porteros, hijos de los coreítas y de los hijos de Merari.

En la sección que ahora está ante nosotros, el cronista describe la manera en que David organizó a los cuatro mil levitas que había escogido para servir como porteros en el Templo (1 Crónicas 23:5). Nuevamente el escritor quiere enlazar el trabajo de los levitas que regresaron para servir en el segundo Templo (vea 1 Crónicas 9:17-27) con los cimientos que se habían puesto para éste bajo el reinado de David. A menos que un creyente esté seguro de que lo que hace le agrada a Dios, no podrá disfrutar haciéndolo. Con estas palabras el escritor sagrado les asegura a los porteros de su tiempo: “Ustedes son lo que son y hacen lo que hacen porque Dios los ha llamado a ustedes y a sus clanes por medio de David para desempeñar este servicio vital para él.”

Los porteros establecieron su ascendencia a partir de los dos clanes levitas mayores, Coat y Merari. Meselemías (versículo 2), como también los otros hijos “de Coré” (versículo 1), fueron *coreítas*. Obed-edom (versículo 4) y Hosa (versículo 10) podían trazar su linaje hasta *Merari* (vea 1 Crónicas 16:38 y 6:44). Gersón, el otro clan mayor de Leví, no estuvo representado entre los porteros. Para que estas listas tengan sentido es útil notar que el “Selemías” del versículo 14 es el mismo “Meselemías” de los versículos 2 y 9. Y mientras que estamos aclarando cosas que nos pueden confundir, también debemos tomar nota que el “Asaf” del versículo 1 *no* es el mismo que conocemos como un gran músico y compositor de salmos. Otros pasajes de 1 Crónicas nos dan este nombre de hombre como “Ebiasaf” (1 Crónicas 6:23 y 9:19). Y como hemos hablado de esto antes, ahora podemos tomar con calma las escrituras alternativas del mismo nombre.

En línea con este propósito básico, nuestro escritor demuestra de varias maneras que este trabajo disfrutaba del favor especial de Dios y requería hombres del más alto calibre para servir en él. El número de hijos que se les dieron a Meselemías y a Obed-edom fue una señal de la bendición de Dios (versículo 5). Los hijos de Obed-edom se describen además como “señores”, “varones valerosos” que eran “robustos y fuertes para el servicio” (versículos 6 y 8). Zacarías, hijo de Meselemías, se toma como ejemplo para un comentario especial como un “consejero entendido” (versículo 14). También sabemos por el relato anterior respecto del traslado del Arca a Jerusalén, que Obed-edom era un hombre que tenía muchos talentos. No solamente era portero, sino que también era un músico destacado (1 Crónicas 15:21 y 16:5). El asunto es que a estos hombres no se les dio la tarea de porteros porque a David no se le hubiera podido ocurrir otra cosa que hacer con ellos. Eran hombres talentosos y fue precisamente por sus dones que David los seleccionó para que ocuparan su alto cargo.

Cuando combinamos este relato con 1 Crónicas 9:23-27, tenemos una idea justa de lo que significaba ser portero. La misión principal de los porteros era conservar la pureza externa de la casa de Dios. Para hacer esto ellos debían cuidar las entradas (1 Crónicas 9:23) de tal manera que nadie inhabilitado o inmundo de acuerdo con la ley de Moisés pudiera entrar (vea Éxodo 12:48 y Salmo 15:1-5). Eran los primeros en estar allá para abrir las puertas al amanecer y los últimos en cerrar todo en la noche. Algunos estaban ubicados en varios lugares alrededor de los atrios del Templo para vigilar en las horas de oscuridad (1 Crónicas 9:27). No hay duda de que durante el día otros eran los responsables de mantener los atrios del Templo libres de perturbaciones. Los que iban a adorar a Dios tenían el derecho de esperar un ambiente en paz y ordenado, en el que le pudieran ofrecer sus alabanzas al Altísimo, y aún más, sin los conflictos y las peleas que se pudieran presentar que profanarían la casa de Dios. También se les dio a estos hombres el encargo de cuidar los cuartos de provisiones del

Templo (versículos 14 y 17). El interés de mantener la casa de Dios libre de cosas que la profanaran surgió de una profunda reverencia por el santo Dios. Ningún pecador puede estar en su presencia a menos que primero haya sido limpiado y perdonado. El orden y la paz dentro de la casa de oración iban a reflejar el carácter del Dios cuyo lugar de habitación era ése.

En estos días en los que la conciencia se opaca, parece que el sentimiento del pecado está grandemente ausente del corazón del hombre moderno. Se dice que cuando Heinrich Heine, el poeta alemán, estaba muriendo, dijo: “*¡Dieu me pardonnera. C’est son metier!*” “¡Desde luego que Dios me perdonará! ¡Para eso es para lo que él está!” A las personas que más y más dan por segura la gracia de Dios, los cristianos deben reafirmarles la santidad de Dios y decirles con David: “Tú no eres un Dios que se complace en la maldad; el malo no habitará junto a ti. Los insensatos no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad” (Salmo 5:4,5). El Espíritu también debe luchar en los cristianos continuamente de tal manera que hagan suyo el sentido lamento de Isaías: “¡Ay de mí que estoy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:5).

Si la gente no entiende la profundidad del pecado, entonces tampoco puede entender la profundidad del amor de nuestro Salvador por los pecadores. La verdadera solución a la culpa los esquivará a ellos también. Parece que, a pesar de todas las terapias que intenta, el hombre moderno no logra calmar la conciencia con remordimiento. Simplemente el problema permanece porque las personas sencillamente no llegan a relacionar sus sentimientos de culpa con su alejamiento del Dios justo. El corazón inquieto sólo obtiene la entrada al reino de paz por medio de Cristo, que es “el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6). Por la fe en él “también tenemos entrada... a esta gracia en la cual estamos firmes” (Romanos 5:2). Él es el portero, el que cuida la entrada al templo,

es decir, su iglesia. Nadie puede entrar a la presencia de Dios sino por medio de él. Los creyentes saben esto, y por esto adoran a Dios con un profundo sentido de reverencia, y con un profundo entendimiento del privilegio –una gracia asombrosa– que es poder estar delante del Dios Salvador. Ellos se conducen de acuerdo con esto cuando se reúnen en su nombre.

Con el versículo 12 el cronista comienza a decir cómo se repartían las responsabilidades individuales. De nuevo vemos el mismo deseo de mantener el proceso de selección tan “limpio” como sea posible. Se echan suertes para dejar la decisión final al Señor, sin mostrar ninguna parcialidad. Las futuras vías de acceso al Templo se dividieron entre las varias familias, con dos puestos que se le dieron a la familia de Selemías (versículo 14). Las puertas se identificaron por los puntos de la brújula y por otras características geográficas que ahora son un poco oscuras para nosotros. La “puerta de Selequet”, por ejemplo, y la “del camino de la subida” (versículo 16) de otra manera son desconocidas. Sin embargo, la estructura organizativa básica es clara como lo demuestra la tabla siguiente:

NOMBRE DE LA FAMILIA	LUGAR	NÚMERO DE GUARDAS
(Me)Selemías	Puerta Este	seis
Zacarías	Puerta Norte	cuatro
Obed-edom	Puerta Sur	cuatro
Hijos de Obed-edom	Casa de provisiones	cuatro
Supim y Hosa	Puerta Oeste	cuatro
Supim y Hosa	Atrio en la Puerta Oeste	dos
Total de los encargados		Veinticuatro

Como los campos del Templo iban a dar hacia el oriente, la Puerta Este iba a servir como la entrada principal, por esto eran necesarios los guardias adicionales. La Puerta Sur habría sido la entrada del rey, por la sencilla razón de que el palacio del rey estaba directamente al sur del complejo del Templo. Por lo tanto era una señal de honor especial para Obed-edom y su clan haber recibido esa posición.

²⁰ De los levitas, Ahías estaba encargado de los tesoros de la casa de Dios y de los tesoros de las cosas santificadas. ²¹ Los hijos de Laadán hijo de Gersón: tenían a los jehielitas por jefes de familia de Laadán, el gersonita. ²² Los hijos de Jehieli, Zetam y su hermano Joel, estuvieron a cargo de los tesoros de la casa de Jehová.

²³ De entre los amramitas, de los izharitas, de los hebronitas y de los uzielitas, ²⁴ Sebuel hijo de Gersón hijo de Moisés, era tesorero mayor. ²⁵ En cuanto a su hermano Eliezer, sus descendientes por línea directa fueron Rehabías, Jesaías, Joram, Zicri y Selomit. ²⁶ Este Selomit y sus hermanos tenían a su cargo todos los tesoros de todas las cosas santificadas que había consagrado el rey David, y los jefes de las casas paternas, los capitanes de millares y de centenas, y los jefes del ejército. ²⁷ Lo habían consagrado de las guerras y de los botines, para reparar la casa de Jehová. ²⁸ Asimismo todas las cosas que habían consagrado el vidente Samuel, y Saúl hijo de Cis, Abner hijo de Ner y Joab hijo de Sarvia, y todo lo que cualquiera consagraba, estaba a cargo de Selomit y de sus hermanos.

²⁹ De los izharitas, Quenanías y sus hijos eran gobernadores y jueces sobre Israel en asuntos exteriores.

³⁰ De los hebronitas, Hasabías y sus hermanos, hombres de vigor, en número de mil setecientos, gobernaban a Israel al otro lado del Jordán, al occidente, para toda la obra de Jehová y el servicio del rey. ³¹ El jefe de los hebronitas, repartidos en sus linajes por sus familias, era Jerías. En el año cuarenta del

reinado de David se registraron, y se halló entre ellos a hombres fuertes y vigorosos en Jazer de Galaad. ³² Los hermanos de Jerías eran hombres valientes, en número de dos mil setecientos, jefes de familias, los cuales el rey David constituyó sobre los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés, para todas las cosas de Dios y los negocios del rey.

Hemos visto que David les dio a los levitas muchas responsabilidades cuando organizó a Israel para todo lo relacionado con la adoración en el Templo. Ellos iban a jugar un papel como ayudantes de los sacerdotes en el servicio en el santuario (1 Crónicas 23:28-32): prestando el servicio de la música y del canto en la casa de Dios (1 Crónicas 25), cuidando la pureza de la casa de Dios y guardando el orden dentro de ella (1 Crónicas 26). El cronista termina aquí la descripción del trabajo de los levitas al añadir dos responsabilidades más a la lista. A algunos levitas se les encargaron los tesoros del Templo, y otros se desempeñaron como “gobernadores y jueces sobre Israel en asuntos exteriores” (1 Crónicas 26:29). Siguiendo con su deseo de darles palabras de ánimo a los levitas de su tiempo, el cronista ha demostrado en estos capítulos lo importante que era la tribu de Leví para la adoración ordenada de Israel. Ellos no eran simplemente útiles, sino esenciales. Sin ellos, Israel no podía funcionar como el “reino de sacerdotes y gente santa” para el Señor (Éxodo 19:6) de la manera en que Dios quería que fuera.

El versículo 20 menciona dos clases de tesoros de los que estaban encargados los levitas. El primero se llamaba “tesoros de la casa de Dios”. El dinero que se recogía en un censo, el dinero que se recibía de votos personales, el dinero de redención por los varones primogénitos, y el dinero que se daba en ofrendas voluntarias se iban a guardar en un lugar como ese. Para obtener mayor información sobre los diferentes tipos de ofrendas, el lector puede ir a: Éxodo 30:11ss, Números 18:14ss, y Levítico 27:1ss. Es razonable suponer que los preciosos elementos de adoración también se guardarían allí cuando no se usaban. El otro tipo de

tesoro era el de “las cosas santificadas”. Por lo que vimos en los versículos 27-29, tenemos la impresión de que sirvió como almacén de depósito para el precioso botín obtenido en batalla, así como otros objetos valiosos entregados al Señor por los reyes y principales de Israel.

Aunque los descendientes de Gersón, del último clan mayor de Leví, fueron pasados por alto en la lista de los porteros, a ellos se les dio la responsabilidad de administrar “los tesoros de la casa de Jehová” (versículo 22). Ellos sirvieron bajo Sebul (versículo 24), que se identifica como descendiente de Gersón, hijo de Moisés, y por consecuencia un coatita. El resto del capítulo está lleno de nombres de levitas de los clanes y subclanes de Coat que sirvieron en las diferentes especialidades que se mencionaron. Selomit y su familia fueron puestos a cargo de “ todos los tesoros de todas las cosas santificadas” (versículo 26). A Quenanías y a su familia se les confiaron responsabilidades fuera del Templo mismo como “gobernadores y jueces sobre Israel” (versículo 29). Al oeste del río Jordán, Hasabías y sus parientes iban a servir como representantes del Señor y de su rey ungido (versículos 30 & 32). Por lo visto, las responsabilidades llegaron a ser superiores a sus capacidades; eso explica por qué posteriormente en el reinado de David se buscó a más levitas que tuvieran la capacidad de hacer el trabajo. Como resultado de la búsqueda genealógica, “Jerías” y “dos mil setecientos” familiares (versículo 32) llegaron a ser hombres del rey y representantes del Templo para las tribus de: Rubén, Gad y la media tribu de Manases. En el reino de Dios, bajo el reinado de David y de sus sucesores, no había distinción entre iglesia y estado como la conocemos hoy. El Israel de la antigüedad fue destinado a ser una verdadera teocracia, en la que Dios gobernaba por medio de sus líderes escogidos.

Un comentarista de Crónicas, de alguna manera ciego al mensaje del escritor sagrado, ha observado que los oficiales que se mencionan en el capítulo 26 servían en cargos de “una naturaleza más o menos secundaria”. Pensando claramente en categorías mundanas, el comentarista evalúa el servicio en el reino

de Dios en términos de lo: prestigioso, céntrico e importante que puede ser un cargo en particular. Este es un problema que todos tenemos debido a nuestra naturaleza pecaminosa; nuestra atención se dirige al líder de la adoración, pero raras veces nos damos cuenta de la persona que se sienta dos bancas atrás y que “simplemente” canta himnos. Nos impresiona conocer a alguna persona que ostenta un título empresarial, pero tenemos menos interés respecto a una persona que es “solamente un ama de casa”. Los expertos en el crecimiento de la iglesia nos dicen que las personas necesitan que se les dé un trabajo “significativo” para que permanezcan vitalmente ligadas al ministerio de una congregación. ¿Pero cómo se puede definir lo que es “significativo”? ¿Es trabajo significativo (o una tarea servil): poner las flores en el altar, arreglar un rociador contra incendios o sacar la basura de la vereda de la iglesia?

Que el corazón de todo cristiano se impresione con la verdad que el cronista desea enseñar aquí. Al dedicar todo este espacio a los nombres y a las responsabilidades de varios levitas, el escritor sagrado dice: “lo que estas personas hicieron era de interés, era importante. Todo Israel hubiera sufrido si ellos no hubieran hecho las tareas que se les habían asignado. El trabajo les había sido dado por Dios y se llevó a cabo para su gloria. Esto es lo que lo hace significativo.” Jesús nos repite a nosotros la misma verdad cuando dice: “Cualquiera que dé a uno de estos pequeños un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa” (Mateo 10:42). Toda la confianza que un discípulo necesita sobre el valor de su trabajo es saber que le sirve a su Señor y que su Señor acepta su servicio.

27 Éstos son los principales de los hijos de Israel, jefes de familias, jefes de millares y de centenas, y funcionarios que servían al rey en todos los negocios de las divisiones militares que se relevaban cada mes durante todo el año. Cada división era de veinticuatro mil hombres.

² Sobre la primera división, la del primer mes, estaba Jasobeam hijo de Zabdiel; y tenía su división veinticuatro mil.

³ Descendiente de Fares, él fue jefe de todos los capitanes de las compañías que prestaban servicios el primer mes.

⁴ Sobre la división del segundo mes estaba Dodai, el ahohíta; y Miclot era jefe en esta división, en la que también había veinticuatro mil.

⁵ El jefe de la tercera división, que servía el tercer mes, era Benaía, hijo del sumo sacerdote Joiada; y en su división había veinticuatro mil. ⁶ Este Benaía era valiente entre los treinta y sobre los treinta; y en su división estaba su hijo Amisabad.

⁷ El cuarto jefe, para el cuarto mes, era Asael, hermano de Joab, y le sucedió su hijo Zebadías; y en su división había veinticuatro mil.

⁸ El quinto jefe, para el quinto mes, era Samhut, el izraíta; y en su división había veinticuatro mil.

⁹ El sexto jefe, para el sexto mes, era Ira hijo de Iques, de Tecoa; y en su división había veinticuatro mil.

¹⁰ El séptimo jefe, para el séptimo mes, era Heles, el pelonita, de los hijos de Efraín; y en su división había veinticuatro mil.

¹¹ El octavo jefe, para el octavo mes, era Sibecai, el husatita, de los zeraítas; y en su división había veinticuatro mil.

¹² El noveno jefe, para el noveno mes, era Abiezer, el anatotita, de los benjamitas; y en su división había veinticuatro mil.

¹³ El décimo jefe, para el décimo mes, era Maharai, el netofatita, de los zeraítas; y en su división había veinticuatro mil.

¹⁴ El undécimo jefe, para el undécimo mes, era Benaía, el piratonita, de los hijos de Efraín; y en su división había veinticuatro mil.

¹⁵ El duodécimo jefe, para el duodécimo mes, era Heldai, el netofatita, de Otoniel; y en su división había veinticuatro mil.

Dibujando círculos crecientes desde un punto central, el cronista ha estado describiendo la gran organización de Israel que hizo David hacia el fin de su reinado. Es claro que el punto central iba a ser el santuario que iba a alojar el Arca del pacto. El primer círculo estaba compuesto de los sacerdotes y levitas, relacionados más directamente con la adoración. El segundo círculo albergó a los cantores, que llenaron los atrios del Templo con la Palabra de Dios en forma musical. El tercer círculo describió a los porteros, que cuidaban las entradas a la casa de Dios. El cuarto presentó a los levitas tesoreros y otros levitas cuyas responsabilidades los llevaron fuera de los recintos del Templo a otras ciudades y villas de Israel. Lejos de los atrios del Templo, trabajaron para Dios y para el rey entre el pueblo, aun entre los que vivían en el lado lejano del Jordán. Con el capítulo 27, el cronista dibuja el círculo final, terminando donde comenzó en el capítulo 23 con el rey y sus príncipes.

Mientras que los primeros quince versículos nos dan el diseño general que hizo David para la organización del ejército, hacemos bien en tomar nota de las primeras palabras del capítulo: “Estos son los principales de los hijos de Israel”. Es evidente que el cronista quería que este capítulo representara más que un esquema de la organización militar, al mostrar la estructura de mando de David. Éste era Israel, el pueblo de Dios, organizado para la adoración y organizado de una manera sistemática alrededor de la casa de Dios, donde el Señor vivía en medio de su pueblo.

Para que el pueblo de Dios pudiera adorarlo en paz y sin temor, el ejército estaba organizado para proteger la tierra santa. David creó doce divisiones de 24,000 hombres cada una: una división para cada mes del año y una por cada una de las tribus originales de Israel. Cada división tenía un turno de responsabilidad activa un mes al año. Los jefes de las divisiones (versículos 2-15) eran los hombres capaces que habían sido probados en combate y así se habían ganado un lugar entre los “valientes” de David (vea el capítulo 11:10-47).

Nosotros también le damos gracias a Dios por nuestro gobierno y por el ejercicio lícito del poder del estado, en gran parte por la misma razón. Pablo nos anima a orar por los que están en autoridad “para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad” (1 Timoteo 2:2).

¹⁶ Los jefes de las tribus de Israel eran: De los rubenitas, Eliezer hijo de Zicri; de los simeonitas, Sefatías hijo de Maaca. ¹⁷ De los levitas, Hasabías hijo de Kemuel; de los de Aarón, Sadoc. ¹⁸ De Judá, Eliú, uno de los hermanos de David; de los de Isacar, Omri hijo de Micael. ¹⁹ De los de Zabulón, Ismaías hijo de Abdías; de los de Neftalí, Jerimot hijo de Azriel. ²⁰ De los hijos de Efraín, Oseas hijo de Azazías; de la media tribu de Manasés, Joel hijo de Pedaías. ²¹ De la otra media tribu de Manasés, en Galaad, Iddo hijo de Zacarías; de los de Benjamín, Jaasiel hijo de Abner. ²² Y de Dan, Azareel hijo de Jeroham. Éstos fueron los jefes de las tribus de Israel.

²³ David no hizo el censo de los que tenían menos de veinte años, por cuanto Jehová había dicho que multiplicaría a Israel como las estrellas del cielo. ²⁴ Joab hijo de Sarvia había comenzado a hacer el censo; pero no acabó, pues por esto vino el castigo sobre Israel, y así su número no fue puesto en el registro de las crónicas del rey David.

Aquí tenemos la organización tribal de Israel. Algunos la han llamado la autoridad “civil” en contraste con las autoridades militares que ya nombramos antes en el texto. Un breve vistazo a los nombres de las tribus revela algo extraño. Las tribus de Gad y de Aser simplemente se han eliminado. Es incierto si eso refleja su condición política o su fuerza relativa en ese tiempo. Ya se han presentado otras ocasiones en que hemos visto eliminados nombres de tribus de las doce (por ejemplo, Zabulón no se encuentra en las listas de los primeros ocho capítulos) o agregados dos veces (por ejemplo, Manases en esa misma lista y en otras). Lo que es completamente único respecto a esta lista de tribus es la

aparición de Aarón en el versículo 17. Aarón, descendiente de Leví, nunca se cuenta como una tribu en ninguna otra parte. Sin duda que aquí es elevado a este estatus para recordarle a todo Israel que ellos son una nación de sacerdotes, cuya vida está dedicada a la adoración del único verdadero Dios. Para que el número de las tribus sume exactamente doce, se deben contar las dos mitades de Manases como una sola tribu.

Se nos recuerda el desastroso censo que David llevó a cabo y la ira de Dios que vino sobre Israel como consecuencia de eso (versículos 23,24), y también se nos recuerda la gran promesa de pacto que le fue hecha a Abraham “que multiplicaría a Israel como las estrellas del cielo” (versículo 23; vea también Génesis 22:17,18). Debido a esa promesa y a la promesa del Salvador que se encuentra en el centro de ella, todos los que por la fe consideran a Abraham como padre pueden estar seguros de varias cosas. “[Dios] no contendrá para siempre ni para siempre guardará el enojo....Porque, como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que lo temen” (Salmo 103:9,11). Aunque el número terrenal del pueblo de Dios pueda disminuir (y este número ciertamente parece haberse reducido en el tiempo del cronista y en el nuestro) podemos estar seguros de que el número total de los elegidos de Dios será reunido en su reino.

²⁵Azmavet hijo de Adiel tenía a su cargo los tesoros del rey; y Jonatán hijo de Uzías era el encargado de los tesoros de los campos, las ciudades, las aldeas y las torres. ²⁶Al frente de los que trabajaban en la labranza de las tierras estaba Ezri hijo de Quelub. ²⁷De las viñas, Simei, el ramatita; y del fruto de las viñas para las bodegas, Zabdi, el sifmita. ²⁸De los olivares e higuerales de la Sefela, Baal-hanán, el gederita; y de los almacenes del aceite, Joás. ²⁹Del ganado que pastaba en Sarón, Sitrai, el saronita; y del ganado que estaba en los valles, Safat hijo de Adlai. ³⁰De los camellos, Obil, el ismaelita; de las asnas, Jehedías, el meronotita; ³¹y de las ovejas, Jaziz, el agareno.

Todos estos eran administradores de la hacienda del rey David.

³² **Jonatán, tío de David, era consejero, hombre prudente y escriba; mientras Jehiel hijo de Hacmoni estaba con los hijos del rey.** ³³ **También Ahitofel era consejero del rey, y Husai, el arquita, amigo del rey.** ³⁴ **Después de Ahitofel estaba Joiada hijo de Benaía y Abiatar. Joab era el jefe del ejército del rey.**

Las dos últimas listas están compuestas por “los hombres del rey”, que sirvieron al lado de David o a cargo de sus intereses personales. En los versículos 25 a 31, tenemos la lista de los: miembros del consejo de administración, gerentes y administradores de las propiedades de la corona. A la cabeza de la lista está Azmavet (versículo 25) que tenía a su cargo los “tesoros del rey” que probablemente estaban ubicados en Jerusalén. Estos se diferenciaban de “los tesoros de los campos, las ciudades, las aldeas y las torres” que eran supervisados por Jonatán y Uzías. En lo que sigue se nos dice lo que se guardaba en estas casas de provisiones. David tenía extensos territorios: fincas, viñas, olivares e higueras, y tierras para pastar ganado. Muchas de las bodegas de David debieron ser graneros donde se guardaban las cosechas de sus tierras. Además, David tenía manadas de: ganado, camellos, asnas y ovejas (versículos 29-31). Dios verdaderamente había bendecido al que había tomado “del redil, de detrás de las ovejas” (1 Crónicas 17:7). Ahora David necesitaba administradores para que cuidaran sus propiedades personales, porque cuando Dios bendice a alguien, no lo hace a medias. Notamos que el rey tenía un total de doce oficiales a cargo de su riqueza.

Los consejeros del rey se nombran en los versículos 32-34. Notamos los nombres de Ahitofel y Husai arquita, que figuraron tan prominentemente en la rebelión de Absalón el hijo de David. Ahitofel traicionó a su rey mientras que Husai lo salvó (vea 2 Samuel 15:32-37 y 16:15-17:14). Husai verdaderamente se ganó su título oficial como “amigo del rey” (versículo 33). También vemos a Joab, el fiero y algunas veces violento comandante del ejército de David. En contra de las órdenes directas del rey, mató

al indefenso Absalón cuando colgaba de un árbol, cogido del cabello (2 Samuel 18:5 y 14). Durante el curso de su larga vida, David conoció: los problemas y el pesar, la aflicción y la traición. Como un rey justo había experimentado que Dios lo había librado de todas las aflicciones (Salmo 34:19). Así que los círculos se completan: comenzaron con la convocatoria del rey a los príncipes de Israel para organizar la adoración en respecto al Templo (1 Crónicas 23:1,2) y terminan con todo Israel listo para servir al único verdadero Dios bajo el gobierno de su rey justo (1 Crónicas 27).

Reflexiones finales sobre los capítulos 23–27

En la descripción que hace el cronista de las formas de adoración de Israel bajo el rey David, podemos detectar ciertos ideales y actitudes dignos de ser considerados un poco más de cerca. Por un lado vemos un deseo de orden y organización. Tal vez para algunos la idea de organización significa edificios de oficinas impersonales ocupados por sombras grises de hombres y mujeres robots. Pero Israel no la veía así. Recordamos que la palabra hebrea para “paz” (*shalom*) significa mucho más que la ausencia de guerra; significa un estado de armonía y simetría, donde todo es correcto y está en su lugar adecuado. David organizó a su pueblo de esta manera ordenada porque quería hacer las cosas correctamente, de tal manera que: el sacerdote y el portero, el cantor y el tesorero, el consejero y el oficial del ejército, todos se pudieran acomodar juntos para formar un todo agradable. Cada uno tenía que desempeñar su propia actividad especial. Cada actividad era importante y necesaria, pero el todo era mucho más importante que cualquier parte individual. Vemos ese mismo espíritu reflejado en las palabras sublimes de Pablo respecto a la iglesia en la carta a los Efesios: “De [Cristo] todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (4:16).

Esta descripción detallada que hace el cronista es su manera de transmitir esta misma verdad al pueblo de su época. Es un método del Antiguo Testamento el decir: “Que todos trabajemos en amor, aceptando con alegría el servicio que Dios nos ha asignado. Que ninguno se envanezca orgullosamente. Que ninguno que sirva en este reino se sienta desanimado. ¡Todos servimos para la gloria de Dios!” Este ideal de orden en paz claramente no es una reflexión de la mente humana, sino de la mente de Dios. “Pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz” (1 Corintios 14:33). Todas las descripciones del cielo y de los redimidos, que aparecen en el libro de Apocalipsis, resuenan con el mismo sentido de belleza y perfección. Todo es correcto, y cada uno está en su lugar. Toda lengua y tribu pueden unirse en un solo canto armonioso al que está sentado en el trono celestial.

Vivimos en un tiempo en el que los escándalos y las divisiones sacuden a la iglesia, cuando la gente va de una comunidad a otra, esperando encontrar en cada una de alguna manera externa la verdadera iglesia de Dios. “¿Se aman aquí todos mutuamente? ¿Se manifiesta aquí el Espíritu Santo?” Vivimos en un tiempo en que es fácil llegar a desanimarse respecto a la iglesia, porque aparece a nuestros ojos tan estropeada por el pecado.

Es precisamente por esto que necesitamos ver las cosas de la manera en que el cronista las ve; él sabía que había más que decir sobre el reino de David y podía haber vuelto a contar las divisiones y los escándalos que golpearon al pueblo de Dios después de que Betsabé tomó su baño, o de que Absalón trató de ganar el corazón de Israel quitándoselo a su rey. Pero no lo hace, por la simple razón de que los miembros del pueblo de Dios no necesitan oír ese mensaje cuando están al borde de darse por vencidos. Al contrario, necesitan escuchar la verdad de que Dios los ama a pesar de su pecado, y los considera santos a pesar de la imperfección de su vida. Ellos necesitan escuchar que “Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera

mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha” (Efesios 5:24-27).

¡Nosotros también necesitamos oír este mensaje! De otro modo nunca tendremos la esperanza ni el valor que recibe una persona al ver la iglesia como Dios la ve. Encontramos la verdadera iglesia dondequiera que se proclama la palabra de perdón, y ésta debe ser percibida por medio del prisma del perdón, o no se verá para nada. Pero cuando la detectamos por medio de la Palabra, entonces nuestra visión es verdadera y vemos las cosas con los ojos de Dios.

David prepara la construcción de la casa de Dios bajo el reinado de Salomón

E. David comisiona públicamente a Salomón para la construcción

Los últimos dos capítulos de 1 Crónicas completan la descripción de los cuidadosos preparativos que hizo David para construir un templo que él nunca iba a ver. El cronista pone delante de nosotros una escena magnífica. David convocó a una gran asamblea a todos los líderes de todos los diferentes grupos dentro de su reino. Esta es la congregación de Israel. En el capítulo 28, el escritor sagrado registra el encargo público que David le dio a su hijo en esa asamblea. El capítulo 29 cuenta que el rey y sus príncipes ofrendaron de una manera extraordinaria y de buena voluntad. Esto daba la seguridad de que Salomón iba a tener los recursos financieros para completar la tarea. En respuesta a la gracia de Dios por haber conmovido los corazones para dar de manera tan generosa, David eleva su corazón en una oración sin par de alabanza al Señor. En la oración, resuena la nota clave del libro: “¡Tuyo, oh Señor, es el reino!” El capítulo concluye con la coronación de Salomón y con la muerte de David “en buena vejez”.

Algunos se preocupan demasiado por las diferencias que hay entre la descripción de los días finales de David que se encuentra

en el libro de 1 Reyes y el relato que tenemos aquí. En 1 Reyes, según ellos, la imagen es la de un rey anciano que apenas puede levantarse de la cama para poner bajo control un reino que se había convertido en un caos y que estaba lleno de intrigas. Por otro lado, en Crónicas, vemos a un hombre en plena posesión de sus facultades, pasándole tranquilamente a su hijo su reino y el trabajo de su vida. Aunque los dos textos describen exactamente las condiciones al final de la vida de David, el relato que tenemos ante nosotros en 1 Crónicas debió haber ocurrido precisamente antes de la muerte de David, después del abortado golpe de estado de Adonías. Esa rebelión hizo que el rey estableciera de inmediato un cogobierno con su hijo Salomón (vea 1 Reyes 1 para los detalles). Ahora David le quería entregar por completo las riendas del poder, y por eso ungió a Salomón como rey “por segunda vez” (1 Crónicas 29:22). En cuanto a que David estuviera postrado en cama, cualquiera que haya tenido experiencia con los ancianos sabe que, si existe una necesidad urgente, de repente ellos pueden sacar fuerzas para hacer cosas que previamente habían encontrado difíciles o casi imposibles de hacer. Aquí David literalmente se puso a la altura de las circunstancias.

Hay otra característica interesante en los dos capítulos que tenemos ante nosotros. Encontramos muchas semejanzas en el lenguaje y los acontecimientos bíblicos que se relatan cuando Moisés le entregó el poder a su sucesor Josué. Esto difícilmente sorprende a alguien que conoce al Dios viviente. Los tratos de Dios con su pueblo se repiten a través de la historia. Así como al pulsar una cuerda de un arpa se puede hacer que otra vibre, también un pasaje de la Biblia resuena con otro al tocar la canción del amor de Dios. También sabemos que David estaba familiarizado con los escritos proféticos de Moisés. De esta manera, él debió haber notado la semejanza entre su vida y la de ese gran profeta. Como él había estudiado la vida y el lenguaje de Moisés, David hizo suyo ese lenguaje cuando le habló a su hijo.

28 Reunió David en Jerusalén a todos los principales de Israel, los jefes de las tribus, los jefes de las divisiones que servían al rey, los jefes de millares y de centenas, los administradores de toda la hacienda y posesión del rey y de sus hijos, los oficiales y los más poderosos y valientes de sus hombres.

² Entonces el rey David se puso en pie y dijo: «Oídmme, hermanos míos y pueblo mío. Yo tenía el propósito de edificar una Casa en la cual reposara el Arca del pacto de Jehová, y sirviera de estrado a los pies de nuestro Dios; y había ya preparado todo para edificar. ³ Pero Dios me dijo: “Tú no edificarás Casa a mi nombre, porque eres hombre de guerra y has derramado mucha sangre.” ⁴ Sin embargo, Jehová, el Dios de Israel, me eligió de entre toda la casa de mi padre, para que fuera rey de Israel perpetuamente; porque a Judá escogió para ser caudillo, y de la casa de Judá a la familia de mi padre; y de entre los hijos de mi padre se agradó de mí para ponerme por rey sobre todo Israel. ⁵ Y de entre todos mis hijos (porque Jehová me ha dado muchos hijos), eligió a mi hijo Salomón para que se sienta en el trono del reino de Jehová sobre Israel. ⁶ Y me ha dicho: “Salomón, tu hijo, él edificará mi Casa y mis atrios; porque a éste he escogido por hijo, y yo seré para él padre. ⁷ Asimismo yo confirmaré su reino para siempre, si él se esfuerza en poner por obra mis mandamientos y mis decretos, como en este día.”

⁸ »Ahora, pues, delante de todo Israel, congregación de Jehová, y de nuestro Dios que nos escucha, guardad y observad todos los preceptos de Jehová, vuestro Dios, para que poseáis la buena tierra, y la dejéis en herencia a vuestros hijos después de vosotros perpetuamente.

David convocó solemnemente a la congregación de Israel en Jerusalén para que escuchara lo que él tenía que decir. Todo Israel estaba presente (vea el versículo 8), representado por sus líderes.

David había organizado a Israel para la adoración, y ahora le iba a dar sus órdenes para comenzar. El cronista nota que el anciano rey se puso de pie (versículo 2) para hablarle a la congregación. Comenzó sus observaciones recordándoles a todos que la voluntad de Dios había anulado el deseo de su corazón y, sin embargo, que la gracia de Dios había procedido a darle a él más de lo que su corazón pudiera haber imaginado: “Yo tenía el propósito de edificar una casa en la cual reposara el Arca del pacto de Jehová; Dios en cambio me construyó una casa eterna, y escogió a mi hijo Salomón para ser de su propiedad y construir su casa.”

Estas palabras eran las reflexiones maduras de un hombre que había mirado hacia atrás en su vida y la había visto toda como una revelación del amor de Dios: no sólo por él, sino por todos los que siempre han esperado en Dios para que los libere del pecado. Dios había hecho que por su promesa segura las esperanzas de Israel se centraran primero en Judá (versículo 4; vea también Génesis 49:10), y después que reposaran en David (versículo 4; vea también 1 Crónicas 17). El Salvador iba a nacer del linaje de David, “para que fuera rey de Israel perpetuamente” (versículo 4). De todos los hijos de David, Dios había escogido de acuerdo con su voluntad salvadora a Salomón como el que “se [iba a sentar] en el trono del reino de Jehová sobre Israel” (versículo 5) y el que iba a construir una Casa para Dios (versículo 6). Para entender el completo significado de este lenguaje mesiánico, se anima al lector a consultar el comentario sobre 1 Crónicas 17:10-15.

El Señor había escogido a Salomón para que fuera su hijo, y había prometido hacer que su dinastía fuera permanente sobre Israel “si él se esfuerza en poner por obra mis mandamientos y mis decretos” (versículo 7). Respecto al reino terrenal y a la dinastía terrenal de David, las promesas de Dios eran condicionales, así como la promesa de adoptar al pueblo de Israel como pertenencia suya había sido condicional bajo el pacto que Dios había hecho con ellos en el Sinaí (Éxodo 19:5). Dios dijo: “Si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro.” La

obediencia trajo grandes bendiciones terrenales, mientras la desobediencia trajo la ira de Dios y el desastre terrenal. Esto se convierte en un tema que David va a repetir en esta exhortación y en un tema que el cronista va a desarrollar en la segunda parte de su libro: “Guardad y observad todos los preceptos de Jehová, vuestro Dios, para que poseáis la buena tierra” (versículo 8). La fortuna del pueblo de Dios en la tierra prometida iba a aumentar o a disminuir, dependiendo de su lealtad al verdadero Dios y de su fiel adherencia a la ley de Moisés.

También es claro en este mismo pasaje que el pacto incondicional de la misericordia de Dios forma un fundamento sólido para la exhortación de David. El rey podía alegar que los mandamientos de Dios se estaban poniendo por obra “hoy” (versículo 7). Ciertamente David no podía decir esto porque toda su vida hubiera estado en perfecta armonía con la voluntad de Dios, sino solamente porque por gracia Dios le permitió hacer esa afirmación. El rey había encontrado su justicia, primero en el perdón de Dios, y después había demostrado su fe por medio de la manera en que anduvo delante del Señor. David había encontrado la fortaleza para “preparar la construcción de” una casa para Dios (versículo 2, en hebreo) sólo porque primero Dios “le había preparado a él un reino eterno” (versículo 7, en hebreo). David confió tanto en el poder del amor perdonador de Dios que pudo exhortar a su hijo Salomón para que imitara su vida de fe.

Es importante notar que David le dirigió su exhortación inicial no sólo a Salomón, sino a toda la congregación de Israel. Todos los verbos del versículo 8 están en plural. David quería que todo el pueblo de Dios fuera fiel, no sólo el rey de Israel. Es cierto, el rey podía tener una gran influencia para el bien o para el mal sobre el resto de la nación, como lo aclara el libro de 2 Crónicas. Los malos líderes los podían hacer descarriar, mientras los buenos líderes los podían llevar a los pastos verdes de Dios. Pero por otro lado, el pueblo no podía considerar a su rey como el único responsable de su estado espiritual. Ellos también tenían un

mandato de Dios para guardar e inquirir “todos los preceptos de Jehová” (versículo 8). Las personas fieles también pueden ser una influencia poderosa sobre alguien que es menos que el ideal de un líder espiritual. Y aun si un pastor tiene una fuerte fe personal, no podrá lograr mucho si el corazón de su gente se ha endurecido a la Palabra.

¿Qué le quería decir el cronista a su audiencia original por medio de este relato? Aunque el trono terrenal de David ya había desaparecido, la promesa que le hizo Dios a David aún permanecía. Aunque el primer Templo ya había sido destruido, en su lugar se había construido un segundo Templo. El cronista quería que las palabras de David se escucharan por los siglos venideros y que tocaran el corazón de su pueblo: “Sean fieles a su Dios fiel. Obedézcanle y guarden sus mandamientos. Imiten a David, el rey justo. Vivan en la gracia de Dios como él lo hizo, porque Dios no dejará de cumplir su promesa de enviar el Salvador. Les enviará otro Hijo de David que será su Rey por siempre, y restaurará la gloria de la casa de Dios”. De manera similar, el escritor sagrado nos insta a los que vivimos en estos últimos días malos, diciendo: “¡No vacile en su fe, sino aférrase a la promesa de la manifestación del Rey! ¡Siga la justicia y camine en su amor!”

⁹»Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y con ánimo generoso; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos. Si tú le buscas, lo hallarás; pero si lo dejas, él te desechará para siempre. ¹⁰Mira, pues, ahora, que Jehová te ha elegido para que edifiques Casa para el santuario; ¡esfuérzate, y hazla!»

¹¹ Entonces David entregó a su hijo Salomón el plano del pórtico del Templo y sus casas, sus tesorerías, sus aposentos, sus salas y la casa del propiciatorio. ¹² Asimismo el plano de todas las cosas que tenía en mente para los atrios de la casa de Jehová, para todas las habitaciones alrededor, para las

tesorerías de la casa de Dios, y para las tesorerías de las cosas santificadas. ¹³ También para los grupos de los sacerdotes y de los levitas, para toda la obra del ministerio de la casa de Jehová, y para todos los utensilios del ministerio de la casa de Jehová.

¹⁴ Le dio oro en cantidad suficiente para las cosas de oro, para todos los utensilios de cada servicio, y plata en cantidad suficiente para todas las cosas de plata, para todos los utensilios de cada servicio. ¹⁵ El oro necesario para los candelabros de oro, y para sus lámparas; suficiente oro para cada candelabro y sus lámparas; y para los candelabros de plata, la plata necesaria para cada candelabro y sus lámparas, conforme al servicio de cada candelabro. ¹⁶ Asimismo le dio oro suficiente para las mesas de la proposición, para cada mesa; del mismo modo, plata para las mesas de plata. ¹⁷ También oro puro para los garfios, para los lebrillos, para las copas y para las tazas de oro; para cada taza, según su peso; y para las tazas de plata, según el peso de cada taza. ¹⁸ Además, suficiente oro puro para el altar del incienso, y para el carro de los querubines de oro, que con las alas extendidas cubrían el Arca del pacto de Jehová.

¹⁹ «Todas estas cosas —dijo David— me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño.»

²⁰ David dijo además a su hijo Salomón: «Anímate y esfuérzate, y manos a la obra; no temas ni desmayes, porque Jehová Dios, mi Dios, estará contigo; él no te dejará ni te desamparará, hasta que acabes toda la obra para el servicio de la casa de Jehová. ²¹ Ahí tienes los grupos de los sacerdotes y de los levitas para todo el ministerio de la casa de Dios; estarán a tu lado en toda la obra; también te dará su ayuda toda clase de voluntarios y gente hábil para toda forma de servicio, y los príncipes y todo el pueblo ejecutarán todas tus órdenes.»

Con el versículo nueve, David comenzó a dirigirle sus palabras de ánimo específicamente a su hijo. En primer lugar, le dice “reconoce (mejor: conoce) al Dios de tu padre” (versículo 9). Para ti es más importante conocer a Dios que conocerte a ti mismo o saber lo que vas a hacer. Estas palabras parecen muy sencillas y, sin embargo, están tan llenas de significado. Conocer a Dios significa conocerlo como verdaderamente es: el Dios justo que “de ningún modo tendrá por inocente al malvado” y sin embargo es el Dios que sobre todo es misericordioso y compasivo “que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6,7). Conocer a Dios no es simplemente saber de él, de la manera que una persona puede conocer y estar informada sobre alguna persona famosa. La palabra en hebreo implica un conocimiento que se basa en la experiencia personal, un conocimiento que solamente se puede adquirir cuando hay una relación viva entre el individuo y su Dios. Lutero sugirió una vez que la verdadera religión se encuentra en los pronombres. Conocer a Dios en este sentido bíblico no es solamente saber que: Dios, el Salvador, el Juez, el Ayudador, existe en algún lugar más allá de las vastas extensiones del espacio. Más bien significa que podemos decir que él es: mi Dios, mi Salvador, mi Juez y mi Ayudador en toda necesidad. Esta clase de conocimiento se adquiere cuando consideramos lo que Dios ha hecho por su pueblo. David exhortó a Salomón para que conociera al Dios “de tu padre”. La historia de la vida de David, más allá de decirnos quién era David y qué hizo, es una historia del Dios de Israel y nos dice quién es y lo que hará por todos lo que confían en su nombre.

Cuando una persona conoce a Dios de esta manera, tiene el poder para servirle a él “con corazón perfecto y con ánimo generoso” (versículo 9). Dios tiene el derecho de esperar la lealtad total del corazón de un creyente, y esto es exactamente lo que el creyente, que ahora lo conoce como su Salvador, quiere darle a él. Cuando Dios viene al hombre, el mendigo, y llena sus manos con las buenas cosas de la salvación, el corazón de ese hombre es

poseído por la alegría y llega a estar completamente dispuesto para el servicio de este Dios misericordioso. David podía hablar con experiencia sobre este punto. No sólo conoció al Señor como su Roca y su Redentor, sino que Dios lo había tomado de detrás de las ovejas y misericordiosamente lo había hecho el pastor de su pueblo. Dios le había dado la gracia de ser su propiedad y la gracia de servirlo solamente a él. Tomando firmemente en la mano la promesa de Dios, ahora David le dijo a su hijo: “Mira, pues, ahora, que Jehová te ha elegido para que edifiques Casa para el santuario” (versículo 10). Dios no solamente estaba complacido en llamar a Salomón su hijo, también estaba complacido de darle el privilegio de demostrar su calidad de hijo mediante una vida de servicio significativo. ¡Salomón iba a construir el Templo, el santuario donde el santo Dios iba a vivir en medio de su pueblo!

El servicio del creyente está marcado por un temor santo y un corazón reverente, porque el Dios a quien servimos es el Dios todopoderoso y omnisciente que “escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos” (versículo 9). No le podemos esconder nada: ningún impulso impío, ningún pensamiento sin amor. Por lo tanto, hacemos bien en andar en su presencia “con temor y temblor” (Filipenses 2:12). Sin embargo, hay algo que poseemos que transforma el terror brutal del pecador en el temor reverente del creyente. Es el conocimiento consolador de que “si tú le buscas, lo hallarás” (versículo 9). A pesar de nuestro pecado y desmerecimiento personal, Dios no se esconde de nosotros, sino está presente para que lo encuentren: los humildes, los quebrantados de corazón y los abrumados. Está presente para que lo encuentre el pobre pecador que busca perdón. Él se reveló: a Abraham, a Moisés y a David, y se revela a nosotros en Jesús. Cualquiera que ve a Jesús está mirando dentro del corazón de Dios (Juan 14:9). Mirando a Jesús, sabemos que el corazón de Dios es un océano sin límite de amor por nosotros. Este conocimiento nos hace libres de nuestros temores de culpa y nos da la vida eterna (Juan 17:3).

Aparte del conocimiento que viene de la revelación de Dios, no puede haber conocimiento de Dios. Aparte de la Palabra, sólo hay una búsqueda a ciegas sin esperanza en busca de algo incierto, porque el verdadero Dios permanece desconocido (Hechos 17:23). Cualquiera que trate de encontrarlo persiguiendo sus propios pensamientos nunca lo logrará. Cualquiera que abandone a Dios como se nos revela misericordiosamente en las Escrituras nunca puede esperar encontrarlo en algún otro lugar. “ Si lo dejas, él te desechará para siempre” (versículo 9). Nuevamente escuchamos resonar las palabras de David en la severa declaración del Nuevo Testamento: “El que no crea, será condenado” (Marcos 16:16).

Hemos pasado un tiempo tratando de descubrir el significado de los versículos 9 y 10, porque ellos son la esencia de la exhortación que le hizo David a su hijo. Después de recordarle dónde se puede encontrar la verdadera fortaleza, David le dijo a su hijo: “¡Esfuérzate, y hazla!” (versículo 10). Además, David preparó a su hijo para el trabajo al darle no sólo un plan detallado para todos los edificios del complejo del Templo, sino también le dio “los grupos de los sacerdotes y de los levitas, para toda la obra del ministerio de la casa de Jehová” (versículo 13).

De los versículos 14 a 17, obtenemos alguna idea de los detalles de los planes de David. Los detalles incluían las especificaciones de la cantidad de plata y de oro que se iban a utilizar para hacer los diversos artículos y muebles del Templo. Los querubines (ángeles) de oro, cuyas alas cubrirían el Arca del pacto, eran los últimos en la lista, pero claramente eran primeros en importancia. Al referirse por último al Arca (el lugar visible sobre la tierra donde se podía encontrar al Dios invisible), David le recuerda una vez más a su hijo que Dios iba a ser el dueño de la Casa que él estaba por construir. Podemos suponer que las instrucciones que le dio David para organizar a los sacerdotes, etc., nos fueron dadas, por lo menos en parte, en lo que hemos leído en 1 Crónicas 23–28. También podemos suponer que los planes que hizo David para el Templo y sus muebles nos sean descritos con

mayor detalle en 2 Crónicas 3 y 4. Por primera vez aquí nos enteramos de que todos estos planes tuvieron la aprobación de Dios. David pidió específicamente que sus planos (en todos sus detalles) fueran inspirados por Dios. “Todas estas cosas...me fueron trazadas por la mano de Jehová” (versículo 19). Esta es la razón por la que Salomón podía estar seguro de que estaba agradando a Dios cuando puso los planos en vigor.

David concluyó el nombramiento público de Salomón diciendo otra vez: “Anímate y esfuérzate, y manos a la obra” (versículo 20). Nada externo le podría impedir a Salomón el cumplimiento de la misión que el Señor le había encargado. Todos los preparativos ya se habían hecho; todo el pueblo había sido organizado y movilizado para servir. Estaban listos y “ejecutarán todas tus órdenes” (versículo 21). Tampoco nada interno debía hacer que Salomón dudara. Ni dudas ni temores lo deberían molestar ni le deberían impedir que llevara a cabo el trabajo que tenía por hacer. “Jehová Dios, mi Dios, estará contigo; él no te dejará ni te desamparará” (versículo 20). Cualquier temor que tuviera, lo podría vencer teniendo presente que Dios estaba con él. Y cuando Dios está con uno, no es como si fuera algo sin vida hecho de madera o de piedra, sino que él está con todo su poder puesto a la disposición de acuerdo con su promesa misericordiosa.

El arte de animar a servir es algo que podremos realizar después de estudiar acerca de David. Ningún predicador ni maestro de la Palabra de Dios puede considerar terminado su trabajo si se limita a hablar del pecado y después de la gracia de Dios al perdonar el pecado, y nada más. El pueblo perdonado de Dios también quiere ser orientado; los miembros del pueblo quieren saber dónde y cómo pueden servir a su Dios misericordioso a quien ya conocen. No hay mejor forma de hacer esto que la que vemos cuando David animó a su hijo. Recordémosle al pueblo de Dios de dónde viene su fortaleza; recordémosle también de las promesas de Dios y de su voluntad para nuestra vida. Esto es lo que Dios dice respecto a ser: un

discípulo, una madre, un padre, un hijo, un amigo, un empleador y un trabajador. Se puede estar seguro de que lo que se hace es agradable a Dios, porque estos llamamientos son establecidos por él y están expuestos claramente en su Palabra. Cualquiera que sea el trabajo que el Señor haya puesto delante de usted, ¡ánimese, esfuércese, y manos a la obra!

Al encontrar en este capítulo de 1 Crónicas el mensaje de Dios para nosotros, también debemos notar que David tomó tiempo al final de su vida para convocar a esta asamblea pública de todo el pueblo de Dios. El rey quería encargarlos a ellos y a su hijo de una manera solemne, para que vieran en qué consistía la misión del reino de Dios: en presentar ante todo el mundo el nombre salvador del único verdadero Dios. Esa era la verdadera razón para construir el magnífico Templo, la razón que estaba detrás de todo el planeamiento y de las ofrendas: engrandecer el nombre de Dios. Ciertamente necesitamos escuchar a David que le habla a nuestra iglesia. Hay tanta demanda del: tiempo, energía y dinero del pueblo de Dios, que muchas veces se olvida la responsabilidad que tiene hacia el reino y la misión de su Señor. Hay tantas cosas que hacer, que queda poco tiempo para lo que sólo la iglesia puede hacer. Jesús nos ordenó: “Proclamad el evangelio” (Marcos 16:15). Es por eso que existe la iglesia, y por este motivo Jesús nos dejó con esta misión aquí en la tierra. Es importante que los líderes del pueblo de Dios les recuerden su misión a los santos, que la pongan delante de ellos como la única meta inalterable que todos compartimos. ¡Engrandezcamos el nombre salvador de Jesús!

Concluimos el estudio de este capítulo indicando algunas de las similitudes específicas entre la comisión que le dio David a Salomón y la comisión que le dio Moisés a Josué. Parece suficientemente claro que el cronista quería que nosotros dedujéramos este paralelo. Así como a David se le impidió construir el Templo, Dios le impidió a Moisés experimentar la meta del trabajo de toda su vida. Cuando Moisés comisionó a Josué “en presencia de todo Israel” (Deuteronomio 31:7; compare

con 1 Crónicas 28:8), le recordó lo que el Señor le había dicho: “No pasarás este Jordán” (Deuteronomio 31:2). Se le dejaría a Josué que guiara al pueblo a la tierra prometida. Para animarlo a llevar a cabo su misión, Moisés utilizó casi las mismas palabras que David usó con Salomón: “¡Esforzaos y cobrad ánimo! No temáis ni tengáis miedo de ellos, porque Jehová, tu Dios, es el que va contigo...no te dejará ni te desamparará. No temas ni te intimides” (Deuteronomio 31:6-8; compare con 1 Crónicas 28:20).

Así como Moisés recibió los planos para el Tabernáculo de la mano de Dios (Éxodo 25:9), también David también pudo reclamar la inspiración divina de sus planos para la construcción del Templo (1 Crónicas 28:12,19). Hay otros paralelos entre David y Moisés, Salomón y Josué. Podemos tomar nota de algunos de ellos en la medida en que aparecen en nuestra lectura. La pregunta que nos queda ahora es esta: ¿qué significado, si existe alguno, pueden tener estos paralelos para nosotros?

En la medida en que se desarrollan los acontecimientos de la vida, con frecuencia nos es difícil ver el propósito de Dios o detectar su mano en la obra. ¿Por qué hay hambre aquí y abundancia allá? ¿Por qué la guerra molesta a este país, mientras que la paz prevalece en aquel? ¿Por qué es mi familia azotada por enfermedad, mientras que muchos otros parecen tener una vida libre de todo problema? ¿Por qué es mi vida una lucha, mientras que para otros parece ser tan fácil? A veces Satanás puede insinuarse en nuestros pensamientos y llevarnos a creer que a la relación de Dios con el mundo le falta justicia, o peor aun, que no hay ningún Dios y que todo sucede de una manera caótica al azar. A esta percepción se oponen las obras del Señor para demostrar su participación en la historia del mundo. Él no está distante ni despreocupado, al contrario, está cerca y dedicado a nosotros: “Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien” (Romanos 8:28). Cuando vemos muy de cerca los acontecimientos, puede ser que no lo notemos. Sin duda David también tuvo dificultad para comprender el propósito de Dios

cuando tuvo que huir de Saúl, pero el tiempo y la distancia nos pueden dar una mejor perspectiva aun en los acontecimientos más tristes. La Palabra de Dios nos da la verdadera perspectiva. Pasajes como estos nos aseguran que Dios está trabajando entre nosotros y en nosotros, obrando “ así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

*F. La última solicitud de David,
el ascenso de Salomón al trono y la muerte de David*

No contento con sus logros, David concluyó la asamblea pública de Israel solicitando ofrendas para construir la casa del Señor. En este capítulo final del primer libro de Crónicas, podemos aprender mucho, no sólo respecto a cómo ofrecerle ofrendas a Dios, sino también respecto a su naturaleza amorosa y qué significa llevar una vida dedicada a él.

29 Después dijo el rey David a toda la asamblea: «Solamente a Salomón, mi hijo, ha elegido Dios; él es joven y tierno de edad, y la obra, grande; porque la Casa no es para un hombre, sino para Jehová Dios. ² Con todas mis fuerzas yo he preparado para la casa de mi Dios, oro para las cosas de oro, plata para las cosas de plata, bronce para las de bronce, hierro para las de hierro, y madera para las de madera; y piedras de ónice, piedras preciosas, piedras negras, piedras de diversos colores, y toda clase de piedras preciosas, y piedras de mármol en abundancia. ³ Además de esto, por cuanto tengo mi afecto en la casa de mi Dios, yo guardo en mi tesoro particular oro y plata que, además de todas las cosas que he preparado para la casa del santuario, he dado para la casa de mi Dios: ⁴ tres mil talentos de oro, de oro de Ofir, y siete mil talentos de plata refinada para recubrir las paredes de las casas; ⁵ oro, pues, para las cosas de oro, y plata para las cosas de plata, y para toda la obra de las manos de los artífices. ¿Quién quiere, pues, hacer hoy ofrenda voluntaria a Jehová?»

David comenzó recordándole a su pueblo los hechos sobresalientes. Dios había escogido a Salomón para que construyera el Templo. Pero la elección de Dios no cambió el hecho de que Salomón era “joven y tierno de edad” (versículo 1). Tampoco esto disminuyó la magnitud de la tarea que tenía a mano, “la Casa no es para un hombre, sino para Jehová Dios” (versículo 1). Las palabras de David no surgieron de un deseo de humillar a su hijo públicamente; el mismo Salomón lo admitiría en una ocasión posterior: “Yo soy joven, y no sé cómo entrar ni salir” (1 Reyes 3:7). Más bien, lo que David dijo brotó de la convicción que tenía de que ninguna persona podía hacer el trabajo por ella misma. Ninguna persona poseía todas: las habilidades, los recursos y los dones que se requerían para ofrecerle a Dios el acto de adoración de construirle una casa. Esto era algo que todo el pueblo de Dios tenía que hacer en conjunto. De una manera semejante sabemos que el hombre no está destinado a adorar a Dios en soledad, apartado de los demás, sino en compañerismo alegre con todo el pueblo de Dios. Cuando una congregación llama a: un pastor, un maestro o un diácono (y reconocemos la decisión de Dios en ese llamamiento), no quiere decir que la congregación piense que la persona llamada tiene toda la capacidad para hacerlo todo. La adoración conjunta que ofrecemos en nuestra vida como pueblo de Dios requiere los dones de cada uno de los miembros del cuerpo (1 Corintios 12:12-27).

David también le recordó al pueblo las cosas que él ya había hecho para preparar el trabajo de construcción. Desde su posición oficial como rey y cabeza de estado, él había provisto oro, plata, hierro, madera y piedras preciosas: “en abundancia” (versículo 2). Ahora agregó una cosa más “yo...mi tesoro particular...he dado” (versículo 3). En el antiguo Cercano Oriente, la fortuna personal de un gobernador (en contraste con los fondos estatales oficiales) era su protección contra el desastre y las calamidades. Era una seguridad financiera, en caso de que la guerra o la intriga lo despojara del trono. Una vez que comprendemos esto, entonces

entendemos que la acción de David aquí es una forma pública de poner su vida y su seguridad en las manos de Dios. Esta fue una manera de expresar con hechos la confianza que David siempre había afirmado en sus salmos: “Jehová, roca mía...mi alto refugio” (Salmo 18:2; vea también el Salmo 31). La fe es la voluntad de abandonar todas las garantías terrenales y confiar solamente en Dios.

La naturaleza pública de la ofrenda de David tenía el propósito de motivar el liderazgo mediante el ejemplo. Lo que él dijo, lo dijo como un prelude a su pregunta: “¿Quién quiere, pues, hacer hoy ofrenda voluntaria a Jehová?” (versículo 5). David sintió que tenía el derecho de esperar ciertas cosas de los líderes del pueblo de Dios. Lo principal entre las cosas que esperaba era que los líderes del pueblo tuvieran el mismo deseo de servir a Dios como él. Cuando una persona conoce al Señor, quiere servirle. Es así de simple. Por esta razón David simplemente supuso que los príncipes de Israel iban a demostrar la consagración de su corazón de una manera concreta, dando libremente ofrendas para la construcción del Templo. La expresión que David empleó para “hacer hoy ofrenda voluntaria” (versículo 5) es significativa. La frase en hebreo literalmente significa: “llenar su mano”, y se usa en las Escrituras para designar la manera en que un sacerdote es instalado formalmente en el sacerdocio como uno que desea ofrecer su vida al servicio de Dios (Éxodo 28:41; 32:29). David entendió que esas ofrendas a Dios eran una manera de ofrecer la vida al servicio sacerdotal.

Algunos se pueden preguntar acerca de lo apropiado que fue que David declarara en público la cantidad que él deseaba dar. Alguien se puede preguntar: “¿Se está enorgulleciendo por sus buenas obras?” Se puede agregar más al punto: “¿Acaso esto no va contra la instrucción de nuestro Salvador de dar ‘en secreto’” (Mateo 6:4)? Una mirada más de cerca a las palabras de nuestro Salvador revela que no nos está dando el mandato de guardar absoluto silencio cuando se trata de dar las ofrendas. Llevándolas

al extremo, podemos convertir las palabras del Señor en una prohibición de recoger públicamente la ofrenda cada domingo. Esto realmente no sucede “en secreto” sino delante de todos. Lo que Jesús enfoca aquí es el motivo para dar. ¿Lo hace la gente para la alabanza y honra de los hombres? ¿Lo hacen sólo para tener esa “buena sensación” que viene de saber que hemos sido buenos chicos y chicas? ¿O lo hacemos con la sencillez de nuestro corazón para: alabar, honrar y agradar a Dios? Si es por la última razón, no importa si lo hacemos en público o en privado, la acción es pura ya que viene de un corazón puro. ¿Quién puede dudar de que las acciones de David provinieran de un corazón tan puro? Él sabía que estaba delante de la presencia del Dios que “escudriña los corazones, y que [le agrada] la rectitud” (versículo 17). La única razón por la que él dio su ofrenda públicamente fue para dar un ejemplo para su pueblo y no para conseguir aplausos.

Hay una multitud de aplicaciones prácticas de este pasaje para nuestra propia vida, pero nos contentaremos con sólo unas pocas. En la iglesia somos muy esquivos cuando se trata de dinero. Actuamos como si fuera un bien demasiado desacreditado para mencionarlo en un contexto espiritual. Tímidamente nos andamos por las ramas, no queriendo pedir a la gente que dé algo. ¡Aun están los que actúan como si fuera una cosa completamente impía el hecho de que alguna otra persona sepa lo que le dan a Dios! “Eso es entre él y yo, y algunas veces, ni yo mismo lo sé. Doy exactamente lo que mi mano puede encontrar en el bolsillo cuando veo que pasa el plato de la ofrenda.” Observe el contraste entre esa actitud y la de David, que dice públicamente lo que desea darle a Dios. No se está jactando; esto no es vanagloria. Con generosidad nacida de la fe, quiere animar al pueblo de Dios con su propio ejemplo. Aún más, como una persona cuyos ojos ven la verdad porque están llenos con la visión de la gracia de Dios, él puede “ver” la disposición que tienen los líderes para ofrecer también su servicio sacerdotal a Dios. Por esto, no duda en solicitar que ellos también hagan “hoy ofrenda voluntaria a Jehová”.

⁶ Entonces los jefes de familia, los príncipes de las tribus de Israel, jefes de millares y de centenas, con los administradores de la hacienda del rey, ofrendaron voluntariamente. ⁷ Dieron para el servicio de la casa de Dios cinco mil talentos y diez mil dracmas de oro, diez mil talentos de plata, dieciocho mil talentos de bronce, y cinco mil talentos de hierro. ⁸ Todo el que tenía piedras preciosas las entregó para el tesoro de la casa de Jehová, en manos de Jehiel, el gersonita. ⁹ Y se alegró el pueblo por haber contribuido voluntariamente; porque de todo corazón ofrendaron espontáneamente a Jehová.

PESOS EQUIVALENTES		
5,000 talentos	alrededor de	190 toneladas
(170 toneladas métricas)		
10,000 dracmas	alrededor de	185 libras
(84 kilogramos)		
10,000 talentos	alrededor de	375 toneladas
(345 toneladas métricas)		
18,000 talentos	alrededor de	675 toneladas
(610 toneladas métricas)		
5,000 talentos	alrededor de	185 toneladas
(170 toneladas métricas)		

David no fue defraudado en su esperanza. Las dos palabras claves en este pasaje son “voluntariamente” y “alegró”. La movilización que hizo David del pueblo de Dios para la adoración, como se detalla en los capítulos 22–27, fue mucho más que un asunto de sólo organización externa. Unidos bajo el unguido del Señor, disfrutando el “reposo” que Dios les había dado por medio de él, los jefes de Israel voluntariamente le abrieron su corazón a

Dios. Le ofrecieron su riqueza terrenal. ¡Y qué ofrenda fue! Esta no fue la escoria, sacada a la fuerza de ellos por la culpa, la obligación ni la coerción de ninguna clase. Las cantidades que dieron fueron mucho más que la cantidad que daría un príncipe, mucho más que el rescate de un rey. El total de los que dieron fue una cantidad tan inmensa, que sólo Dios la pudo haber hecho posible. La contabilidad que se da en el versículo 7 es una cantidad estupenda de cualquier forma que se calcule. En lugar de que esta ofrenda produjera comentarios rencorosos y observaciones acaloradas de la gente, produjo gran alegría en ellos y en su rey (versículo 9), porque ellos se dieron cuenta de la libertad y del entusiasmo con que sus líderes dieron. La alegría engendra alegría, así como el amor engendra amor. El corazón que es gobernado por Cristo se refresca y anima cuando ve el servicio voluntario que nuestro amoroso Señor inspira. En éste, vemos la prueba de que verdaderamente vivimos en la presencia del Dios que es “poderoso...para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo necesario, abundéis para toda buena obra” (2 Corintios 9:8).

¹⁰ Asimismo se alegró mucho el rey David, y bendijo a Jehová delante de toda la congregación; y dijo David: «Bendito seas tú, Jehová, Dios de Israel, nuestro padre, desde el siglo y hasta el siglo. ¹¹ Tuya es, Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos. ¹² Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el dar grandeza y poder a todos. ¹³ Ahora pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre. ¹⁴ Porque ¿quién soy yo y quién es mi pueblo, para que pudiéramos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos. ¹⁵ Porque nosotros, extranjeros y advenedizos somos

delante de ti, como todos nuestros padres; y nuestros días sobre la tierra, cual sombra que no dura. ¹⁶ Jehová, Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos preparado para edificar Casa a tu santo nombre, de tu mano procede y todo es tuyo. ¹⁷ Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas los corazones, y que la rectitud te agrada; por eso yo con rectitud de mi corazón voluntariamente te he ofrecido todo esto, y ahora he visto con alegría que tu pueblo, reunido aquí ahora, ha dado para ti espontáneamente. ¹⁸ Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, nuestros padres, conserva perpetuamente esta voluntad del corazón de tu pueblo y encamina su corazón a ti. ¹⁹ Asimismo da a mi hijo Salomón corazón perfecto, para que guarde tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos, para que haga todas las cosas, y te edifique la Casa para la cual yo he hecho preparativos.»

²⁰ Después dijo David a toda la congregación: «Benedicid ahora a Jehová, vuestro Dios.» Entonces toda la congregación bendijo a Jehová, Dios de sus padres, e inclinándose adoraron delante de Jehová y del rey.

Un estudio provechoso en sí mismo sería el que comprendiera todas las grandes oraciones de Crónicas. Ante nosotros tenemos un ejemplo, una ofrenda magnífica para un edificio magnífico, llevó a David a expresar su propia alegría y la de su pueblo en una oración magnífica de alabanza y de acción de gracias. Esta oración pone la ofrenda al Señor en el contexto apropiado. Dar es adorar y adorar es dar. El centro de la ofrenda siempre es Dios, no el hombre. David y los líderes sólo pudieron adorar y darle a Dios porque ellos primero habían recibido de él. Para David, las palabras: “Te damos sólo de lo tuyo” (*The Lutheran Hymnal* 441:1) fueron más que una frase trillada, fueron la totalidad de su vida.

David le ofreció alabanza a Dios como el verdadero dueño de todas las cosas. No hay grandeza que no venga de Dios. No hay

poder que no sea dado por Dios. “Porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas” (versículo 11). Dios creó el universo y le pertenece a él. Más que solamente ser el Creador de todas las cosas, Dios también obra en todas las cosas para sus propósitos salvadores y redentores. “Tuyo, Jehová, es el reino” (versículo 11). Esta afirmación es el tema de todo el libro. David sabía que todo lo que él había podido lograr, le había sido posible lograrlo por el Dios Salvador que gobierna con amor. En esta frase, el gran rey David pone su corona ante el Señor. “No son míos el reino, el trono, la gloria, el pueblo, las metas, los planes. ¡Tuyo es el reino y solamente tuyo!”

Dejemos que David nos enseñe a todos a orar con estas palabras. ¡Cuánto anhela el corazón humano el cumplimiento de ser elevado por encima del polvo fastidioso de la vida! No obstante, de qué manera tan perversa se busca ser elevado en un vano ensalzamiento de sí mismo o en la persistencia en depender de comodidades creadas en vez de depender del consuelo de su Creador. Sólo cuando ha sido ganado para el reino de Cristo, puede el corazón humano conocer la alegría de estar en el gobierno mundial de Dios, que tiene un propósito justo y salvador, que obra en la historia y en los anales de nuestra vida. Cuando el reino de Cristo llega a nuestro corazón, conocemos la alegría de ser parte de algo más grande que nuestro insignificante yo. Ésta es la alegría que se expresa en el canto de David. Su trono no era suyo, sino de Dios. Lo que Dios hizo por él no lo hizo sólo para él, sino para un mundo de almas hambrientas y adoloridas.

David continuó preguntando: “¿Quién soy yo y quién es mi pueblo?” (versículo 14). Recordamos a David haciendo preguntas similares en 1 Crónicas 17. Allí esas preguntas formaron la respuesta inicial que dio David a todo lo que Dios había hecho por él para hacerlo rey. Esa fue la manera en que David expresó su asombro al oír el anuncio de que él iba a ser el fundador de una dinastía eterna y el antepasado del Mesías y Salvador. Aquí las preguntas expresaban su asombro de que él y su pueblo pudieran

“ofrecer voluntariamente cosas semejantes” (versículo 14). La gracia definió a David, le había permitido llegar a ser grande y a hacer grandes cosas. Ahora vemos la manera en que la gracia de Dios para con David también se derramó sobre su pueblo. La gracia le hizo posible al pueblo de David seguir a su rey ungido, para ser grande a los ojos de Dios, y también para hacer grandes cosas. Cuando los mendigos como nosotros tenemos un vislumbre de la profundidad del amor de Dios, sólo podemos decir: “¡Asombroso! ¿Quién soy yo o qué hecho en mi vida para ser digno de esa enorme compasión?”

Cuando David vio en todos sus príncipes la buena voluntad de dar, tuvo que decirle a Dios: “Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos” (versículo 14). No sólo la riqueza misma vino de Dios (versículo 16) sino también el corazón dadivoso (versículos 14,18). No sólo los medios sino también la motivación, todo es un don de Dios para nosotros. La gracia sirve para estructurar toda la vida de un creyente. Cuando entendemos completamente esto, nos damos cuenta que realmente nunca le damos nada a Dios, sino sólo recibimos, porque aun cuando le ofrecemos nuestro: servicio, dinero y adoración a Dios, solamente le estamos devolviendo lo que él primeramente nos ha dado. Así es que adoramos a Dios como Dios, el dador; confesamos que somos mendigos dependientes de su misericordia para toda cosa buena.

David confesó esa verdad refiriéndose a los que habían dado con abundancia y a los corazones generosos. También confesó esa verdad con respecto a la tierra de Israel en la que vivían. “Nosotros, extranjeros y advenedizos somos”; sólo Dios es el verdadero dueño (versículo 15). Una persona que conoce la gracia de Dios sabe que no tiene derecho de ninguna posesión. Más bien se le podría llamar un: préstamo, confianza o un regalo, pero no lo tomemos como un derecho, algo que se nos debe por servicios prestados. Por último, David confesó esto con respecto a su esperanza de salvación: “nuestros días sobre la tierra, cual sombra que no dura” (versículo 15). No ponemos nuestra confianza en alguna cosa que hayamos hecho en este mundo, ni derivamos

nuestra seguridad de algo de esta vida efímera. Tampoco esperamos que el hombre nos salve, porque ninguna de estas cosas produce la verdadera esperanza. “Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación. Antes que nacieran los montes y formaras la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios” (Salmo 90:1-2). *Aquí ante todo* el hombre no puede dar, sino sólo recibir, poniendo su esperanza en la promesa de Dios. “Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:23).

Dicen que las últimas palabras que Lutero escribió antes de su muerte fueron estas: “Wir sind Bettler. Das ist wahr!” “Somos mendigos, esto es cierto.” Después de todo lo que el gran reformador había logrado y a pesar de todas las obras que hubiera podido alegar haber hecho, ésta quedó como su confesión final: “Todo viene de ti, oh Señor, y de ti hemos recibido cualquier cosa que hayamos hecho.” Mucho antes que Lutero, David llegó a la misma conclusión: “Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos.” Lo que unió los dos corazones a través de los milenios (y todavía los une) fue la apreciación sincera de la asombrosa gracia de Dios para con nosotros pobres pecadores.

En toda esta sección vemos a David, el ungido del Señor, sirviendo como un tipo de sumo sacerdote por su pueblo, como ya lo hemos visto antes (1 Crónicas 15 y 16). Como mediador, David representaba a la congregación de Israel ante el Señor, dándole gracias a él en representación de ellos (versículo 13), intercediendo ante él por el bien de ellos (versículos 18,19) e invitándolos a alabar a su Dios (versículo 20). Vale la pena notar lo que David pidió cuando intercedió por su pueblo: “Conserva perpetuamente esta voluntad del corazón de tu pueblo y encamina su corazón a ti... Asimismo da a mi hijo Salomón corazón perfecto, para que guarde tus mandamientos.” También vale la pena notar la base sobre la que David hizo su petición, recurrió al Señor, el Dios que había hecho un pacto de gracia con sus padres: Abraham, Isaac e Israel (versículo 18).

No podemos dejar de oír en las palabras de intercesión de David un eco de la gran oración de nuestro Señor al Padre justamente antes de que entregara su vida por el mundo. “Padre santo, a [mis discípulos] que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros” (Juan 17:11). El Padre se complace en conceder esta solicitud de su Hijo, el Rey ungido por el Espíritu para salvarnos. Sabemos que Dios le concede esa petición porque Jesús es el cumplimiento del pacto hecho con: Abraham, Isaac e Israel. También es el Hijo de David que vino a fundar el reino eterno que le fue prometido a su antepasado terrenal. Por esto tenemos toda la confianza en Cristo de que Dios conservará en nosotros una mente dispuesta y una voluntad leal. Nos mantendrá ansiosos de servir al Dios que nos salvó y nos ha reunido en la perfecta unidad de su amor.

²¹ Al día siguiente sacrificaron víctimas y ofrecieron holocaustos a Jehová; mil becerros, mil carneros, mil corderos con sus libaciones, y muchos sacrificios de parte de todo Israel. ²² Y comieron y bebieron delante de Jehová aquel día con gran gozo; y dieron por segunda vez la investidura del reino a Salomón hijo de David, y ante Jehová lo ungieron como príncipe, y a Sadoc, como sacerdote. ²³ Se sentó Salomón como rey en el trono de Jehová en lugar de su padre David, y fue prosperado; y le obedeció todo Israel. ²⁴ Todos los príncipes y poderosos, y todos los hijos del rey David, prestaron homenaje al rey Salomón. ²⁵ Y Jehová engrandeció en extremo a Salomón a los ojos de todo Israel, y le dio tal gloria en su reino, cual ningún rey la tuvo antes que él en Israel.

El día después del nombramiento de Salomón y de la gran ofrenda, la congregación se reunió para volver a dedicarse al Señor. La terminación de los preparativos para el Templo de David, el final de su reinado, y el comienzo del reinado de Salomón, todas estas eran buenas razones para reunirse con este propósito. Becerros, carneros y corderos fueron ofrecidos por

miles como holocaustos completos (versículo 21). Estos sacrificios expresaban el deseo del rey y del pueblo de ofrecer toda su vida completamente al Señor. Es claro que también se hicieron las ofrendas de paz. Parte de ese sacrificio fue quemado en el altar como una ofrenda a Dios, y parte fue consumido por los que habían ido a adorar al Señor, que entonces “comieron y bebieron delante de Jehová” (versículo 22). Este íntimo “compañerismo” con Dios se caracterizó por la alegría, una precursora de esa alegría que todos experimentaremos en el gran banquete mesiánico que vendrá. Entonces, “vendrán gentes del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios” (Lucas 13:29). ¡Qué día tan feliz será ese!

En la misma ocasión, “Salomón el hijo de David” fue aclamado y ungido como rey por segunda vez. La primera vez que fue ungido se hizo de prisa, por necesidad, para quitarle fuerza al golpe de Adonías (vea 1 Reyes 1). Ahora el ascenso de Salomón al trono se podía celebrar con la solemnidad apropiada, en los días tranquilos al final de la vida de David. Ahora se podía realizar dentro del contexto del nombramiento público de Salomón para construir el Templo, en lugar de ser una simple reacción a la amenaza que ofrecía Adonías al buen orden de Dios. Ahora el pueblo de Dios se podía unir completamente para prometer libremente su sumisión al hijo de David que estaba sentado “en el trono de Jehová” (versículos 23,24). Esta unidad también incluyó a “todos los hijos del rey David” (versículo 24), incluyendo al antes rebelde Adonías. Aun antes de darnos el relato completo del reino de Salomón, el escritor sagrado nos lo resume al decir: “Jehová engrandeció en extremo a Salomón...y le dio tal gloria en su reino, cual ningún rey la tuvo antes que él en Israel” (versículo 25). “Salomón y la gloria de su reino” será el tema principal del segundo libro de Crónicas.

El cronista termina su primer libro al dibujarnos esta hermosa imagen del reino de Dios. Aquí está todo Israel completamente unido bajo el glorioso hijo de David y completamente dedicado a la misión de construir la casa de Dios. Él no lo hace así por causa

de la nostalgia, sino simplemente para tocar un poquito “las cuerdas místicas de la memoria”. Finalmente, esta descripción no es tanto una visión retrospectiva de lo que Dios hizo, sino más bien una visión futura de lo que Dios todavía se propone hacer por su pueblo. El cronista les recuerda a los asediados creyentes de su día que un niño iba a venir a gobernar sobre el trono de David y que “lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto” (Isaías 9:7).

El pueblo de Dios en todas las épocas se ha consolado con el conocimiento de que cualquiera que pueda ser su estado externo, su destino eterno ha sido determinado por las palabras y promesas de Dios. Esas promesas se cumplieron en un día oscuro fuera de Jerusalén, donde el Señor de todos entregó su vida por nuestros pecados. Ellas se confirmaron en la mañana del día de la resurrección cuando nuestro glorioso Rey resucitó para establecer su gobierno victorioso sobre todos nuestros enemigos. Nada en el cielo ni en la tierra le puede impedir que nos traiga ese gobierno, para que compartamos con él la gloria. Mientras tanto, ocupémonos de sus asuntos y llevemos a cabo con alegría la misión que nos ha dado de edificar su templo, la santa Iglesia Cristiana.

²⁶ Así reinó David hijo de Isaí sobre todo Israel. ²⁷ El tiempo que reinó sobre Israel fue cuarenta años. Siete años reinó en Hebrón y treinta y tres reinó en Jerusalén. ²⁸ Murió en buena vejez, lleno de días, de riquezas y de gloria. Reinó en su lugar Salomón, su hijo.

²⁹ Los hechos del rey David, desde el primero hasta el último, están escritos en el libro de las crónicas del vidente Samuel, en las crónicas del profeta Natán, y en las crónicas del vidente Gad, ³⁰ con todo lo relativo a su reinado y su poder, y los cosas que le ocurrieron a él, a Israel y a todos los reinos de aquellas tierras.

Así terminó el reinado de David. Gobernó a Israel durante cuarenta años; durante esos años Dios había transformado a su pueblo, que pasó de ser una confederación poco rígida de tribus que estaba a merced de sus enemigos a ser un reino unido, disfrutando de reposo bajo el tipo de rey que le agrada a Dios. El Arca había sido devuelta a su lugar legítimo en el corazón de la adoración de Israel. Se había seleccionado un lugar, y se habían hecho todos los preparativos para la construcción de un templo para albergarla. David había organizado todo el reino para la adoración del único verdadero Dios y le había dejado a su pueblo una herencia de cánticos inspirados para que lo adoraran por medio de ellos. Como reconocimiento a su fiel servicio, Dios le había otorgado a David estas tres grandes bendiciones: que “murió... lleno de días, de riquezas y de gloria” (versículo 28); su hijo Salomón (y todos sus sucesores después de él) iban a ser evaluados de acuerdo con la norma de fidelidad que David había demostrado; y ellos iba a ser bendecidos según el grado en que andaban en los caminos de su padre David (2 Crónicas 17:4).

Hubo otras cosas sobre las que el cronista podía haber escrito, otros detalles que hubiera podido dar sobre David “con todo lo relativo a su reinado y su poder” (versículo 30). Pero su intención nunca había sido escribir sobre todo lo que había hecho David. Su deseo fue presentar la vida de David como Dios la vio, bajo la gracia, como un ejemplo y prefiguración del Rey Justo que iba a venir. De la misma manera, hubo otras cosas que el cronista pudo haber dicho sobre “Israel y... todos los reinos de aquellas tierras” (versículo 30). Pero de nuevo, su propósito no fue simplemente describir el ascenso y la caída de los reinos terrenales ni darnos los detalles áridos de historia sin la fe. El escritor sagrado quería presentar frente a sus lectores la visión del reino de Dios, el propósito misericordioso y salvador de Dios al obrar “en, con y bajo” todo lo que sucede. Él quería edificar una muralla espiritual alrededor de Sión para proteger al pueblo de Dios de los asaltos de Satanás que quería robarles su esperanza. Quería enseñarles a

ver la historia desde el punto de vista de Dios.

Que el Espíritu también nos capacite en este punto de vista. No importa lo difícil que sea a veces descubrir el propósito eterno de Dios con nuestros ojos, la fe lo juzga todo por medio de la promesa. Por medio de la promesa Dios nos aclara la visión para que veamos las cosas como son. Con la fe renovada en la promesa de Dios por medio del mensaje del cronista, que el Espíritu nos enseñe a cantar aun ahora en anticipación a la consumación de la historia: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15).



ANTIGUO TESTAMENTO

- | | |
|--------------------|---------------|
| GÉNESIS | ECCLESIASTÉS |
| ÉXODO | CANTARES |
| LEVÍTICO | ISAÍAS |
| NÚMEROS | JEREMÍAS |
| DEUTERONOMIO | LAMENTACIONES |
| JOSUÉ | EZEQUIEL |
| JUECES | DANIEL |
| RUT | OSEAS |
| 1º SAMUEL | JOEL |
| 2º SAMUEL | AMÓS |
| 1º REYES | ABDÍAS |
| 2º REYES | JONÁS |
| 1º CRÓNICAS | MIQUEAS |
| 2º CRÓNICAS | NAHUM |
| ESDRAS | HABACUC |
| NEHEMÍAS | SOFONÍAS |
| ESTER | HAGEO |
| JOB | ZACARÍAS |
| SALMOS | MALAQUÍAS |
| PROVERBIOS | |

NUEVO TESTAMENTO

- | | |
|-------------------|-------------|
| MATEO | 1º TIMOTEO |
| MARCOS | 2º TIMOTEO |
| LUCAS | TITO |
| JUAN | FILEMÓN |
| HECHOS | HEBREOS |
| ROMANOS | SANTIAGO |
| 1º CORINTIOS | 1º PEDRO |
| 2º CORINTIOS | 2º PEDRO |
| GÁLATAS | 1º JUAN |
| EFESIOS | 2º JUAN |
| FILIPENSES | 3º JUAN |
| COLOSENSES | JUDAS |
| 1ª TESALONICENSIS | APOCALIPSIS |
| 2ª TESALONICENSIS | |

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

El primer libro de Crónicas es la historia del pueblo de Dios desde Adán hasta David. Mediante esta historia Dios le recordó a su pueblo que El Mesías vendría, un descendiente real de David. Cuando El Mesías vino estableció la justicia de Dios sobre su pueblo de una manera muy diferente del gobierno de cualquier rey humano.